BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM,
BENITIÆ.
No.

h – t

DEFENSA
DEL CRISTIANISMO
Ó
CONFERENCIAS
SOBRE LA RELIGION,

POR
EL ESCmo Sr CONDE DE FRAYSSINOUS,
OBISPO DE HERMÓPOLIS, INDIVIDUO DE LA ACADEMIA FRANCESA,
PAR DE FRANCIA, ETC., ETC.

NUEVA EDICION,

Cotejada con la última del original francés, corregida con la mayor exactitud, y aumentada con capítulos que estaban sin traducir,

POR EL PRESBÍTERO
DON JUSTO BARBAGERO,
Doctor y Catedrático de la Real Universidad de Alcalá de Henares.

TOMO III.

PARÍS
LIBRERIA DE LECOINTE Y LASSERRE,
CALLE DE L'ÉPERON, 6.
1842

EXCELENCIA

DEL

MISTERIO DE LA ENCARNACION.

Despues de haber llevado el Apóstol San Pablo el Evangelio á Corinto, una de las ciudades mas florecientes y mas voluptuosas de la Grecia, y despues de haber formado en ella una Iglesia cristiana, dirigió á aquellos nuevos fieles dos cartas, que conservamos aun, en las que procura confirmarlos en la fe que habian recibido. En la primera se dedica principalmente á explicarles los misterios de Jesucristo, de un Dios hecho hombre, que vive como tal, padece y muere como nosotros y por nosotros; diciéndoles

con este motivo tales palabras que fueron entónces escándalo para el Judío y locura para el Gentil, y aun hoy son tan irritantes para el incrédulo, tan duras para la muchedumbre de cristianos tibios de nuestras dias, y de las que tal vez se resentirá la altiva delicadeza de algunos de mis oyentes. San Pablo no temia decir que la sabiduría de los filósofos de su tiempo no era mas que locura y su ciencia vanidad; que en nada tenia los discursos estudiados de la elocuencia humana; que toda su sabiduría era Jesucristo, y que se gloriaba de no conocer mas que á Jesus, y este crucificado. *Non judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum* (1). ¡Que lenguaje, Señores! ¡Que extraño debia parecer sobre todo en el siglo en que vivia el Apóstol, siglo del ingenio, de las ciencias y de los deléites! En aquel tiempo tenia cada pueblo sus héroes cuyas hazañas celebraba en sus cánticos; sus oradores cuya elocuencia ensalzaba; sus sabios á cuyas máximas profesaba la mayor admiracion, y sus dioses cuyos altares incensaba; y he aquí que un hombre desconocido, sin crédito, sin poder, oriundo de una nacion despreciada, un Judío, un bárbaro, viene á anunciar á la tierra, á la misma Grecia tan sabia y tan civilizada, que todos los objetos de su admiracion ó de su culto son un cúmulo de er-

(1) I. *Cor.*, II, 2.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

rores y de locuras; que la sólida gloria y la primera de todas las ciencias es la de conocer á un nuevo personaje muerto en una cruz, á Jesus crucificado, *Jesum Christum, et hunc crucifixum.* De este modo olvida el Apóstol la prevision de los políticos, la sabiduría de los sabios, las escuelas famosas de Roma y de Atenas, los célebres juegos de la Grecia, las fiestas de Corinto, la hermosura de sus edificios, su comercio floreciente y las ventajas de su posicion; y lleno su corazon de solo aquello que ama y adora, á solo Jesucristo predica en todas las naciones, y este es el único objeto de sus pensamientos y de su amor. Si al fin el Apóstol se hubiera contentado con llamar á los pueblos á contemplar en Jesus la santidad de su vida, la pureza de sus virtudes, la hermosura de su doctrina, su amor hácia los desgraciados, el brillo de las maravillas que se multiplicaban por donde iba, y el triunfo de sus discursos sobre los corazones mas rebeldes..... pero no, el Apóstol no teme llamar la atencion del universo sobre los padecimientos y la muerte de su divino Maestro. Instrumentos de dolor, un aparato sangriento, un cuerpo cubierto de llagas, y en fin una cruz, esto es lo que Pablo ostenta con complacencia á los ojos de las naciones; y Jesucristo crucificado es toda la ciencia que quiere enseñar á los hombres soberbios y sensuales : *Jesum, et hunc crucifixum.* ¡Que pensamiento el de hacer adorar por toda

la tierra como Dios á un personaje muerto en una cruz como malhechor, y que triunfo conseguir tan admirable proyecto, hasta conquistar el mundo entero á favor de este crucificado! ¡Cuánto se confunden aquí todas las ideas de los hombres! ¡Y cómo, bien profundizado todo esto, hace por sí solo resaltar en el cristianismo cierta cosa que no ha inventado el hombre, y no sé que fuérza enteramente divina, prueba luminosa de su verdad!

Ya hemos expuesto, Señores, algunas de las pruebas de la divinidad de la Religion de Jesucristo; y ya hemos sentado que era preciso reverenciar en él, no solamente á un hombre querido de Dios, sino tambien á un hombre Dios. Este es el misterio en que estriba enteramente el cristianismo, y de este, considerado tal como le enseña la Iglesia cristiana con sus consecuencias y dependencias, me he propuesto hablaros en este dia. Yo quisiera haceros conocer toda la hermosura y excelencia de una religion fundada sobre tal cimiento. Colocados en el centro de una ciudad, seno de las ciencias, de las letras y de las artes, olvidemos por un instante, como en otro tiempo el Apóstol en Corinto, olvidemos como cosas del tiempo y de los hombres sus soberbios palacios, sus jardines deliciosos, sus sabias academias, su inmensa poblacion, y las obras maestras que la hermosean. Elevemos mas nuestros pensamientos; pro-

curemos formarnos ideas justas y nobles de la religion que profesamos, y descubrir alguna parte de los tesoros de luz y de sabiduría que el Apóstol veia en Jesucristo. Probemos que lejos de avergonzarse el cristiano de las humillaciones y muerte del divino fundador de su creencia, debe gloriarse de ellas, y que las mismas sombras que á primera vista parecen oscurecer y degradar el cristianismo, le engrandecen y hacen brillar de un modo sombroso. Mi designio es presentar bajo su verdadero punto de vista el misterio de la Encarnacion, es decir, la doctrina de un Dios hecho hombre por nosotros, y vindicarle de los ataques de sus enemigos. Para ello procuraré manifestaros en primer lugar toda la grandeza y hermosura que encierra en sí este misterio; y en segundo, haceros ver cuán infundados son los argumentos con que le combate la incredulidad. Tal es el plan de este discurso sobre la excelencia del misterio de la Encarnacion.

Es una verdad puesta al alcance de todos, inspirada por la recta razon, y sobre todo admirablemente demostrada en el cristianismo, que Dios no podia criar cosa alguna que no fuese para su gloria, y que él es el fin único de todas las cosas, por la misma razon de que es su único principio. Sí, cuando en los consejos de su sabiduría decretaba comunicar el ser del que es el origen y la plenitud, no podia tener otro designio que el de grabar en sus criaturas la imá-

gen de sus perfecciones, de manifestarse, de ser conocido, adorado y glorificado. Escrito está : *Yo soy el principio y el fin* (1); y el sabio ha dicho, hace ya tres mil años, que « el Señor ha « hecho para si todo lo que ha hecho, » *universa propter semetipsum operatus est Dominus* (2) : no porque no halle en si mismo la felicidad, ni porque necesite para ser dichoso ser conocido y honrado por sus criaturas; sino porque se debe á si mismo el no despojarse del soberano imperio que tiene sobre ellas, y exigirles un tributo de dependencia y de amor. El ser criado que única y exclusivamente se contempla á si mismo, y se constituye término de sus afectos, no solamente es un egoista á los ojos de la razon, sino que es, á los ojos de la Religion, un usurpador sacrílego de los derechos de la Divinidad : por esto se dice en los libros santos, que Dios es un *Dios zeloso que á nadie cede su gloria* (3); y por esto en esa oracion tan sencilla y tan sublime que Jesucristo enseñó á sus discípulos, la primera peticion es que el santo nombre de Dios sea honrado, que su imperio sea reconocido en todas partes, y que su voluntad suprema sea cumplida así en la tierra como en los cielos.

¿Pero que medios debia emplear el Criador para ser glorificado, y conseguir de este modo el

(1) *Apoc.*, II, 8.
(2) *Prov.*, XVI, 4.
(3) *Deuteron.*, VI, 15. — *Isai.*, XLVIII, 2.

único objeto de la creacion? ¿Que plan deberia seguir en la formacion del mundo, tanto inteligente como material? No nos corresponde ciertamente á nosotros trazar los caminos que debió seguir; y nuestras ideas sobre este punto serian muy vagas é inciertas, si la revelacion no hubiese corrido para nosotros una parte del velo que nos oculta el abismo de los secretos divinos. Tomando por tanto las cosas segun nos las enseña el cristianismo, sabemos por una parte que Dios ha debido buscar su gloria en la creacion del universo, y vemos por otra que por la Encarnacion se ha realizado este designio del modo mas portentoso y mas digno de la infinita majestad; ¿y por qué? porque los homenajes de las criaturas toman así un carácter de grandeza del todo divina; el mundo entero adorando á Dios por el hombre, el hombre adorando por Jesucristo, y Jesucristo siendo Dios y hombre á un mismo tiempo, resulta que Dios es conocido y glorificado como Dios. Este es, Señores, un encadenamiento de verdades y de raciocinios que pide toda vuestra atencion.

Nuestros libros santos nos enseñan que saliendo Dios del reposo eterno, dió el ser á lo que no le tenia, y sacó de la nada este universo con todas sus maravillas. Ya las estrellas resplandecen como diamantes en la bóveda celeste, el sol llena los espacios con su luz, la luna, reina de los astros, preside á la noche, los mares son encer-

rados en las prisiones de los abismos, la tierra fecunda se cubre de flores y de frutos, una multitud de seres diversos pueblan las aguas, la tierra y el aire; todo obedece á las leyes del soberano Criador, y nada hay que no esté maravillosamente adaptado á sus designios. Tambien el escritor sagrado nos le representa complaciéndose en el mundo visible que acaba de producir, viendo que cada cosa ocupa su lugar, que cada pincelada de este hermoso cuadro tiene su gracia y su belleza, y que su conjunto debe servir á las miras de su sabiduría, durante toda la serie de los tiempos: *Vidit Deus quod esset bonum* (1).

¿Pero qué vale este universo material, y que gloria resulta de él á Dios, si no existen seres inteligentes que puedan conocerle y adorarle? Las criaturas insensibles, el sol, la luna, la tierra y los mares no se conocen á sí mismas, ni conocen á Dios; no tienen el sentimiento de su propia existencia, ni de la existencia de su autor, y son por lo mismo incapaces de referir á Dios, por medio del reconocimiento, todo cuanto han recibido de su mano omnipotente. Es cierto que Dios no es como aquellos artífices que, poco seguros de su habilidad, se complacen en hacer ensayos en las producciones de su industria: no, no necesitaba hacer la prueba de su poder en la formacion de este mundo, y por consiguiente hu-

(1) *Genes.*, I, 25.

biera sido indigno de él criarle sin otro fin ulterior. No tememos decirlo : la creacion de la naturaleza material, sin la creacion de la naturaleza inteligente, nada presentaria digno de la suprema majestad. Si la materia existiese sola, todo estaria muerto en la naturaleza, y este mundo físico seria una inmensa soledad, un palacio sin señor, un imperio sin rey, y un templo sin sacerdote. ¿Què hace pues el Criador? Despues de haber formado el universo material con todas sus bellezas y maravillas, la Escritura nos le representa meditando en si mismo alguna cosa mejor que cuanto habia hecho hasta entónces : *Hagamos,* dice, *al hombre á nuestra imágen* (1). Con este objeto modela su mano poderosa un poco de barro, le anima con un soplo de su divinidad, y he aquí al hombre que participa de Dios en cuanto á su espíritu, y de la tierra, en cuanto á su cuerpo; que lleva en su alma señales de las perfecciones divinas, que se verán brillar hasta en su frente; que como su autor es capaz de inteligencia y de amor, y que siendo un ser libre tributará por lo mismo á la divinidad homenajes gloriosos para ella y meritorios para él. El mismo Dios es quien comunicándole alguna parte de su soberanía, le constituye rey de la tierra, y somete á él todos los seres que crecen, viven y respiran

(1) *Genes.*, 1, 26.

sobre su superficie. Desde este punto empieza ya la creacion á tener un objeto digno del soberano autor de todas las cosas. Las criaturas insensibles existen para el hombre, y el hombre existe para Dios. Los seres materiales no conocen á Dios, pero le dan á conocer, le manifiestan, y hacen en cierto modo visibles sus perfecciones : su brillo, su belleza y armonía excitan al hombre á alabar y glorificar á su autor. ¿No son en efecto el sol y los astros esparcidos en el firmamento otros tantos espejos que de todas partes reflejan á nuestra vista los rayos de la divinidad? Cuando el profeta convida á todas las criaturas inanimadas, la tierra y los mares, los vientos y las tempestades, á bendecir para siempre al Criador, no es esto solamente un piadoso entusiasmo de su parte; es tambien un modo de reconocer que por la grandeza y el concierto de sus movimientos, y por el maravilloso espectáculo que nos presentan, nos invitan ellas mismas á pagar en su nombre á nuestro Señor comun el tributo de sus homenajes, juntamente con los nuestros. Aun podemos añadir que no es el hombre aquí un simple espectador, ó un testigo arrebatado de admiracion, sino que todo se refiere á él en la creacion. No sabemos, es cierto, lo que sucede en los planetas, ni si Dios ha colocado en ellos seres capaces de conocerle; pero sabemos que el hombre disfruta de todas las obras de la mano divina. Si : el aire,

la luz, los astros, todo sirve para sus usos, para sus necesidades y sus placeres; y sin pretender que el mundo haya sido hecho exclusivamente para el hombre, es sin embargo indudable que puede considerarse como un punto céntrico en una esfera inmensa. Así podemos decir que las criaturas materiales bendicen y adoran á su Criador, no por sí mismas, sino por la mediacion del hombre que las conoce, que se eleva por ellas hasta su autor, y que, como pontífice y sacerdote de la naturaleza, ofrece el homenaje de toda ella á la divinidad.

Es cierto que estos homenajes de las criaturas inanimadas por medio del hombre, y los del hombre por sus adoraciones personales, podian ser agradables á la divinidad : principalmente cuando nuestros primeros padres en toda la integridad aun de su naturaleza original, enriquecidos con los dones mas preciosos, y con un corazon penetrado de reconocimiento y de amor, se volvieron hácia el Dios que les habia dado la vida y bienes tan perfectos, no pudo menos de ser grata la expresion de sus sentimientos á aquel que se los inspiraba. Pero en fin por mas virtuoso y santo que se suponga al hombre, siempre es limitado, y sus homenajes proceden de una naturaleza demasiado débil, para no quedar á una distancia infinita de la infinita grandeza. ¿Y quién podrá llenar este inmenso intervalo? ¿Cómo adquirirá el hombre lo que le falta para

ofrecer á Dios un tributo que guarde alguna proporcion con su majestad? Es bien claro que los homenajes tributados al poder ó al mérito son tanto mas gloriosos, cuanto mayor es la dignidad y grandeza de la persona que los ofrece. Así es que por mucho que honren á un poderoso monarca los homenajes de sus súbditos, le honrarian mucho mas los de otros reyes colocados al pié de su trono. Pero ¿cómo podrá el hombre aproximarse á la infinita majestad de su Dios? Aquí es, Señores, donde vais á ver lo mas bello y mas profundo de la Encarnacion del Verbo. Yo no pretendo ahora suponerla necesaria: tampoco que Dios haya debido elegir el órden de cosas en que debia acontecer, ó que no tuviese otro medio mas que este para criar el mas perfecto de los mundos, y que estuviese obligado á criarle. Dejo esta doctrina de Leibnitz ó de Malebranche por lo que valga; acaso es mal fácil ridiculizar que refutar el optimismo de estos dos grandes filósofos; pero se puede muy bien no ver en él mas que un sueño sublime, aunque hayan sabido apoyarle en razones muy especiosas. Desprendido en este momento de todo espíritu de sistema, me limito á lo que enseña el cristianismo. ¿Y que es lo que sucedió? Unese el hijo eterno de Dios á la naturaleza humana, y en esta naturaleza se abate y humilla ante el Altísimo; al mismo tiempo forma un pueblo de adoradores que asocia á sí, y á quienes llena y

penetra de su espíritu ; se hace jefe de un cuerpo mistico, cuyos miembros somos nosotros los cristianos, y ved en esto desplegado con una vasta magnificencia el plan de la creacion. Los seres materiales adoran por medio del hombre; el hombre adora por Jesucristo, y Jesucristo hombre y Dios adora por si mismo de un modo digno de Dios : de esta suerte forma el universo, por la Encarnacion del Verbo divino, un magnífico concierto de alabanzas infinitas como la infinita majestad á quien se dirigen.

No es esta una teología nueva, sino una consecuencia del misterio de la Encarnacion bien entendido, y cuyos elementos creo hallar en San Pablo, que tanto habia penetrado en las profundidades de este misterio. En efecto, habianse suscitado algunas contiendas en la Iglesia de Corinto, fundada por este Apóstol, y los fieles parecian dividirse entre los que mas particularmente los habian instruido, siguiendo unos á Cefas y otros á Apolo. Para calmar sus vanas disputas les recuerda el Apóstol que los hombres son nada, que deben sobreponerse á todas las consideraciones humanas, y pensar que su gloria y su único deseo deben ser el pertenecer á Jesucristo en quien todo les pertenece, y les dice con este motivo estas notables palabras : « Si, « todas las cosas son vuestras, el mundo, la « vida, la muerte, lo futuro, todo es vuestro; « pero vosotros sois de Jesucristo, y Jesucristo es

« de Dios. » *Omnia vestra sunt : vos autem Christi: Christus autem Dei* (1).

Aclaremos este pensamiento del Apóstol, tan digno de nuestras reflexiones. La Religion nos enseña que habiendo prevaricado nuestros primeros padres, no por eso los abandonó Dios despues de su caida; sino que al mismo tiempo que los castigó por su rebelion, les prometió igualmente que á su posteridad un Redentor. Confiada esta promesa á las primeras familias del género humano, se perpetuó por una serie de generaciones que la conservaron fielmente, hasta que un pueblo particular, el pueblo Hebreo, fué su depositario especial. Este libertador debia ser Jesucristo Dios y hombre juntamente, que expiaria con su muerte los crímenes de la tierra; y cuyos méritos, abrazando todas las edades, santificarian á todos los justos desde el origen hasta el fin de los tiempos. Tal es la fe cristiana acerca de las promesas y consecuencias de la Encarnacion : ved ahora la gloria que de ella resulta á Dios.

Si los sacrificios de Abel, de Noé, de Abrahan, y de Melquisedec, si las ceremonias misteriosas de la antigua ley, la fe de los patriarcas, el zelo de los profetas, y las virtudes de todos los justos, que aparecieron ántes del Evangelio, no hubiesen tenido relacion alguna con el sacri-

(1) I. *Cor.*, III, 22, 23.

ficio futuro de Jesucristo, no hubieran sido mas que de un mérito débil y limitado; pero por su union con los méritos del libertador esperado, adquirian un valor inmenso, y guardaban cierta proporcion con la Majestad divina. De este modo, aun ántes de la venida de Jesucristo, alababan á Dios las criaturas insensibles por medio de los justos de la tierra; los justos por Jesucristo, y Jesucristo por sí mismo de una manera digna de Dios: *omnia vestra sunt: vos autem Christi: Christus autem Dei.* Segun esta misma idea, ¿que gloria no debia resultar á Dios del zelo de los apóstoles, de los combates de los confesores, del valor de los mártires, de las oraciones de las almas piadosas, de la resignacion de los cristianos desgraciados, de las liberalidades inagotables de la caridad, y de todas las virtudes tiernas y sublimes que inspira la Religion? Porque esta gloria, aunque tributada por una débil criatura, se hace como infinita por la union del cristiano con el hombre Dios. Todo es para el alma fiel, esta es de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios: *omnia vestra sunt: vos autem Christi: Christus autem Dei.* Además, la Religion, aunque bajo diferentes formas, es tan antigua como el mundo, y se ha perpetuado con él para durar aun despues de él. Es un gérmen que se manifiesta en el tiempo de los patriarcas, crece bajo la ley de Moises, se desarrolla bajo la ley del Evangelio, y llega en los cielos á su plena y perfecta madurez. Todo allí

se consuma, los elegidos son uno con Jesucristo, y Jesucristo, en cuanto á la esencia, es una cosa con el Padre celestial, y la gloria de la cabeza se difunde en todos los miembros. Por él los bienaventurados alaban y glorifican para siempre las grandezas y misericordias del Dios que los corona ; y sus adoraciones, identificadas con las de Jesucristo hombre y Dios, son infinitas como el Dios objeto de ellas. Asi, por una consecuencia del misterio de la Encarnacion, Dios ha recibido desde el principio, y recibirá aun mas allá de los tiempos, homenajes infinitos como él. En vista de esto, ¿ que Religion mas digna de Dios, y que le sea mas gloriosa, que una religion fundada como la nuestra en el misterio del hombre Dios? Aun cuando esto no fuese mas que un sistema, seria sin embargo el concepto mas sublime del entendimiento humano; pero todo esto es demasiado superior á los pensamientos del hombre, para que pueda ser invencion suya. No me admiro, pues, de que la culpa de nuestros primeros padres haya dado lugar á la Encarnacion del Verbo ; ni tampoco de que debiendo esta proporcionar á Dios tanta gloria, se consuele la Iglesia, al mismo tiempo que llora la caida original, con el espectáculo de los bienes inefables que la Providencia ha sabido sacar de ella, y que no tema exclamar : « ¡ O feliz culpa que ha me-« recido tener tal Redentor! » *O felix culpa, quæ talem meruit habere Redemptorem !*

Ciertamente, Señores, y terminaré con esta observacion la primera parte de este discurso, la doctrina que acabo de exponer debe sernos tanto mas apreciable, cuanto es mas gloriosa y mas consoladora para nosotros. Comparadla con la de los materialistas de nuestros dias, y decidid. Los ateos han celebrado con énfasis la dignidad de la especie humana: querian segun su lenguaje ensalzar la majestad del hombre abatida bajo el yugo de la supersticion; y sin embargo, sus sistemas no hacen mas que corromperle y envilecerle. ¿Qué nos enseñan en efecto acerca del orígen y destino del hombre? Le hacen nacer yo no sé cómo, y le hacen pasar, con metamorfósis extravagantes, del mineral al vegetal, del vegetal al animal, hasta al ser humano; no ven en el mas que un poco de lodo organizado; le hacen morir todo entero como un insecto: y he aquí lo que se ha llamado por mucho tiempo, y lo que aun se llama algunas veces filosofía. Para hacernos virtuosos nos desembaraza primero el ateo de la creencia en la Divinidad, entregándonos de este modo á todos los vicios casi sin defensa; y para consolarnos de los males de la vida, nos habla de la inflexible necesidad que nos subyuga. Orgullo y licencia en lugar de dignidad y de libertad, pasiones en lugar de virtudes, y palabras bárbaras ó un espantoso suicidio en lugar de consuelos: estos son los dones que el ateo hace á la humanidad; y si una feliz incon-

secuencia no le hiciera menos malo que sus sistemas, podria decirse: Ved ahí el hombre del ateismo. Al contrario, hecho á la imágen de Dios su Criador, animado de un espíritu inmortal, colocado en una clase particular, y Rey de la naturaleza por su inteligencia; sostenido en sus males por la esperanza, ennoblecido, perfeccionado, y como divinizado por la union del Verbo á la naturaleza humana; hecho partícipe de los méritos y santidad de Jesucristo, y destinado á reinar con él en la eternidad: tal es el hombre de la Religion. Decidid ahora de que parte está la grandeza, y de que parte el abatimiento.

Ya, Señores, os hemos hablado bastante de cuanto tiene de mas grande y hermoso el misterio de la Encarnacion. Réstanos ver en qué se fundan los argumentos de los incrédulos contra este misterio.

Si los oís, os presentarán el misterio de la Encarnacion como un compuesto extravagante de contradicciones, de crueldad, de injusticia, y de bajeza, é indigno de la bondad y grandeza de Dios. ¡Un Dios, os dirán, inmortal, impasible é inmenso, cerrarse en un cuerpo mortal, nacer, padecer y morir! ¿No es esto un absurdo? ¿No es una injusticia que un Dios condene á muerte á Jesucristo, que era la misma inocencia, en lugar de condenar á los hombres que eran los verdaderos culpables? ¿Que cosa, por último, mas escandolosa é indigna de la suprema Majestad,

que un Dios confundido entre las humillaciones y el oprobio? Nada de esto os asuste, Señores: estos vanos argumentos no se fundan sino en falsas nociones, y los veréis desvanecidos si quereis uniros un momento á nosotros para formaros ideas justas, primeramente del fondo mismo del misterio, tal como le enseña la Religion; lo segundo, de la verdadera grandeza, tal como nos la presenta la recta razon; y lo tercero, de los efectos maravillosos y divinos que han resultado de estas mismas humillaciones de que el incrédulo procura prevalerse contra Jesucristo.

Conviene ante todas cosas considerar el misterio de la Encarnacion tal como la Religion le propone, y no como podrian figurársele las preocupaciones y la irreflexion. La Religion nos enseña que al unirse á nuestra naturaleza el Verbo Divino, nada perdió de su grandeza, ni contrajo nada de nuestra debilidad; y que en Jesucristo, Dios y Hombre al mismo tiempo, la Divinidad permaneció siempre impasible é inmortal. Seria ciertamente un absurdo imaginarse que la Divinidad estaba encerrada en el cuerpo humano como lo está un licor en un vaso, ó como nosotros le estamos en este templo; mas, al mismo tiempo que Dios lo llena todo con su inmensidad, puede muy bien hacer mas palpable su presencia en algunos sitios determinados; al mismo tiempo que nos comunica á todos el movimiento y la vida, ha podido

unirse á la naturaleza humana de un modo mas íntimo, gobernarla y dirigirla con una accion mas especial. En Jesucristo la naturaleza humana estaba unida á la naturaleza divina, como en el hombre lo está el cuerpo al alma. Esta comparacion, por imperfecta que sea, sirve no obstante para aclarar el misterio, y en todos tiempos se han servido de ella los doctores de la Iglesia. En efecto, el hombre es espíritu y cuerpo todo junto, y en cada uno de nosotros tienen el espíritu y el cuerpo sus funciones particulares; pero está admitido en el lenguaje humano atribuir unas y otras á la persona : por consiguiente segun que se considere al hombre, ó por su alma ó por su cuerpo, puede y debe decirse del mismo hombre, que es bruto é inteligente, corruptible é incorruptible, mortal é inmortal. La aplicacion es palpable; es preciso saber distinguir en Jesucristo lo que es propio del hombre, y lo que es propio de Dios : en él padece la naturaleza humana, la divina es impasible; pero por una consecuencia de la union de ambas naturalezas, debe decirse del mismo Jesucristo, que es Dios y Hombre, engendrado en la eternidad y nacido en el tiempo, vivo siempre, y juntamente muriendo en la Cruz. Los niños cristianos, instruidos en los primeros elementos de la Religion, saben repetir que Jesucristo ha muerto como Hombre y no como Dios. En Jesucristo el Verbo dirigia y gobernaba la humanidad; y por

esto deben atribuírsele sus padecimientos y muerte, cuyo precio por lo mismo es infinito.

Seria sin duda una injusticia que Jesucristo inocente hubiese sido condenado por crímenes ajenos, y padecido, á pesar suyo, la pena que no habia merecido. Pero suponed por una parte, que Dios justamente ofendido por las iniquidades de los hombres exige una reparacion de los ultrajes hechos á su Majestad; y por otra, que el Verbo Divino por un impulso de amor se constituye mediador, que se presenta como víctima voluntaria, y que con este pensamiento toma una naturaleza semejante á la nuestra para padecer y morir. ¿Hay en esto injusticia? Admiremos mas bien cómo en el sacrificio de Jesucristo se concilia la justicia con la bondad. La justicia de Dios queda plenamente satisfecha por una reparacion digna de él, y brilla su misericordia aceptando una reparacion que podia rehusar. Un ejemplo familiar os va á hacer esto muy claro. Figurémonos un monarca ofendido por vasallos rebeldes: tiene ciertamente derecho á tomar una venganza ejemplar, y á no admitir las satisfacciones ofrecidas por los delincuentes; pero supongamos al mismo tiempo que su hijo único se ofrece por mediador, que se presenta ante su Padre en nombre de sus vasallos delincuentes y que este acepta su mediacion: ¿dónde estaria aquí la injusticia? Los derechos del trono quedarian entónces vindicados, y aun resaltaria

la clemencia del Príncipe; pudiendo decirse además, que siendo tambien del hijo la gloria del padre, refluiria igualmente sobre el hijo el honor que redundase al padre de la reparacion que él mismo le ofreciese. No pretendo ciertamente disipar todas las nubes que cubren el misterio, pues en este caso dejaria de serlo. Pero ¡cuántos puntos tan misteriosos como este y enteramente incomprensibles ofrece nuestra alma, ya en el modo de formarse sus pensamientos, y ya en su union con el cuerpo! Mas al menos, por las ideas que la Religion nos da de este misterio, es forzoso confesar que no encierra esos absurdos repugnantes, que solo desnaturalizándole pueden ver en él los incrédulos.

En segundo lugar, para que nos choquen menos las humillaciones y abatimientos de Jesucristo, recordemos las verdaderas nociones de la sólida grandeza, no tomando aqui por regla aquel orgullo que se irrita por apariencias, sino la recta razon que juzga en vista de la realidad. ¿Y qué es lo que esta nos dice? Que la verdadera grandeza está en la virtud, y la bajeza solo en el vicio; y aun nunca es mas grande el hombre, que, cuando perseguido injustamente, muere en el suplicio con la tranquilidad de la inocencia. Más gloria debe Sócrates á la cicuta, á que fué condenado injustamente, que á su sabiduría y á sus estimables cualidades. ¿Se ha notado jamás nada de degradante en los tormentos de Régulo

expirando en Cartago víctima de sus juramentos? ¿Es acaso menos grande S. Luis cargado de cadenas, soportando la desgracia con la resignacion de un cristiano y la dignidad de un Rey, que S. Luis en el trono? ¿Y cuando Jesucristo perseguido por el mas ciego furor muere con toda la magnanimidad y sencillez de la virtud, no será carecer de toda filosofía ofenderse de sus humillaciones y padecimientos? Puede decirse que los paganos se han manifestado en este punto mas ilustrados que nuestros pensadores modernos : testigo Ciceron, y ántes que él Platon. El primero, en un fragmento del tercer libro de la *Republica* conservado por Lactancio, hace el retrato (1) de dos hombres muy diferentes; el uno es un malvado que pasa por hombre de bien, y que, engañando á sus semejantes, se ve colmado de riquezas, de honores, y de todos los favores propios de la virtud; y el otro es un hombre de bien, que es tenido por malo, perseguido por sus conciudadanos, cargado de cadenas, agobiado de males, y reducido á ser el mas infeliz de los hombres. « Y bien, dice el « filósofo romano, ¿si se nos obligase á ser uno « de los dos, quién de nosotros seria tan insen- « sato que vacilase? » Cuando en el segundo libro de su *Republica* nos pinta Platon su justo perfecto, no nos le presenta debajo del dosel y

(1) *Divin. Inst.*, lib. V, cap. XII.

de la púrpura, en el fausto de las grandezas mundanas, ni en el carro de la victoria, ó entre las aclamaciones de la multitud, sino tal como Jesus se manifestó al mundo, humillado, perseguido, sin otro aprobador de sus virtudes que el cielo, y condenado como un malhechor, siendo el mas justo de los hombres. Es notorio que los sabios del paganismo no conocieron espectáculo mas digno de la atencion del cielo, que el de la virtud luchando con el infortunio.

Consultemos nosotros mismos, consultemos nuestras propias ideas para aplicarlas á Jesucristo bajo de otros respectos. Nos sentimos afectados y conmovidos cuando se nos citan ingenios sublimes, que no se desdeñan de humillarse hasta el nivel de los simples y de los ignorantes para instruirlos, ó reyes poderosos que se despojan alguna vez de su majestad para manifestarse mas populares; y nos es grato ver á los primeros abatir en cierto modo la sublimidad de su ingenio, y á los segundos descender de su elevado trono, templando de este modo el resplandor de la ciencia y del poder con una amable condescendencia. Si pudiésemos presumir en estos actos debilidad ó pusilanimidad, dejarian sin duda de admirarnos; pero al contrario conocemos que hay grandeza en humillarse así en beneficio de la humanidad. Ciertamente, Señores, Jesucristo no es, ni podemos creerle, débil ni pusilánime: es cierto que se humilla

por nosotros, pero siempre con los caractéres de la mas heróica virtud, y haciendo sobre salir aun en medio de sus humillaciones rasgos de una grandeza enteramente divina; es un Príncipe que hasta en su real familiaridad sabe hacer conocer todo lo que él es á la multitud que le rodea. Ved en efecto toda su vida: nace en un pesebre, pero los ángeles celebran su nacimiento con cánticos de alegria; aparece con la debilidad de la niñez, pero rodean su cuna los pequeños y los grandes, los pastores de la Judea y los magos del oriente; es presentado en el templo como cualquier otro niño, pero el anciano Simeon le toma en sus brazos y profetiza su grandeza y su gloria; conversa en medio de los pueblos de la Judea con los pobres como con los doctores, pero en sus discursos brilla la mas profunda sabiduría, y un sin número de maravillas acompañan sus pasos. Si se deja prender por una tropa armada, es despues de haberla aterrado con una sola palabra como con un rayo; si muere en la cruz, su muerte conmueve la naturaleza; y si, por último, baja al sepulcro es para salir de él triunfante de la muerte.

Quiero por un momento olvidar estas señales de su divino poder, para no considerar mas que sus mismas humillaciones, con el objeto de hacer ver que en lugar de envilecer á Jesucristo hacen resaltar admirablemente su grandeza: ¿y por qué? Porque de ellas resultan efectos maravillo-

sos y muy dignos de la divinidad, que es mi tercera y última reflexion.

Hace ya quince siglos que uno de los mas grandes ingenios de la antigüedad cristiana, Tertuliano, decia á los enemigos de la divinidad de Jesucristo (1) : « sus humillaciones os parecen « indignas de Dios; pero considerad que eran « muy útiles al hombre, y que por lo mismo se « hacian dignas de Dios; pues nada hay mas digno « de Dios que el hacer bien á su criatura. » Este pensamiento merece que nos detengamos en él, para darle toda la claridad conveniente. Todas las perfecciones son infinitas en Dios : su bondad es ilimitada, como su poder y su sabiduria; y aun es de tal manera su atributo distintivo, que se le designa con el nombre de infinitamente bueno, como con el de infinitamente grande: la bondad es en él una propension á comunicar y derramar los tesoros de vida y de felicidad de que es origen. No se verifica en Dios lo que en los hombres : concentrados nosotros en nuestros afectos personales, y ocupados de nuestras propias necesidades, rehusamos dar, ó solo damos con reserva y medida; conocemos que nos quitamos á nosotros lo que damos, y creemos perder en algun modo una parte de nosotros mismos. Pero Dios de nada necesita, da sin empobrecerse, y es propio de la dignidad del primer ser

(1) *Adv. Marcion.*, lib. II, cap. XXVII.

dar por sí mismo, y aun prevenir los deseos; porque es el Ser supremo que extiende á todos su soberana bondad y que puede llevarla á un punto, que si le agrada darle libre curso, nos parezca inconcebible. Siendo infinitamente comunicable, ¡hasta dónde no podrán alcanzar los efectos de su amor! ¿Y qué espectáculo ofrecia la tierra á su vista? Los errores y los vicios la tenian cubierta de tinieblas y de infamias; los crímenes estaban divinizados y las virtudes desconocidas; los pueblos, segun el lenguaje de la Escritura, eran como ovejas descarriadas sin pastor y sin guia; eran unos enfermos cubiertos de llagas y de heridas, y al mismo tiempo unos criminales que sofocando la conciencia y los remordimientos, volvian contra Dios mismo sus beneficios, y no cesaban de ultrajarle con sus iniquidades. Necesitaban un modelo, un médico, un Salvador. Ya el cielo habia hablado de muchos modos por los profetas; pero Dios tiene determinado hacer todavía mas; quiere conceder á la tierra un beneficio mas universal, mas precioso, mas duradero, y lo que haga será una cosa tanto mas digna de él, cuanto envuelva mas amor y mas condescendencia. Los paganos habian imaginado que los dioses visitaban algunas veces á los hombres; pues bien, lo que para ellos solo era una fábula, se ha realizado en Jesucristo. Dios se hace visible, se reviste de nuestra naturaleza, vive entre los hombres, los ilustra con

sus discursos, los santifica con sus ejemplos, y los salva con su muerte. Si fuéramos solo puras inteligencias, hubiera podido contentarse con iluminarnos por revelacines interiores; pero somos hombres, tenemos sentidos, órganos y cuerpo, y por lo mismo Dios se hace semejante á nosostros y nos concede el beneficio de una revelacion sensible, exterior y adecuada á nuestra naturaleza. Pudo sin duda aparecer en un estado habitual de grandeza y de gloria, manifestarse por algun tiempo á los hombres, y desaparecer despues sin pasar por aquel estado de pobreza, de humillacion y de padecimientos, á que quiso sujetarse; pero esto hubiera sido muy poco para su amor y para nuestra instruccion. Pasa por todos los estados de la vida humana, se somete á las mas duras pruebas, y se hace obediente hasta la muerte de cruz; porque en su inmenso amor hácia los hombres, quiere servir de modelo á todos, dejarnos en su vida el cuadro de todas las virtudes, ofrecer siempre el ejemplo á la par del precepto, é ilustrarnos más aun con su conducta que con sus lecciones. Dominaban con tal imperio en la tierra la soberbia, la ambicion y el deléite, estos tres tiranos del género humano, que se necesitaba para limpiarla de ellos y establecer el reinado de las virtudes opuestas, nada menos que los ejemplos tan perfectos de humildad, de desprendimiento y pureza, que brillan en Jesucristo.

Ved aquí pues á ese legislador único, que se somete hasta el último aliento de su vida á todas las leyes que nos impone, y que por cada una de sus palabras, como por cada una de sus acciones, tiene derecho para decir á sus enemigos (1) : « ¿Quién de vosotros podrá hacerme « una reconvencion justa? » ¡Qué admirable concordancia entre sus ejemplos y su doctrina! No hay una accion suya que no sea un ejemplo, ni en sus discursos una sola palabra que no sea una verdad. ¡Cuán pequeños son delante de este justo todos los sabios reunidos! ¿Cuál es el filósofo que sabe hablar y vivir de este modo? Aristóteles y Platon han podido formar discípulos, y reinar sucesivamente en las escuelas de la filosofía antigua ó moderna; pero ¿se encuentra siempre en la conducta de su vida, la doctrina que enseñaban en sus libros? ¿Se ha pensado nunca en proponerlos por modelos de toda perfeccion? No. Pero en cuanto á Jesucristo, su conducta no es mas que la práctica de su doctrina, y en cuantas partes penetre su Evangelio se podrá decir á todos los hombres : « mirad, y « obrad segun el modelo que se os presenta. » He aquí como en sus mismas humillaciones se muestra Jesucristo verdaderamente Dios, dando el ejemplo de todas las virtudes para santificarnos, y sacrificando su vida por la salvacion del

(1) *San Juan*, VIII, 46.

mundo. Si admiramos á un príncipe que sabe entregarse y morir por su pueblo, y si esta conducta nos parece gloriosa para él; confesemos tambien con Bossuet, « que un Dios que desciende « á la tierra para vivir entre los hombres, no « podia hacer cosa mas grande, mas real, ni mas « divina, que salvar á todo el género humano por « una muerte generosa. »

Os preguntaremos por último : ¿Os escandalizais de las humillaciones del Salvador? Pero advertid cuáles han sido en todos los siglos las maravillosas resultas de sus padecimientos y de su muerte, y cómo su cruz ha llegado á ser su triunfo. Jesucristo habia anunciado que todo lo atraeria á sí, cuando fuese elevado de la tierra : ¡qué prediccion! Una cruz, teatro de ignominia, convertirse en un manantial de gloria; ¡qué prodigio! Jamás ningun oráculo se ha cumplido mas maravillosamente. En este punto hablan de un modo muy claro los hechos; todo el universo, todas las naciones vienen á ser herencia de Jesus crucificado; y la misma Roma, señora del mundo, recibirá el yugo del Salvador. Sí : levante Roma, la soberbia Roma, á costa de inmensos gastos un templo célebre á todos los dioses de la tierra; ese monumento de su política y de su supersticion servirá de trofeo á la cruz del Salvador del mundo; la señal de salvacion será enarbolada sobre el panteon, y los dioses de las naciones, puestos á sus piés como cautivos, ser-

virán de ornamento á los triunfos de Jesucristo. Júpiter cayó desde la cumbre del capitolio, sin que sus rayos, tan ponderados por los poetas, le hayan podido salvar de una caida eterna. Perecerá el Imperio Romano; pero la religion del crucificado no perecerá. Desde el fondo de sus bosques y de sus regiones incultas vendrán los pueblos feroces del Norte á arrojarse sobre las prvincias Romanas como sobre su presa; caerá el coloso del poder á los golpes de los bárbaros, y los bárbaros caerán á su vez al pié de la cruz; y Remigio dirá á Clodoveo: « Baja la cabeza, « fiero Sicambro, quema lo que has adorado, y « adora lo que has quemado. » Los pueblos mas salvajes de nuestra Europa se humanizarán y civilizarán por el Evangelio; y la Europa, una vez hecha cristiana, servirá de antorcha al resto del mundo.

Tales han sido, y tales son aun los triunfos de Jesus crucificado. De este modo hizo la conquista del mundo esta cruz, de la que algunos parecen avergonzarse: ¡tánto es su poder y virtud! Aprended pues, Señores, aprended á conocer el misterio de la Encarnacion tal como la Iglesia nos le enseña, libre de las ideas absurdas y groseras que la preocupacion se forma de él; y os penetrareis de cuan glorioso es para Dios, y saludable para el hombre. Cristianos entónces por las obras, no menos que por la fe, haréis homenaje á Jesucristo de los afectos de vuestro corazon, y

de la sumision de vuestro espíritu ; respetaréis en él al mediador, al Salvador del mundo, y repetiréis con los espíritus celestiales : « Gloria « á Dios por Jesucristo, y por él, paz en la tierra « á los hombres de buena voluntad. »

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

SOBRE

LAS PROFECIAS.

Ya os he hablado, Señores, de la nacion hebrea, á quien Moises dió leyes tan admirables por su duracion como por su sabiduría; os he recordado los innumerables prodigios de que está llena su historia, y he procurado manifestaros cuán extraordinario y singular era su carácter, sus costumbres, su gobierno y su posicion en medio de los demás pueblos del mundo. Hoy me propongo considerar á este pueblo bajo un nuevo punto de vista que acabará de daros á conocer, cómo quiso Dios valerse de él para realizar la ejecucion de sus designios eternos, y preparar muy de antemano el camino á la Religion santa, que habia resuelto establecer en la tierra. Era poco para la bondad del Señor haber salvado del olvido la memoria de lo pasado, mandando á su siervo Moises describir el orígen de las cosas, y asegurar por medio de un mo-

numento duradero el depósito de las tradiciones primitivas. Era poco tambien proveer á las necesidades presentes de su pueblo querido, y conducirle como de la mano por entre repetidos milagros. Las ideas de salvacion que habia concebido el Altísimo, no debian ceñirse á sola una region, ni á un solo pueblo; y aquellos cuidados de una providencia enteramente particular á favor de los hijos de Israel, no eran mas que el preludio y la figura de la grande obra de misericordia que meditaba á favor de todos los hijos de los hombres. Todavia deberán pasarse siglos hasta que esta grande obra se consume: pero queriendo marcarla con señales que no pudiesen ser desconocidas, y consolar á lo menos á la tierra de sus males con la esperanza del remedio, suscita de tiempo en tiempo hombres llenos de su espiritu y de sus luces, ante quienes corre el velo de lo porvenir, y les manda vayan á decir á sus hermanos lo que han visto y lo que han oido. Este es el origen de esa numerosa serie de profecias que se hallan en los libros de la ley antigua; donde se puede leer anticipadamente la historia de los sucesos futuros.

Algunas de estas profecías se refieren solo al pueblo Judío, ó tal vez á alguna de las ciudades ó naciones limítrofes; pero otras, y estas son de las que voy á hablaros, parecen referirse á un solo y único objeto, al cual van á parar continuamente, presentándole, bajo todas sus for-

mas y todos sus pormenores, como de una importancia mayor, y de un interés mas universal. Los Judios y los Cristianos estan acordes en ver en estos últimos oráculos la promesa de un libertador ó de un Mesías, que debia venir en la plenitud de los tiempos, y cuyos beneficios é imperio debian extenderse á todas las naciones. Pero estos aseguran que aquel augusto personaje ha venido ya, y que es Jesus hijo de María, crucificado en Jerusalen hace diez y ocho siglos; y aquellos sostienen al contrario que todavía se le debe esperar. Los incrédulos por su parte pretenden que tanto unos como otros padecen ilusion, y que ningun crédito merecen todas estas profecías. En el choque de tan diferentes opiniones, ¿dónde hallaremos la verdad? Esto es lo que vamos á examinar.

Para dar órden y claridad á esta discusion, la reduciremos á tres cuestiones principales.

Primera: ¿Es cierto que hay en los libros del antiguo Testamento predicciones que anuncian la venida del Mesías?

Segunda: ¿Es cierto que los caracteres designados de antemano de este incomparable personaje se reunen en Jesucristo?

Tercera: ¿Es cierto que las dificultades que se oponen á esto carecen de toda solidez?

Tal es el asunto y la division de esta conferencia acerca de la divinidad de la Religion cristiana, probada por las profecías.

Es indudable, Señores, que uno de los puntos fundamentales de la religion judáica, ha sido en todos tiempos la expectativa de un Mesías, es decir, de un poderoso libertador destinado á reinar sobre todos los pueblos. De esta tradicion se encuentran vestigios muy marcados de siglo en siglo hasta nosotros, y los autores, tanto judíos como paganos, atestiguan unánimemente que la esperanza del Mesías era general en la época en que Jesucristo apareció en el mundo (1). ¿Pero está verdaderamente fundada en los libros santos una tan antigua y arraigada creencia? Todo hombre de buena fe se convence de ello con la mayor facilidad. Nada hay en efecto mas frecuentemente repetido en los libros del antiguo Testamento, que la promesa de un Mesías bajo la idea general de un libertador destinado á fundar una nueva alianza. Es verdad sin embargo que esta promesa no está igualmente manifestada en todos los tiempos, ni en todos los profetas: es una luz que tiene su principio y su aumento, pero que no deja de alumbrar en todos los siglos, y aunque al principio solo sea un débil rayo, se extiende y aumenta despues por grados, hasta llegar á ser con el tiempo una luz brillante.

Apénas nuestros primeros padres incurren

(1) Joseph, *De Bello Judaico*, lib. VI, cap. v, n. 4. — Talmud Babyl., *Sanh.*, cap. II. — *Luc.*, III, 15. — *Joan.*, I, 19, 20; IV, 25. — Sueton., *in Vespas.*, cap. IV. — Tacit., *Histor.*, lib. V, cap XIII.

por su rebelion en la desgracia del Criador, cuando ya oyen de la boca de su soberano juez la promesa de un libertador que los rescatará de la esclavitud del demonio. «Yo pondré, dice «Dios á la serpiente, enemistades entre tí y la «mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; «ella quebrantará tu cabeza (1).» El estilo oscuro y figurado de esta profecia, en que el demonio está designado bajo el emblema de una serpiente, puede sin duda alguna dar márgen á bastantes dificultades; y aun se podria confesar que, si no estuviese aclarada por otras mas recientes, no seria bastante para demostrar rigurosamente la promesa de un redentor. Sin embargo, observad, Señores, que el sentido de estas palabras misteriosas está claramente determinado por las mas antiguas tradiciones del género humano (2). No solo los Judíos, sino tambien los mismos paganos, segun confiesa expresamente Boulanger (3), han conservado la tradicion de un libertador todo poderoso que debia traer la salud á los hombres, y reconciliarlos con Dios; y lo que no es menos notable, es que este enviado de lo alto está figurado en muchas mitologías bajo la imágen de un Dios que quebranta la cabeza de una serpiente dañosa al género hu-

(1) *Génesis*, III, 15.
(2) Véanse los Targums ó Paráfrasis caldáicas.
(3) Boulanger, *Antiquité dévoilée*.

mano (1). ¿Y de dónde ha podido provenir una tradicion tan general entre tantos pueblos diferentes, sino de la tradicion primitiva que ha explicado la promesa hecha á nuestros primeros padres en el sentido que nosotros le damos? Por otra parte, á poco que se examine el contexto del pasaje que tratamos, se verá traslucir en cada palabra, á través de los rigores del decreto que contiene, la misericordia que suaviza los golpes de la justicia. En el Dios terrible que maldice, se descubre siempre un padre mas que un juez; se conoce que hiere como á pesar suyo, y que si castiga por el pronto, se reserva perdonar en adelante. El objeto pues de esta prediccion es visiblemente el consolar á lo menos á los culpables en su desgracia, y reanimar su esperanza despues de su caida. Pero hablando de buena fe, ¿los hubiera Dios consolado eficazmente, limitándose á anunciarles la enemistad que existiria en lo sucesivo entre el hombre y la serpiente natural? Dad por el contrario á estas palabras divinas el sentido que nosotros les atribuimos, conforme á la tradicion mas antigua y mas universal, y veréis desde luego cumplido el objeto que Dios se propuso, que fué reanimar el valor del hombre caido. Lo menos que este debió inferir de tal promesa, fué que uno de sus descendientes con-

(1) Véase lo obra de Faber titulada *Horæ Mosaicæ*, sect. I, cap. XII. Véase tambien *Essai sur l'Indifférence*, tom. III, cap. XXVII, pag. 408, etc.

seguiria sobre el demonio una victoria famosa; que por lo tanto su estado no era desesperado, y que algun dia se veria libre de los males que se habia atraido con su desobediencia.

Pero sigamos la larga cadena de profecías, de que esta no es mas que el primer eslabon, y veremos desenvolverse sucesivamente los designios de la divina misericordia, y adquirir de dia en dia una nueva claridad.

Cerca de dos mil años ántes de Jesucristo, cuando todos los pueblos se precipitaban en la idolatría, escoge Dios á Abrahan y á toda su familia, para formar de ella una nacion privilegiada, y anuncia á este santo patriarca, no solo que seria padre de un pueblo innumerable, sino que de su descendencia saldria un personaje en quien serian benditas todas las generaciones. « Abandona tu pais, le dice, y ven á la tierra « que te enseñaré, y te haré tronco de un gran « pueblo, y todas las naciones de la tierra serán « benditas en aquel que nacerá de tí (1). » Igual promesa se renovó en los mismos términos á Isaac y á Jacob, descendientes de Abrahan (2); é, iluminado con nueva luz, el mismo Jacob, en el lecho de la muerte, señala entre las doce tribus á la de Judá, como la destinada á dar á luz al *Deseado de las naciones*. « El cetro, dice,

(1) *Génesis*, XII, 13; XXII, 18.
(2) *Génesis*, XXVI, 3, 4; XXVIII, 13, 14.

« (es decir la autoridad soberana) no será quitado de Judá, ni de su posteridad el caudillo, « hasta que venga el que ha de ser enviado, y « este será la *esperanza de las naciones* (1). » ¿Y quién no reconoce por esta última señal al personaje célebre prometido ya á Abrahan, á Isaac y á Jacob, á *aquel en quien todas las naciones debian ser benditas,* al libertador en fin anunciado al hombre culpable desde el origen del mundo?

Bien sé, Señores, que, embarazados los Judíos modernos con esta profecía, que señala con caractéres tan vivos la época exacta de la venida del Mesías, nada han perdonado para eludir su fuerza, y aun para dar al oráculo de Jacob un objeto del todo diferente del que nosotros le atribuimos. Pero, sin seguir aquí las discusiones de los eruditos acerca del texto original, lo que no permite el plan de este discurso, ¿no podremos cortar toda la dificultad con una observacion decisiva? Es una cosa indudable que todos los Judíos antiguos, tanto ántes de Jesucristo, como durante los primeros siglos del cristianismo, aplicaban al Mesías igualmente que nosotros el oráculo de que ahora se trata. La traduccion de los libros sagrados conocida bajo el nombre de *Version de los Setenta,* anterior á Jesucristo cerca de trescientos años, las paráfrasis ó comentarios publicados por los Judíos despues de la venida

(1) *Génesis,* XLIX, 10.

de Jesucristo (1), todos los escritos de sus antiguos doctores (2), adoptan unánimemente la explicacion que nosotros damos hoy á esta famosa profecía. ¿Qué deberemos por consiguiente pensar de las interpretaciones sospechosas, ideadas por un pequeño número de doctores modernos, despues de tan larga serie de siglos? ¿No podremos con fundamento atribuirlas únicamente á la necesidad de defender una causa desesperada? ¿Con que derecho se atreven algunos preciados de sabios en nuestros dias, á vanagloriarse de haber penetrado el sentido de las profecías mejor que aquellos intérpretes tan sabios, tan próximos además al tiempo en que dejó de ser vulgar la lengua hebrea, y que debian poseer aun en toda su integridad el depósito de las antiguas tradiciones? No olvidemos esta observacion importante, que previene y resuelve anticipadamente la mayor parte de dificultades que nos oponen en el dia los Judíos.

Pero á medida que se adelanta en la serie de los tiempos, aparecen las promesas mas claras y mas circunstanciadas. Los libros proféticos sobre todo están llenos de predicciones, que, por confesion de los Judíos tanto antiguos como modernos, no pueden convenir sino al Mesías.

(1) Véase en la Políglota de Inglaterra las paráfrasis de Onkelos, de Jonatan y de Jerusalen.

(2) Talmud, Gemar., *Tract. Sanhed.*, cap. II.

En efecto, todas las páginas de estos divinos libros nos anuncian una nueva alianza, que no será particular á los hijos de Jacob, sino que extenderá entre todos los pueblos del mundo el conocimiento y culto del verdadero Dios, y someterá todas las naciones al reinado del Mesías.

¡Con que magnificencia no se canta este gran suceso en el libro de los Salmos! Muchas veces no pensaba David, al empezar aquellos sublimes cánticos, mas que en celebrar la gloria de su hijo Salomon; pero de repente se arrebata, sale de si mismo, é iluminado por una luz celestial, entrevé á lo lejos á aquel de quien Salomon era figura, y pinta la gloria del Mesías con rasgos que es imposible aplicar á ningun otro. No solo ve como Abrahan á *todas las naciones de la tierra benditas en este nuevo Rey* (1), sino que contempla con admiracion todos los pueblos sometidos á su imperio, y postrados á los piés del solo Dios verdadero. « En estos dias dichosos, dice (2), « florecerá la justicia con la abundancia de la « paz, el imperio del nuevo Rey se extenderá de « un mar á otro, y hasta los últimos confines del « mundo. Los moradores del desierto se postra- « rán ante él, y sus enemigos besarán el polvo « de sus piés. Todos los reyes de la tierra le ado- « rarán, y todas las naciones le rendirán home-

(1) *Salmo* LXXI, 17.
(2) *Salmo* LXXI, 7, etc.

«naje.» Otras veces es el mismo Mesías, hablando en la persona del Profeta, quien anuncia este asombroso suceso y le presenta como la recompensa de sus trabajos y el fruto de sus padecimientos. «Yo os alabaré, dice (1), ó Señor, en una asamblea numerosa, y en presencia de los que os temen ofreceré mis votos..... Entónces todos los confines de la tierra se acordarán «del Señor, y se convertirán á él. Todos los pue«blos le adorarán, porque del Señor es el reino, «y él ha de tener el imperio de las naciones.» ¿Era posible, Señores, predecir con mas claridad la ruina de la idolatría y la vocacion de los gentiles al culto del Dios verdadero? Pues sin embargo, aun se aumenta, si es posible, la luz de estas profecías por la de los libros posteriores.

Trescientos años despues de David, el mas sublime de las profetas, Isaías, describe en los términos mas magníficos el reino futuro del Mesías, é insiste principalmente sobre el carácter distintivo de este reino, esto es, sobre la conversion de los gentiles al culto del Dios verdadero (2). «En los últimos dias, dice este Pro«feta, estará preparado el monte de la casa del «Señor en la cumbre de los montes, y se ele«vará sobre los collados, y correrán á él todas las

(1) *Salmo* XXI, 26, etc
(2) *Isaías*, II, 2, etc.

«gentes. E irán muchos pueblos, y dirán: Venid, «y subamos al monte del Señor, y á la casa del «Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y «andaremos en sus senderos: porque de Sion «saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jeru- «salen.... Y será abatida la altivez de los varo- «nes, y solo el Señor será ensalzado en aquel «dia; y los ídolos serán del todo desmenuza- «dos.... En aquel dia el renuevo de la raiz de «Jessé (1), que está puesto por bandera de los «pueblos, será invocado de las naciones, y será «glorioso su sepulcro.... Este rociará muchas «gentes (2), ante él cerrarán los Reyes su boca, «porque le verán aquellos á quienes no se contó «de él, y los que no le oyeron, le contempla- «rán.... Ved que le dí á los pueblos por tes- «tigo (3), por caudillo y por maestro á las na- «ciones. He aquí que llamarás al pueblo que no «conocias; y las gentes que no te conocieron, «correrán á tí, por causa del Señor tu Dios, y del «Santo de Israel, que te glorificó.... Regocíjate, «estéril que no pares (4); canta alabanza y grita «la que no parías: porque son muchos mas los «hijos de la desechada, que los de aquella «que tiene marido, dice el Señor. Ensancha el «sitio de tu tienda, y extiende las pieles de tus

(1) *Isaías*, XI, 10, etc.
(2) *Isaías*, LII, 15.
(3) *Isaías*, LV, 4 etc.
(4) *Isaías*, LIV, 1, etc.

«pabellones, no seas escasa : haz largas tus «cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque te «extenderás á la derecha y á la izquierda; y «tu prole heredará las gentes, y poblará las «ciudades desiertas.... Porque reinará en tí el «que te crió : el Señor de los ejércitos es el «nombre de él; y tu Redentor, el Santo de «Israel, será llamado el Dios de toda la tierra.... «Mas yo vengo, dice el Señor (1), á recoger «las obras de ellos, y los pensamientos de «ellos con todas las gentes y lenguas; y ven«drán, y verán mi gloria.... y de los que fueren «salvos, yo enviaré á las gentes de la otra parte «del mar.... á aquellos que no oyeron de mí, «y no vieron mi gloria. Y anunciarán mi gloria «á las gentes, y traerán á todos vuestros her«manos de todas las naciones como un presente «al Señor.... y tomaré de entre ellos para sacer«dotes y levitas, dice el Señor.»

¡ Cuántas otras predicciones no menos terminantes podríamos añadir sobre el mismo objeto! Pero vuelvo á preguntaros, Señores : ¿era posible poner mas en claro las promesas hechas á Abrahan, á nuestros primeros padres? ¿ Era posible esparcir una luz mas viva sobre aquellas palabras, tantas veces repetidas á los antiguos patriarcas, *todas las naciones de la tierra serán benditas* en aquel que saldrá de vosotros? ¿ No nos obli-

(1) *Isaías*, LXVI, 18, etc.

gan la serie y el enlace de todas estas profecías á reconocer que, muchos siglos ántes de Jesucristo, estaba predicho claramente que el conocimiento y culto del verdadero Dios no habian de estar siempre vinculados en el pueblo escogido; y que todos los pueblos del mundo abandonarian algun dia sus supersticiones, para adorar al único Dios vivo y verdadero, manifestado por el ministerio de un descendiente de David? Prediccion tanto mas notable, cuanto combatia directamente el orgullo y las preocupaciones del pueblo Judío, tan zeloso naturalmente de sus privilegios, y tan poco dispuesto á partirlos con las naciones extrangeras.

Pero ya es demasiado insistir sobre un punto en que los mismos Judíos, nuestros enemigos declarados, convienen con nosotros. Vista ya la promesa de un Mesías clarameute anunciada en los libros del Antiguo Testamento, veamos si los caractéres de este personaje extraordinario se reunen en el que adoran los cristianos.

La época de la venida de Jesucristo, la historia de su nacimiento, de su vida y de su muerte, y los prodigiosos efectos que han producido, demuestran hasta la evidencia que Jesus, hijo de María, es el verdadero Mesías anunciado por los antiguos Profetas.

Ya hemos visto en la profecía de Jacob que la época de la venida del Mesías está señalada por dos mutaciones, una respectiva al pueblo

Judío, y otra á las naciones extranjeras. Segun este célebre oráculo, debia cesar toda autoridad en la casa de Judá en los dias del Mesias, lo que, segun nota Bossuet, *lleva consigo la ruina total de un estado* (1). En la misma época debia formarse un nuevo reino, compuesto no de un solo pueblo, sino de todos, y cuya cabeza y esperanza debia ser el Mesías. Pues bien: ¿ qué es lo que vemos con nuestros mismos ojos? ¿ No vemos á la tribu de Judá, así como á toda la estirpe de los Judíos, dispersa acá y allá por toda la superficie del globo, sin estado político, sin forma alguna de nacion, y despojada enteramente de la autoridad que la prediccion de Jacob le aseguraba hasta la venida del Mesías? ¿ Y en que época ha perdido esta prerogativa? ¿ No la ha perdido en el siglo mismo en que Jesucristo apareció sobre la tierra? Treinta y seis años ántes del nacimiento de Jesucristo sucedió la usurpacion de Heródes, Idumeo de orígen; y treinta y siete despues de la muerte de aquel, se verificó la ruina total de Jerusalen, que acabó de quitar á la tribu de Judá no solo su preeminencia, sino tambien su existencia política. ¿ Qué vemos además en esta misma época? Vemos levantarse de repente sobre las ruinas de este imperio, otro nuevo reino en el que entran apresuradamente las naciones; un reino que abraza en breve

(1) *Disc. sur l'Hist. universelle,* II^e^ part., c. II, hácia el fin.

á toda la tierra, y que adora á Jesucristo como á su divino soberano. ¿ Y quién podrá dudar, en vista de esto, que Jesucristo no esté verdaderamente designado en la profecía de Jacob? Que otro personaje ha aparecido al mismo tiempo, á quien con alguna verosimilitud se pueda dar el título de Mesías?

Pero oigamos la aclaracion que Daniel da á este oráculo de Jacob hácia el fin de la cautividad, es decir, mas de quinientos años ántes de Jesucristo.

Este profeta, reverenciado de los mismos Reyes idólatras por su singular prudencia y por sus luces sobrenaturales, ve por diferentes veces la sucesion de las cuatro grandes monarquías que deben preceder al reino del Mesías (1); las designa con su carácter propio y con tanta exactitud, que los mas grandes enemigos de la Religion, siguiendo á Porfirio (2), no han podido eludir la fuerza de sus predicciones, sino poniendo en duda su autenticidad. Ve primeramente el imperio de los Asirios arruinado por el de los Medos y los Persas, el cuál cede bien pronto su plaza al imperio de los Griegos, y todos son confundidos por último bajo el dominio de los Romanos. Ve tambien formarse en el seno mismo de este último imperio un reino de un órden

(1) *Dan.*, II, III, V, VIII.
(2) *Præfat. comment. S. Hier. in Dan.*

mas excelente, al que llama *el reinado del Hijo del hombre, el reinado de los santos del Altísimo, un reino eterno al que todos los pueblos, todas las tribus, todas las lenguas estarán sometidos* (1).

Ya reconoceréis claramente que el Mesías ha debido venir ántes de la caida del imperio Romano; pero ved otra cosa mas admirable aun.

Estaba ya para expirar el tiempo señalado en los designios de Dios para la cautividad de Babilonia, y Daniel le dirigia los ruegos mas fervorosos por la libertad de sus hermanos, cuando de repente se eleva á misterios mas altos, y ve una libertad mucho mas importante; ve al género humano redimido de la esclavitud del demonio, y esparcida la bendicion sobre la tierra por el Mesías. El ángel Gabriel se le aparece, y le dice (2): « Se han fijado setenta semanas (es « decir, como pronto veremos, cuatrocientos y « noventa años) en favor de tu pueblo y de tu « santa ciudad, para que se acabe la preva- « ricacion, y tenga fin el pecado; y la iniquidad « sea borrada, y venga la justicia perdurable, « y se cumpla la vision y la profecía, y sea un- « gido el Santo de los Santos. Sábete, pues, y « nota atentamente: Desde que salga la órden

(1) *Daniel*, II, 44; VII, 13, 14 y 27.
(2) *Ibid.*, IX, 23, etc.

« para que sea reedificada Jerusalen hasta el « reinado del Cristo, pasarán siete semanas y « sesenta y dos semanas : y se edificará de nuevo « (durante las siete primeras semanas) la plaza « y los muros en tiempos de angustia : y des- « pues de sesenta y dos semanas se quitará la « vida al Cristo, y no será mas suyo el pueblo « que le ha de negar. Y un pueblo vendrá con « su caudillo, que destruirá la ciudad y el san- « tuario, y despues del fin de la guerra subsis- « tirá la desolacion. Confirmará empero (el « Cristo) su alianza con muchos en una semana, « y á la mitad de esta semana cesarán las hos- « tias, los sacrificios, y estará en el templo la « abominacion de la desolacion, y durará la de- « solacion hasta la consumacion y el fin. »

Meditemos, Señores, por algunos instantes una prediccion tan exacta, cuyas consecuencias confunden verdaderamente á todos los enemigos de la Religion.

Observad en primer lugar, que el Cristo anunciado en este oráculo es incontestablemente el Mesías; porque ¿á quién otro podia Daniel llamar por excelencia *el Cristo, el Santo de los Santos, en quien se cumplirian las profecias, que destruiria la iniquidad y haria reflorecer sobre la tierra la justicia eterna?* Así el corto número de Judios modernos que han intentado dar á estas profecias otro objeto, están sobre este punto, como sobre otros muchos, en oposicion mani-

fiesta con las mas antiguas y constantes tradiciones de su nacion (1).

Notad tambien que en el estilo de la Escritura la palabra *semana* se toma unas veces por la semana comun de siete dias, y otras por un período de siete años (2). ¿Quereis que aquí se entiendan semanas de dias? ¿Pero cómo puede creerse que un intervalo de tiempo tan corto bastase para toda aquella serie de grandes sucesos anunciados en la profecía? La razon y la historia desechan semejante idea. Tomando al contrario las setenta semanas por semanas de años, es decir por un espacio de 430 años, todo es claro y todo razonable en el oráculo de Daniel; y la duracion del tiempo que señala viene á concluir precisamente hácia el año treinta y tres de la era cristiana, segun el cómputo unánime de los cronologistas; cómputo tan constante, que algunos Judíos modernos han imaginado decir, para eludir sus consecuencias, que las setenta semanas de Daniel son semanas de siglos, y que por lo tanto el Mesías no debe aparecer en el mundo hasta cuarenta y nueve mil años despues de este profeta. Seria ciertamente supérfluo detenernos en rebatir una suposicion tan arbitraria, y tan falta de fundamento en las costumbres de los Judíos, como en las de los demás pueblos.

(1) Thalmud Gem., *Tract. Sanhed.*, cap. II.
(2) *Levitic.*, XXV, 8.

Si los estrechos límites de este discurso nos lo permitiesen, nos seria muy fácil, con el texto de Daniel en una mano y el Evangelio en la otra, seguir esta profecía en todos sus pormenores, y manifestar que todas sus partes se han cumplido perfectamente en Jesucristo, á pesar de las discusiones poco importantes que existen entre los sabios para fijar todas las épocas con una rigurosa exactitud. «¿Pero por qué discurrir mas, «observa juiciosamente el ilustre obispo de «Meaux (1)? Dios ha cortado la dificultad, si «alguna habia, con una decision que no ad- «mite réplica. Un suceso manifiesto nos hace «superiores á todas las sutilezas de los cronolo- «gistas; y la ruina total de los Judíos verificada «tan inmediatamente despues de la muerte de «Nuestro Señor Jesucristo, hace ver aun á los «menos perspicaces el cumplimiento de la pro- «fecía.»

Otro rasgo caracteriza todavía en los Profetas la época de la venida del Mesías, y no se aplica menos admirablemente al tiempo de Jesucristo. Apresúranse los Judíos á su vuelta de la cautividad á reedificar el templo de Jerusalen; pero á pesar de todos los esfuerzos de su zelo, este templo queda muy inferior en magnificencia al de Salomon. Afligense por esto los ancianos de Israel; pero dos Profetas enviados al punto para

(1) *Disc. sur l'Histoire univers.*, IIe part., cap. IX.

consolarlos publican la gloria del segundo templo, y no temen preferirle al primero (1). «Aun «falta un poco de tiempo, dice el Señor, y yo «conmoveré el cielo, y la tierra, y el mar, y «todo el universo; y pondré en movimiento «todas las gentes, y vendrá *el Deseado de todas las «gentes,* y llenaré de gloria este templo.... La «gloria de este último templo será grande, será «mayor que la del primero, y en este templo «daré yo la paz....» «He aquí que yo envio mi «ángel, dice el Señor (2), el cual preparará el ca- «mino delante de mí, y luego vendrá á su *tem- «plo* el Dominador á quien buscais vosotros, el «Angel del Testamento, de vosotros tan deseado, «vedle ahí que viene, dice el Señor de los éjer- «citos.»

¿Y quién otro mas que el Mesías ha podido ser designado con estos grandes caracteres de *el Deseado de las naciones, el Angel del Testamento ó de la alianza, el Dominador por excelencia?* ¿Quién otro ha podido ser representado como Señor del templo, donde entra como en *su propia morada?* Este es el gran título de gloria que realza la pobreza del segundo templo sobre la magnificencia del primero, porque aquel será honrado por la presencia del Mesías. Por consiguiente el Mesías ha debido venir miéntras que

(1) *Agg.*, II, 7, etc.
(2) *Malach.*, III, 1.

subsistia este templo, cuya ruina siguió de cerca á la muerte de Jesucristo.

Reunamos, Señores, en un solo punto todos los datos esparcidos en las profecias que acabamos de citar, y veamos si era posible señalar mas claramente la época fija de la venida de Jesucristo. Segun el oráculo de Jacob debia permanecer el cetro en la tribu de Judá hasta la llegada del Mesias; segun los oráculos de Malaquías y de Ageo, este nuevo legislador ha debido aparecer en el mundo ántes de la ruina del segundo templo de Jerusalen; por último, segun el oráculo de Daniel, ha debido ser condenado á muerte cerca de cinco siglos despues del decreto dado por el Rey de Persia, en que autoriza á los Judíos para reedificar el templo. Todas estas épocas terminan precisamente en el tiempo en que Jesucristo apareció en el mundo, es decir, en el espacio que medió entre el reinado de Heródes, y la expedicion de Tito contra la Judea.

No se engañaron en esto los Judíos de aquel tiempo; y los monumentos de la historia, tanto sagrada como profana, atestiguan que todos en aquella época estaban generalmente persuadidos de la próxima venida del Mesías (1). Los sacerdotes y el pueblo, los Judíos dispersos en el Imperio Romano, así como los que habitaban la

(1) Suetón., *in Vespas.*, cap. IV. — Tacit., *Hist.*, lib. V, cap. XIII. — Joseph, *de Bello Judaico*, lib. V, cap. XXXI. — *Luc.*, III, 15. — *Joan.*, I, 19; IV, 17.

Palestina, y los Samaritanos mismos, tan opuestos por otra parte al resto de la nacion sobre los puntos mas importantes, todos participaban en este punto de la persuasion general. Jamás habia sido tan viva ni impaciente la esperanza de un Mesias. Los mismos Judíos modernos convienen en que la época prefijada por los Profetas para la venida del Mesias, ha expirado hace ya mucho tiempo; y sus mas célebres doctores solo se ocupan en indagar los motivos por que Dios ha diferido tanto el cumplimiento de sus promesas, atribuyéndolo tan pronto á las infidelidades de su nacion, y tan pronto á que los oráculos que anunciaban al Mesías eran puramente condicionales, es decir, que este enviado del cielo deberia, si, bajar á la tierra, pero solo en el caso de que nada se opusiese á su venida. Mas ¿ puédese en verdad alegar sériamente razones semejantes? ¿ Es posible que no vean que todos esos oráculos estan expresados en los términos mas absolutos, y que la interpretacion que les dan, para excusar su obstinacion, arruinaria por su cimiento la autoridad de toda profecía? Por último ellos mismos conocen tan á fondo la debilidad de sus respuestas, que, para cortar de una vez todas las dificultades, han pronunciado hace mucho tiempo *anatema á los que calculen los tiempos del Mesías* (1), « á la manera, dice Bos-

(1) Grm., *Tract. Sanhed.*, cap. 11. — Abrav. *de Cap. fidei.*

« suet (1), que un piloto cuyo navío ha sido « extraviado por la tempestad, abandona deses- « perado su cálculo para dejarse llevar adonde « le conduce elacaso. »

Pero acabemos de afirmar y consolar nuestra fe, comparando las principales acciones de la vida de Jesucristo con las antiguas predicciones que han caracterizado la persona y el ministerio del Mesías.

En efecto, no satisfechos los profetas con señalar con tanta precision la época de la venida del Mesías, entran en pormenores verdaderamente maravillosos acerca de su nacimiento, de su vida y de su muerte, y en fin sobre la admirable revolucion que su venida debia causar en el universo. Cuanto mas se aproximaba el tiempo, tanto mas claros y circunstanciados se hacian los oráculos: cada profeta estaba encargado de añadir alguna nueva pincelada al cuadro trazado ya por los profetas anteriores, y cuando Jesucristo vino al mundo ya estaba hecha su historia.

Habeis oido las profecías que anunciaban que el Mesías descenderia de Abrahan, de Isaac, de Jacob y de la familia misma de David. los Judios modernos, así como los antiguos, estan tan intimamente persuadidos de esto, que le designan comunmente bajo el nombre de *hijo de*

(1) *Disc. sur l'Histoire universelle,* IIe p., chap. XXIII.

David (1). Además en tiempo de Jesucristo no solamente estaban generalmente persuadidos de que el Mesías descenderia de David, sino tambien de que naceria en Bethleem, patria de este príncipe (2), conforme á la profecia de Miqueas (3): y esto mismo es lo que hallamos cumplido punto por punto en la persona de Jesucristo.

¿Y qué no vió el profeta Isaías? ¿No habla como un Evangelista mas bien que como un profeta? La predicacion de Juan Bautista (4), la mansedumbre y caridad del Mesías (5), la multitud de sus milagros (6), las ignominias y los padecimientos que debian conducirle á la gloria (7), su nueva alianza con todos los pueblos del mundo, la prodigiosa fecundidad de su Iglesia (8), la incredulidad de los Judíos y su justo castigo: nada es olvidado en esta historia anticipada del Mesías; todo se pinta en ella con rasgos tan señalados, que, á no violentar manifiestamente las expresiones del profeta, no pueden aplicarse á ningun otro mas que á Jesucristo.

Leed sobre todo, Señores, las predicciones que anuncian las ignominias y la muerte de este

(1) *Math.*, XXI, 19; XXII, 42, etc.
(2) *Ibid.*, II, 5.
(3) *Mich.*, V, 2.
(4) *Isaias*, XL, 3.
(5) *Ibid.*, XLII, 1, etc.
(6) *Ibid.*, XXXV, 5, etc.
(7) *Ibid.*, LIII, 5.
(8) Véanse los pasajes citados.

justo que debe venir : ellas son tan claras que no se necesita de comentarios ni de raciocinios. « ¿Quién ha creido ó *creerá* en nuestro anun- « cio, exclama el profeta (1), y á quién ha sido « revelado ese *Mesias*, brazo *ó virtud* del Señor? « Porque él crecerá á los ojos del *pueblo* como « una humilde planta, *y brotará* como una raiz « en tierra árida; no es de aspecto bello, ni es « esplendoroso : nosotros le hemos visto, *dicen,* « y nada hay que atráiga nuestros ojos, ni llame « nuestra atencion hácia él : *vímosle despues* « despreciado y el desecho de los hombres, varon « de dolores..... Pero nosotros le reputamos en- « tónces como leproso y como hombre herido *de* « *la mano* de Dios, y humillado, siendo así que « por causa de nuestras iniquidades fué él lla- « gado, y despedazado por nuestras maldades : « el castigo de que debia nacer nuestra paz *con* « *Dios* descargó sobre él, y con sus cardenales « fuimos nosotros curados. Como ovejas descar- « riadas hemos sido todos nosotros : cada cual « se desvió de *la senda del Señor para seguir* su « proprio camino, y á él *solo* le ha cargado el « Señor sobre las espaldas la iniquidad de todos « nosotros ; fué ofrecido *en sacrificio* porque él « mismo lo quiso, y no abrió su boca *para que-* « *jarse* : conducido será á la muerte *sin resisten-* « *cia suya* como va la oveja al matadero, y guar-

(1) *Isaias*, LIII.

« dará silencio sin abrir siquiera su boca *delante* « *de sus verdugos*, como el corderito que está « mudo delante del que le esquila... Arrancado « ha sido de la tierra de los vivientes : para *ex-* « *piacion de* las maldades de mi pueblo : le he yo « herido, *dice el Señor*... Mas luego que él ofrezca « su vida como *hostia* por el pecado, verá una « descendencia larga *y duradera*, y cumplida « será por medio de él la voluntad del Señor ; « verá el fruto de los afanes de su alma y que- « dará saciado. Este mismo justo mi siervo, *dice* « *el Señor*, justificará á muchos con su doctrina « *ó predicacion*, y cargará sobre sí los pecados « de ellos ; por tanto le daré como porcion *ó en* « *herencia* suya una gran muchedumbre *de na-* « *ciones*, y repartirá los despojos de los fuertes, « pues quedará entregada su vida á la muerte, « y ha sido confundido con los facinerosos, y « ha tomado sobre sí los pecados de todos, y ha « rogado por los trasgresores. »

No nos detendremos en probar que este sublime oráculo se refiere al Mesías. Además de estar conformes en esto (1) las mas antiguas tradiciones del pueblo Judío, ¿ quién otro que el Mesías pudo cargarse con los pecados del mundo, y satisfacer á Dios por los delitos de los hombres? ¿Quién sino él ha podido recibir por herencia los príncipes y los poderosos, y merecer por

(1) Gem., *Tract. Sanhed.*, cap. xi.

sus humillaciones una gloria incomparable? ¿Y quién al ver los nuevos rasgos que debian caracterizar al Mesias, podrá desconocer al fundador de la Religion cristiana, que llegó á la gloria por medio de la ignominia de un suplicio, y cuya cruz ha llegado á ser objeto de veneracion en el mundo entero?

A esta historia de la pasion y muerte de Jesucristo escrita con tanta anticipacion, añadiré aun, para acabar el cuadro, los demás rasgos que se hallan esparcidos en los otros profetas. Entre los beneficios de que el cielo colmó á la nacion Judía, cuenta Zacarías el triunfo tan modesto como glorioso «del Rey pobre, del Rey pacífico, del « Rey Salvador, que entra montado sobre una « asna en la ciudad de Jerusalen (1).» El mismo profeta vió al Señor vendido por treinta dineros, y empleado el precio de la traicion en la compra del campo de un alfarero (2); tambien vió al pueblo infiel mirar por último con dolor al Dios que ha traspasado, y llorar su muerte como se llora la de un hijo único (3). ¿Qué diré de aquel cántico divino donde David nos representa á un mismo tiempo, y con tanta energía como verdad, los dolores y la gloria del Mesias?..... La cruz se le aparece como el trono de

(1) *Zach.*, IX, 9.
(2) *Ibid.*, XI, 12 y 13.
(3) *Ibid.*, XII, 10.

este nuevo Rey (1), y ve « taladrar sus manos y « sus piés, todos sus huesos señalados en la piel, « sus vestidos repartidos, y sorteada su túnica; « su lengua empapada en hiel y vinagre, sus « enemigos rugiendo al rededor de él como un « rebaño de fieras rabiosas, y ardiendo en el de- « seo de beber su sangre. » Pero al mismo tiempo ve las gloriosas consecuencias de sus padecimientos é ignominias, ve á todos los pueblos de la tierra *acordarse del Dios* que habian olvidado durante tantos siglos, ve á los pobres venir los primeros, y despues á los ricos y poderosos, para *convertirse al Señor;* ve á todas las naciones de la tierra *adorarle y bendecirle, y por último extender su imperio por todo el universo.*

Sin duda, Señores, que entre esta multitud de oráculos extraordinarios no habréis olvidado sobre todo aquellos que predicen la gran revolucion que debia obrar el ministerio del Mesias. Sabeis que á la época de su venida debia fundarse una nueva alianza, que no se limitaria como la primera á un solo pueblo, sino que extenderia el conocimiento y el culto del verdadero Dios entre todos los pueblos del mundo. Sabeis que este imperio del Mesias debia ser el fruto y la recompensa de sus humillaciones. ¿Y qué mas necesitais, despues de lo que ya hemos di-

(1) *Salm.*, XXI.

cho, para postraros ante Jesucristo, como ante el libertador prometido y esperado por tantos siglos, y que ha venido en la plenitud de los tiempos para cumplir su celestial mision? ¿No veis que los suplicios y oprobios de la cruz se han convertido para él en un fecundo manantial de gloria? ¿No fué á su voz, como á la de sus enviados, á la que cayeron los idolos, y con la que el culto del verdadero Dios se ha extendido hasta los confines de la tierra? ¿No es él por último quien, despues de haber sido el escarnio de su pueblo, reina hoy por su religion en todos los pueblos del mundo?

Aun mas : al mismo tiempo que los profetas anuncian el feliz suceso de la conversion de los gentiles, predicen tambien la incredulidad de la nacion Judía y su justo castigo. « Despues de « sesenta y dos semanas, dice el profeta Da- « niel (1), se quitará la vida al Cristo, y no será « mas suyo el pueblo que le ha de negar. Y un « pueblo vendrá con su caudillo, que destruirá « la ciudad y el santuario, y despues del fin de « la guerra subsistirá la desolacion. » « Los hijos « de Israel, dice Oseas (2), mucho tiempo esta- « rán sin rey, sin caudillo, sin altar, sin sacri- « ficios. » Este profeta añade solamente : « y « despues de esto volverán los hijos de Israel

(1) *Daniel*, IX, 26.
(2) *Oseas*, III, 4 y 5.

« en busca del Señor Dios suyo, y buscarán con « *santo* temor *y respeto* al Señor y á sus bienes « en el fin de los tiempos. » Este deplorable estado de una nacion tan privilegiada en otro tiempo demostrará tanto mas visiblemente el dedo de Dios, segun Malaquías, cuanto que las naciones idólatras, por el contrario, se convertirán entónces apresuradamente, y ofrecerán á Dios en todos los puntos de la tierra una víctima pura y sin mancha. « Ni aceptaré de vuestra « mano ofrenda ninguna, dice el Profeta (1), « dirigiéndose en nombre del Señor al pueblo « Judío; pero desde el oriente hasta el ocaso es « grande mi nombre entre las naciones, y en « todo lugar se sacrifica y se ofrece al nombre « mio una ofrenda pura; pues grande es mi « nombre entre las naciones, dice el Señor de « los ejércitos. »

¿Qué oráculo, Señores, ha tenido nunca un cumplimiento mas visible? La discusion de las predicciones particulares que hemos citado hasta aquí, aunque muy luminosas, depende algunas veces de muchos hechos que no todos pueden seguir igualmente; pero á fin de echar el sello á la autoridad de las profecías, y hacerla palpable á todos, ha querido Dios escoger algunos hechos públicos, notorios y tan bien averiguados, que nadie puede ignorarlos ni ponerlos en duda.

(1) *Malach.*, I, 10 y 11.

Estos hechos asombrosos, de que es testigo el mundo entero, son la conversion de los Gentiles y la desolacion del pueblo Judío. Estos grandes sucesos debian verificarse, segun todos los antiguos profetas, á la venida del Mesías; y si algo hay cierto en la historia, es que la conversion de los Gentiles y la ruina total de la nacion Judía datan precisamente desde el siglo de Jesucristo y de la predicacion de su Evangelio. Desde esta época la idolatría se ve atacada en todos los puntos del mundo, y los pueblos, dormidos por tantos siglos en el olvido de su Criador, salen de tan dilatado letargo. Al mismo tiempo es destruido en Jerusalen el antiguo culto, y queda sepultado bajo las ruinas del templo; y el pueblo querido de Dios en otro tiempo, se ve visiblemente privado de las promesas hechas á sus padres, desterrado de su pais, esclavo en todas partes, sin honor, sin libertad, sin forma de pueblo, llevando sobre sus hombros un yugo de hierro, cuyo peso hubiera acabado con él, si Dios no le reservase, segun sus promesas, para servir algun dia al mismo Mesías á quien ha desconocido. ¿Y en vista de unas predicciones tan manifiestamente divinas, y tan incontestablemente cumplidas, no deberemos llorar la inexcusable ceguedad del pueblo Judío, en lugar de esforzarnos en desechar la verdad que brilla aquí con luz tan clara y tan copiosa? No será esta la ocasion de exclamar con Bossuet, á quien

hace tiempo estoy tomando los pensamientos, y aun frecuentemente las palabras (1): « Qué has « hecho, pueblo ingrato? cómo es que Dios te « ha olvidado despues de haberte elegido? y qué « es de sus antiguas misericordias? ¿Que delito, « que atentado mayor aun que la idolatría te « hace experimentar un castigo que nunca te « habian atraido tus idolatrías? ¡Callas, y no « puedes comprender lo que ha hecho á Dios « tan inexorable! Acuérdate de aquellas pala- « bras de tus padres : *Caiga su sangre sobre no-* « *sotros y sobre nuestros hijos;* y recuerda tam- « bien estas : *Nosotros no tenemos mas rey que al* « *César.* No, el Mesias no será tu rey : conserva « bien lo que has elegido, sé el esclavo del César « y de los reyes hasta que *la plenitud de las na-* « *ciones haya entrado* (en la Iglesia), *y entónces* « *salvarse ha todo Israel* (2) . »

Pero que digo, Señores? ¿ no se ha extendido esta deplorable ceguedad mas que al pueblo deicida? ¡ Ah ! ¿ No participarán tambien de ella algunos de los que me escuchan? ¿ No estará tambien la luz viva que arrojan nuestros divinos oráculos oscurecida en algunos por las nubes de las pasiones, ó por funestos errores? Pero de buena fe, Señores, ¿ quién sino Dios ha podido dictar con un órden tan admirable, y á

(1) *Disc. sur l'Hist. univ.*, II^e^ part., cap. XXIV.
(2) *Roman.*, XI, 25, 26.

tantos profetas diferentes, esa multitud de predicciones sucesivas que forman á la postrera un conjunto tan maravilloso? ¿ Quién ha podido, en una tan gran distancia, establecer tal conformidad entre las predicciones y los sucesos? En una palabra, ¿ quién ha podido trazar con mano segura y por entre el curso de los tiempos, la historia anticipada, y, digámoslo así, el cuadro fiel de todo lo que debia suceder tantos siglos despues? Si seria una suposicion extraordinaria que una ó dos de estas profecías se hayan cumplido por casualidad, ¿ no será ir abiertamente contra la recta razon suponer que tantas predicciones hechas en distintas épocas durante una serie tan larga de siglos no han debido su cumplimiento mas que al acaso? « Aun cuando un « solo hombre, dice Pascal (1), hubiese com- « puesto un libro de predicciones relativas al « tiempo y al modo de la venida de Jesucristo, « seria ya una prueba de una fuerza infinita el « que esta se hubiese verificado con arreglo á « estas profecías. Pero aun hay mas en esto : es « una sucesion de hombres que por espacio de « cuatro mil años predicen el mismo suceso, « uno despues de otro, constantemente, y sin va- « riacion; es todo un pueblo el que le anuncia, « y el que subsiste durante cuatro mil años para « dar en cuerpo de nacion un testimonio de la

(1) *Pensées*, art. xv, n. 2.

« seguridad que tiene de él, y de la que no pue-
« den disuadirle ni las amenazas ni las persecu-
« ciones : esto es ya digno de mayor considera-
« cion. »

Yo no ignoro, Señores, que esta prueba de la Religion ha sido, como todas las demás, impugnada por diversos medios; pero no temo decirlo, la debilidad misma de las dificultades que se le oponen, le da una nueva fuerza, y esto es lo que vamos á demostrar en la tercera cuestion.

Para dar á estas objeciones su justo valor, bastaria, Señores, notar su oposicion, ó mas bien su contradiccion manifiesta. Entre los incrédulos, unos desechan nuestras profecias, porque las tienen por oscuras y ambiguas (1); otros, porque les parecen demasiado claras, para que puedan haber sido compuestas ántes de los sucesos (2). Tan singular variedad en los medios de nuestros adversarios, ¿no es ya un testimonio bastante claro dado en apoyo de la verdad por sus propios enemigos? ¿ Y no podriamos con fundamento despreciar dificultades tan evidentemente contradictorias, y dejar á los incrédulos el cuidado de entenderse, ántes que nos creamos obligados á refutarles?

Pero cualquiera que sea la ventaja que podriamos sacar de esta observacion general, entremos

(1) Bayle, Collins, Tindal, Voltaire, *Dictionnaire philosophique, Traité de la Tolérance.*

(2) Porfirio, *Préface* de saint Jérôme sur *Daniel.*—Spinosa, Volney, etc.

en los pormenores de las dificultades que se nos oponen.

La primera impugna la autenticidad misma de nuestras profecías. Las hay, dicen, de tal modo claras, que es imposible creer que hayan sido hechas ántes de los sucesos. Esto es lo que se objeta en particular contra las profecías de Daniel, donde se describe de un modo tan exacto la sucesion de los imperios; y Voltaire no contento de tomárselas con los oráculos de un solo profeta, ha llevado la osadía hasta querer desquiciar en general la autenticidad de los libros sagrados del pueblo Judío, indicando en varios parajes que este pueblo no aprendió á escribir sino en Babilonia, ó acaso en Alejandría.

Para disipar esta dificultad, bástenos, Señores, observar que nosotros hemos recibido estas profecías de los mismos Judíos nuestros mayores enemigos, y que estos, á pesar del grande interés que tendrian en hacer dudosa su autenticidad, la miran como uno de los puntos fundamentales de su creencia. ¿ Y cómo se puede imaginar que, á no verse forzados por la evidencia misma de los hechos, hubiesen podido los Judíos reconocer jamás la autenticidad de unos libros que tan terribles armas nos dan contra ellos? Que persona sensata no suscribirá á esta juiciosa reflexion de Pascal (1) : « Este mismo

(1) *Pensées*, art. VIII, n. 2; art. X, n. 10 y 22.

« libro que de tantos modos deshonra á los Ju-
« dios, es el que ellos conservan aun á costa de
« su vida : semejante sinceridad no tiene ejem-
« plo en el mundo, ni está fundada en la natura-
« leza. » No puede ciertamente ser efecto mas que del poder divino, y de una providencia especial, que ha destinado visiblemente á este pueblo á servir de testigo al Mesias que aborrece. La fuerza de esta prueba hizo tal impresion en un filósofo del último siglo, que, á pesar de sus preocupaciones bien conocidas contra la Religion cristiana, se expresa en estos términos (1): « Esta religion tiene una ventaja de que ninguna
« otra puede gloriarse, y es haber sido anunciada
« muchos siglos ántes de su manifestacion, en
« una religion que conserva aun estos testimo-
« nios, á pesar de haber llegado á ser su mas
« cruel enemiga. »

Cuanto mas profundiceis esta reflexion, Señores, mas sentiréis el convencimiento que debe infundir en el entendimiento de todo hombre que no esté obcecado voluntariamente por injustas preocupaciones. En efecto ¿ con que apariencia de razon se podrá, en vista de semejante testimonio, poner en duda la autenticidad de nuestras profecías? ¿Se dirá que han sido fabricadas ó alteradas despues del orígen del cristianismo? Pero esta hipótesis seria visiblemente

(1) *Essai de philosophie morale*, par Maupertuis, cap. VII.

absurda; pues jamás hubieran estado los Judíos conformes con nosotros en reconocer unas profecías de orígen tan reciente, ni hubieran podido los cristianos ejecutar semejante fraude sin noticia de aquellos, y por consecuencia sin excitar por parte de ellos las mas vivas reclamaciones. ¿Se dirá acaso que nuestras profecías fueron fabricadas ántes de Jesucristo? Esto es cabalmente lo que Porfirio pretendió con respecto á las profecías de Daniel, compuestas, segun él, en tiempo de los Macabeos, es decir, cerca de siglo y medio ántes de la era cristiana. Pero aun cuando esta suposicion fuese tan fundada como es indefensable, ¿qué ganarian en ello los enemigos de la Religion? ¿Seria por eso menos cierto que la venida de Jesucristo con todo ese conjunto de circunstancias que acabamos de exponer, ha sido claramente anunciada en un tiempo en que ninguna sagacidad natural podia preverla? ¿No tendriamos motivo para mirar como divinas las profecías que, cerca de dos siglos de anterioridad á los sucesos, han predicho las diversas circunstancias del nacimiento de Jesucristo, de su vida y de su muerte, y la grande revolucion que debia causar en el mundo?

Por otra parte, Señores, ¿que apariencia hay de que las profecías hayan podido ser inventadas ó alteradas, ya sea en tiempo de los Macabeos, ó ya en otra época posterior á la cautividad de Babilonia? Advertid en efecto, que desde

esta época no estuvieron ya los Judíos concentrados como ántes en la Palestina, sino que se esparcieron por todos los reinos del Oriente, en Babilonia, en Alejandría y en todas las provincias confinantes. Notad tambien que los libros sagrados fueron traducidos al griego cerca de dos siglos ántes de Jesucristo (1), y que desde este tiempo se esparcieron no solo entre los Judíos, sino tambien entre las naciones paganas, y esto en la lengua mas conocida, mas general y mas cultivada por los hombres instruidos de todas las naciones. Por consiguiente para suplantar estos libros, ó para ingerir en ellos despues del suceso las profecias que alegamos, hubiera sido preciso alterar á un mismo tiempo el texto hebreo, y la *Version de los Setenta;* hubiera sido preciso que hubiesen sido cómplices en esto, tanto los Judíos dispersos, como los Gentiles que poseian algunos ejemplares del texto ó de la version; y lo hubiera sido por último que una multitud de hombres distantes unos de otros, y manifiestamente incapaces de concertarse, hubiesen tomado parte en esta trama, y guardado tan fielmente el secreto, que nadie hubiese podido concebir la menor sospecha. ¿Y es posible, Señores, que ningun hom-

(1) Aunque los sabios no estan acordes sobre la época fija en que se tradujeron los libros posteriores al Pentateuco, convienen en general en que su version completa existia cerca de doscientos años ántes de Jesucristo.

bre racional admita una serie de suposiciones tan extraordinarias, y pueden ser admitidas sin que se destruya enteramente la certidumbre histórica? He aquí, Señores, mas de lo que se necesita para poner á cubierto de toda duda la autenticidad de nuestras profecías. En cuanto á la asercion de Voltaire de que los Judíos no aprendieron á escribir sino en Babilonia ó en Alejandría, es demasiado arbitraria, y está demasiadamente desmentida por la historia y por la recta razon, para que nos tomemos el trabajo de refutarla.

Pero los Judíos y los cristianos, se dice además, no son los únicos que se vanaglorían de haber tenido profecías: los Griegos, los Egipcios, y la mayor parte de los demás pueblos, han tenido tambien *sus oráculos y sus adivinos;* y siendo esta prueba comun á todas las religiones, ¿qué puede inferirse á favor de una, que no se infiera tambien á favor de las demás (1)?

¿Se nos propondrá, Señores, seriamente esta dificultad? ¿Quién ha oido jamás hablar de una religion apoyada en un conjunto y encadenamiento de profecías comparables á las nuestras? La historia y las vicisitudes del pueblo judío, la sucesion de los imperios que debian preceder al del Mesías, la historia del Mesías mismo con la reunion extraordinaria de circunstancias que

(1) Voltaire, *Dictionn. philos., Tolérance, Philosophie de l'Histoire.*

habian de preceder, acompañar y seguirse á su venida; tal es, Señores, el objeto importante de las profecías, cuyo cuadro acabamos de presentaros. Y hablando de buena fe, ¿podrán uno ú dos oráculos aislados, dados en favor de un culto absurdo y ridículo, entrar en paralelo con la serie majestuosa de nuestras profecías? No, jamás se ha llevado la impostura al extremo de pretender citar en apoyo de las demás religiones una serie semejante de oráculos, y siempre ha sido constante que la Religion cristiana es la única que tiene á su favor este argumento tan decisivo.

Pero profundicemos esta dificultad, y compararemos por un momento los oráculos divinos, con los que se intenta alegar en favor de las otras religiones.

La mayor parte de religiones, dicen, se precian de tener profecías. Si, Señores, se ven en el mundo falsas profecías, como se ven historias falsas; porque la índole de la mentira es falsificar la verdad. ¿Pero será preciso negar ó suponer dudosas todas las verdades históricas porque se hayan publicado historias falsas? ¿Y deberemos dudar de todo porque algunas veces se divulguen sofismas en el mundo? Solamente la ignorancia ó la locura podrian admitir esta consecuencia. Un entendimiento sano comprende fácilmente que, si es una locura admitirlo todo indistintamente en materia de profecías, lo

mismo que en materia de historias, no lo es menos desecharlo todo sin exámen. No tratamos ahora de saber si todas las religiones han tenido sus profecías, sino únicamente si las profecías que alegamos tienen señales ciertas de divinidad. ¿Y cómo será posible no admirar los caracteres divinos que distinguen nuestras profecías, y cómo dejar de reconocer, por poco que se consideren su objeto y sus circunstancias, el lenguaje y la accion del mismo Dios? Las predicciones y conjeturas de una inteligencia criada, por perfecta que se la suponga, no pueden extenderse mas que á sucesos que tengan causas naturales y necesarias. Así es que un hábil físico predice ciertos fenómenos puramente naturales, un astrónomo las revoluciones de los astros, y un médico las crisis de una enfermedad. Pero cuando se trata de sucesos que dependen únicamente de la libre determinacion de una multitud de hombres que aun no existen, toda la ciencia de las criaturas es falible, y todas sus predicciones son necesariamente vagas y generales. Por esto era un ardid comun á los profetos del paganismo, como nos lo dice Ciceron (1), dar sus oráculos en términos tan generales y ambiguos, que pudiesen aplicarse á cualquier suceso.

¡Qué diferencia entre aquellos supuestos orá-

(1) *De Divin.*, lib. II, n. 56.

culos y los de nuestros libros santos! Estos anuncian muchos siglos ántes sucesos futuros de que no existe causa alguna natural, y que dependen absolutamente de la libre determinacion de Dios ó de las criaturas inteligentes; y los anuncian no solo sin equívoco y sin ambiguëdad, sino con tal reunion de circunstancias, que es imposible no reconocer la obra de aquel para quien nada hay oculto. Limitándonos ahora á las profecias, que hacen la materia de este discurso, es decir á las que tienen por objeto al Mesias, ¿ quién sino Dios ha podido ver, tantos siglos ántes de Jesucristo, que la tribu de Judá conservaria la autoridad soberana hasta la venida de un personaje extraordinario, que seria la *expectacion y el deseado de las naciones*? ¿Quién sino Dios ha podido revelar á Daniel la sucesion de las cuatro grandes monarquías, y con tanta claridad, que el filósofo Porfirio no ha podido eludir la fuerza de estas Profecías sino suponiéndolas hechas despues de los sucesos? ¿ Quién sino Dios ha podido determinar, con tantos siglos de anticipacion y con todos sus pormenores, las diferentes circunstancias del nacimiento de Jesucristo, de su vida, de su muerte, de su predicacion, y de la gran revolucion que deberia obrar en el mundo? ¿Se dirá que todas estas predicciones son el resultado de una perspicacia puramente natural? Pero ¿en qué causa natural pueden conocerse, muchos siglos ántes, sucesos

que dependen de la combinacion de una multitud de acciones libres y arbitrarias? Asi como la experiencia nos enseña que en el órden físico es imposible que un hombre lleve una casa sobre sus hombros, del mismo modo la razon natural nos dicta que semejantes predicciones exceden en el órden moral la sagacidad natural de toda inteligencia creada. ¿Se dirá que la concordancia perfecta de estas predicciones con los sucesos no es mas que obra del acaso? Puede ser, vuelvo á repetir, que así se pudiese suponer, si no se tratase mas que de dos ó tres predicciones generales ó aisladas; ¿pero quién no ve lo absurdo de semejante suposicion, cuando se trata de un número tan grande de predicciones, hechas con muchos siglos de antelacion por diferentes profetas, y que abrazan hasta las circunstancias mas mínimas de sucesos futuros los mas libres y arbitrarios? Conceder este honor al acaso, seria imitar la locura de un hombre que sostuviese que las magníficas pinturas de Rafael y de Rubens podrian no ser mas que el resultado de la mezcla de colores arrojados sobre el lienzo al acaso y sin designio.

Pero ¿cuánto no se aumentará nuestra admiracion si, además del objeto de estas profecías, que considerado en sí era ya tan manifiestamente superior á toda inteligencia criada, examinamos tambien las circunstancias que las realzan á nuestros ojos, quiero decir, su enca-

denamiento, su larga serie, la mira y fin que en ellas se proponian los Profetas? ¡Que cosa mas admirable que esta cadena de oráculos antiguos, cuyo primer eslabon está unido al orígen del mundo, y que, prolongándose desde allí por toda la extension de los siglos, traba y une entre sí todos los oráculos antiguos y modernos! «Considerad, dice Pascal (1), que la expecta- «cion ó la adoracion del Mesías subsiste desde «el principio del mundo sin interrupcion al- «guna; que fué prometido al primer hombre «tan luego como prevaricó; que ha habido des- «pues hombres que han dicho que Dios les habia «revelado deber nacer un Redentor que salva- «ria á su pueblo; que posteriormente nos dice «Abrahan que le habia sido revelado que de un «hijo suyo naceria este mismo Redentor; que «Jacob declaró que naceria de uno de sus doce «hijos, de Judá; que Moises y los Profetas de- «clararon despues el tiempo y el modo de su «venida; que dijeron que la ley que tenian lo «seria solamente hasta que llegase la del Mesías; «que subsistiria hasta este tiempo, pero que la «otra duraria eternamente, y que de este modo «su ley, ó la del Mesías, de la cual aquella era «promesa, permaneceria siempre sobre la tierra; «que efectivamente ha durado siempre; y que, «por último, Jesucristo ha venido con todas las

(1) *Pensées*, art. xv, n. 12.

« circunstancias predichas : todo esto es admi-
« rable. » « El que aquí no descubre , añade
« Bossuet (1), un designio constante y siempre
« seguido; el que no ve en esto el órden de los
« consejos de Dios, que prepara desde el princi-
« pio del mundo lo que concluye en la plenitud
« de los tiempos; y que en diversos estados, pero
« con una sucesion siempre constante, perpetúa
« á la vista de todo el universo la santa sociedad
« en que quiere ser servido, merece no ver nada,
« y ser entregado á su propio endurecimiento,
« como al mas justo y riguroso de todos los su-
« plicios. »

¿Y qué diré del objeto y fin de estas profecías? Cuando los oráculos paganos no tenian regularmente otro objeto que el de satisfacer la curiosidad ó la ambicion, y, á lo mas, servir á los intereses temporales de algunos individuos ó de algunas provincias, las profecías del pueblo judío se dirigian á conservar en esta nacion los dogmas de la religion primitiva, quiero decir, la creencia de la unidad de Dios, de su providencia y de sus principales atributos. En un tiempo en que estas grandes verdades estaban extrañamente oscurecidas en los demás pueblos, y en que los mismos Judíos tenian una inclinacion tan fuerte á la idolatría, los Profetas se manifiestan constantemente como apoyos y ba-

(1) *Discours sur l'Histoire universelle*, II^e^ part., c. xxx.

luartes de la santa doctrina : exhortaciones, promesas, amenazas, todo en sus escritos se dirige á mantener estas verdades fundamentales, á autorizar y confirmar su creencia. ¡Que fin mas excelente y mas digno de Dios! Así es que, á pesar de la propension violenta de los Judíos á la idolatría, y del contagioso ejemplo de las naciones extranjeras, siempre se conservó entre ellos el conocimiento del verdadero Dios, y por último se ha esparcido por medio de ellos en todo el universo. Sí, á esos libros sagrados es á quienes las naciones han debido la luz que les ha hecho conocer sus extravíos, y renunciar á las absurdas supersticiones del paganismo; y es sin duda muy digno de notarse que no se puede citar pueblo alguno que haya llegado al conocimiento del verdadero Dios, sin que ántes haya tenido noticia de las profecías del pueblo judío.

Confesemos pues, Señores, que, por cualquier lado que se consideren las profecías, se descubre en ellas el sello de Dios y las señales de inspiracion divina; y que entre ellas y los oráculos paganos con que se las quiere comparar, hay tanta diferencia como entre la verdad y el error.

¿Pero no será preciso confesar á lo menos, añaden nuestros enemigos, que las profecías del antiguo Testamento son en general muy oscuras, y que los mas sabios intérpretes estan divididos sobre el sentido de la mayor parte de ellas?

¿Que ventaja puede sacar la Religion de una prueba sujeta á tantas disputas?

Estoy, Señores, muy distante de pretender que todas las profecías contenidas en los libros del antiguo Testamento sean claras y fáciles de entender. Las profecías no son unas historias escritas con el órden y la precision cronológica, sino unos cuadros atrevidos, que representan en un mismo campo objetos cercanos y objetos distantes: su interpretacion y plena inteligencia depende algunas veces de su comparacion exacta con los sucesos, comparacion que frecuentemente exige un estudio seguido y un gran conocimiento de la historia y de los usos de la antigüedad. Yo confesaré, pues, que la antigüedad de nuestros libros santos, el estilo poético y figurado de las profecías, y nuestra ignorancia en varios puntos de la historia y geografía antiguas, han debido aumentar con el tiempo la oscuridad que es como natural á la profecía; lo que ha dado motivo á los mismos escritores sagrados á comparar los discursos proféticos *á una antorcha que nos sirve de guia en un sitio oscuro, hasta que el dia llega, y disipa enteramente las tinieblas* (1).

Pero si es necesario reconocer que hay bastante oscuridad en nuestros libros proféticos, tambien es indudable que ella no debilita en

(1) II. *Petr.*, 1, 19.

nada las pruebas que estos libros nos ofrecen. En efecto, Señores, si en ellos hay profecías oscuras y sujetas á disputas, tambien las hay cuyo sentido es incontestable, y no puede ser oscurecido sino por las cavilaciones de la ignorancia ó de la mala fe. Tales son seguramente las profecías de Daniel, cuya concordancia con los sucesos es tan clara y asombrosa que, como ya lo hemos notado, no han podido desconocerla los mayores enemigos de la Religion. De este número son seguramente casi todas las que hemos reunido en la primera y en la segunda parte de este discurso, cuyo sentido está determinado claramente no solo por las reglas de la crítica, sino tambien por las mas antiguas tradiciones del pueblo judío. Sin duda tenemos derecho para no hacer caso de las objeciones de los Judíos modernos, cuando tenemos á nuestro favor autoridades que no pueden recusar ellos mismos, es decir, todas las antiguas versiones de la Escritura, las paráfrasis y los comentarios compuestos por autores judíos, en un tiempo en que aun tenian un perfecto conocimiento de sus tradiciones nacionales, y en que estaban libres de preocupaciones sobre la cuestion en que hoy estamos divididos.

Pero ved aquí una dificultad algo mas séria. Es cierto, dicen nuestros adversarios, que reunidas en un mismo cuadro y combinadas con arte las palabras de los Profetas que habeis ci-

tado, forman un retrato bastante parecido de Jesucristo; y si nosotros las hallásemos en los libros de donde las habeis sacado, reunidas en ese mismo órden y con ese perfecto concierto, nuestros homenajes se confundirian al punto con los vuestros, y no titubearíamos en reconocer á Jesucristo por el enviado del cielo, y aun por el Dios que ha venido á salvar al mundo. Pero no sucede así; el cuadro que presentais á nuestra admiracion es obra vuestra, y no de los Profetas; no lo habeis encontrado todo dispuesto de ese modo, sino que buscais aquí y allí los colores de que debe componerse; presentais las frases separadas de lo que las precede y de lo que las sigue; entresacais en un mismo oráculo el pasaje que os conviene, dejais el que os perjudica, y pasais de un Profeta á otro para escoger el rasgo que os es necesario; y entónces ¿dónde está esa gran maravilla? Por este estilo se puede hacer decir á los Profetas todo cuanto se quiera; miéntras que colocando los pasajes en su sitio, y combinándolos con lo que sirve para explicarlos, se ve que tienen un objeto distinto del que les suponeis.

La objecion es especiosa, y me parece que no se nos acusará de haberla debilitado; pero ántes de resolverla directamente, permítasenos hacer algunas observaciones importantes que empezarán ya á ilustrarla.

En primer lugar, acordaos de que los Profetas

no son meros historiadores, sujetos siempre al órden metódico de los tiempos y de los sucesos; sino que muchas veces saltan de un objeto á otro con tal rapidez que es muy difícil seguirlos. Estos vuelos de imaginacion, obra del entusiasmo, no nos admiran en los poetas profanos; y ¿por qué los hemos de extrañar en los Profetas? ¿Por qué aquello que se admira en Píndaro, como fruto del ingenio y de la inspiracion, no ha de ser en Isaías y Daniel mas que el resultado de una imaginacion delirante, cuyos disparatados enigmas no merecen la pena de examinarse? Seamos justos, Señores; y si creemos deber respetar la oscuridad que envuelve algunas veces el estilo poético, guardémonos, á lo menos, de un injurioso y sacrílego menosprecio hácia la santa oscuridad de los oráculos en que el Señor ha querido revelarnos lo futuro.

Por otra parte, si yo debo confesar que el objeto natural y sensible de las profecías es el destino temporal del pueblo judío, es preciso que vosotros reconozcais que este único objeto no es bastante para explicar todo lo que leemos en las profecías. Hay en ellas palabras tan sublimes, y unas pinturas tan nobles, tan grandes y majestuosas, que seria ridículo no ver en ellas mas que el anuncio de lo que debia suceder á un pueblo oscuro, despreciado universalmente de los demás, y condenado á arrastrar en medio

de ellos, durante una larga serie de siglos, su vergonzosa existencia. Es preciso admitir necesariamente que, además del objeto natural y particular á un solo pueblo, tienen los sagrados oráculos otro mucho mas importante que el primero, si se ha de juzgar por la magnificencia con que los Profetas se han complacido en describirle. ¿Y cuál puede ser este objeto? Despues de todo lo que hemos dicho en el discurso de esta conferencia, y lo que testifican unánimemente las santas Escrituras y las tradiciones mas antiguas y auténticas, nos creemos con derecho de afirmar, sin recelo de poder ser contradichos por nadie, que este objeto extraordinario é importante es la venida del Mesias prometido á los Judios, la historia de su vida, de su muerte y del triunfo que debia conseguir sobre sus enemigos. Todo el que quiera leer los escritos de los Profetas, no podrá menos de conocer que el objeto principal de su mision fué anunciar de edad en edad el libertador que debia venir. Vedlos cuando refieren los sucesos naturales que anuncian : tan pronto como se presenta alguna imágen que les recuerde su memoria, se arrojan de repente hácia él con todo el fuego de sus piadosos deseos; él es al que ven, él á quien saludan desde lejos como al objeto de su amor y de sus mas tiernas esperanzas, y él es el que nos pintan con aquellos colores tan vivos y con mano tan atrevida, hasta que calmándose poco á poco

el entusiasmo que los arrebata, vuelven á tomar el hilo de los sucesos que habian empezado á referir.

Pero para no exponernos á confundir los dos objetos de las profecías, y distinguir bien lo que pertenece al uno ó al otro, nos hemos impuesto la siguiente regla: no aplicar jamás al Mesías ningun pasaje de los Profetas, sino en cuanto no pueda juiciosamente entenderse del objeto presente y natural; y entendido del sobrenatural, ofrezca un sentido claro y al mismo tiempo razonable. Aun si se encuentran algunos pasajes por otra parte célebres, citados frecuentemente por los teólogos, y que evidentemente no pueden convenir al objeto natural de la profecía, pero que exigen para su interpretacion una discusion abstracta y difícil, preferimos abandonar este nuevo medio de defensa, de que no necesita la verdad, á fin de evitar en un discurso público hasta las apariencias de lo que ciertos espíritus temerarios tomarian tal vez por sutilezas.

Ahora, pues, Señores, ¿qué deberemos pensar de la objecion de que hablamos? ¿Qué significa, reducida á su verdadero sentido, sino que no hay razon para ver en los oráculos que hemos citado, la promesa de un libertador futuro, de un Mesías que debia venir para salvar el mundo? Este es el único punto de la dificultad presentada por los incrédulos; porque, segun su misma confesion, si se reconoce que el objeto de los

oráculos es anunciar un Mesías, seria indudable que este Mesías es Jesucristo, en quien las palabras proféticas han tenido un perfecto cumplimiento. Examinemos pues todos los términos del argumento especioso que nos oponen, y sepamos darle su justo valor.

Se nos acusa de desviar las profecías de su objeto natural y presente, para aplicarlas sin razon á un cierto objeto sobrenatural y misterioso, que llamamos el Mesías. Pero si nos limitamos á dar á estos oráculos el sentido que les dan unánimemente las mas antiguas tradiciones del pueblo judío, todas las paráfrasis, todos los comentarios, todas las traducciones de los libros santos, todos los doctores antiguos y modernos (á excepcion de algunos demasiado visiblemente interesados en sostener lo contrario para que su testimonio tenga aquí algun peso); si no hacemos mas que dar á estos oráculos el único sentido de que son susceptibles, desafiando á nuestros adversarios á darles ningun otro que sea racional, ¿habrá en esto malicia, ni esa intencion de alucinar que se nos supone?

Se nos acusa tambien de invertir el órden de las profecías, de poner su principio al fin, y el fin al principio, de pasar de un oráculo á otro, y de uno á otro pasaje, en lugar de dejarlos todos como estan en la Escritura, con lo que les precede y lo que los sigue. Pero ya hemos demostrado que los Profetas han tenido dos objetos

distintos, uno ordinario y natural, y otro extraordinario y sobrenatural, entre los cuales dividen continuamente su atencion, pasando con rapidez del uno al otro, segun el impulso del espíritu que los mueve. ¿Y se nos podrá obligar á seguirles en su carrera impetuosa y tantas veces interrumpida, y á presentar como ellos á la vez, tan pronto la relacion de los sucesos ordinarios y naturales que debian suceder en su tiempo al pueblo judio, y que en el dia á nadie interesan; tan pronto el anuncio de acontecimientos futuros de mucha mayor importancia, y de que aquellos no eran mas que figuras? Pero prescindiendo de que en un discurso público seria este un trabajo superior á las fuerzas del auditorio y á las del orador, ¿quién no advierte que esto seria tomarse una molestia absolutamente supérflua? ¿Y qué mas se puede exigir de nosotros para despojar esta cuestion de toda sombra de duda, que tomar un medio seguro para no mezclar nunca los dos objetos de las profecías, ni aplicar al uno lo que pertenece al otro? Esto es cabalmente lo que hemos hecho; y entre todos los pasajes de los Profetas que hemos aplicado al Mesias y que tan perfectamente le convienen, desafiamos todavía á nuestros adversarios á que nos citen uno solo que pueda juiciosamente entenderse del objeto ordinario y natural. ¿Dónde está pues, repito, la malicia y el deseo de alucinar?

Nos motejan de tomar por todas partes frases

sueltas, y de reunirlas hábilmente bajo un solo punto de vista, y como en un solo cuadro, que presentamos en seguida como una fiel pintura del Mesías. ¡Qué poco meditada es semejante reconvencion! Ya lo hemos dicho, Señores: cuando hallamos en un oráculo sobre un objeto puramente natural algunas frases inesperadas, aisladas en medio de los discursos proféticos, que cortan evidentemente el hilo de la narracion, y que no pueden tener sentido racional mas que aplicándolas al Mesías; ¿quién puede acriminarnos por considerarlas como rasgos relativos al Mesías, que el Espiritu divino ha esparcido acá y allá, para dejarnos el cuidado de reunirlos y componer de ellos su retrato? Si un escultor famoso de la antigüedad, despues de haber cincelado separadamente y con arte infinita las diferentes partes de una estátua de Alejandro ó de César, las hubiese escondido en el seno de la tierra á grande distancia unas de otras, para proporcionar á las edades venideras la agradable sorpresa de este precioso hallazgo, y el descubrimiento casual de una de ellas hubiese excitado por la rara perfeccion del trabajo á buscar las demás, y se hubieran encontrado, ¿habriais querido dejar aquellos miembros esparcidos, á medida que fuesen saliendo de las entrañas de la tierra, separados unos de otros y envueltos en el vil lodo que los ocultaba? Y si reunidos por una mano

diestra os presentasen la estátua completa del vencedor de las Galias, ó del conquistador del Asia, con todas sus admirables perfecciones y toda la nobleza de sus formas, ¿os obstinaríais todavia en negar, contra la evidencia, que el artífice habia tenido el pensamiento de reproducir por aquel medio las facciones de uno de aquellos héroes?

Pero no son frases sueltas solamente las que reunimos para formar un todo, sino tambien una multitud de imágenes y de pinturas completas, y siempre perfectamente parecidas, aunque variadas al infinito. Son salmos enteros del Rey profeta, y una serie de capítulos de Isaías ó de Daniel, que citamos tales como los hemos hallado en sus escritos, sin hacer en ellos variacion alguna, y los cuales, vuelvo á decir, son tan claros y positivos, que verdaderamente se cree leer una historia mas bien que una profecía.

Bien reconoceis, Señores, que la mayor parte de los pasajes que hemos referido, aun leyéndolos en su propio lugar, y cotejándolos con los antecedentes y consiguientes, no pueden tener otro objeto que el que les hemos aplicado; que con los medios que hemos empleado para descubrir el sentido de estas palabras misteriosas, no hacemos decir á los Profetas sino lo que ellos dicen, y no lo que queremos que digan, segun se nos imputa; y por último, veis que á pesar de los sofismas de los incrédulos la maravilla

queda subsistente. Lejos pues de participar de las dudas impías de esos espíritus soberbios, que, rodeados de la luz, se obstinan en caminar por las tinieblas, ¿no os sentis mas bien estimulados á exclamar con uno de los Profetas : « Esta « es verdaderamente la obra del Señor, y él es « quien despliega á nuestra vista esta asombrosa « maravilla » ; *á Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris* (1)?

Por último dirán aun los incrédulos : « No « son solos los Judíos los que contradicen en el « sentido de las profecías ; pues los mismos cris- « tianos no estan todos acordes sobre el de las « mas importantes. »

Es cierto, Señores, que hay aun entre los cristianos disputas sobre ciertas profecías ; pero ¿ quién ignora que, en todos los tiempos y en todos los pueblos, se han visto ingenios singulares y capaces de oponer dificultades á las verdades mas incontestables? ¿Dejará de estar demostrada una proposicion , porque sus pruebas no satisfagan á algunos espíritus caprichosos ó temerarios? ¿Deberán las ideas raras del padre Hardouin, por ejemplo , hacernos dudar de la autenticidad y del verdadero sentido de las obras que toda la antigüedad atribuye á Ciceron , á Virgilio, á César, y á los mejores escritores del siglo de Augusto? Es muy mal método de ar-

(1) *Salmo* CXVII, 23.

güir contra la divinidad de nuestras profecías oponer á ellas las ideas singulares de un corto número de sabios.

Además ¿cuál es por lo general, entre los sabios amantes de la Religion, el motivo de esas disputas que tanto se ponderan? ¿Es acaso el fondo y la sustancia de la profecía? Podrá ser esto cierto respecto de algunas; pero tambien muy frecuentemente versan las disputas sobre puntos accesorios, que dejan subsistente y en toda su fuerza la prueba deducida de las profecías en favor de la Religion. Así, se conviene generalmente en que los oráculos, de que hemos hablado, se refieren al Mesías, que han tenido todo su pleno cumplimiento en Jesucristo, y que confirman claramente su mision divina; pero se disputa sobre algunos puntos de crítica absolutamente extraños á la cuestion principal. Se conviene, por ejemplo, en que las profecías de Jacob y de Daniel se verificaron en la persona de Jesucristo; pero se disputa sobre el tiempo fijo en que el cetro salió de Judá, y sobre la época en que deben empezar las setenta semanas de Daniel. Mas de buena fe, ¿qué importan estas disputas sobre incidentes? Que el cetro haya salido de Judá uno ó dos siglos ántes, y que las semanas de Daniel empiecen á contarse veinte años ántes ó veinte despues, ¿será por eso menos cierto que el término señalado por Jacob y por Daniel para la venida del Mesías, ha pasado

hace ya mucho tiempo? No hay pues fundamento para alegar contra las profecias las disputas de los sabios cristianos acerca de su verdadero significado.

Yo sé bien que hay una cierta clase de sabios que, bajo el nombre de cristianos, son en realidad verdaderos deistas, y que reducen toda la Religion á un puro filosofismo, los milagros mas asombrosos de la Biblia á hechos puramente naturales, y las profecías mas extraordinarias á simples conjeturas. Esta opinion, es preciso confesarlo, cuenta de medio siglo á esta parte numerosos defensores en un pais vecino al nuestro (1). Nosotros no negaremos, Señores, la erudicion de los sabios que se nos cita en contra; pero si se ha de tener consideracion á la autoridad, diremos sin titubear, ¿no desaparece la de esos sabios modernos ante la multitud innumerable de tantos hombres grandes que en todos los siglos han rendido homenaje á la divinidad de nuestras profecias? Añadiremos además con toda confianza, que la opinion de esos nuevos críticos nace visiblemente de un sistema insostenible, y cuya falsedad hemos manifestado en otra parte, quiero decir, de ese *naturalismo* insensato que se dirige nada menos que á destruir hasta la existencia y posibilidad de la revelacion. Añadiremos por último, que esos es-

(1) Eichorn, Rosen-Muller, y muchos sabios críticos alemanes.

críticos que pretenden explicar de un modo puramente natural los milagros mas asombrosos de nuestros libros santos, y aun la misma resurreccion de Jesucristo, y cuyos atrevidos principios los han conducido hasta el punto de no ver en los Profetas del antiguo Testamento mas que fanáticos ó charlatanes, y en el mismo Jesucristo un *impostor* (1) ó un *mágico*, estan visiblemente demasiado poseidos del espíritu de error y de sistema, para que su crítica temeraria pueda ser apreciada por un hombre de buena fe.

Concluyamos, Señores, que en las objeciones acumuladas contra nuestras profecías, nada hay que pueda hacer impresion en un corazon recto y dócil. Es cierto que esta prueba de la Religion tiene como todas las demás sus dificultades, y que presenta, como la Religion misma, cierta mezcla de luz y de tinieblas; pero no olvideis que esta mezcla es una consecuencia natural de la debilidad de nuestro entendimiento, y que nace en cierto modo del plan general de la Providencia en la manifestacion de sus eternos decretos. Temed aumentar, con injustas preocupaciones ó con pasiones secretas, la oscuridad que nuestra inteligencia encuentra necesariamente en el estudio de la Religion. Abrid los ojos á la luz viva que arrojan nuestros sagrados

(1) Véase *Entretiens philosophiques sur les réunions des différentes communions chrétiennes*, por el baron de Starck, pág. 118, etc.

oráculos. Jesucristo prometido y esperado en el antiguo Testamento, reconocido y adorado en el Nuevo, he aqui en dos palabras toda la religion que tenemos la dicha de profesar. ¡Cuán hermosa, Señores, cuán augusta y venerable es por sola su antigüedad esta religion que sube hasta el orígen del mundo, y que nunca ha dejado de ser el vínculo comun de los adoradores del verdadero Dios; esta religion santa que ha debido sin duda pasar por diversos estados, progresar y desarrollarse sucesivamente, pero que en su esencia ha sido siempre la misma! El Judio era un niño que solo sabia los rudimentos de la fe; el cristiano es un hombre hecho que posee un pleno y entero conocimiento de ella. Digamos pues, tomando otra vez el lenguaje de aquel hombre admirable, cuyo ingenio profundizó tanto los secretos de Dios, y vió con una luz tan clara las magnificas obras de su admirable providencia (1): «Ser esperado, venir y ser reco-
«nocido por una posteridad que dura tanto
«como el mundo, tal es el carácter del Mesías
«en quien creemos: *Jesucristo es hoy, era ayer,*
«*y será por los siglos de los siglos* (2).»

(1) *Discours sur l'Hist. univ.*, IIe part., cap. XXXI.
(2) *Hebr.*, XIII, 8.

LA RELIGION

CONSIDERADA

EN SUS MISTERIOS.

La religion cristiana tiene en sí misma caracteres de luz y de verdad, capaces de hacer impresion en toda alma razonable y dócil. Jamás temerá las discusiones profundas; y segura del triunfo, siempre que se la examine con rectitud y buena fe, solo teme los errores y las pasiones; por esto está siempre pronta á poner con toda confianza á vista del incrédulo los títulos brillantes de su celestial orígen. Hecha en efecto para todos, lo mismo para el vulgo que para el sabio, no está apoyada en sistemas que excedan la capacidad de los entendimientos vulgares, sino en grandes hechos históricos, consignados en los monumentos mas irrecusables, mejor atestiguados que los de Sócrates de que nadie duda, y enlazados con la revolucion mas asombrosa que haya acaecido en el mundo, quiero decir, la destruccion de la idolatría, y la conversion del mundo al Evangelio.

Pero al mismo tiempo no niega las misteriosas tinieblas en que está envuelta : ella misma nos advierte que aun estamos en el tiempo de las sombras y de la oscuridad ; que en ella se halla en efecto la verdad , pero cubierta con un velo ; que los divinos secretos de su doctrina, así como los de la naturaleza, no se manifestarán del todo sino en la mansion de la plena y perfecta claridad. ¿ Pero cuál es en esta parte la conducta del incrédulo? Retira voluntariamente la vista de todos los puntos luminosos del cristianismo, para fijarla solo en los oscuros ; y descuida las pruebas mas brillantes de la religion, para ocuparse solo de sus misterios, que ella misma confiesa ser impenetrables. Semejante en esto al que, en el extraño fenómeno de las piedras caidas del cielo, tan comprobado en nuestros dias, no atendiese mas que á la inverosimilitud y aparente imposibilidad , y descuidare examinar los testimonios que prueban su existencia.

No por esto temamos seguir los ataques dirigidos por la incredulidad contra los misterios, ni considerar la Religion por su lado mas oscuro: no; queden vencidos sus enemigos en el puesto mismo dónde parece que colocan toda su fuerza. El incrédulo nos dirá que, si el Dios de verdad y de luz se dignase hablar á los hombres, no les revelaria sino cosas muy claras : hagámosle ver nosotros que en una religion verdaderamente divina conviene que haya cosas incomprensibles.

Añadirá que los misterios del cristianismo son cosas de pura especulativa, sin relacion con las reglas de las costumbres, y que se pueden despreciar impunemente; hagámosle ver cuan útiles son los misterios cristianos respecto á la moral. La conveniencia pues de los misterios en una religion divina, y la utilidad de los misterios cristianos, formarán el asunto y la division del presente discurso.

Entiendo por misterios ciertos puntos de doctrina superiores á la comprension humana, que la razon jamás hubiera podido descubrir por si sola, y que creemos bajo la autoridad divina que los ha revelado, aunque no comprendamos su naturaleza: tal es el dogma de un Dios hecho hombre por la salvacion del mundo. Así, en lugar de sorprenderme de hallar misterios en una religion divina, deberia mas bien admirarme de que careciese de ellos.

En efecto, si me elevo hasta la divinidad, y contemplo las adorables perfecciones de aquel por quien todo existe y se anima en el universo, aquel poder que le ha criado, aquella sabiduría que le gobierna, aquella bondad que se complace en comunicarse y difundirse, aquella santidad que aleja de sí hasta la sombra del mal, y aquella justicia tan temible para el vicio como consoladora para la virtud; no puedo dejar de conocer, á pesar de la debilidad de mi inteligencia, que estos son atributos divinos, y que debo humi-

llarme ante su infinita majestad, tributarle homenajes de adoracion y de amor, y sacar de estas nociones, aunque imperfectas, reglas que dirijan mis afectos y mi conducta en la vida presente. Pero conozco no menos, que querer profundizar mas las perfecciones del Ser infinito, es arrojarme en un abismo cuya profundidad no me es dado sondear, pues son como un océano inmenso, sin fondo y sin ribera, donde el entendimiento se confunde y se pierde. Si, es ciertamente incomprensible el Dios que adoramos, y esta es la denominacion que le caracteriza mas completamente. No basta decir que es el Ser soberanamente bueno, sabio é inteligente; es preciso añadir, como observa Bourdaloue, que es bueno, pero incomprensible su bondad; sabio, pero incomprensible su sabiduría; inteligente, pero incomprensible su inteligencia. Y siendo obra suya la religion, ¿ no deberá llevar el sello de su autor? Las obras del hombre son limitadas como él; pero las de Dios, que es un ser infinito, deben participar en algun modo de su infinidad. Si mi religion careciese de todo misterio, me seria sospechosa; temeria reconocer en ella una invencion humana, y el sello de un impostor hábil que no ha querido inquietar ni atemorizar la razon de sus semejantes. En la religion de un Dios, que dejaria de serlo si pudiese ser comprendido, es necesario que haya puntos incomprensibles; y ved como los misterios, lejos de

hacer al cristianismo indigno de Dios, le marcan, por decirlo así, con el sello de la divinidad.

Ampliemos mas esta idea. Los misterios, dicen, son incomprensibles; es cierto que lo son, pero por esto mismo son mas dignos de la inteligencia infinita de Dios. Si los sabios tienen una infinidad de conocimientos raros é incomprensibles al comun de los hombres, ¿no conocerá aquel que es la ciencia misma y la luz por esencia, verdades superiores al entendimiento mas penetrante? Decid á un hombre del vulgo que el sol que ve elevarse, subir al mediodía, declinar al poniente y al fin ocultarse, permanece sin embargo inmóvil en el centro del mundo; decidle que esta tierra, sobre la que se halla fijo, gira sobre sí misma con una rapidez asombrosa, y le veréis sonreirse; creerá tal vez que quereis burlaros de su ignorancia y sencillez, y si no conseguís inculcar en su entendimiento ideas intermedias que le faciliten la creencia de vuestra doctrina, no verá mas que una extravagancia en lo mismo en que vosotros creeis ver una realidad. ¿Qué pensaríais de ur aldeano que dijese á uno de nuestros sabios . Nada comprendo de cuanto me decís de la inmovilidad del sol, puesto que con mis ojos sigo en cierto modo su movimiento, ni sobre el giro de la tierra que conozco por mis sentidos permanece fija; todo eso es ininteligible, y yo me atengo á lo que veo? Un astrónomo se compade-

ceria tal vez de su rústico raciocinio ; pues bien, permitidme que os diga : ¿son acaso mas sólidas vuestras reflexiones sobre los misterios? Porque al fin, entre el astrónomo y el aldeano hay ciertos puntos de contacto y de comparacion : aquel, así como este, es hombre débil y limitado; y, aunque entre los dos haya una grande distancia, no es sin embargo inmensa. Pero entre Dios y el hombre, aun cuando sea el mas sabio de todos, media una distancia infinita; esa misma razon que os ensoberbece, no es mas que una pequeña parte del grande océano de ciencia y de luz que es Dios; y el cielo dista menos de la tierra que la inteligencia humana de la divina. Nuestro entendimiento no es tan perspicaz que pueda penetrar y comprender la esencia de las cosas, y reunir el todo y las partes abrazando todos sus extremos; existen realmente en los objetos muchas relaciones que se escapan á nuestra penetracion; y ved ahí por qué la verdad nos puede parecer alguna vez inverosímil y repugnante; mas Dios ve el fondo de las cosas, y por lo mismo descubre la conformidad en donde nosotros no hallamos mas que oposicion. La medida de nuestro entendimiento es demasiado corta para poder abrazar la inmensidad de los conocimientos divinos, y es lo mismo que si quisiéramos encerrar en nuestras manos todas las aguas del océano.

Los misterios son incomprensibles : en esto no

hay duda; pero por eso mismo son mas dignos de la sabiduría de Dios. Jesucristo vino para sanar al hombre entero, curando la obcecacion de su entendimiento producida por la soberbia, y la llaga hecha en su corazon por el deleite. Una curiosidad altiva le habia precipitado en los mas monstruosos errores, así como el amor de las cosas sensibles le habia sumergido en las mas brutales y vergonzosas pasiones; era preciso por consiguiente que su corazon fuese purificado por una ley santa, y humillado su entendimiento por verdades incomprensibles. Esta razon que nos ilumina es un don del padre de las luces; mas si por un vil abuso ha llegado á sublevarse contra su autor, ¿que cosa mejor puede hacer, para expiar su rebelion, que humillarse ante la razon suprema y someterse al yugo de la incomprensible, pero infalible verdad de Dios?

Los misterios son incomprensibles: no lo negamos; pero por esta misma razon son mas dignos del plan general de la Providencia en el gobierno de este mundo. Zeloso en efecto Dios de recibir homenajes racionales y meritorios, quiso que su religion estuviese rodeada á un mismo tiempo de luces y de tinieblas. Si fuera mas oscura, podríamos tener excusas para no creer en ella; y si mas clara, veríamos en lugar de creer. Sí, Señores, en la Religion lo mismo que en la naturaleza, es Dios á un mismo tiempo

visible é invisible : es visible, porque ha rodeado la mision de Jesucristo y de los Apóstoles de una luz celestial en que la razon encuentra los motivos de su crencia, y por esto es racional nuestra fe; es invisible, por la naturaleza impenetrable de la doctrina que mandó anunciarnos, y en esto consiste el mérito de nuestra creencia. ¿Tenemos algun mérito en creer la existencia del sol que vemos con nuestros ojos? El que busque la verdad, hallará motivos suficientes para creer; y al que la aborrezca, no le faltarán pretextos para ser incrédulo. El Dios del cristianismo habita en una nube densa, de donde salen resplandores dulces y vivos que regocijan las almas dóciles, pero de donde tambien parten rayos que deslumbran y ciegan á los soberbios.

¿Mas cuáles son los argumentos de la incredulidad contra estas reflexiones, hijas de la recta razon? Dios, dice el incrédulo, no es un Dios de tinieblas; por consiguiente ¿por qué habia de revelar al hombre dogmas ininteligibles? Despreciad esos dogmas misteriosos que no son para nosotros mas que palabras sin sentido. Este es el lenguaje de J. J. Rousseau ; lenguaje tan desatinado, cuanto desmentido por la experiencia diaria.

Es cierto, Señores, que no tenemos ideas completas y perfectas de nuestros misterios; que no los comprendemos en su sustancia misma, ni

los vemos despejados de toda clase de nubes; pero los conocemos bastante para hablar de ellos distinta y sensatamente, bastante para no confundirlos unos con otros, para conocer dónde se halla la sana doctrina, y en qué consiste el error, y aun para sacar de ellos reglas de conducta muy útiles y muy interesantes. Pues que, ¿cuando el respetable Bourdaloue predicaba en los púlpitos de esta capital sobre los misterios, hablaba á su auditorio en una lengua desconocida? ¿Proferia solo palabras sin sentido? ¿No excitaba en las almas ni ideas ni sentimientos? ¿No se sabe por el contrario que sus excelentes discursos son la obra maestra de la elocuencia cristiana? Con los misterios de nuestra religion sucede lo mismo que con otras cosas de que hablan continuamente todos los hombres, asi los sabios como el vulgo, sin embargo de no tener sobre ellas mas que nociones imperfectas, vagas y confusas. En todas partes, por ejemplo, se habla del tiempo, del espacio, de lo infinito, de la eternidad; pero si hacemos atencion, veremos que todas estas son cosas cuya naturaleza está oculta para nosotros, y de que solo tenemos ideas incompletas y envueltas en una oscuridad impenetrable. En efecto ¿quién puede gloriarse de comprender á fondo que cosa es el espacio, y terminar sobre este punto las disputas de los metafísicos mas sutiles? ¿Se querrá figurar el espacio como una inmensa capacidad, distinta de

este mundo, en la cual esté contenido el mismo mundo? ¿Pero está capacidad es alguna cosa real y efectiva? ¿La tendremos por un ser verdadero, ó bien por un ser imaginario, por la nada? ¿Se dirá que el espacio no es una cosa distinta del modo con que los cuerpos existen con relacion entre sí? ¿Pero cómo pueden existir cosas materiales sin estar contenidas en un lugar que se distinga de ellas mismas? Confesémoslo, Señores; el entendimiento humano toca aquí ciertos límites que le es imposible traspasar. Uno de los ingenios mas penetrantes que ha conocido el mundo, San Agustin, se hallaba tan perplejo para formar una idea exacta del tiempo, que dice estas palabras (1) : « Sé lo que es el « tiempo cuando no se me pregunta lo que es; « pero cuando se me pregunta que cosa es, ya « no lo sé. » Sí, Señores, seria preciso no haber meditado jamás, é ignorar absolutamente la metafísica, esa ciencia que es el fundamento de todas las demás, para no saber que la mayor parte de nuestros conocimientos estan enlazados con objetos de que solo tenemos ideas incompletas y cubiertas de densas tinieblas. Cesemos pues de exigir de la Divinidad que solo nos revele cosas de que tengamos ideas completas y perfectamente claras.

Pero dice más el incrédulo : yo, dice, debo

(1) *Confesiones*, lib. XI, cap. XIV.

ser racional ántes que cristiano. ¿Por qué pues me he de someter ciegamente á lo que no entiendo? ¿Debe la fe ahogar la razon? No, Señores, no; entendámonos bien, y veremos claramente que la razon misma nos conduce á la fe. La razon es la que nos abre las puertas del divino Santuario, y la que, arrojándonos en los brazos de la Religion, nos deja bajo su imperio. Guiados por ella, descubrimos que Jesucristo y sus apóstoles han aparecido en la tierra, que han dado pruebas manifiestas de su divina mision; y sobre estos hechos tenemos el mismo género de certidumbre que sobre la existencia de César y sus conquistas en las Galias. La razon discute y profundiza los hechos, y he aquí sobre lo que recae el exámen del cristiano. Yo os invito, Señores, en nombre de la Religion á examinar los títulos en que funda sus derechos á nuestros homenajes; ellos han resistido al tiempo, á la crítica y á todas las pasiones conjuradas contra ellos; y unos cuantos argumentos de nuestros dios no trastornarán lo que diez y ocho siglos de combates no han hecho mas que afirmar. Pero tambien cuando la razon nos ha convencido de la autoridad divina de Jesucristo y de sus discípulos, ella misma nos manda imperiosamente someternos á su doctrina, y humillar nuestra débil comprension ante la inteligencia suprema. Cuando Dios habla, es preciso que el hombre calle. ¿Qué importa pues que la

fe sea oscura en los objetos de su creencia, si es muy luminosa en los motivos que tenemos para creer? En efecto, si la razon no hace inteligibles los misterios, los hace ciertamente creibles.

Alega además el incrédulo, que no solamente son incomprensibles los misterios cristianos, sino que su misma exposicion contiene contradicciones. Tal es segun ellos el misterio de la Trinidad. ¡Un solo Dios en tres personas! ¿habrá mayor contradiccion? Aquí, Señores, debemos aclarar bien las cosas para no extraviarnos. Si asegurais que nuestros misterios considerados en sí mismos son inverosímiles, que salen de la esfera comun de la comprension humana, que presentan contradicciones aparentes, que estan sujetos á dudas cuya solucion no siempre se percibe claramente, estamos acordes; sin esto no serian misterios. Pero debo recordaros que muy frecuentemente se escapan á nuestro entendimiento ciertas relaciones de verdad, aunque efectivas; que por lo mismo podemos muy bien tomar contradicciones aparentes por contradicciones verdaderas; que no se deben atribuir al Ser infinito las propiedades del ser limitado; que seria un error el querer aplicar en toda su fuerza á la divinidad las nociones del hombre: os diré por último que no debemos avergonzarnos de confesar con Descartes, que no es permitido negar verdades bien probadas, porque ofrezcan algunas dudas indisolubles á nuestra débil ra-

zon. De esto puedo citaros un millon de ejemplos que aclaren mi pensamiento. En las ciencias naturales, y aun en aquella misma que pasa por la mas exacta de todas, se llega por una serie de proposiciones perfectamente encadenadas á resultados tan extraños, que apenas se sabe cómo conciliarlos ni entre sí, ni con la sana razon. Se demuestra, por ejemplo, que dos líneas pueden irse siempre aproximando una á otra, sin jamás tocarse por mas que se prolonguen al infinito, y para mí esta es una cosa muy singular. Pero veamos otro ejemplo mas familiar: haced que un ciego de nacimiento recorra con la mano la superficie plana de un cuadro que con arreglo á las leyes de la óptica ofrezca en perspectiva elevaciones y profundidades, y decidle despues lo que representa á vuestra vista esta superficie: ¿cómo es posible que conciba que lo que al tacto de su mano ofrece una superficie plana, forme desigualdades á vuestra vista? ¡Plano y profundo á un tiempo, dirá el ciego, es un absurdo! Y en efecto, hay en esto para él cierta cosa repugnante y contradictoria, un verdadero misterio; ¿y por qué no puede juzgar bien en la materia? La razon es porque carece de un sentido, que es la vista, por cuya falta le son enteramente desconocidos los fenómenos de la luz reflejada y de la perspectiva. Pues bien, Señores, nosotros somos este ciego con referencia á los misterios. Al presente nos falta un grado de inteligencia que ten-

dremos algun dia; pero así como el ciego, por el testimonio de los demás hombres, cree racionalmente las maravillas de la vision, aunque no las comprenda, así nosotros por el testimonio divino de Jesucristo y de los apóstoles creemos racionalmente los misterios del cristianismo, aunque no podamos comprenderlos.

Cuando nuestros jóvenes incrédulos se toman la libertad de hablar de nuestros misterios con tanta ligereza, y creen hallar en ellos verdaderas contradicciones, ¿han reflexionado que las dificultades en que se paran, no han detenido á los ingenios mas sobresalientes de la tierra, y que esas supuestas contradicciones han sido examinadas y discutidas por los mayores filósofos que ha producido la Europa de tres siglos á esta parte, como son Bacon, Descártes, Pascal y Leibnitz? ¿Y cómo, iniciados apénas en los secretos de la alta metafísica, se atreven sin reflexion á ver en nuestros misterios, absurdos que no han advertido esos mismos hombres que respetamos como los príncipes y creadores de las ciencias modernas?

Permítansenos algunas explicaciones, para hacer ver que lo que las mas veces se impugna en nuestros misterios, no es lo que la fe nos enseña, sino lo que la imaginacion supone en ellos sin fundamento.

La fe nos hace adorar á un solo Dios en tres personas que poseen unas mismas perfecciones.

Hay por consiguiente en Dios unidad y trinidad todo junto, pero no bajo un mismo respeto: no decimos que tres personas hacen una persona, ni que tres dioses forman un Dios: esto seria una contradiccion palpable; sino que afirmamos la unidad de la naturaleza divina y la trinidad de personas. Hay pues unidad bajo un respeto, y trinidad bajo de otro, y esto basta para no hallar contradiccion en la enunciacion del misterio; y el que, para poner en ridículo nuestra fe, nos acusa de creer que tres no hacen mas que uno, ni aun ha comprendido el sentido en que nosotros lo profesamos. Para aclarar algun tanto las profundidades de este misterio, se han servido los doctores de la Iglesia de una comparacion admirable. En el hombre, dicen, existe el alma, se conoce y se ama á sí misma: existir, conocerse y amarse son tres cosas distintas que se encuentran sin embargo en un solo y mismo espíritu; y ved aquí una imágen cuyo modelo perfecto está en Dios. Dios existe desde la eternidad con el conocimiento y amor infinitos de sus infinitas perfecciones: ¿y quién conoce bastantemente las operaciones internas del Ser infinito, y lo que puede resultar de este conocimiento y de este amor infinitos, para atreverse á decir que no puede resultar de ellos lo que nos enseña la revelacion?

Concluiré, Señores, esta primera parte con una reflexion que tal vez no habréis hecho ja-

más muchos de vosotros. Yo diré á los detractores del cristianismo: Discurrid, si podeis, un sistema filosófico, que no contenga cosas tan repugnantes, ni contrariedades tan aparentes como nuestros misterios, y entónces os permitiré desdeñarlos.¿ Cuáles son vuestras opiniones? ¿ Quereis ser ateos, materialistas, fatalistas, escépticos ó deistas? Elegid. Usando en este momento de toda indulgencia, prescindiré de la falsedad de vuestros sistemas; no os diré con Bossuet (1) *que por desechar verdades incomprensibles, os precipitais en incomprensibles errores;* y me limitaré á probaros que, cualquiera que sea vuestro sistema, os veréis precisados á tragar en él cosas no menos chocantes que las que se os resisten en nuestros misterios.

Si sois ateos, os diré que, para ser consiguientes, debeis creer que este universo, en que brillan los rasgos de una inteligencia infinita, no supone sin embargo una causa inteligente; debeis haceros sordos á aquel primer grito de la recta razon y de la experiencia, que os dice que este mundo supone un Dios, del mismo modo que un templo supone un arquitecto; y que para explicar este mundo, su armonía y sus maravillas, os contentais con algunas palabras sin sentido como el *acaso, la naturaleza, la necesidad.* ¿Pero qué es todo esto sino cosas incohe-

(1) *Oraison fun. de la princesse Palatine.*

rentes y que irritan á la razon? Si sois materialistas, es preciso que creais que lo que piensa en vosotros es materia, y por consiguiente que vuestra alma tiene las propriedades de esta, es decir, que es extensa, divisible, y que tiene color; y sin embargo el pensamiento no tiene ni extension, ni divisibilidad, ni color; es preciso que creáis que un ser inteligente y racional, cual es el hombre, ha sido producido por una reunion de partes materiales, brutas y destituidas de razon; ¿y no es todo esto un conjunto de contradicciones? Os diré, si sois fatalistas, que segun vuestro sistema, yo estoy hablando ahora porque me impele á hablar una fuerza irresistible; y sin embargo yo reconozco en mi la facultad de callar de un modo tan perceptible como conozco mi existencia; ¿y cómo concertais esa invencible necesidad con el sentimiento íntimo que yo tengo de mi libertad? Segun vuestro sistema, el malvado que alevosamente asesina al inocente, no tiene realmente mas libertad que el tigre que despedaza su presa; y si lo creéis así, ¿por qué le llamais criminal? ¿Por qué le castigais como tal? ¿No es esto inconciliable? Si sois escépticos, debeis dudar de todo hasta de vuestra propia existencia, y sin embargo os veis arrastrados continuamente á creer que existis: conciliad pues, si podeis, esa duda universal con el convencimiento de vuestra existencia. No creáis salir de embarazos acogiéndoos al deismo,

que reconoce un Dios, una providencia y una vida futura; porque entónces os diré : reconoceis un Dios, espíritu inmortal y criador de este universo; ¿pero un espíritu que saca de la nada la materia, no es un misterio tan impenetrable á la razon humana como todos los misterios del cristianismo? Aun hay mas : vosotros reconoceis un Dios soberanamente perfecto; por consiguiente un Dios que á un mismo tiempo es simple é inmenso, libre é inmutable, Señor de nuestras voluntades sin violentar nuestra libertad; pues bien : yo me atrevo á predeciros, que si tratais de conciliar entre sí todas estas cosas, hallaréis obstáculos que os parecerán insuperables. Por último os diré, cualquiera que sea vuestro sistema : por lo mismo que hay cosas que existen hoy, es preciso que alguna cosa haya existido siempre; y por consiguiente existe un Ser eterno. Poco importa para la fuerza del argumento que este Ser sea Dios, ó sea la materia; pues en todo caso es preciso admitir una eternidad, una duracion que no tenga principio. ¿Pero esta duracion se compone de instantes que se suceden unos á otros, ó no hay en ella mas que lo presente, sin pasado ni futuro? Si lo primero, ¿cómo puede haber sucesion de instantes en lo que no ha tenido primer instante? Y si lo segundo, ¿como puede haber continuacion de duracion donde no hay duracion pasada ni futura? Confesad que por todas

partes estamos rodeados de abismos. Dejad pues de combatir nuestros misterios porque halleis en ellos cosas incomprensibles y contrariedades aparentes que encontrais igualmente en todas las opiniones; y si quereis proceder con juicio, limitaos á examinar y averiguar el mero hecho de la revelacion de estos misterios. Es ciertamente una credulidad pueril creer sin pruebas; pero querer comprenderlo todo es mas propio de un entendimiento débil que de una razon vigorosa. « El último paso de la razon, ha « dicho Pascal (1), es conocer que hay una in- « finidad de cosas superiores á ella, y muy dé- « bil debe ser si no lo conoce así. » Paso ahora á la utilidad de los misterios cristianos con relacion á la moral.

Todo lo que inspira altas ideas de la divinidad, de aquella justicia cuyo temor mantiene en el deber, de aquella bondad cuya memoria consuela y reanima la flaqueza; todo lo que ilustra al hombre sobre su origen y su destino, le humilla sin desalentarle, y le eleva sin engreirle; y por último, todo lo que es capaz de curarle de sus vicios y de inspirarle esfuerzos generosos, se dirige indudablemente á hacer al hombre mejor y mas virtuoso, y por lo tanto se refiere á la moral, que consiste mas en la práctica del bien, que en secas y estériles teorías; ¿y no son

(1) *Pensées*, art. V, n. 1

estas las preciosas ventajas que producen los misterios del cristianismo? Examinemos algunos de ellos, y esto nos bastará para dar á conocer sus saludables efectos.

Es ciertamente un gran misterio el de esa culpa original y hereditaria que ha corrompido el género humano en su orígen, y le ha despojado de su nobleza primitiva. No es esta la ocasion de desenvolver todos los raciocinios y comparaciones que nos suministra la teología, no para disipar enteramente las tinieblas impenetrables que cubren este misterio, sino para facilitar en cierto modo su creencia; pero ved de que modo la revelacion positiva de este misterio ilustra al hombre sobre su destino y sobre las contradicciones de su naturaleza. Murmura la razon y se escandaliza de ver en el hombre esa mezcla de pasiones bajas y de deseos celestiales, de amor á la virtud y de propension violenta hácia el vicio, la sujecion del espíritu al imperio de los sentidos, y los desórdenes y males que son su consecuencia inevitable. Considerado así, el hombre es un enigma inconcebible á sí mismo. ¿Quién nos le descifrará? Decir que no hay Dios, y que en este mundo todo sucede por acaso, no es respuesta, sino frenesí; y ántes que precipitarse en tan espantoso abismo, deberia creerse que habia en esto alguna verdad oculta, que por su profundidad se esconde á nuestra débil inteligencia. Pero ved como la Religion viene en so-

corro de la razon desordenada, revelándonos claramente lo que algunos sabios de la antigüedad pagana parecian haber sospechado, y se conservó confusamente en la tradicion de todos los pueblos; lo que figuró la fábula en Prometeo, robando el fuego del cielo, y atrayendo sobre la tierra por este robo sacrílego las plagas que le desolaban; y en fin lo que los poetas han cantado bajo el nombre de la *edad de oro* y la *edad de hierro*. La Religion nos enseña que el hombre no salió de las manos del Criador tal como hoy es, y que en el órden actual de cosas ya no es sino un ser degradado, un rey destronado, pero que conserva todavia en su misma desgracia rasgos de su primitiva grandeza. No se supone al hombre en todo grande y bueno contra el conocimiento de su flaqueza y corrupcion: semejante opinion le embriagaria y llenaria de una necia altivez y amor de sí mismo, haciéndole á lo sumo un estóico ó un sabio altanero. Tampoco le convierte en un ser terreno enteramente vil y despreciable, contra el sentimiento que él mismo tiene de su nobleza y dignidad: opinion que, humillándole demasiado, podria arrojarle en el epicureismo y en los mas groseros deleites. La doctrina cristiana sigue un medio entre estos dos extremos: nos muestra en el hombre la imágen de Dios desfigurada, pero no borrada; le enseña á desconfiar de sí mismo sin destruir las sublimes ideas que á pesar de eso

debe tener de su ser; y he aquí como de entre las sombras mas misteriosas salen grandes rayos de luz acerca de la naturaleza del hombre y del actual órden de cosas.

Es tambien un grande misterio el de un Dios que se ha dignado unirse á nuestra naturaleza; pero ved cuan admirablemente hace resaltar los atributos divinos y la dignidad de nuestra alma. ¡Cuán temible es aquella justicia que solo quiso aplacarse por los ruegos del hombre Dios! ¡Cuán enorme la malicia del pecado que ha necesitado de semejante víctima para ser expiado! ¡Pero cuán inefable al mismo tiempo la bondad que se ha dignado humillarse hasta este punto, y cuánta no debe ser la dignidad de nuestras almas rescatadas á tan alto precio! ¡Ah, qué capaces deben ser todos estos pensamientos de inflamar nuestro reconocimiento hácia la divinidad, y de penetrarnos de horror al pecado que la ofende, al mismo tiempo que nos degrada!

Es un grande misterio el de la Eucaristía, tal como le profesaba el mundo entero ántes del siglo XVI, y tal como le profesa aun el grande número de comuniones cristianas esparcidas por la tierra; pero advertid como en el gremio de la Iglesia se convierte en un manantial inagotable de aguas saludables que esparcen la vida y la fecundidad. La primera participacion de este divino misterio forma para los fieles una época preciosa, la cual, ya sea esperándola, ya acordán-

dose de ella, ocupa en cierto modo toda su vida. Si, la admision á la mesa sagrada se presenta desde lejos á la infancia como el mas glorioso y el mas tierno de todos los favores. ¿Que estímulo mas poderoso para hacerla conservar su inocencia, ó para recobrarla; para mostrarse mas dócil, mas sumisa, mas modesta y mas abstraida de todo cuanto pueda empañar la virtud? Es un divino banquete del que solo se participa con una conducta pura y costumbres irreprensibles, y por medio de victorias conseguidas sobre si mismo. ¡Cuántos cristianos entre nosotros habrán debido á la sagrada Eucaristía la práctica de las acciones mas santas y perfectas que contiene su Religion! ¡cuántas pasiones vencidas, cuántas ofensas perdonadas, cuántas ocasiones evitadas, cuántos pobres socorridos, cuántos movimientos ó impulsos de ira sofocados; en una palabra, cuántos actos heróicos de virtud habrá inspirado y sostenido el deseo de hacerse menos indigno de participar de lo que la Religion llama *los santos, los tremendos misterios!*

No son los misterios del cristianismo como los que se llamaban *misterios* entre los paganos; dogmas extravagantes, ceremonias impuras, mas propias para sofocar que para inspirar la virtud. Jesucristo es en la Religion cristiana el centro adonde todo va á parar; es la luz del mundo por su doctrina, el Salvador de los hom-

bres por su muerte, y además su modelo por sus virtudes. Los misterios del nacimiento, de la vida, pasion y muerte de Jesucristo, no son mas que su moral practicada, y forman una serie de cuadros en que brillan virtudes á un mismo tiempo sublimes y populares. Ser modesto hasta la humildad, apacible hasta el punto de no quejarse, casto hasta condenar el pensamiento detenido, fiel á Dios hasta morir por su ley: estas son virtudes cristianas. ¿Y quién no conoce la fuerza y autoridad que adquieren los preceptos de Jesucristo con su ejemplo, mandando solo lo que él mismo ha practicado, siendo humilde, apacible y caritativo hasta el punto de padecer por nosotros y morir perdonando á sus verdugos?

Invoco aquí, Señores, un testimonio irrecusable, el de la experiencia. Si recorremos los fastos de la Iglesia cristiana, hallaremos sin duda en ellos bastantes vicios y desórdenes; pero tambien encontraremos en ellos en todos los tiempos, en todos los pueblos y en todas las clases, cristianos que han honrado su fe con las virtudes mas puras, mas heróicas y casi siempre las mas útiles para sus semejantes.? Y se puede dudar que sus virtudes han tenido principalmente su orígen en esos misterios que se miran con desden? Sí, Señores, si pudiéramos preguntar á tantos santos pastores y á tantos obreros apostólicos consumidos á fuerza de fatigas

y trabajos por evangelizar á los pueblos y salvarlos del vicio ó de la ignorancia, nos responderian que debieron su fortaleza á los ejemplos y á las promesas de Jesucristo sacrificado por la salvacion de los hombres. Preguntad á esas hijas de Vicente de Paul y á otras muchas animadas de la misma caridad; preguntadles quién les inspira tanta ternura para con los pobres, para con los afligidos y todos los que padecen en la tierra, y os dirán que su caridad se enciende en la de Jesucristo para con nosotros; que tienen siempre á la vista á Jesucristo, el amigo, el padre de los indigentes y de los desgraciados, y que creen servirle á él mismo sirviendo á los pobres que son sus hijos adoptivos. Amar á Dios, amar á los hombres, en esto se encierra toda la ley y toda la moral evangélica; ¿y que cosa hay mas á propósito para inspirar y alimentar este doble amor, que la fe en un Dios que nos ha amado hasta hacerse sensible revistiéndose de nuestra humanidad? Así es como Dios ha amado al mundo, exclamaba el Apóstol de la caridad, *sic Deus dilexit mundum* (1): palabras que han resonado en todo el universo, y que han producido tantas y tan heróicas virtudes, cuales jamás pudieron ni podrán producir las mas sublimes teorías de la filosofía sobre el ser supremo.

(1) *Joan.*, III, 16.

En vista de estas reflexiones, yo no me admiro de que la Iglesia cristiana sea tan zelosa en conservar el depósito de la doctrina en toda su integridad, y que repela cualquiera novedad profana que pudiera vulnerarla en lo mas mínimo. Aquí todo se enlaza, todo se encadena; si quitais una sola piedra, temed que todo el edificio venga abajo. El misterio del Verbo encarnado supone el de la Trinidad, el de la redencion supone el del pecado original, y los misterios de la gracia estan enlazados con los de la redencion. A una culpa de malicia infinita se sigue un reparador de un mérito infinito; y un remunerador de una magnificencia infinita supone un vengador de una justicia infinita: todo esto se enlaza y se sostiene mútuamente; cuando todo es revelado, todo debe ser respetado. Seamos cautos, Señores: si al entendimiento humano se le deja correr libremente en punto á los misterios, muy pronto se le verá propasarse con audacia á los preceptos de la ley, y la moral no será mas respetada que los dogmas; si el entendimiento quiere cercenar del Evangelio los misterios que le humillan, el corazon querrá igualmente cercenar los preceptos que espantan su flaqueza. Desde que se ha sutilizado tanto sobre los dogmas, se han conmovido los cimientos de la moral. El sociniano no ha creido en la Trinidad; el deista no ha creido en Jesucristo; el ateo vino despues y no ha creido en Dios; y por úl-

timo han aparecido falsos sabios que han hecho un problema del vicio y de la virtud, intentando justificar hasta las torpezas y monstruosidades de las costumbres paganas. Traspasados una vez por el hombre los límites puestos por la mano del mismo Dios, ya nada le contiene, corre exhalado sin direccion alguna, y se pierde sin remedio en el camino del vicio y del error.

Desechemos esa máxima tan extendida y tan acreditada en nuestros dias, de que el dogma nada importa, que lo principal es la moral, que en ella debemos pensar únicamente sin hacer caso del dogma; ¡trastorno inaudito, segun el cual seria preciso levantar el edificio ántes de asentar el cimiento! ¿Y que dogmas quieren que despreciemos? Los dogmas de un Dios, de una providencia, ó de una vida futura, son puntos de creencia con los cuales estan enlazadas todas las ideas de órden y de justicia en la tierra; y ya en un discurso particular hemos establecido que estas sagradas verdades son la base de la moral, así como de la sociedad. ¿Querrán que abandonemos la enseñanza de los dogmas propios del cristianismo? Tanto valdria decir que era necesario dejásemos de ser cristianos, y que pasásemos de la escuela de Jesucristo á la de Platon. ¡Cómo! ¿No será necesario hablar á los pueblos cristianos de Jesucristo, fundador divino de su religion? ¿Quién no ve el enlace que los misterios de Jesucristo hombre y Dios tienen con los

demás misterios? No se diga, pues, que estos misterios no tienen relacion con las reglas de las costumbres, pues hemos hecho ver cuanto apoyo dan á la moral, y cuan persuasiva la hacen.

Pero se pregunta si deben enseñarse estos misterios á los niños. ¿A qué viene, dicen, cargar su entendimiento con un peso que los agobia inútilmente, y que no puede hacer mas que fatigar su celebro, y perjudicar al desarrollo de sus facultades? Es preciso, Señores, no ver en semejante lenguaje mas que una falsa piedad y temores hipócritas. Es cierto que los niños no reciben mas que ideas vagas sobre los misterios, y que se confian mas á su memoria que á su discernimiento; pero una vez recibidas estas nociones, se desarrollan con los años, é impresas en sus almas desde la edad mas tierna, no se borrarán jamás. Así fueron educados nuestros padres en los tiempos pasados; así lo fueron Descartes, Pascal y Bossuet: si, estos grandes hombres empezaron, valiéndome de la expresion vulgar, aprendiendo el catecismo, y esto no les ha impedido ser ingenios creadores cada uno en su género, y llegar á ser las antorchas del mundo; así hemos sido educados la mayor parte de nosotros, y yo no advierto que semejante método haya alterado en nada nuestra salud ni nuestra inteligencia. Creed sobre este particular, Señores, no á los vanos discursos de teóricos ociosos, sino á la experiencia personal de aquel-

los á quienes por su profesion no es desconocida la educacion cristiana de la primera edad. No tememos deciros que, con un poco de arte y de paciencia, se puede muy bien aficionar á los niños á instruirse en las mas sublimes verdades. La parte misteriosa de la Religion se halla mezclada en nuestros evangelios con hechos maravillosos, con parábolas interesantes, con rasgos de humanidad, con máximas de una moral pura, con imágenes graciosas ó terribles, á propósito para interesar á todas las edades; ¿y quién ignora que nosotros nacemos con una vivísima inclinacion á las cosas extraordinarias, ocultas y misteriosas, y que excitan mas nuestra curiosidad por lo mismo que estan envueltas entre celajes? Entreténgase á la ninez presentándole á Jesus nacido en un pesebre, alabado con cánticos por los ángeles, visitado por los pastores de los montes vecinos, creciendo á la vista de sus padres y siempre obediente á ellos, saliendo de su retiro para evangelizar á los pueblos y aliviar á los desgraciados, bendiciendo á los niños, llorando en el sepulcro de Lázaro y por la ingrata Jerusalen, subiendo al calvario cargado con el madero en que iba á ser crucificado, dando su vida por sus enemigos, saliendo en seguida glorioso del sepulcro, y elevándose en triunfo á los cielos: ¿no es todo esto á propósito para cautivar la imaginacion y el corazon, y para grabarse fácilmente en la memoria? En

fin, Señores, apelo á vosotros mismos : cuando muy jóvenes todavia se os obligaba á dedicaros al estudio de las lenguas de Virgilio y de Homero, y á repetir sobre las reglas del lenguaje lecciones doctas expresadas en términos cientificos, y aun algo bárbaros : ¿ erais entónces capaces de aplicarles ideas bien distintas y exactas, y tan claras como las que habeis formado en una edad mas avanzada? No ciertamente; pero sin embargo las conservaba vuestra memoria, y las entendiais de un modo suficiente para poder hacer de ellas aplicaciones inciertas al principio, más seguras despues, y por último constantemente felices. Pues bien, Señores, lo mismo sucede con los principios elementales del cristianismo que se enseñan á los niños.

Entre los detractores del cristianismo hay algunos que no quisieran se hablase nunca de los misterios; hay otros que han soñado una moral sin religion; y alguno vendrá, ó mas bien ha venido ya, que nos enseñe que un niño no deberia oir pronunciar el nombre de Dios, hasta que su razon estuviese ya formada; extravagancia enorme que en cierto tiempo fué preciso admirar como un rasgo de ingenio, para no pasar por un fanático.

Dejemos, Señores, á la falsa sabiduría todas sus locas teorias y luces engañosas, y no creamos extraviarnos siguiendo el camino iluminado por la antorcha de la experiencia de los siglos. Si,

la doctrina del cristianismo todo entero con sus misterios y preceptos, será siempre el fundamento de una educacion cristiana; siendo particularmente de los misterios de la vida y muerte de Jesucristo, de donde será preciso sacar las mas tiernas lecciones de virtud. Si, Señores, el pesebre y el calvario serán siempre mas elocuentes y mas persuasivos, sobre todo para el pueblo, que los mas pomposos discursos; y el ministro del Evangelio con la cruz en la mano será siempre mas capaz de consolar á los afligidos, de aplacar los odios, de volver la paz á las familias, de inspirar humanidad á los ricos, é introducir los remordimientos ó la esperanza en el corazon del pecador, que el filósofo con toda la pompa de sus máximas. Sabios del siglo, vosotros no veis en esto sino fanatismo, y creeis poseer solo vosotros los tesoros de la sabiduría; enhorabuena, pero dejadnos á nosotros este fanatismo que consuela á los hombres y los hace mejores; y guardad para vosotros vuestra sabiduría, eficaz para destruir y nula para edificar, tan insuficiente para el bien como poderosa para el mal; limitad á vosotros mismos vuestras doctrinas desoladoras, y dejadnos trabajar tranquilos en hacer reflorecer en el seno de la patria la fe de nuestros padres con las virtudes que inspira. Si, nosotros amamos ese supuesto fanatismo, esa doctrina santa que ha formado tanta multitud de padres virtuosos, tantos esposos

fieles, tantos hijos dóciles, magistrados integros, sabios modestos, ricos generosos, pobres resignados, tantos guerreros tan humanos como valientes, y tantas familias llenas de concordia y de felicidad; nosotros estamos desengañados de esa supuesta sabiduría, de esas doctrinas erróneas que, quitando á los pueblos el temor y el amor á la divinidad, atraen sobre ellos á un tiempo todos los vicios y todas las calamidades. ¡No era ya bastante profunda la herida hecha á las costumbres, para que vosotros la hiciérais mayor y tratáseis de hacerla incurable! Si no quereis auxiliar nuestros esfuerzos con los vuestros, os suplicamos guardeis silencio á lo menos; no seais impios mas que para vosotros; y llevad á bien que por vuestro propio interés, por el de vuestros hijos, por la seguridad de vuestros bienes y de vuestras personas, procuremos hacer revivir el fuego sagrado de la Religion y de las virtudes que prescribe. ¡Y vosotros, Señores, vosotros principalmente, ó jóvenes franceses, esperanza de la patria! aprended á hablar con menos ligereza de nuestros misterios, que tal vez conoceis muy poco por la calamidad de los tiempos; temed blasfemar de lo que deberiais venerar; no os avergonceis de santificar vuestros labios con el nombre de aquel ante quien todo se humilla en el mundo, y sea la sabiduría de vuestros discursos el feliz presagio de la de vuestras acciones. Los destinos de la Francia

estan en vuestras manos y en las de vuestros compañeros de edad : si sois irreligiosos, ejerceréis en el pueblo una influencia funesta, y esparciréis por todas partes semillas de destruccion y de muerte; y si cristianos sinceros, atraeréis, con vuestros ejemplos y con vuestros discursos, el pueblo extraviado á esta religion que sola puede asegurar su felicidad. Otros os convidarán al estudio de las letras y de las artes, al de los secretos de la naturaleza ó de la política, á las especulaciones del comercio y á la gloria de las armas : yo estoy muy distante de distraeros de esas diferentes carreras que os presentan; pero quiero al mismo tiempo convidaros á desempeñar un destino mas elevado : os llamo á ser por vuestros principios religiosos los restauradores de las costumbres públicas y los salvadores de la patria.

LA RELIGION

CONSIDERADA

EN SU MORAL.

Un código de moral igualmente sencillo y puro, lleno de máximas luminosas, sin mezcla alguna de errores funestos, y que, trazando á todos el camino del deber, abra á los corazones generosos la carrera de una perfeccion sin límites; un código que se adapte á todos los climas y á todos los gobiernos, y que en la universalidad de sus preceptos comprenda á todo el género humano, desde el pueblo errante bajo tiendas hasta el que ha llegado á lo sumo de la civilizacion, desde las clases mas oscuras hasta las mas elevadas; un código que consagre y perfeccione todas las virtudes domésticas y civiles, purifique todos los afectos legítimos, é impida sus excesos, de modo que la amistad no degenere en débil condescendencia, el valor en ferocidad, el amor de la patria en un sentimiento bárbaro y exclusivo; un código en fin que, apoyado en dogmas invariables, presente siempre al lado del

precepto el mas poderoso motivo para practicarle; que ofrezca por los sacrificios que exige indemnizaciones inmensas, y que coloque á los que le observan bajo los ojos del Dios del universo, que tiene en una mano coronas inmortales para alentar al hombre de bien, y hace brillar en la otra el rayo vengador para aterrar al malo : un código semejante de leyes morales, donde nada falte, ni en cuanto á la belleza de los preceptos, ni en cuanto á la eficacia de sus motivos, en vano le pediréis á la antigüedad pagana; no le hallaréis ni en la escuela de Sócrates, ni en la de Zenon : este código perfecto es el Evangelio.

No es esto decir que no se puedan recoger de los diferentes sabios de los pueblos antiguos, preciosos fragmentos de moral; pero estos no son mas que máximas sueltas, y en cierto modo sumergidas en un mar de errores y de supersticiones. Platon está reputado por el filósofo mas grande de la antigüedad, y su tratado de la República pasa por una obra maestra de ingenio; pero basta recorrer su libro quinto, para ver que toda su sabiduría no le habia libertado de los mas vergonzosos errores. No, no hallaréis en ninguna parte cosa tan completa, tan pura en los preceptos, y al mismo tiempo tan poderosa en los motivos, como el código sagrado del Evangelio.

Hubo una época en que los enemigos del cristianismo, al mismo tiempo que impugnaban sus

misterios y su culto, rendian de tal suerte homenaje á la belleza de su moral, que el mas sublime de nuestros oradores no tuvo reparo en decir en un discurso *sobre la divinidad de la Religion* (1) : «gracias á la misericordia divina, «los que temerariamente disputan todos los dias «sobre la fe, no niegan al cristianismo ser la «regla de las costumbres, y estan acordes con «nosotros acerca de la pureza y perfeccion de «nuestra moral.»

Pero cuando en él último siglo se impregnaron los entendimientos con doctrinas groseras, cuando el egoismo se convirtió en sistema, y el ateismo heló los corazones, llegaron los hombres á ser incapaces de conocer cuanto hay de bueno, de bello y de consolador en nuestros libros santos; ¿y cómo, con una doctrina enteramente brutal y sensual, podia el materialista aficionarse á una ley que se dirige á sobreponernos á las cosas sensibles, y que nos manda sacrificar al deber las inclinaciones mas dulces en apariencia á la naturaleza? Así llego á ser la moral evangélica el blanco de los ataques mas violentos de los sofistas. Porque el cristianismo prescribe el desprendimiento, se le acusó de condenar los honores, las dignidades y las riquezas, y de inspirar hácia las cosas de este mundo una indiferencia y una apatia incompatible con el comer-

(1) Bossuet, II^e *Sermon pour le second Dim. de l'Avent*, II^e part.

cio, las artes y la industria, y con la cual toda la sociedad se entregaria á un total abandono. Por que prescribe la humildad, se le acusó de predicar una virtud que degrada al hombre á sus propios ojos, que le hace indiferente á la estimacion pública, y que no le inspira sino ideas bajas y despreciables. En fin, porque declara la guerra á todas las inclinaciones desarregladas, persiguiéndolas hasta en el corazon; porque no contemporiza con pasion ni vicio alguno, y porque manda todas las virtudes, se le acusó de una severidad excesiva, y de imponer á débiles criaturas un yugo insoportable. De este modo la moral cristiana era, en el sentir de sus detractores, enemiga de la sociedad por el desprendimiento que manda, degradante por la humildad que predica, é impracticable por la severidad de las obligaciones que impone. Vindicarla pues de estas tres acusaciones, será el objeto del presente discurso.

Si hay alguna pasion fecunda en injusticias, capaz de sofocar todo sentimiento de honor y de probidad, y de introducir la division y discordia en las familias, es ciertamente la avaricia, quiero decir el amor desordenado de las riquezas y de los bienes de este mundo. ¿De dónde en efecto nacen esos fraudes tan comunes, esos medios de enriquecerse que cuanto son mas rápidos son regularmente mas ilegítimos, esas especulaciones crueles sobre necesidades ajenas

que obligan á comprar un socorro momentáneo con una ruina mas tardía, pero al fin inevitable? ¿De dónde esa bárbara resistencia á pagar al jornalero y al criado el precio de su trabajo y sudor, esa violacion de las promesas mas solemnes, esas querellas que arman al hermano contra el hermano, á la esposa contra el esposo, y algunas veces al hijo contra el padre? ¿De dónde esas locas y temerarias empresas para llegar de repente al colmo de la fortuna, y que demasiado frecuentemente vienen á parar en ruinas vergonzosas, cuyas consecuencias son muy largas y llevan el sobresalto, y acaso la miseria al seno de cien familias? ¿De dónde, Señores, nacen todos estos desórdenes, y cuál es su origen principal? La avaricia. Cuando el amor desordenado de las riquezas se apodera de las almas, y cuando no se vive ni se respira sino para adquirirlas y para entregarse á los placeres que proporcionan; cuando un pueblo merece la reconvencion que el poeta de la antigua Roma hacia á sus contemporáneos, de posponer la virtud al dinero, *virtus post nummos* (1). ¿qué es entónces de la buena fe, del honor y de la nobleza de ideas y de sentimientos? ¿qué de las virtudes domésticas y públicas? ¿No será preciso que todo degenere, y que todo se envilezca? ¿y no es entónces la avaricia una profunda sima adonde va á sepul-

(1) Horacio, *Epist.*, lib. I, ep. I, v. 54.

tarse el Estado con las familias? Escrito está en nuestros libros santos que *la avaricia es la raiz de todo mal* (1), y si esto es así, ¿ que mayor servicio ha podido hacer el Evangelio á la humanidad, que poner un freno á esta pasion devoradora? En esto como en todo lo demás brilla la profunda sabiduría del divino Legislador, y solo desnaturalizando su doctrina se puede intentar combatirla. El Evangelio no proscribe el afecto legítimo y moderado á los bienes temporales; no, Señores, condena únicamente el apego desarreglado á ellos, que no puede dejar de arrastrar á los mas funestos excesos. La virtud, á los ojos de la Religion, no consiste precisamente en la indiferencia por los honores, en la pobreza, y en el abandono de los cuidados domésticos y civiles: es posible ser desinteresado en el seno de las riquezas, moderado en medio de la grandeza, así como avaro en medio de la miseria, y ambicioso y altivo en una condicion oscura. Está en el órden de la Providencia y de la Religion que haya ricos y pobres, grandes y pequeños; y se necesita mucha ignorancia, ó á lo menos mucha irreflexion, para reprender al cristianismo las máximas que nos enseña sobre esta materia.

¿ Dónde en efecto se ve que nuestros libros santos condenen las riquezas, y que su posesion deba ser considerada como un delito? Es cierto

(1) I *Tim.*, VI, 10.

que no se halla en ellos un tratado sobre las riquezas de las naciones; pero enseñan á usar bien de los bienes de este mundo, sin colocar en ellos el principal afecto; amenazan al rico endurecido que no socorre al indigente, y presentan las riquezas como un escollo funesto: ¿ y no nos enseña la experiencia cuánto irritan todas las pasiones suministrándoles los medios de satifacerse? Si para consuelo de la mayor parte de la especie humana quiso Jesus nacer entre las privaciones de una condicion oscura, no por eso se desdeñó de tener por discípulos á hombres ricos, como Zaqueo y Josef de Arimatea, y al rededor de su cuna se encuentran Magos lo mismo que pastores. En su nombre manda el Apóstol á los ricos, no que se despojen de sus riquezas, sino que no se ensoberbezcan ni pongan en ellas sus esperanzas (1). ¡ Cuántos ricos, cuyo nombre se halla canonizado en los fastos de la Iglesia cristiana, hicieron en todos tiempos de su opulencia el instrumento de sus virtudes!

¿ En dónde condenan tampoco nuestros libros santos las dignidades? Es cierto que las presentan como cargas temibles, de las que darán algun dia los que las disfrutan una cuenta rigorosa; pero Jesucristo mismo ha canonizado la máxima de que debe *darse al César lo que es del César;* y uno de sus apóstoles nos enseña que las *potestades*

(1) *Timot.*, VI, 17.

han sido *establecidas por Dios* (1) para el reposo de las sociedades.

¿ Dónde en fin se ve que nuestros libros sagrados condenen el cuidado moderado de los bienes de la tierra, y la sabia y honrada industria que los conserva y aumenta? Sepamos distinguir en esto el precepto del consejo. Poseer los bienes de este mundo sin buscarlos con ansia, usar de ellos con moderacion, saberlos perder sin murmurar contra la Providencia que los da y los quita segun quiere, he aquí el precepto; llevar el desinterés hasta un desprendimiento efectivo, renunciar no solamente al afecto de los bienes, sino á su misma posesion, este es el consejo. El precepto es para todos, el consejo solo es para algunos. Las cosas, Señores, estan dispuestas de tal modo entre los hombres, que no hay que temer que un exceso de desinterés convierta la sociedad en un desierto.

El cristianismo ha contado desde su orígen entre sus hijos á hombres de todas clases. La Religion no desordena las diferentes jerarquías y clases de la sociedad, sino que mas bien las consolida, y hace practicar sus obligaciones con una fidelidad mas constante y mas segura. No manda al magistrado bajar de la silla de la justicia para pasar al pié de los altares el tiempo que debe dedicar al ejercicio de sus funciones,

(1) *San Mateo*, XXII, 21. — *Rom.*, XIII, 1.

ni al guerrero perdonar la vida al enemigo en el combate, ni á la madre de familias abandonar los cuidados domésticos que debe á su esposo y á sus hijos; sino que, por un rasgo de sabiduría admirable, designa á cada uno como primera obligacion la respectiva á su estado. No basta, pues, á sus ojos que el magistrado sea ilustrado, si no es justo; que el sacerdote sea de una conducta ajustada, si no es zeloso; que el guerrero sea humano, si no es valiente; que los padres sean cariñosos, si no son vigilantes; en fin que los criados respeten á sus amos, si no son fieles. El Evangelio no condena la economía, sino la avaricia; no el tráfico, sino los fraudes que le deshonran; no las artes, sino el abuso que de ellas se hace para hermosear el vicio; á nadie prohibe la defensa legítima de sus derechos, sino el espíritu de odio y de venganza que se mezcla con ella muy frecuentemente. Así pues, permanezca cada uno siguiendo el consejo del Apóstol (1) en la clase en que la Providencia le ha colocado. La Religion no condena sino lo que es malo; santifica y perfecciona todo lo que es bueno, y suministra á los hombres nuevas y poderosas razones para practicarlo. Tal es la Religion bien entendida, y nada he dicho que no esté reconocido por todos los moralistas cristianos: ¿con que derecho pues se intenta atribuirle máximas que no son suyas?

(1) *Corint.*, VII, 20.

Las acusaciones que hacen al cristianismo sus enemigos, no tienen ni aun el triste mérito de la novedad : ya hace catorce siglos que san Agustin respondió á la injusta reconvencion que hacian á la Religion los paganos poco instruidos en su doctrina, de que perjudicaba al bien de las sociedades con sus máximas de mansedumbre, de desinterés y de perdon de las injurias. ¡Cómo! decian ellos, ¿quién es el que permite que le arrebate los bienes su enemigo? ¿quién el que no procura volver mal por mal á los bárbaros que vienen á asolar las provincias del Imperio? Es muy interesante ver lo que responde San Agustin á esta acusacion en su carta á Marcelino (1), personaje muy distinguido por sus dignidades y su raro mérito. El santo doctor hace observar que los mismos autores profanos habian celebrado la clemencia como una virtud heróica, y que César habia sido alabado de que nada olvidaba sino las injurias; que con las máximas evangélicas bien observadas se unirian los ánimos, y se estrecharian los corazones mejor que con las instituciones de Rómulo y de Numa; que la caridad que prohibe volver mal por mal, no impide que se castigue á los malvados, y que se les trate con la conveniente severidad; que no debemos imaginarnos que la sociedad prospere porque se levanten casas magní-

(1) *Epist.* CXXXVIII, n. 9 y siguientes.

ficas, porque se construyan teatros, y los ricos hagan gastos desmedidos, si al mismo tiempo se deja abandonada la virtud, en que consiste la verdadera hermosura de las almas; que Roma habia debido su grandeza á la austeridad de sus costumbres y de sus máximas; que la república habia caido en el momento mismo en que el espíritu de rapiña y de avaricia se habia apoderado de los ciudadanos y de los ejércitos; que entónces, como dice el poeta, los vicios habian esclavizado á Roma, y vengado al universo vencido por ella : *Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem* (1). Haced, añadia San Agustin, y con él lo decimos nosotros á los enemigos del cristianismo, á esos que acusan la doctrina de Jesucristo de perjudicar á la prosperidad de los Estados, haced que los esposos, los padres, los hijos, los amos, los criados, los magistrados, los guerreros y los reyes sean tales como manda el Evangelio, y entónces se verá si sus máximas bien practicadas no producen la seguridad y la prosperidad de los Estados. Esta era en sustancia la respuesta de san Agustin, y ya veis cuan sólida es.

El sofista Bayle y el entusiasta J. S. Rousseau son los que en nuestros tiempos modernos se han atrevido á decir que no podria subsistir una sociedad de verdaderos cristianos : como si el

(1) Juven. *Satira* VI.

cristianismo no prescribiese como un deber todas las virtudes civiles y políticas, y como si condenase en las diferentes clases otra cosa que los vicios que las deshonran. Montesquieu, menos quimérico y mas justo para con la Religion, responde á sus calumniadores con estas notables palabras : « Bayle, despues de haber insul-« tado todas las religiones, deshonra la cris-« tiana, atreviéndose á sentar que los verdaderos « cristianos no pueden formar un Estado capaz « de subsistir. ¿ Y por qué no? Estos ciudada-« nos serian muy ilustrados en sus obligacio-« nes, y tendrian gran zelo por cumplir con « ellas ; conocerian muy bien los derechos de la « defensa natural; y cuanto mas creyesen deber « á la Religion, tanto mas creerian deber á la « patria (1).... ¡ Cosa admirable ! la Religion cris-« tiana que parece no tener otro objeto que la « felicidad de la vida futura, hace tambien « nuestra felicidad en la presente (2). »

Se ha imaginado colocar un pueblo de cristianos al lado de un pueblo de Espartanos, y en este sueño de la imaginacion se ha creido triunfar, diciendo que el pueblo cristiano se veria precisado á abandonar los principios de su religion, ó en caso contrario seria exterminado. ¿ Y porqué lo seria? Es imposible dar una buena razon. Quiero examinar por un momento esta

(1) *Esprit des Lois*, lib. III, cap. VI.
(2) *Ibid.*, cap. III.

vana suposicion? Tendria acaso ese pueblo de Espartanos derecho para abandonarse á toda su ferocidad, en tanto que á los cristianos, sus vecinos, se les mandaria dejarse degollar impunemente? ¿Que nuevo derecho de gentes es el que inventan los detractores del cristianismo? ¿Dónde se ha visto que la guerra esté absolutamente prohibida á los pueblos cristianos? Si el Dios que adoran se llama Dios de paz, tambien se llama Dios de los ejércitos; ¿y que motivo mas legítimo puede tener un pueblo para la guerra que el de conservar su existencia, su gobierno y sus leyes? ¿Una sociedad civil de cristianos es acaso una sociedad de cenobitas que se entregan en la soledad al olvido del mundo y de cuanto le pertenece? En esta sociedad cristiana, la primera obligacion de su caudillo seria velar por su seguridad y armarse para su defensa; y si así no lo hiciese, con pretexto de desprendimiento, la Religion misma le tendria por un cobarde prevaricador: ¿Que rey hubo nunca mas cristiano que S. Luis? pero tambien ¿que otro conoció más los derechos de su corona, y supo defenderlos mejor con la espada en la mano? Uno de los mas grandes estadistas de los tiempos modernos, Jimenez de Cisneros, salió desde el retiro de un claustro para ponerse al frente de una vasta monarquía: conservó, es cierto, en aquel puesto toda la sencillez y austeridad de un solitario con respecto á su persona; pero no dejó

de creerse obligado en conciencia á desplegar contra los enemigos del estado todo el aparato de la fuerza pública. Leed, Señores, lo que Charlevoix y Muratori refieren de las poblaciones cristianas del Paraguay. Humanizados y civilizados por la Religion aquellos naturales, los veréis vivir en una inocencia de costumbres que parecia realizar los tiempos fabulosos de la edad de oro; pero tambien veréis como se armaban para su defensa, con que ardor é impetuosidad caian aquellos fervorosos cristianos sobre sus enemigos, y que si eran mansos como corderos en presencia de los santos legisladores que los habian civilizado, eran tambien terribles como leones en los combates.

Las hazañas de los guerreros griegos y romanos han sido celebradas por historiadores y poetas que las han inmortalizado; ventaja que frecuentemente no han tenido los guerreros de los tiempos modernos; pero cuando una nacion cuenta héroes tales como Carlo-Magno, Felipe-Augusto, S. Luis, Duguesclin, Bayardo, Enrique IV, Turena, Condé y otros muchos que no nombro, no veo que tenga nada que envidiar en valor á la antigüedad. Nuestros libros clásicos ponderan mucho el sacrificio de Leonidas y de los trescientos Espartanos en el paso de las Termópilas: fué sin duda alguna una accion hermosa; pero hablando de buena fe, ¿que tropa francesa, cualquiera que se elija, no se

muestra á la primera señal capaz de un sacrificio semejante? ¿Que otra cosa presenta la historia de las órdenes religiosas y militares de la Europa moderna, sino una serie de prodigios inauditos de valor contra los enemigos de la cristiandad?

Es cierto que el Evangelio no dice literalmente, amarás tu patria, como dice, amarás á tu prójimo; pero prescribe sentimientos de benevolencia, de desinterés, de afecto, en una palabra, sacrificios de que se compone el amor de la patria. Cuando por obligacion de conciencia se obedece á las leyes, se respeta al magistrado, se paga el tributo y se cumplen con fidelidad las obligaciones que á cada uno impone su estado, ¿no es esto ser un buen ciudadano? ¿Consiste en otra cosa el verdadero patriotismo? No tratemos de preconizar aquel amor feroz y exclusivo de la patria, especie de egoismo nacional que se alimenta del odio á todos los demás pueblos. El cristiano ama á todos los hombres; pero tiene para con sus conciudadanos un sentimiento de predileccion. El mismo Jesucristo autorizó el amor de la patria; lloró por Jerusalen, y se dolió de los males que la amenazaban. Sobre esto dice Bossuet en su *Política Sagrada* (1), « que « derramó su sangre mirando particularmente « por su nacion, y que al ofrecer este gran sa-

(1) Lib. I, art VI, segunda proposicion

« crificio, que debia ser la expiacion de todo el « universo, quiso que el amor de la patria tu- « viese su lugar en él. »

Queda examinada, Señores, la inculpacion que se hace al cristianismo de ser enemigo de la sociedad por el desprendimiento que prescribe, y hemos visto que semejante inculpacion solo proviene de falsas nociones. Paso á la segunda acusacion que se le hace de ser abyecta por la humildad que prescribe, y en la que hace consistir el fundamento de la virtud.

Aquí es donde parece que el incrédulo me espera con cierta confianza para oir lo que podré decir sobre la humildad, como si este fuese un escollo inevitable en el que deban estrellarse todos los apologistas de la Religion. ¿Que cosa hay mas abyecta, se dice, que esa virtud que envilece al hombre á sus propios ojos, prohibiéndole estimarse á sí mismo, y que se dirige á desanimarle y á hacerle inútil á sus semejantes, prohibiéndole aspirar á la estimacion pública? Esta es, Señores, la pintura de la humildad desfigurada por los enemigos del cristianismo, mas no la de la verdadera humildad cristiana. En esta materia, como en todo lo demás, bastará fijar la verdadera nocion de las cosas para asegurar el triunfo de la Religion. ¿Qué es pues la humildad? Es una virtud por la cual el hombre, reconociendo que todo lo ha recibido de Dios, todo lo refiere á Dios : así lo hace el cristiano

verdaderamente humilde; y de todo, ya sean riquezas, honores, salud, talento, ciencia, fortuna, de todo hace homenaje á Dios quien se lo ha dado todo. S. Pablo nos da la nocion, y á un mismo tiempo el motivo de la humildad cuando dice (1): «¿qué cosa tienes que tú no la hayas «recibido? Y si todo lo que tienes lo has reci- «bido, ¿de qué te glorías como si no lo hubie- «ras recibido?» ¿Y hay cosa mas luminosa y mas racional? Por mucho que un hombre se complazca y se admire en su interior de la multitud de sus riquezas, de la hermosura de su casa, de la elegancia de sus vestidos y adornos, cualquiera conoce que estas cosas no son su misma persona, que le son como extrañas; que muchas veces las poseen personas poco dignas de estimacion, y que el verdadero mérito consiste solo en las prendas personales. Pero todas esas cualidades del entendimiento y del corazon, el talento, la ciencia y la virtud, y las demás de que nos ocupamos y gloriamos, ¿son en realidad obra de solo el hombre? ¿Se ha dado él á sí mismo el ser, con facultades de que se compone su naturaleza? No, lo que únicamente hace de bueno y de laudable, es desarrollar los dones primitivos que ha recibido con la vida, auxiliados con otros dones de un órden superior que debemos á Jesucristo, y de los que Dios es el

(1) I *Cor.*, IV, 7.

fin, asi como es el principio. Vuelvo á decir que no confundamos el consejo con el precepto. Complacerse en ser olvidado de los hombres y en las humillaciones, recibirlas no solo con sumision, sino con alegria, ved aqui el consejo: dar á Dios lo que pertenece á Dios, y buscar su gloria mas bien que procurar la nuestra, ved aqui el precepto. ¿Y no está en el órden eterno de las cosas que la criatura viva dependiente de su Criador?

¡Cuántos desórdenes se evitarian en la tierra si se guardase fielmente este precepto! Por el orgullo exige el hombre mas de lo que le es debido, y no corresponde con lo que debe; es duro en sus modales y en sus discursos, oprime al débil, y se irrita de la oposicion mas legítima. Por el orgullo ve el hombre virtudes en sus vicios y vicios en las virtudes ajenas, ultrajes enormes en las faltas mas leves; mira como enemigos á todos los que no le admiran, exige satisfacciones cuando él mismo deberia darlas, y se entrega por las cosas mas frivolas á los arrebatos del odio y del furor. Por el orgullo el hombre se prefiere á todos, se cree humillado por el mérito ajeno, aspira al dominio, quisiera ser el único objeto de la fama, y se presenta á los ojos de sus semejantes como el idolo á quien deben incensar. Por el orgullo en fin, ni ve, ni ama, ni adóra el hombre mas que á si propio en este mundo, y se contituye él mismo su Dios.

Pero la humildad hace que todo vuelva al órden, y que el hombre modere todas sus altivas pretensiones; por ella reconoce su dependencia, lo refiere todo á Dios como á su verdadero orígen, y ved aquí el fundamento de toda virtud sólida. Los paganos combatian muy frecuentemente un vicio con otro vicio, y una pasion con otra pasion; pero sus intenciones no eran puras, y los esfuerzos de virtud de sus mayores sabios no eran mas que trofeos consagrados á su vanidad. « Yo desprecio el orgullo de Platon, « decia Diógenes. — Sí; pero movido de otro « orgullo, respondió Platon. » « La humildad, « dijo el célebre autor de las *Máximas* (1) es la « verdadera prueba de las virtudes cristianas : « sin ella, conservamos todos nuestros defectos, « y solo estan encubiertos por el orgullo que los « oculta á los demás, y á veces hasta á nosotros « mismos. »

Instruido así el cristiano en la escuela de Jesucristo, no es idólatra de sí mismo, ni se engrie por su propio mérito; y á la verdad, si considera la flaqueza y los extravíos de su entendimiento, las vergonzosas y bajas inclinaciones de su corazon, y las miserias y enfermedades de su cuerpo, no puede bajo este punto de vista tenerse en mucho. Pero tambien ¿cómo no ha de tener altas ideas de su dignidad y estimarse á

1) La Rochefoucauld, Maxime 365.

sí mismo de un modo razonable, el mismo que, ilustrado por la fe, mira la tierra como nada, se eleva sobre el universo y siente en el fondo de su alma grandes esperanzas de inmortalidad? Es cierto que no funda su última felicidad en los elogios de los hombres, cuya inconstancia é iniquidad reconocieron y deploraron los paganos mismos, y que sabe sobreponerse á opiniones vanas cuando el deber lo exige; ¿pero cómo podrá mirar con indiferencia la estimacion pública, estándole mandado cuidar de su reputacion, evitando todo lo que no sea honesto y laudable : *Curam habe de bono nomine* (1)?

No por esto creamos que la humildad se oponga á la verdad, y que mande al sabio tenerse por ignorante, y al guerrero valiente por cobarde; no, nada de esto. Es ciertamente licito al sabio tener una justa idea de sus conocimientos, y al guerrero la conviccion de su valor y proezas : lo que únicamente se exige de ellos es que hagan homenaje de estos dones á aquel de quien todo lo han recibido. La soberbia forma egoistas que reconcentran en sí mismos todos sus afectos; pero la humildad espaya y engrandece el corazon, dirigiéndole hácia la divinidad. Frecuentemente, Señores, nos engañan las apariencias : se puede ser humilde entre el oro y la seda, ó en medio del brillo del talento y de la

(1) *Eccles.*, XLI, 15

fortuna, como soberbio en la oscuridad de la ignorancia, y entre los andrajos de la miseria. San Luis, adornada su frente con todo el esplendor de la diadema, Turena, rodeado de los trofeos de sus victorias, y Bossuet, en medio de los prodigios de su elocuencia mas que humana, podian ser verdaderamente humildes; sin dejar de conocer todo lo grande y bello que practicaban, podian referir su gloria á aquel que es el origen de las luces así como de las virtudes, y de quien no eran mas que instrumentos.

Tampoco pensemos que la humildad se oponga á la magnanimidad: no, cuando olvidándose el hombre á sí mismo, coloca toda su confianza en solo Dios, entónces precisamente es cuando se hace fuerte y poderoso; y he aquí la razon por qué tantos santos personajes humildes y oscuros como Vicente de Paul, han hecho cosas tan asombrosas en favor de la Religion y de la humanidad. ¿Quién no conoce la conducta animosa de San Ambrosio? Huye por humildad de las grandezas humanas, y hace cuanto está en su mano para no ser elevado á la mitra de Milan; pero no tiembla en la presencia de los señores del mundo, y cuando Teodosio se presenta en el templo del Dios de paz, manchado aun con la sangre de los habitantes de Tesalónica, el nuevo David encuentra un nuevo Nathan, y la sangre inocente un vengador en el mas humilde de los pontífices. Confesemos que la verdadera gran-

deza consiste en la humildad que no abate al hombre en la presencia de Dios sino para elevarle sobre las cosas humanas; confesemos que la bajeza está en la soberbia, que, para prosperar, se ve precisada á envilecerse y alimentarse de afrentas; que se aprecia tan poco á sí misma, que no se atreve á parecer tal como es, y que, avergonzada de su deformidad, se oculta bajo el velo de la modestia.

Pasemos á la acusacion de impracticable por su severidad que en general se hace á la moral evangélica.

Es tal, dicen, la severidad de la ley cristiana, que no solamente intenta arreglar las acciones y los dicursos, sino tambien los deseos y pensamientos; y que por la mortificacion de los sentidos, del corazon y del entendimiento, y por la vigilancia contínua que exige, pone siempre al hombre en guerra consigo mismo, y le agobia bajo un yugo insoportable á su debilidad. Para contestar á los que hacen esta nueva imputacion á la moral cristiana, empecemos preguntándoles: ¿A quiénes se debe creer aquí? á los que, sin hacer esfuerzo alguno para practicarla, se limitan á declararla impracticable, ó á los que la han practicado fielmente? Habiendo tenido en todos tiempos fieles observadores, ¿cómo se dice que su observancia es imposible al hombre? Recorramos los anales de la Iglesia cristiana, y hallaremos que el Evangelio, fecundo siempre en

virtudes, las ha hecho brotar y crecer hasta la mas perfecta madurez, en todos los climas, entre todos los pueblos y hasta en medio de la corrupcion mas profunda. Siempre ha contado adoradores zelosos en todas las clases y condiciones: en el bullicio del siglo, lo mismo que en la calma de la soledad; en medio de la licencia de los campos, como en los asilos de la piedad; entre la confusion de la vida pública, como en las dulzuras de la vida privada; debajo de la púrpura y de la tiara, como bajo los modestos vestidos de la mediocridad. No debemos juzgar del número de los verdaderos cristianos por solo el de aquellos cuya memoria nos ha conservado la historia. ¡Cuántos habrá cuyas virtudes menos brillantes, ó cuyos nombres mas oscuros no hayan llegado á nuestra noticia! Para un corto número que se haya libertado del olvido, y cuya gloria haya hecho brillar el cielo, cuántos no nos serán hoy desconocidos que hayan servido de edificacion en las ciudades y en los campos, y regocijado la tierra con el espectáculo de las virtudes mas puras!

No aleguemos que las circunstancias han variado; no, en todos tiempos ha habido el mismo Dios, el mismo Evangelio, las mismas tentaciones y los mismos combates. Siempre el mundo ha presentado á la vista de los mortales sus espectáculos y sus fiestas; siempre el deleite ha ofrecido sus blandas delicias, la ambicion sus

aparentes grandezas, las riquezas sus goces halagüeños, y la gloria sus brillantes prestigios; siempre la primera edad ha tenido su inconstancia y sus caprichos, la juventud su fogosidad y sus arrebatos, la edad madura sus pensamientos sombríos y su inquieta prevision, y la vejez su mal humor y sus enfermedades. Sí, los cristianos virtuosos de otros tiempos han sido en cuanto á la naturaleza de sus inclinaciones lo mismo que nosotros somos hoy; y nosotros podemos por nuestros esfuerzos llegar á ser lo que ellos fueron.

¿Pero porqué hemos de subir á las primeras edades de la Religion para encontrar virtudes verdaderamente cristianas? Desde que Jesucristo abrió el manantial de ellas, no ha dejado de correr hasta por entre los siglos mas impuros ó irreligiosos como el nuestro. ¿No conocemos nosotros mismos en nuestras propias familias, entre nuestros parientes ó amigos, cristianos dignos de este nombre, á quienes nos vemos precisados á rendir homenaje, aunque no tengamos el valor de imitarlos? Su ejemplo confunde todos nuestros pretextos, y solo él basta para hacer la apología de los preceptos evangélicos.

Cuando se trata de juzgar y de apreciar la severidad de estos, guardémonos de toda exageracion, y no vayamos á confundir el precepto con el consejo, el deber con la perfeccion, los defectos con los vicios, la fragilidad humana con

la malicia meditada, ni las faltas ligeras con los pecados graves. Si debemos huir de aquella excesiva tolerancia que nada califica de malo, es preciso no incurrir tampoco en aquel rigorismo feroz que en todo ve crímenes. No nos engañemos representándonos la virtud cristiana bajo formas espantosas, rodeada siempre de los instrumentos ensangrentados de la penitencia, ó habitando las rocas y las cavernas. Los caminos extraordinarios solo son para algunos; Jesucristo, modelo de toda perfeccion, observó por espacio de treinta años una vida sencilla y comun. La piedad no reside solamente en las soledades; tambien se encuentra fuera de los desiertos de la Tebaida ó de la Siria, y es posible ser verdadero cristiano sin ser un Pacomio ó un Hilarion. La virtud cristiana se halla en cuantos estados coloque al hombre la Providencia, siempre que en ellos cumpla con las obligaciones que impone; del mismo modo acompañaba á San Luis sobre el trono que á la humilde Genovefa en pos de su rebaño.

Yo convengo en que la ley cristiana quiere descender hasta lo interior de las almas para arreglar sus deseos y sus pensamientos; pero ¿no es en esto mismo en lo que se muestra verdaderamente divina? ¡Oh! ¡cuán digno era de aquel que juzga por la realidad, y no por apariencias, apreciar al hombre por sus disposiciones interiores, y colocar en sus afectos el asiento de las virtu-

des y de los vicios! ¡Cuán profundamente conocia el corazon humano el que, para cortar los vicios en su orígen, prohibió hasta el pensamiento voluntario y advertido sobre un objeto malo, y ha dicho (1): « No codiciarás, » *non concupisces!* Digamos pues, rindiendo homenaje á la verdad, que sola nuestra voluntad nos hace buenos ó malos en la presencia de Dios, y que si ante él jamás somos inocentes cuando el corazon es culpable, tampoco somos culpables cuando el corazon es inocente. Convengo tambien en que la práctica de las virtudes cristianas, como la mansedumbre, la paciencia, el perdon de las injurias, la pureza de costumbres, exige vigilancia, esfuerzos y combates. Si, Señores, lo confieso; la ley del Evangelio es ley de sacrificios. ¿Pero cómo no habia de serlo? Si procede de Dios, era preciso que mandase todo lo mas laudable, lo mas hermoso y mas grande. ¿Y en dónde se halla la belleza moral, el mérito y la heroicidad de las acciones, sino en las victorias del hombre sobre sus inclinaciones, es decir, en los sacrificios? En esto la razon está perfectamente de acuerdo con el Evangelio. ¿Cuáles son en efecto las acciones que nos parecen dignas de elogios, y que arrebatan nuestros homenajes y nuestra admiracion? Precisamente aquellas en que se ve al hombre luchar consigo

(1) *Exodo*, XX, 17. — *Roman.*, VII, 7.

mismo, y salir triunfante de un combate tan penoso. Nadie ignora que los paganos tenian por mas hermoso vencerse á sí mismo, que ganar batallas. Decidme, ¿admirais acaso al jóven voluptuoso que se abandona á los excesos de una vida licenciosa, al pródigo que disipa locamente la herencia de sus padres, al vengativo que sacia cobardemente su odio, y al indolente que consume sus dias en una vergonzosa ociosidad? No, no admirais nada de eso. ¿Y porqué? Porque esto no exige ni trabajo, ni esfuerzos, ni combates; y porque no veis en ello mas que una indolente debilidad en seguir los impulsos de una naturaleza corrompida. Quien dice virtud, dice valor; y J.-J. Rousseau dijo con fundamento que no hay virtud sin valor, y que la cobardia es el camino del vicio.

Tal es el sentimiento del género humano; y así lo confirman claramente los ejemplos mas memorables. Se admira entre los Griegos á Sócrates tendido en el lecho de la muerte, tomando con mano firme la copa envenenada, consolando á sus amigos afligidos con la serenidad de una alma dueña de sí misma; se admira entre los Romanos á aquel Fabio que desprecia la imputacion de lento y pusilánime, y que, sobreponiéndose á vanos clamores, destruye por su prudencia á un enemigo que no hubiera podido vencer por la fuerza. ¿Y qué hay de hermoso en todo esto? ¿No es cierto que no hallariais en ello mérito

alguno, si no descubriéseis un esfuerzo difícil y generoso, un sacrificio? Sócrates, combatido por el natural amor de la vida y por la obediencia que cree deber á las leyes que le condenan injustamente, muere contento y se sacrifica por obedecerlas; y Fabio, dejándose tachar de débil y de cobarde, hace en cierto modo el sacrificio de su gloria por la salvacion de su patria. He elegido de intento estos ejemplos celebrados por los paganos mismos, para mejor haceros conocer que, á juicio de todos los pueblos, aun de los mas corrompidos, no hay virtud sin sacrificios. Durante los disturbios que agitaron el reino en la menor edad de Luis XIV, un intrépido, un magnánimo magistrado, rivalizando en valor con el gran Condé, se muestra tan tranquilo ante los facciosos que le amenazaban, como si estuviese sentado en su tribunal; y al querer intimidarle con el puñal asesino, responde : « no « llega con tanta facilidad el puñal del malvado « al corazon del hombre de bien. » ¿Y porqué nos conmueven y admiran semejantes rasgos, sino porque nos presentan al hombre como un héroe siempre armado contra el vicio, contra su propia debilidad, y siempre dispuesto á sacrificarlo todo excepto su deber? Y si me fuese permitido buscar ejemplos de sabiduría hasta en la escuela del vicio, ¿qué es lo que excita mas interés en los teatros, lo que conmueve y hace mas impresion en los espectadores? No es, lo sé sin

haberlo visto, ni una felicidad continuada, ni un cobarde atentado, ni una virtud fácil, ni una condescendencia interesada; es mas bien un valor superior á todos los peligros, una clemencia mayor que todos los ultrajes y una virtud que triunfa de las mas duras pruebas: ¡tan cierto es que las cosas no nos parecen bellas, laudables y sublimes sino por los esfuerzos mismos y por los sacrificios que exigen! Y si es esto mismo lo que forma el carácter del Evangelio, ¿no es tambien en lo que consiste su gloria?

Se quejan de los sacrificios que pide la virtud; y nada se dice de los que exigen las pasiones que muy frecuentemente son unas divinidades crueles, á quienes sus adoradores se ven precisados á sacrificar su felicidad, su reposo y aun su vida. ¿Qué no emprende el guerrero por lograr una gloria que se disipa como el humo, y que al cabo no ha de bajar con él al sepulcro? Ved al negociante codicioso arrostrar todos los peligros, corriendo entre los escollos y tempestades de mares borrascosos, por buscar en el nuevo mundo unos bienes no menos frágiles que los de nuestro hemisferio. ¡Que vigilias y que fatigas no soporta el sabio por una reputacion siempre incierta! ¿Los placeres mismos carecen acaso de tedio y de disgustos? ¿no se oculta muchas veces bajo el brillo de las mas alegres diversiones un fondo inagotable de amargura y de tristeza? Hasta la moda es un tirano caprichoso, al que

sus esclavos sacrifican algunas veces la salud lo mismo que la virtud.

Dejemos pues de vituperar la moral cristiana por los sacrificios que exige. La hemos vindicado suficientemente de los vanos ataques de la incredulidad; solo nos resta someternos á la santidad de sus leyes. ¿Y con que razon podemos disculparnos de nuestra rebelion contra ella? ¿Alegaremos la fuerza y la violencia de nuestras inclinaciones, como si no tuviésemos grandes motivos y armas poderosas para vencerlas? Es necesario considerar el cristianismo tal como es en todo su conjunto, con sus preceptos y sus divinos auxilios, sus rigores y sus consuelos, sus combates y sus esperanzas. No veamos al cristiano solamente luchando en la carrera, veámosle tambien recibiendo al fin de ella el premio de sus esfuerzos. El Epicúreo rinde las armas sin combatir, y nada teme tanto como el dolor; el Estóico no se apoya mas que en sí mismo, espera del cielo la salud, pero la sabiduría, de solas sus fuerzas: uno y otro caen en un exceso de debilidad ó de falsa grandeza. El cristiano padece y lo confiesa; tiene que sostener combates, pero no pelea solo; se reconoce débil, pero se apoya en la fuerza misma de Dios; y dirigiendo sus miradas al cielo, se anima á la vista de la corona inmortal que le aguarda.

Decis que vuestras pasiones son violentas; pues bien, es digno de un gran valor pelear

contra enemigos poderosos : son leones que rugen al rededor de vosotros; pero sin cuyos rugidos acaso os dormiriais en una fatal seguridad. Unas pasiones menos vivas causarian estragos menos perceptibles, pero acaso mas funestos : hay cierta calma mas peligrosa que la tempestad. Teneis, decis, pasiones violentas; por lo mismo estoy inclinado á deciros : tanto mejor; esas mismas pasiones son obstáculos que pueden llegar á ser grandes medios para adquirir grandes virtudes. Saulo tenia todo el zelo de un perseguidor, que despues se convirtió en el zelo de un Apóstol. Agustin tenia un corazon abrasado del amor profano, y se enciende despues mucho mas vivamente en el amor divino. Xavier llevaba en su alma el gérmen de una ambicion inmensa, y despues llegó á ser el apóstol de las Indias. Vuestras pasiones son caballos fogosos, que, abandonados á su impetuosidad natural, pueden arrastraros y precipitaros al abismo; pero conservad la calma del verdadero valor, tomad en la mano las riendas, dirigid, domad esos monstruos soberbios, y los obligarèis á conduciros triunfante á las mansiones de la inmortalidad.

LA RELIGION

CONSIDERADA

EN SU CULTO.

Condenar y proscribir indistintamente todo culto exterior y público, para reducir toda la Religion á no sé que adoracion puramente interna del espíritu y del corazon, seria desconocer á un mismo tiempo la naturaleza del hombre, la autoridad de todos los siglos y las primeras necesidades de la sociedad. Es cierto que de los pensamientos del espíritu y de los sentimientos del corazon, dependen la verdadera dignidad del hombre y el mérito de los homenajes que tributa á la Divinidad; pero al cabo, el hombre no es un espíritu puro, sino que ha recibido de su autor sentidos y órganos corporales para el ejercicio mismo de sus facultades espirituales. ¿Y no deberá hacer á Dios homenaje de su ser todo entero, es decir, de su cuerpo lo mismo que de su alma? ¿Y podrá estar penetrado de respeto y de amor á la Divinidad, sin manifestarlo exteriormente, y sin invitar á sus seme-

jantes, á lo menos con su ejemplo, á alabar al Dios grande y bueno, á quien ama y adora? Así, ¿ha habido un solo pueblo civilizado que se haya limitado al culto interior, y que no haya expresado su religion con signos visibles, con altares, con oraciones, ceremonias y cánticos sagrados? ¿Y que medio hay mas poderoso para unir á los hombres, civilizarles, sujetarles á un régimen duradero, que una religion que enlaza los ánimos y los corazones, y que, dando á todos unos mismos principios y sentimientos, conserva la armonía, la subordinacion y la unidad en el cuerpo político? ¿Dónde ha habido un legislador que haya proyectado civilizar y gobernar sin religion á los pueblos? Solamente á algunos espíritus del último siglo, temerarios hasta la locura, estaba reservado el ensayar la reforma del género humano en este punto, y mirar todo culto, sin excepcion ninguna, como una supersticion igualmente inútil que ridícula. Pasó ya este extravagante sistema; pero pasó como aquellas plagas destructoras que dejan tras sí grandes estragos. Parece que aun los hombres mas licenciosos é impíos conocen ya la necesidad de la Religion; peró creyendo indigno de ellos el culto de Bossuet y de Fenelon, le dejan para la multitud; ridiculizan y desprecian las diferentes partes de que se compone; se lastiman de los errores del vulgo, esclavo, segun ellos, de la supersticion, y se congratulan de sobrepo-

nerse noblemente á las preocupaciones vulgares. La presente conferencia se dirigirá á vindicar el culto de la Iglesia cristiana, considerado en el conjunto de cosas de que se compone. ¡ Feliz yo si, procurando ilustrar vuestros entendimientos y curarlos de las preocupaciones que tal vez los extravian, inflamo vuestro zelo á favor del ejercicio de un culto que han reverenciado nuestros padres, y que se dirige constantemente á elevar nuestras almas hácia el soberano bien, á separarlas del vicio y atraerlas á la virtud!

En general en el culto de todos los pueblos civilizados se encuentran templos, reuniones religiosas y ceremonias sagradas. Sobre esta materia habrán podido tener costumbres locales, variar la expresion de su culto segun la diversidad de su creencia, de su carácter y de su genio particular; pero dirigidos todos por un sentimiento comun tomado de la esencia misma de su naturaleza, todos han observado un modo público y solemne de adorar la Divinidad, y todos han tenido templos consagrados á su culto, asambleas religiosas para tributarle homenajes en comun, y ritos sagrados que eran el simbolo visible de su doctrina y de sus sentimientos. Bajo todos estos puntos de vista voy á considerar el culto de la Iglesia cristiana, y haceros conocer su excelencia y superioridad, vindicándole, segun que la ocasion se presente, de la mofa, de los insultos y ataques de sus enemigos.

Hablemos primeramente de nuestros templos. Aquí nos haria acaso observar gravemente algun filósofo, que no necesita mas templo que este universo, en que el Criador hace resaltar su gloria con tanta magnificencia; que la majestad del Altísimo no está limitada á un recinto material; que en todo lugar estamos en su presencia, y que desde todas partes puede oir nuestras súplicas y nuestras oraciones. Pero, lejos de dejarnos alucinar con este pomposo lenguaje, descubriríamos fácilmente que este sofista, por no querer pensar como el pueblo, es juguete de la presuncion y de la vanidad. Es cierto que la Divinidad no necesita de templos para sí misma, como un monarca necesita de un palacio para la ostentacion de su grandeza y poder; que no son tampoco los lugares los que santifican á los hombres y los hacen mas agradables al Criador; y que aquel que bajo un techo de paja ora con un corazon humilde, está mas seguro de ser escuchado que el que, conducido por la ostentacion, viene al templo á orar con un espíritu de disipacion y de vanidad. Nosotros somos los que necesitamos de estos sitios especialmente consagrados al culto de la Divinidad, ya sea á fin de auxiliar nuestra flaqueza para elevarse hasta el autor de todo bien, ya para facilitarnos los medios de dirigirle oraciones mas fervorosas y meritorias, ó ya para ofrecerle todos reunidos homenajes mas solemnes, y presentarnos como

hijos de una misma familia á la vista de nuestro padre comun.

Por estas cortas reflexiones os será ya fácil juzgar del lenguaje de un escritor del último siglo, que declamaba contra nuestros templos en un tono que pasaba entónces por sublime, y que en realidad es bien ridículo: « Los hom-« bres han desterrado de su compañía á la « Divinidad y la han confinado á un santuario; « las paredes de un templo limitan su vista, y « no existe fuera de allí. ¡Insensatos! destruid « esos recintos que apocan vuestras ideas; dad « mas extension á la Divinidad.» ¡Que estilo! ¡Que ideas, Señores! Como si la Religion intentase encerrar entre paredes la inmensidad divina; como si no enseñase en sus libros mas elementales, que Dios está en todas partes, aunque pueda hacer mas perceptible su presencia en un sitio particular; y como si en fin la misma Religion no condujese á sus hijos en medio de los campos, durante la mas hermosa estacion del año, para invocar sobre las producciones de la tierra al Dios de la naturaleza. Diez y ocho siglos hace que, hablando San Pablo ante el areopago, advertia á los Atenienses que el que ha hecho los cielos y la tierra no está encerrado en las obras de la mano del hombre; pero en fin, como ya hemos dicho, el templo no es precisamente para el Eterno, sino para nosotros débiles mortales. « Nada, ha dicho el autor del *Espíritu*

« *de las leyes* (1), nada hay mas consolador para « los hombres, que el sitio en que encuentran mas « presente á la Divinidad, y en el que todos « reunidos le exponen su debilidad y sus mise- « rias. »

Ved, Señores, como sobresalen en nuestras ciudades y en nuestros campos esos edificios sagrados. Sus formas augustas ó antiguas tienen cierta cosa particular que los distingue de los edificios vulgares: no es ciertamente el palacio del placer, ni el de la opulencia. A cualquiera distancia que le descubra, siento excitarse en mi ideas piadosas, y conozco al momento que mi vista se fija en la casa del recogimiento y de la oracion: me adelanto penetrado de un santo respeto, llego al umbral de su puerta, recorro con la vista toda la extension del recinto sagrado, y no descubro nada que no me aleje de las cosas y de los usos profanos; creo haber traspasado los límites del mundo, y haberme trasportado á un lugar inaccesible á los cuidados del siglo presente y á las agitaciones de la vida humana. Allí se recogen mis sentidos, se tranquiliza mi alma, se calman mis pasiones, y me siento obligado á concentrarme dentro de mi mismo, á pensar en mi alma, en el Dios que me ha criado, y en la suerte que me destina en la vida futura. ¡Qué de objetos capaces de hacer

(1) Lib. XXV, cap. 3.

en mí impresiones favorables de virtud, si no he perdido los principios y sentimientos de la fe; ó de recordármelos, si he tenido la desgracia de olvidarlos!

Allí está la piscina saludable en donde se purifica el niño recien nacido, la cual me recuerda que apenas entré en la carrera de la vida, fuí consagrado al Dios del cielo y de la tierra, y al servicio del Padre Omnipotente que me dió el ser, y á quien no conocia todavia. Aquí está la cátedra de verdad de donde baja la palabra que ilumina los entendimientos y conmueve los corazones, que excita los remordimientos y las esperanzas, que fortifica á los buenos, reanima á los indolentes y atrae á los extraviados. Mas allá está la mesa santa á la cual el padre de familias convida á sus hijos, para alimentarlos con un pan celestial que hace morir los vicios y nacer las virtudes. ¿Y qué mas veo en el templo? En él veo la cruz, ese monumento visible del amor inmenso de Jesucristo hácia los hombres, compendio misterioso de toda la Religion, recuerdo y epílogo de todo cuanto se debe creer, esperar y amar. Hubo un tiempo en que estos objetos de nuestra veneracion fueron profanados, destrozados é indignamente hollados entre nosotros: el signo de la redencion y de la esperanza del mundo desapareció de la cúpula de nuestros templos; sus despojos estaban diseminados por nuestras plazas públicas y por nuestros caminos, y solo en algu-

nas aldeas casi desconocidas y ocultas entre la espesura de los bosques, se ofrecia á las miradas del pasajero una cruz de madera. ¿Y de dónde pudo venirnos aquel furor contra este divino símbolo cuya vista consuela á los desgraciados é inspira al rico sentimientos de compasion? «Ah! Plantad, diremos aquí con un apo-«logista del culto público, plantad esa cruz «sobre las cúpulas de los palacios para llamar «á la virtud á los ricos y á los grandes; plan-«tadla sobre el humilde techo del pobre para «enseñarle la paciencia y la resignacion; dejád-«sela á todos los hombres, porque todos tienen «que reprimir su soberbia y combatir sus pa-«siones; y porque, para iluminarlos y para con-«mover su corazon, no hay maestro mas hábil, «ni modelo mas perfecto que Jesucristo expi-«rando en la cruz.»

El modo de adornar nuestros templos contribuye tambien á excitar la piedad en ellos. Nada hay mas justo que el empeñarse todas las artes en hermosear su recinto: la Religion fué la que inflamando el genio de Miguel Angel, de Rafael, del Pusino y de Rubens, produjo tantas obras maestras tan justamente celebradas; á ella han debido las artes la mayor parte de su gloria, y los artistas que le dedican su talento no hacen mas que pagarle una deuda. ¡Que imágenes mas capaces de mover los corazones que aquellas en que animándose el lienzo y el mármol, nos re-

presentan la historia de la Religion, y principalmente la de Jesucristo y de sus tiernos misterios; al Salvador de los grandes y de los pequeños adorado por los pastores y los magos; á la Magdalena llorando á los piés de aquel que vino en busca de las almas extraviadas; y á Jesucristo bendiciendo y acariciendo á los niños en la efusion de su bondad, ó muriendo con los brazos abiertos, como para abrazar en su amor á todo el género humano! Es tambien muy agradable ver pintada en nuestros templos la historia de los personajes ilustres, de esos héroes cristianos que han honrado la Iglesia con sus virtudes y con su valor: ellos fueron nuestros padres en la fe; revivan pues en cierto modo á nuestra vista, y excítennos con su presencia á seguir sus huellas. ¿Y qué uso mas legítimo podemos hacer del oro y demás metales preciosos, que emplearlos, trabajados por manos diestras, en la construccion de nuestros altares y santuarios? No teniendo el hombre en sí mismo nada digno de la suprema majestad, ¿no deberá á lo menos dar á su reconocimiento toda la extension de que sea susceptible, y consagrar á Dios, además de los afectos de su corazon, todo lo mas precioso que se conozca sobre la tierra?

Estos fueron los sentimientos de nuestros padres, al erigir á la divinidad esos templos magníficos, monumentos eternos de su desinterés y de su piedad. Alguna vez nos propasamos á lla-

marlos ignorantes y groseros; yo no diré que deban disimularse sus errores y sus defectos; pero temamos juzgarlos con ligereza y temeridad. Es cierto que en aquellos siglos en que se construyeron esas soberbias basílicas que aun son la gloria de nuestras ciudades, no se habian penetrado como en nuestros dias los secretos de las ciencias naturales; que aun no se habian hecho esos brillantes descubrimientos, hijos mas bien del tiempo que del ingenio, y que el gusto no tenia la pureza ni la perfeccion á que ha llegado despues. Confieso tambien que la credulidad y la falta de crítica podian introducir algunas veces abusos y excesos en las devociones populares; pero entónces eran mucho mas leales los sentimientos, y esto supone además otras virtudes; pero tampoco se conocia esa sutileza de pensamientos peor que la barbarie, y que conduce al ateismo, es decir, á la extincion total de cuanto hay de bueno y bello entre los hombres; pero se respetaban profundamente los principios conservadores de la moral y del órden público, y las almas no estaban apocadas por el egoismo. ¿Y cómo negarles tampoco la elevacion y fuerza en las ideas? Si las artes son, en las diferentes épocas de la historia, la expresion fiel del estado del entendimiento humano, juzguemos de los siglos en que se edificaron nuestros templos góticos, por los templos mismos; y decidme si por su solidez, sus vastas dimensiones y su

majestad, no descubren ellos solos en sus autores almas fuertes, constantes, capaces de grandes cosas, y cuyas ideas se extendian á los siglos venideros. Dejemos, Señores, el desprecio de nuestros antepasados á sofistas desnaturalizados, y no cometamos la injusticia el fijar nuestra vista solo en sus ridiculeces y miserias, y retirarla de sus virtudes y grandes cualidades; no nos parezcamos á aquellos jóvenes cortesanos que se burlaban del sabio y venerable Sully, porque la forma de su vestido era antigua. En toda nacion que no esté degradada por las malas costumbres, el respeto á sus abuelos, así como el de los sepulcros, es una parte de la piedad filial. Me congratulo de haber tenido, al hablar de nuestros templos, la ocasion de tributar ante vosotros un homenaje público á la memoria de nuestros padres, frecuentemente ultrajada en nuestros dias; y corazones franceses me perdonarán fácilmente la manifestacion de tan laudables sentimientos.

Todo pues en los templos cristianos recuerda á los hombres la divinidad. ¿Y qué diremos de las asambleas religiosas que se celebran en su recinto?

Aquí es donde aparece toda la superioridad de nuestro culto sobre todos los cultos de la tierra. El paganismo tenia, sí, sus fiestas y solemnidades que atraian al pueblo; pero las mas veces eran infames ó crueles, como las divini-

dades á que se dirigian. Las mas inocentes eran aquellas que solo presentaban á la multitud espectáculos á propósito para cebar su curiosidad; pero todo lo que habia en ellas de mas grave, de mas augusto y santo en apariencia, no podia causar mas que impresiones de piedad muy débiles y vagas. Entre los Judíos, el templo mas magnífico del universo, el órden y la pompa de las ceremonias, la majestuosa dignidad del sumo Sacerdote y de los Levitas, la armonía de los himnos con que se cantaban las alabanzas del Dios verdadero, y los prodigios de su poder y bondad, todo era muy á propósito para elevar las almas y hacer en ellas impresiones saludables; pero estaba mas particularmente reservado al cristianismo el hacer de las asambleas cristianas de la Religion una escuela de virtud para todas las clases y para todas las edades. ¡Que sublime institucion la de reunir al pueblo para instruirle en sus obligaciones y consolarle en los males de la vida! Durante el curso del año cristiano cada semana tiene su dia de descanso, que es por excelencia el del Señor : el artesano abandona su taller, el labrador deja el arado, y el letrado suspende sus estudios; en la superficie de dilatados paises, todo se agita á un tiempo en los campos y en las ciudades; y los ancianos, los niños, los ricos y los pobres, todos acuden al sitio de la reunion religiosa. Allí se ven y se enlazan las familias, se afirman las relacio-

nes antiguas, se forman y se estrechan otras nuevas; así se dulcifican las costumbres, se suavizan y civilizan los hombres mas rústicos; y los dias consagrados á los ejercicios públicos de la Religion son los mas preciosos de todos para la patria.

Ved en seguida reunido el pueblo al rededor de la cátedra de la verdad: ¡que autoridad no tendrá sobre él, por su edad, por su carácter, por sus virtudes y su tierna solicitud en favor de los desgraciados; que autoridad, digo, no deberá ejercer el pastor del rebaño, si es digno de este nombre y del ministerio que ejerce! Tal vez habrá visto nacer á la mayor parte de los que le escuchan; es un padre en medio de sus hijos, y cuantas palabras salen de su boca son recogidas con respeto. Allí encuentra el niño la leche de la sana doctrina, y el adulto un alimento mas sólido; allí se combaten todos los vicios y se enseñan todas las virtudes; allí aprende el pobre á ser resignado, y el rico á ser compasivo; el anciano á santificar los restos de una vida que ya le va faltando, y el jóven á desconfiar de las ilusiones de su edad; allí no se alaba ni aprecia sino lo bueno y lo honesto, lo que forma buenos padres, buenos hijos, buenos hermanos, lo que en fin mantiene la paz doméstica y hace florecer las buenas costumbres en las familias. Las lecciones del pastor se graban en los ánimos, y se repiten por los padres á los hi-

jos; de este modo se introduce hasta en las cabañas la mas sublime sabiduría, y el pastor de la aldea hace con la sencillez de sus palabras mayor número de verdaderos sabios, de lo que podian hacer los filósofos de la Grecia con sus pomposas máximas.

Yo bien sé que no todos se aprovechan igualmente de las lecciones del pastor; pero todos reciben sin advertirlo, y aun sin querer, impresiones favorables que acaso, sin hacerlos desde luego virtuosos, disminuyen su inclinacion á los vicios. Se deposita en su corazon un gérmen de verdad que debe dar frutos á su tiempo; y el padre se hace mas vigilante, el hijo mas respetuoso, mas fiel el criado, y el señor mas justo y menos escandaloso. Algunas veces basta un ejemplo edificante para confundir el vicio, y una sola palabra para sofocar un odio inveterado, evitar una injusticia y salvar la virtud al punto mismo de naufragar. Tampoco ignoro que los dias consagrados especialmente á los ejercicios religiosos, suelen ser profanados mas de una vez con quimeras, escándalos y excesos de toda clase, lo que ciertamente es un abuso deplorable; pero además de que la vigilancia de los párrocos y de las autoridades sabe precaver muchos de ellos, ó atajar sus funestas consecuencias, ¿qué son los abusos inseparables de las mas perfectas instituciones, comparados con los bienes inmensos de las cosas

en sí mismas? Si es cierto que el culto público es un medio poderoso para unir á los hombres, suavizar la ferocidad de sus costumbres, inspirarles sentimientos de mútua benevolencia, y de contener las pasiones en los límites del deber; por la razon contraria la falta de culto público debe producir, si no el desórden, á lo menos la confusion y la ruina total de las buenas costumbres. Un pueblo sin religion muy pronto retrocederia al estado de salvaje. ¡Enemigos de la Religion! no ensalceis los progresos de las luces, vuestras ciencias ni vuestras artes: no entraré en disputa con vosotros; pero os diré que hemos aprendido, para nunca olvidarlo, que la cultura sin buenas costumbres, el ingenio y el talento sin religion, lejos de ser el vínculo de los Estados, pueden causar su ruina y llegar á ser mas funestos que la mas estúpida ignorancia. ¿Qué importan vuestras artes y vuestras ciencias á la multitud que las ignora, y que siempre debe ignorarlas? ¿Creeis que se pueda reemplazar la cátedra del Evangelio con una cátedra de cálculos, y calmar las pasiones con axiomas? ¿Creeis que se pueda con frases retóricas conservar en las familias la paz y las buenas costumbres, la sumision á las leyes, el respeto á los magistrados y á las propiedades, y en fin todo lo que afianza el reposo de la sociedad, y sin lo cual no habria en ella mas que atropellamientos? ¿Qué sucederia si llegase á faltar el ejercicio público de la

Religion? La supersticion y los errores mas monstruosos se apoderarian de los ánimos de la multitud. No nos engañemos, Señores : los sentimientos religiosos estan asidos al corazon del hombre con las raices mas profundas, y nada es capaz de arrancarlos de él. Sin la Religion presidida en su culto, dirigida y arreglada por la autoridad de sus ministros, caeria el pueblo en la mas vergonzosa ignorancia, pero no en el ateismo; ¿y qué seria entónces de la sociedad? ¿qué haria entónces el pueblo? Se forjaria una religion ridícula, que seria un conjunto informe de cosas inconexas; y falto de reglas y de guia, estaria siempre dispuesto á entregarse al primer entusiasta que quisiese abusar de su credulidad : de aquí nacerian el espíritu de secta y de sedicion, y esos conciliábulos secretos que siempre han terminado en crueles absurdos ó en feos escándalos. ¡Cuán imprudentes son pues los que en sus discursos ó escritos insultan el culto público, inspirando de este modo á la multitud aversion á él! ¡pero cuán preciosos son tambien para la patria y para la moral nuestros dias sagrados! ¡y cuánto, así en este punto como en todos, se muestra la Religion verdaderamente amiga de la humanidad!

Algunos pseudo-economistas del último siglo, nadando en la abundancia y en las delicias, y exentos de llevar el peso del dia y del calor, calcularon con su mundana sabiduría que era mu-

cho un dia de descanso á la semana. Se lamentaban de la pérdida que experimentaban las artes, el comercio, la industria y la agricultura por el reposo demasiado frecuente de tantos millones de brazos condenados á la inaccion; y en virtud de tan profundos cálculos fué proscripto el dia de la semana consagrado mas particularmente á la Religion. Asi, todos esos calculadores politicos no tenian en nada el culto de la Divinidad, á la cual todo lo debian, hasta el talento de que abusaban para arrebatarle sus adoradores; asi, no veian, ó no querian ver, que la Religion dejaria de existir muy pronto para el pueblo sin el culto que se la recuerda y se la pone como á la vista, y que para él llegaria á ser casi nula la moral sin esta religion positiva que le da una autoridad divina; así parecia que en sus inhumanos delirios envidiaban al pobre pueblo un descanso consagrado por el uso mas antiguo que se conoce, y que reclamaban imperiosamente sus necesidades y sus hábitos. Sin querer recordar por esto lo que ya no existe, ¿cómo dejaremos de llorar los extravíos y la debilidad de la razon humana? Sepamos á lo menos sacar de lo pasado útiles lecciones para lo futuro. ¡Que vergüenza para el siglo de las luces el haber violentado á una nacion entera en sus inclinaciones mas dulces, con no sé que fiestas medio griegas, si se quiere, y medio romanas, pero nunca francesas, y siempre extravagantes! Felizmente nos

vemos ya libres de tales abominaciones. El tiempo hizo por fin justicia de aquellas solemnidades ridículas; hemos vuelto á ser franceses y cristianos, y el culto decadario con su almanaque de plantas y minerales desapareció mucho tiempo ha: los ídolos de esta nueva supersticion cayeron unos sobre otros para volver á las tinieblas de que nunca debieran haber salido; é ¡infeliz del mundo si saliesen por segunda vez! Pasemos á lo que he designado bajo el nombre general de ceremonias sagradas.

Si los hombres solo fuesen puros espíritus, independientes de las impresiones de los sentidos, podria sin duda desecharse como inútil el aparato del culto cristiano, y esa serie de ritos exteriores que he designado con el nombre de ceremonias sagradas; pero admiremos en esta parte la sabiduría de la Iglesia cristiana que ha sabido evitar igualmente los dos extremos opuestos. Conociendo cuanto imperio ejercen las cosas sensibles en el corazon del hombre, y cuan poderoso medio son los órganos corporales para excitar en las almas sentimientos de alegría ó de dolor, de terror ó de piedad, de temor ó de esperanza; y cuan necesario es cautivar el espíritu naturalmente ligero, despliega ante nosotros un órden y una serie de ceremonias á propósito para alimentar la piedad: artificio inocente que seria muy injusto reprobar, pues que está tan bien apropiado á las necesidades y

debilidad de nuestra naturaleza. Pero al mismo tiempo no cesa de advertir á sus hijos que Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad; que nada son las ofrendas exteriores sin las del corazon; que no deben colocar exclusivamente su confianza en un objeto bendito, en un altar particular, en una vela encendida, en una imágen, ó en ciertas y determinadas oraciones; que estos son medios de conservar la piedad, pero no la piedad misma; que todas las exterioridades del culto serian solo un vano simulacro, si no pudiesen servir á mantener la caridad; y que todo su objeto debe ser hacer nacer ó alimentar el amor á Dios y á los hombres. Asi todo se concilia; y al mismo tiempo que se conservan las exterioridades del culto, se mantiene tambien su verdadero espíritu. Si á pesar de las precauciones de la Iglesia, de las reglas que señala para la conducta y de las instrucciones de sus ministros, se descubriese supersticion en alguna parte, no se debe acusar á la Religion, sino mas bien á la debilidad é ignorancia de algunos particulares.

No nos vanagloriemos, Señores, de una falsa sabiduría, ni nos creamos capaces de una perfeccion quimérica. Si, socolor de depurar el culto y de hacerle mas espiritual, nada diéseis á los sentidos; si no procuráseis impresionar la imaginacion y auxiliar la flaqueza del entendimiento con estos apoyos exteriores, resultaria

un culto frio, árido y triste que nada diria al corazon; y por querer conceder demasiado al espíritu, le fatigariais ó exaltariais, y este culto en cierto modo metafísico podria degenerar en indiferencia, ó arrastraria acaso al fanatismo las imaginaciones ardientes. Es no conocer á los hombres ni los caminos de su corazon el despreciar los medios exteriores de sostener su atencion y de excitar en él sentimientos piadosos. Lejos de nosotros la idea de que esto es bueno solo para la multitud: en esta parte todos los hombres son vulgo, y no hay uno, desde el ingenio mas sutil hasta el entendimiento mas limitado, que no esté sujeto á la influencia de los signos y símbolos que hieren los sentidos. Podria citaros en prueba de esto hombres nada sospechosos, y que, sin pertenecer á la comunion romana, no han podido dejar de sentir mas de una vez una profunda emocion á la vista de nuestras ceremonias; podria citaros á Milord Bolingbroke, asistiendo en el palacio de nuestros Reyes á la celebracion de los divinos misterios, conmovido involuntariamente en el momento en que Luis XIV y su corte se postraban con un majestuoso silencio ante la santa hostia; á Misson, en su viaje á Italia, penetrado de respeto á la vista del Pontífice Romano dando su bendicion al pueblo reunido en la plaza de San Pedro; á Brydone, en su viaje á Sicilia y Malta, enternecido al ver la fiesta magnífica que la ciudad

de Palermo celebra en honor de su patrona; y por último, á J. J. Rousseau, conmovido algunas veces en nuestros templos hasta derramar lágrimas, olvidando ante los santos altares sus frios argumentos contra la oracion, y orando él mismo con toda la efusion de una alma enternecida. Vosotros mismos, los que habeis tenido preocupaciones de incredulidad, ¿no habeis experimentado algunas veces emociones semejantes? Yo os invito, Señores, á venir á este templo en una de las grandes solemnidades en que la Religion despliega toda su pompa, y que termina exponiendo al Santo de los Santos á la adoracion pública: al ver el santuario despidiendo rayos de luz, y á un inmenso pueblo humillado ante los altares haciendo resonar en las bóvedas sagradas un cántico grave y tierno, y dirigiendo, en este concierto unánime de voces y afectos, sus votos y sus homenajes hasta el trono del Eterno, acaso no podríais libertaros de cierto enternecimiento, y os sentiriais desprendidos de esa filosofía árida que, bajo el pretexto de perfeccionar la razon, sofoca el sentimiento.

Si quisiese recorrer una por una todas nuestras ceremonias sagradas y explicar su sentido misterioso, no acabarian mis discursos. No puedo sin embargo omitir una observacion general, muy gloriosa para la Religion; y es que, lejos de ser nuestro culto solamente un espectáculo para la vista, se dirige en todas sus partes

á perfeccionar al cristiano y á recordarle de continuo su creencia y sus deberes. ¿Cuál es en efecto el dogma ó el precepto que no esté representado, y en cierto modo hecho sensible, por algun punto del culto público? Explicaré con ejemplos mi pensamiento. Ese signo venerable que el cristiano imprime con tanta frecuencia sobre su frente, sus labios y su pecho, le recuerda los altos misterios de nuestra redencion y el de la Trinidad; el santo bautismo con sus ceremonias supone el pecado original; el culto de los santos se enlaza con el dogma de la inmortalidad de las almas; las súplicas por los difuntos, tan antiguas como la Iglesia misma, suponen las penas expiatorias para aquellos que no han satisfecho plenamente á la justicia divina; la oracion supone una Providencia solícita que vela sobre nosotros, y la necesidad que tenemos de su divino auxilio. Nada hay ciertamente mas instructivo ni interesante que las lecciones y los ejemplos de Jesucristo; y por eso la Iglesia nos los representa en la celebracion de los misterios de su nacimiento, de su vida, de sus padecimientos, de su muerte y de su resurreccion gloriosa. ¿Que cosa así mismo mas á propósito para alentarnos, que el recuerdo de las virtudes con que los santos han honrado el cristianismo en las edades pasadas? Por eso tambien tiene la Iglesia fiestas consagradas á su memoria. Tal es la admirable concordancia de todas las partes de

la Religion; de este modo se ha hecho popular el cristianismo, y entra, digámoslo así, por todos los sentidos para hacer en las almas impresiones indelebles. El pueblo no es capaz de sabias discusiones; pero tiene ojos para ver, oidos para oir, corazon para sentir; y el culto es para él como una coleccion de cuadros en que puede ver sin esfuerzo lo que debe creer y lo que debe practicar. ¡Ah! ¡cuán sabio y poderoso era el obrero que ha enlazado tan perfectamente todas las partes del inmortal edificio de la Iglesia cristiana, y cuán á fondo conocia el corazon del hombre, sus miserias y sus necesidades!

En vano los enemigos de la Iglesia cristiana han asemejado su culto al de las naciones paganas, y la han acusado de haber tomado sus ritos y ceremonias de los Romanos, de los Griegos ó de los Indios: todas esas comparaciones no hacen mas que descubrir una ciega preocupacion y los esfuerzos de un odio impotente. Hay cosas en el culto que son de institucion divina, y que nunca deben variar: Jesucristo fué dueño de escoger entre los objetos materiales los que quisiese, para hacerlos instrumentos visibles de sus favores y de sus misericordias; y el abuso que de aquellos habia hecho la criatura, no quitaba al Criador su derecho para servirse de ellos. Hay tambien muchas cosas en nuestro culto que pertenecen á una disciplina variable, que no son las mismas en todos tiempos ni en

todos lugares; pero que, una vez adoptadas por el uso y por la autoridad, deben seguirse para mantener cuanto es posible la decencia y la uniformidad en los ejercicios religiosos: sin embargo, no por eso dejan de ser cosas indiferentes en sí mismas, ó signos de convencion cuya fuerza depende toda de la intencion del que los emplea. ¿Qué importa por consiguiente que el incienso, las hachas encendidas, las genuflexiones, las postraciones, los vasos y vestiduras sagradas, las estátuas, las imágenes y aspersiones de agua lustral se usen en el culto de diferentes pueblos que no son cristianos? La supersticion ha podido abusar de todo esto para honrar divinidades fabulosas; pero la Religion ha podido emplearlo para honrar al Dios verdadero, así como ha podido consagrarle templos destinados en otro tiempo al culto de los idolos. ¿Se deberá pues acusar el cristianismo de tener sacerdocio, templos y altares, porque todo esto se hallaba igualmente en el antiguo paganismo?

Es tambien en vano que algunos hombres de mal humor, extraviados por un falso zelo, quieran acusar á la Iglesia de idolatría y de supersticion, porque tribute un culto á las imágenes y á los santos coronados hoy en el cielo. Si queremos desterrar todos los equívocos del lenguaje, y tomar la doctrina de la Iglesia, tal como es en sí, ¿que cosa mas sencilla y razonable que esta práctica? No somos tan necios para creer que

reside en las imágenes alguna divinidad ó alguna virtud secreta, y que por esto deben ser honradas: hasta los niños saben y repiten todos los dias que estos honores se dirigen á los representados por estas imágenes. ¿Y será una cosa extraña que coloquemos en nuestros templos las imágenes de los que son nuestros modelos en la virtud y nuestros padres en la fe, así como en las familias se ponen á la vista y aun se tratan con cierto respeto los retratos de los antepasados? Nosotros hacemos profesion de creer que á solo Dios pertenece en propiedad la adoracion y el amor; que él solo es el árbitro de nuestra suerte; que no tenemos mas que un solo mediador verdadero que es Jesucristo; que los santos nada son y nada pueden mas que por los méritos de este; que, colocados siempre en la clase de criaturas, estan á una distancia infinita del Criador; y que si debemos invocar siempre á Dios como Señor nuestro, jamás debemos invocar á los santos mas que como á nuestros protectores para con Dios.

La incredulidad moderna se ha mofado de los santos y de las santas cuya memoria veneramos; sin embargo la Iglesia cristiana no ofrece á la veneracion de los pueblos sino personajes dignos de ella por las virtudes eminentes que en vano se intentaria denigrar. ¿Y qué han hecho nuestros incrédulos con todas sus luces y toda su sabiduría? han suspirado por el antiguo po-

liteismo que les parecia mas alegre y festivo, y hubieran querido ver renovarse las fiestas de Juno y de Baco. ¿Pero qué digo? ¿No ha tenido la falsa filosofía sus dioses y sus diosas crueles unas veces, y lúbricas otras, como las del paganismo? ¿No la hemos visto trasformar nuestros templos, en medio de cánticos lascivos, en lugares de prostitucion, y humillarse con el incensario en la mano ante una jóven disoluta? La falsa filosofía no ha visto mas que supersticion en el respeto que tributamos á las cenizas y á los sepulcros de unos cristianos cuyas virtudes ha canonizado la Iglesia; al paso que ella misma ha caido aquí en los mas monstruosos excesos. Embrutecidos unas veces sus partidarios pol el materialismo, han tratado los despojos mortales del hombre como los de los mas viles animales; y arrebatados otras por la soberbia y la licencia, han paseado en carros triunfales los cadáveres de algunos hombres tan impuros en su conducta como en sus escritos. Así la Religion ha sido vengada de las injustas reconvenciones de sus enemigos, por las justas acriminaciones que ellos mismos han merecido.

Queda pues suficientemente justificado el culto de los cristianos en todas las partes de que se compone, en sus templos, en sus reuniones religiosas y en sus ceremonias sagradas. A vosotros, Señores, toca, si quereis, hacer de él á los ojos del pueblo una apología mucho mas

eficaz que la de nuestros discursos; y esta la espero de vuestros ejemplos y de vuestra conducta. Si nuestras Conferencias precedentes han hecho en vosotros alguna impresion favorable, acaso os habréis ya despojado de las preocupaciones en que estabais imbuidos contra los dogmas y la moral del cristianismo; acaso os sentís ya inclinados á profesar un culto cuyas ventajas y bondad conoceis; pero aun os falta el valor: aun no se os ve asistir en nuestros templos á la celebracion de los divinos misterios y mezclaros con la multitud de los cristianos fieles. ¿Y qué deberá ser de la Religion, qué de la moral y aun de la sociedad misma, si jamás son frecuentados nuestros templos por aquellos que por su clase, su educacion y sus conocimientos, deben tener tan grande imperio sobre los ánimos de la multitud? La Religion no puede sostenerse ni perpetuarse sino por el culto público; pero si este culto se abandona, como una supersticion, á solo el pueblo, ¿no vendrá á desacreditarse y envilecerse á los ojos del pueblo mismo? ¿porqué os habeis de avergonzar de presentaros en nuestros templos para dar y recibir en ellos ejemplos de útil edificacion? Muchas veces salis de vuestros teatros, ó de vuestras fiestas nocturnas, fatigado el cuerpo, agitado el espiritu, y encendido el corazon en el fuego de las pasiones; vuestras diversiones son mas bien una embriaguez que un placer, y como una copa en-

cantada que lisonjea al principio, pero en la que se oculta la hiel y la amargura. Venid á nuestras asambleas religiosas, y saldréis de ellas con el alma mas tranquila, mas señora de sí misma, y con impresiones de cierta paz interior que os es desconocida. Reflexionad además (es preciso decíroslo á vosotros los que estais destinados á ocupar los puestos distinguidos de la sociedad), reflexionad que todos los hombres llevan dentro de sí mismos el sentimiento de no sé que igualdad primitiva que los hace mútuamente enemigos del yugo y de la sujecion : el pueblo lanza miradas de envidia sobre el rico que vive en la abundancia y sobre el poderoso que parece le abruma con su fausto; y algunas veces se pregunta á sí mismo en secreto las causas de esta desigualdad de condiciones en que tan mala parte le ha cabido. De aquí nace la propension á romper los lazos de la subordinacion, de la cual en todos tiempos han sabido aprovecharse los novadores. ¡Y bien, Señores! ¿quereis suavizar el rigor de la suerte de la multitud, y consolarla de los males de su clase? Venid á mezclaros con ella en nuestros templos: aquí todo se confunde y anonada ante la infinita Majestad; aquí el pueblo conoce que Dios es todo y que el hombre es nada; que no es el primero á los ojos de Dios el mas rico, el mas poderoso, ni el mas hábil, sino el mas virtuoso; que los poderosos y los ricos tienen el mismo

Señor y el mismo juez que él. Venid pues á nuestros templos. Testigo entónces el pueblo de la religion de los que estan elevados sobre él, saldrá de nuestras asambleas consolado de su dependencia y mas penetrado de aquel espíritu de subordinacion y de paz que hace la prosperidad de los Estados igualmente que la de las familias.

LA RELIGION

VINDICADA

DE LA ACUSACION DE FANATISMO.

Yo no sé por que fatalidad sucede, ha dicho un escritor francés, que las cosas de que mas hablan los hombres son por lo comun aquellas que menos comprenden. Esta reflexion, singular si se quiere, se verifica particularmente respecto de lo que llaman *fanatismo*. En nuestros dias no se halla esta palabra confinada en los libros, como lo estaba en otro tiempo, sino que ha estado en los labios de todos y ha circulado por todas las clases de la sociedad : el pueblo mismo la ha pronunciado; y á la verdad por el uso que de ella se ha hecho, se conoce que la boca la ha pronunciado sin que el entendimiento haya tenido de ella una idea clara y distinta. En aquella época de desastres, en que los novadores introducian el mas extraordinario trastorno así en el lenguaje como en las ideas, ¡cuántas víctimas cayeron tan solo por la vaga acusacion de fanatismo! ¡Infelices entónces aquellos que trabaja-

ban en conservar alguna chispa del fuego sagrado, y en salvar la Religion y la moral de un naufragio universal! Todos eran tratados de fanáticos; y se creia haber acumulado sobre ellos toda clase de acusaciones, cuando con una locucion nueva, que ni aun tenia el mérito de ser francesa, se los acusaba de *fanatizar* al pueblo. Pasó ya el tiempo de nuestro delirio. Pero ¡que significacion tan impropia se da todavía á la palabra *fanatismo!* Yo, por ejemplo, soy un fanático á los ojos de un ateo, porque creo en Dios; á los de un deista, porque creo en Jesucristo; por último, á los de yo no sé qué espíritu libertino, porque dirijo mis oraciones al Dios á quien debo la luz que me alumbra y el pan que me alimenta. De este modo se vilipendia con un nombre odioso hasta lo mas respetable, y por este medio se perpetúan necesariamente el odio y el desprecio de las cosas mas sagradas. A medida que nos fijemos en ideas mas sanas, acomodaremos mejor á ellas nuestro lenguaje; á proporcion que aquellas sean mas exactas, será tambien mayor la propiedad de los términos, y sabremos en fin pensar y hablar. A efecto de contribuir á esta saludable reforma, vamos á fijar el significado de la palabra *fanatismo;* palabra terrible, que ha costado tanta sangre y tantas lágrimas. Distingamos en esto las fantasmas de la realidad, y sin ocultar nada, ni desfigurar los excesos que merecen ser califi-

cados de *fanatismo*, hagamos ver con cuanta injusticia se tacha de fanática la Religion cristiana. Este será el asunto de la presente Conferencia.

Concediendo, como se ha hecho en nuestros dias, á la palabra *fanatismo* un significado mucho mas extenso del que tenia en otro tiempo, se podria calificar con este nombre el amor extremado ó excesivo por una opinion cualquiera, bien sea falsa ó verdadera; y por consiguiente las ciencias, las letras y las artes, la libertad y la igualdad, podrán ser objeto de fanatismo, pues que han tenido partidarios acalorados, y entusiastas que no han conocido en su acaloramiento medida ni límites. Así tambien podria atribuirse al fanatismo por las ciencias naturales el olvido del estudio mas digno del hombre, que es el del hombre mismo, y el de sus obligaciones; al fanatismo por la igualdad, la pretension de borrar hasta la mas ligera señal de las distinciones sociales; y al amor fanático por los Griegos y los Romanos, el menosprecio de nuestros abuelos que se ha introducido entre nosotros, el olvido de sus grandes acciones y el odio á las instituciones y costumbres francesas. Pero limitándonos á lo que pertenece á la Religion, ¿qué es fanatismo? De ningun modo creo se intente llamar fanatismo aquella adhesion razonable á la Religion, y aquel zelo sabio y moderado por sus intereses, que solo las pasiones pueden procurar

hacer odioso, y que respetará todo hombre sensato, aun entre aquellos mismos que tengan la desgracia de no ver en la Religion mas que una invencion humana. No, Señores, quien dice fanatismo, dice arrebato, violencia y furor; y si se quiere que nos entendamos, se llamará fanatismo todo zelo violento y sanguinario. ¿Y hay mayor injusticia que acusar de semejante exceso á la Religion cristiana?

Si yo tratase de hacer semejante acusacion al cristianismo, procuraria buscar las pruebas ó en las acciones y máximas de Jesucristo su fundador, ó en la conducta y doctrina de la Iglesia que él mismo contituyo depositaria de las verdades reveladas, ó en los actos llenos de violencia y de barbarie que justamente se pudiesen considerar como obra de la Religion misma; pues nada hay mas inicuo que hacer recaer los excesos de algunos cristianos sobre el cristianismo que los condena.

El espíritu de la Religion que profesamos debe estudiarse principalmente en la historia de Jesucristo y en su Evangelio; ¿y se encuentran acaso en uno ó en otro señales de un zelo cruel y feroz? ¿No fué Jesucristo miéntras vivió en la tierra el mas apacible de todos los hijos de los hombres? Nunca, como dicen los libros sagrados, acabó de romper la caña hendida, ni apagó la mecha que aun humeaba. Amigo de los pobres, consolador de los afligidos, defensor de los

débiles y de los pequeños, pasa su vida haciendo bien á todos, y sus milagros son milagros de bondad. Contiene el zelo de Pedro cuando quiere defenderle, abraza al discípulo que le vende, padece sin quejarse, ruega por los que le persiguen y muere perdonando á sus verdugos. ¿Y cuál será el blasfemo insensato á quien no conmueva la heróica sencillez de tantas virtudes? ¿Qué nos dice además en su Evangelio? Él mismo nos enseña que ha venido para servir y no para ser servido; envia á sus discípulos en medio de las naciones, como corderos en medio de los lobos; les predice las persecuciones que va á suscitarles el odio, y no les permite oponer al furor de sus enemigos mas armas que la paciencia. Dice, es cierto, que no ha venido á traer la paz sino la espada; pero no es aquella espada exterminadora que se tiñe con la sangre de las víctimas, sino aquella espada saludable que combate las pasiones, y que corta todos los funestos retoños de este tronco venenoso. Es cierto que la Religion se ha propagado en medio de persecuciones; pero en medio de persecuciones que ella ha padecido, no entre persecuciones que ella haya suscitado; lo que obligó á decir á un antiguo, que la ley de los cristianos no era una ley que mandaba degollar, sino dejarse degollar por la verdad. Si Jesucristo dice tambien que ha venido á encender sobre la tierra un fuego que desea se propague por todas partes, no habla de ese fuego

devastador que devora las ciudades y los campos, sino del fuego divino que consume los vicios, alimenta las virtudes, é inflama los corazones en ese amor á los hombres que llega hasta el extremo de hacer amar á sus enemigo. El que dijo (1) : *Yo soy la verdad*, y *el que no crea será condenado* (2), quiso sin duda que su Evangelio fuese anunciado á todas las naciones y profesado por ellas, y condenó de antemano á los espíritus rebeldes que se resistiesen á su luz suficientemente manifestada, prescribiendo así la intolerancia contra todos los errores, que es uno de los caractéres de la verdadera religion; pero tambien cuando dos de sus discípulos le piden haga bajar fuego del cielo sobre una ciudad delincuente, les responde (3) : *Ignorais á que espíritu perteneceis : yo he venido para salvar las almas, no para perderlas;* y en esto manda esa tolerancia cristiana para con las personas, que no es otra cosa mas que la caridad. Así pues, nada hay en Jesucristo en que no brillen sentimientos de amor, de paz y de persuasion, y por consecuencia nada que no sea enteramente opuesto al fanatismo.

Consideremos ahora la doctrina pública y la conducta de la Iglesia. Tengamos presente que esta no se compone solo de algunos cristianos,

(1) *Joan.*, XIV, 6.
(2) *Marc.*, XVI, 16.
(3) *Luc.*, IX, 55, 56.

de una iglesia particular, ó de algunos prelados. La Iglesia docente, depositaria de la revelacion y encargada por Jesucristo mismo de enseñarnos toda verdad, es el cuerpo de los primeros pastores unidos á su cabeza, es decir de los Obispos presididos por el de Roma, que es el pastor universal. Ahora yo pregunto: ¿puede acaso citarse una sola profesion de fe, un simbolo, un decreto, ó una institucion, obra de la Iglesia universal, que mande ó que autorice ese zelo lleno de violencia y de furor que es el carácter del fanatismo? Recorred la historia de las primeras edades de la Iglesia cristiana, consultad á sus apologistas y doctores, como Tertuliano, San Cipriano, San Juan Crisóstomo y San Ambrosio, y á todos los veréis enseñar terminantemente que la fe debe establecerse por la persuasion y no por la violencia (1).

Cuando los discípulos del Evangelio le propagaron en los tres primeros siglos en medio de las naciones idólatras, lejos de establecerle á sangre y fuego, no sabian ni aun defenderse de sus enemigos; y á ejemplo suyo los varones apostólicos de todos los tiempos no han penetrado en el centro de las naciones infieles, sino con las armas de la paciencia y de la caridad. Si desde Constantino los emperadores, ú otros príncipes

(1) Véase Duvoisin, *Essai sur la Tolérance*, art. 2, en seguida de la *démonstr. Evangél.*

católicos, han defendido la Iglesia contra los novadores, y hecho respetar sus leyes; si aun han llegado á armarse contra ellos, fué por una medida de proteccion y de política, y no para violentar las conciencias: muchas veces ha sido necesario desplegar contra ellos la fuerza pública, porque eran tan enemigos del Estado como de la Religion, y porque establecian sus doctrinas en medio del pillaje y del incendio. Yo no ignoro que, obcecados algunos Príncipes y Pastores por un falso zelo, podrán haber traspasado los límites legítimos; pero estos son extravíos particulares que nada prueban contra el espíritu general de la Religion, la cual, lejos de aprobarlos, siempre aplaudirá aquellas palabras del Papa San Gregorio Magno á un Obispo de Terracina que era muy rígido contra los Judíos (1): « Con « la afabilidad y las exhortaciones es como se « debe atraer á los infieles al cristianismo. Es « necesario no alejarlos con las amenazas ni con « el terror. »

Los incrédulos han recogido cuanto en los anales de la Iglesia parece presentar un carácter de zelo perseguidor y feroz, y propalan llenos de complacencia los hechos siguientes.

Se cita á un sacerdote llamado Virgilio, perseguido, dicen, en el siglo VIII por el Papa Zacarías, por haber enseñado la existencia de los

(1) *Epist.*, lib. ep. XXXV.

antípodas; así lo han supuesto d'Alembert y el ateo que escribió el *Bosquejo del cuadro histórico del entendimiento humano* (1). Es preciso, Señores, saber que dicho Virgilio no fué denunciado por haber sostenido la redondez de la tierra, opinion muy indiferente; sino por enseñar una doctrina cuyo objeto era persuadir que habia en el mundo hombres de distinto orígen que nosotros, opinion muy reprensible; y aun esta contienda fué de tan poca entidad, y Virgilio tan poco perseguido por ella, que, despues de haber reconocido su error y de haberse retractado de él, fué nombrado Obispo de Salsburgo (2).

Se cita á Galileo condenado y perseguido por el Santo Oficio por haber enseñado el movimiento de la tierra sobre sí misma. Felizmente se halla probado en el dia por las cartas de Guichardini y del marqués Nicolini, embajador de Florencia, amigos ambos, discípulos y protectores de Galileo, por las cartas manuscritas de este y por sus mismas obras, que hace un siglo se está engañando al público sobre el motivo de su persecucion. Este filósofo no fué perseguido por ser buen ó mal astrónomo, sino como mal teólogo, y por haberse querido entremeter á explicar la Biblia. Es cierto que sus descubrimientos le suscitaron enemigos envidiosos; pero

(1) Condorcet, pág. 228.

(2) Véanse aclaraciones sobre este hecho en la obra titulada: *Le Christianisme de Bacon*, tom. II, pág. 313.

no fueron aquellos el motivo de su proceso, sino su terquedad en querer conciliar la Biblia con Copérnico; y sola su petulancia fué el origen de sus disgustos. Es falso que estuviese preso en las cárceles de la Inquisicion; lo estuvo únicamente en la habitacion del fiscal, y con plena libertad en su comunicacion. En su defensa no se trató de lo sustancial de su sistema, sino de su pretendida concordancia con la Biblia; y, despues de dada la sentencia y hecha la retractacion á que fué condenado, quedó en plena libertad para volver á Florencia. Estas noticias se deben al protestante Mallet-Dupan, que, fundado en documentos originales, ha vindicado en esta parte á la corte Romana (1). Es ciertamente muy poco filosófico olvidar lo mucho que las letras, las ciencias y las artes deben á la Santa Sede, para reproducir incesantemente una anécdota exagerada en todos sus pormenores. Cuando ese mismo Galileo enseñó su nueva teoría sobre la caida de los cuerpos graves, fué primeramente objeto de las burlas de los doctores antiguos sus colegas, denunciado despues á los magistrados y obligado á abandonar como novador la ciudad de Pisa; y cuando anunció en seguida su descubrimiento de los satélites de Júpiter, fué tratado de impostor y visionario; ¿y será por eso justo decla-

(1) Véase *Mercure de France* del 17 de julio de 1784, núm. 29, ó *le Dictionnaire de Théologie*, por Bergier, Artículos *Monde* y *Science*.

mar incesantemente contra los cuerpos científicos?

Pedro Ramo fué acusado á Francisco I como reo de estado por haber impugnado la dialéctica de Aristóteles, y por lo mismo perseguido por la universidad de Paris, destituido de su cátedra y desterrado de dicha ciudad; ¿y deberemos por eso insultar la gloria de esta universidad, madre de las ciencias y de las artes?

¿Se deberán tener en nada todos los grandes servicios que puede haber hecho á la Francia su antigua magistratura, porque el parlamento de Paris quisiese, en honor de Aristóteles, sostener su filosofía por un decreto, y porque mas recientemente se opusiese á la práctica de la inoculacion? Bailly, en su *historia de la Astronomia moderna* (1), se ha explicado mas juiciosamente sobre la conducta del Santo Oficio, diciendo: «No debemos juzgar de esta falta por las luces «de nuestro siglo. El sistema de Copérnico no «tenia entónces partidarios mas que en Alema«nia; y estaban opuestos á él en general todos «los astrónomos.» En fin, Señores, en cuanto á este hecho y al precedente, debo haceros observar que es tan injusto como ridículo imputar á la Iglesia universal una falta que siempre seria muy pequeña, y que en todo caso solo deberia recaer sobre la Corte de Roma.

(1) Lib. II, § 32, tom. II, pág. 151.

Se cita tambien á un heresiarca llamado Juan Hus, condenado en el siglo XV por el concilio general de Constanza, y quemado vivo á pesar del salvo conducto que aseguraba su persona. Pero en verdad que es bien fácil justificar al concilio : condenó, es cierto, á Juan Hus como hereje, y tenia derecho para hacerlo asi; mas fué luego el emperador Sigismundo el que le hizo morir en un suplicio, no precisamente como hereje, sino como un perturbador peligroso. Tampoco fué el concilio quien le habia dado el salvo conducto, sino el Emperador, y aun respecto de este es muy fácil probar que no violó la fe pública; pues que aquel documento no era mas que para asegurar la persona de Juan de Hus en el camino, á fin de que pudiese llegar tranquilamente á Constanza á donde iba á defender su causa (1).

Pero pasemos á lo que es objeto de perpétuas declamaciones contra la Religion católica en particular, y lo que suministra el pretexto mas aparente para tratarla de fanática en su modo de proceder : hablamos de ese tribunal que *sin fundamento* llaman de *sangre*, que dicen ha hecho tantas víctimas, y que no solamente juzga las acciones, sino tambien las conciencias, en fin de la *Inquisicion* (2). No penseis, Señores,

(1) Pluquet, *Dictionnaire des Hérésies*, tom. II, pág. 150 y sig. en la nota.

(2) No hay que extrañar que el excelentísimo señor Obispo de Hermópolis haya participado algun tanto de las ideas exageradas que acerca del Santo

que yo trate de constituirme apologista de la Inquisicion. Para mí no es mas que una institucion local y particular, extraña á nuestras leyes y á nuestros usos, y desconocida en un gran número de Iglesias; un tribunal por último al cual se atribuyen excesos que, aun en el caso de ser positivos, de ningun modo deberian recaer sobre la Iglesia universal. Podria limitarme á estas solas palabras; pero es muy importante que formeis ideas menos vagas de lo que en general se llama *Inquisicion*.

Es preciso en primer lugar que tengais presente que no se puede negar á las dos potestades, la eclesiástica y la civil, el derecho de adoptar medidas de acuerdo una con otra para oponerse á ciertas novedades funestas, que jamás comprometen el reposo de la Iglesia sin alterar al mismo tiempo el del estado ; que aun en las sociedades mas moderadas no solamente existen tribunales para castigar los delitos despues de cometidos, sino que hay tambien otros de segu-

Tribunal de la Inquisicion de España han seguido los escritores franceses por relaciones inexactas y sin conocimiento de causa. Estamos persuadidos de la sana intencion de su Excelencia; y si sobreponiéndose á lo que en Francia se ha mirado como un hecho positivo, hubiera descendido á un prolijo exámen de la conducta de este Tribunal, valiéndose al efecto de autores imparciales, no dudamos asegurar que le hubiese defendido con energía, sin atender á preocupaciones nacionales. Nuestros lectores deberán tener presente esta circunstancia, si acaso les pareciesen demasiado fuertes algunas expresiones del autor; y asimismo pasar la vista, si gustan, por las sólidas y nerviosas apologías que corren impresas en defensa de la Inquisicion, principalmente la carta segunda del llamado *Filósofo Rancio* que se encuentra en el tomo primero de sus obras publicadas en Madrid en 1824 y 1825.

ridad y de vigilancia para prevenirlos y precaver los extravios y las tramas que podrian turbar la tranquilidad pública; que es lícito á los pontífices y á los magistrados pensar que las malas doctrinas conducen á las malas acciones; que ninguno tiene derecho para ser sedicioso bajo el pretexto de libertad de opiniones; que en general la violencia no puede ser rechazada sino por la violencia, como ha dicho Ciceron (1); y últimamente que si los medios de represion no exceden los límites legítimos, forman la seguridad de las personas honradas y sodo pueden desagradar á los malvados.

Observad en segundo lugar que para juzgar con acierto en esta materia es preciso trasportarse á los tiempos en que se estableció este tribunal, á aquellos tiempos de inquietud en que sectas turbulentas amenazaban á los gobiernos y predicaban sus errores con las armas en la mano; es preciso tambien saber que lo mas severo que se dice tiene este tribunal, procede de la política de los príncipes. En efecto, el emperador Federico II fué quien en el siglo XIII (2) dictó en Pádua los edictos mas rigurosos en esta materia; y cuando á fines del siglo XV (3) se estableció la Inquisicion en España por el papa Sixto IV, fué á peticion del rey Fernando,

(1) *Epist. ad Famil.*, lib. XII, epist. III.
(2) 22 de febrero de 1224.
(3) En 1483.

así como tambien cuando en el siglo XVI (1) fué establecida en Portugal por Paulo III, lo fué á instancias del rey Juan III; en Venecia fué igualmente establecida por órden expresa del senado, siendo tres senadores individuos de ella. Por esto el autor de la obra titulada el *Amigo de los hombres*, que ciertamente está muy distante de amar este tribunal, ha dicho lo siguiente (2): « La Inquisicion, ese tribunal terrible en otro « tiempo en el órden civil, era una institucion « de los príncipes. »

Es preciso que observeis en tercer lugar en elogio de la Iglesia de Roma, y este es un punto capital, que este tribunal procedia en Roma del modo menos severo, y que allí no se han conocido esos suplicios que se le atribuyen en otras partes; y Fleury, aunque opuesto á la Inquisicion, nota expresamente (3) que los soberanos pontífices hicieron muchos reglamentos para moderar todo lo que en ella pudiera ser demasiado severo.

Yo bien sé que los Españoles, cuando se les reprende su Inquisicion, la defienden haciendo observar que, miéntras que la Francia, la Alemania, la Inglaterra, los Paises Bajos y la Suiza fueron presa de las discordias civiles, este tribunal mantuvo la tranquilidad en España. El

(1) En 1535.
(2) Tom. II, pag. 191.
(3) *Septième discours sur l'Histoire eccl.*, num. 13

mismo Voltaire observa en su *Ensayo sobre la historia general*, que en el siglo XVI y XVII no hubo en España ninguna de aquellas revoluciones sangrientas, de aquellas conspiraciones y castigos crueles que se vieron en las demás cortes de Europa, y que *sin la Inquisicion nada habria que reprenderla.* Pero sobre esto dice un escritor de nuestros dias lo siguiente : « Yo no sé « lo que podria responder el enemigo mas en« carnizado de la Inquisicion á un Español que « la justificase en estos términos :

« Sois un miope, no veis mas que un solo « punto. Nuestros legisladores miraban desde « mucho mas alto, y veian todas las cosas en « grande. De este modo vieron al principio del « siglo XVI *humear,* digámoslo así, la Europa; « y para libertarse del incendio general, em« plearon la Inquisicion, *y se sirvieron de ella como de un medio político para mantener la « unidad religiosa y precaver las guerras de reli« gion.* No os ocurrió á vosotros un medio seme« jante : examinemos ahora las consecuencias, « y sea la experiencia el único juez irrecusable « en esta materia.

« Ved encendida la guerra de treinta años por « los argumentos de Lutero; los excesos inaudi« tos de los Anabaptistas y de los habitantes de « los campos (*des Paysans*) (1); las guerras ci-

(1) Alude á los habitantes de las aldeas de varios distritos de Alemania, que seducidos por las ideas de igualdad absoluta que les predicaban Muncer y

« viles de Francia, de Inglaterra y de Flandes; « los asesinatos del dia de San Bartolomé, los de « Merindol, de los Cevenes, el asesinato de María « Estuardo, el de Enrique III, de Enrique IV, « de Cárlos I, del príncipe de Orange, etc., etc. « La sangre que vuestros novadores han hecho « derramar, formaria un lago en que bogaria un « navío; la Inquisicion no hubiera derramado « mas que la de ellos. Vosotros, ignorantes pre- « suntuosos, que nada habeis previsto y que « habeis bañado en sangre toda la Europa, so- « los vosotros erais capaces de censurar la con- « ducta de nuestros reyes que todo lo previeron. « No vengais alegando que la Inquisicion ha « producido este ó el otro abuso en tal ó tal « época; no es eso de lo qué ahora tratamos, « sino de saber *si, durante los tres últimos siglos,* « *ha habido por medio de la Inquisicion mas paz* « *y felicidad en España que en todos los demás* « *paises de Europa.* Sacrificar las generaciones « actuales á la felicidad problemática de las ge- « neraciones futuras, podrá ser el cálculo de un « filósofo, pero los cálculos de los legisladores « son muy diferentes (1). »

Yo, Señores, no trato de dar ni quitar valor

Estorck, jefes de la secta de los anabaptistas, se armaron contra sus señores y contra los magistrados y el clero, recorriendo la Suabia, la Turinjia, la Franconia, la Alsacia y en general las orillas del Rhin, en las que cometieron los mayores excesos. *(El Traductor.*

(1) *Lettres à un gentilhomme russe sur l'Inquisition*, carta IV, pag. 89 y sig.

á esta apología : ni la censuro ni la apruebo; pues es de poca importancia para la causa que defiendo : quiero vindicar la Iglesia católica, y aunque la España es una parte muy recomendable de ella, no es al fin la Iglesia toda, así como tampoco un tribunal particular de Francia compone toda su magistratura.

Se ha dicho, se dice y se dirá siempre con el tono mas decisivo, y como si fuese un hecho indudable, que Santo Domingo fué el primer inquisidor en la Galia Narbonense; y sin embargo nada hay mas incierto, por mas que se asegure con tanta confianza. Los historiadores de la vida de Santo Domingo y varios sabios críticos modernos sostienen, apoyados en los mas fieles autores contemporáneos, que Santo Domingo jamás empleó con los herejes otros medios que la instruccion y la paciencia; y que lo mas amargo de su mision fué imponer á los herejes convertidos por su caridad penas satisfactorias, como por ejemplo, ayunos y oraciones (1). Se ha dicho, y así lo supone Montesquieu, que los Judíos eran castigados á causa solo de su religion; pero esto es muy inexacto, pues la Inquisicion solo perseguia á aquellos que, despues de haber profesado el cristianismo, apostataban públicamente para volver á judaizar.

(1) Véase : *Dictionnaire de Théologie por* Bergier, artículo *Dominicains;* y *Vies des Pères et des Martyrs,* traducidas del ingles; obra llena de buena crítica, al 4 de agosto, nota, pág. 85, tome VII, edicion de 1811.

Si hubiéramos de creer á los escritores incrédulos del último siglo, seria preciso mirar la España como una tierra que con su Inquisicion devoraba á sus habitantes; y sin embargo es indudable que desde que entró á reinar la actual dinastia, no ha dado la Inquisicion muestras de aquel rigor que se le imputa, y que el último auto de fe fué en el año de 1680 en el reinado de Carlos II. Un escritor, cuyo testimonio no es sospechoso, un francés, enemigo de la Inquisicion, embajador de Francia en España, dice en su *Cuadro de la España moderna* (1): « La Inqui-« sicion podria ser citada en nuestros dias como « un modelo de equidad.... Mas de nueve años « de permanencia y de observacion me han con-« vencido de que, con alguna circunspeccion en « los discursos y en la conducta en lo respectivo « á la Religion, es fácil libertarse de aquel tri-« bunal y vivir tan tranquilamente en España « como en cualquier otro pais de Europa. »

En fin, Señores, censuren cuanto quieran los protestantes y los incrédulos la Inquisicion de España y la de Portugal; este tribunal, vuelvo á decir, nunca es mas que una institucion local, temporal, particular, y mas bien política que eclesiástica. En todo caso siempre es tan poco filosófico tomar de aquí motivo para acusar de fanatismo á la Religion católica en general, como

(1) Bourgoing, embajador en tiempo del Directorio; tom I, pág. 388.

lo seria acusar de ateismo á una academia, porque contase algunos ateos entre sus individuos. Pero tambien quisiera yo saber cuál es la secta que tiene derecho para tirar la primera piedra á este tribunal. ¡Cuántos edictos sanguinarios no se han dado en las naciones que abrazaron la reforma, ya sea por los herejes contra los católicos, ya por una secta contra otra! ¿Fué acaso Calvino muy tolerante con Serveto, y con otros muchos que innovaban así como él habia innovado? ¡Cuál no fué el rigor del Dinamarca y de la Suecia contra los católicos! ¡Con que furor no fueron perseguidos los Armenios en Holanda! ¿No fué decapitado Barneveldt, y condenado Grocio á una prision perpétua? Yo diria especialmente á los Anglicanos: ¿os corresponde á vosotros echar en cara á la Iglesia romana la Inquisicion, á vosotros cuyas leyes contra los católicos estan llenas de las disposiciones mas atroces que jamás han manchado el código de ningun pueblo civilizado? Diria á la secta incrédula del último siglo: ¿os será lícito á vosotros echar en cara á la España los antiguos autos de fe, á vosotros cuyos principios y conducta debian producir una inquisicion capaz de hacer en tres años mas víctimas que las que podian hacer en tres siglos todas las Inquisiciones de los dominios españoles? Nosotros los franceses debemos reconocer que carecemos de todo derecho de enseñar á nuestros vecinos; humillémonos y

demos con el rubor de nuestra frente una pública satisfaccion; lamentémonos de los extravíos del hombre arrebatado por sus pasiones, y sobre todo por su soberbia; aprovechémonos de nuestras faltas pasadas para hacernos mejores; y, en lugar de declamar con tanta acrimonia contra las de nuestros semejantes, cubramos todos con un velo nuestras faltas recíprocas: así lo manda la Religion. Unámonos tanto como hemos estado divididos y perdonemos para que se nos perdone (1).

Asi pues nada hay en Jesucristo, autor divino de la Religion, que no respire la caridad mas pura; y nada en su Iglesia mas santo que su doctrina, de la que es muy injusto juzgar por la opinion, la conducta ó las intenciones de una parte de sus miembros, extraviados alguna vez por un falso zelo. ¿Pero no hay algunos sucesos, en los cuales no se descubre mas que odio y furor, y que deben mirarse como obra de la Religion misma?

Tal es, Señores, la conducta de los incrédulos: callan los bienes inmensos que el cristianismo na producido en la tierra, y ponderan con satisfaccion los abusos que de él han podido hacer las pasiones humanas. Los cismas y las

(1) Véase la obra titulada: *Paradoxes intéressants; Réponse à la lettre d'un patriote sur l'intolérance des sectes*, pág. 417; *Nouveau voyage en Espagne*. art. *Inquisition*, pág. 68.

herejías que han turbado los estados; las contiendas sangrientas y las guerras que han dimanado de ellas; las cruzadas que atribuyen á un falso entusiasmo religioso; la mortandad de los Indios al tiempo del descubrimiento del nuevo mundo, los horrores del dia de San Bartolomé y la revocacion del edicto de Nantes: hé aquí lo que citan como obra de la Religion misma; y pintado así el cristianismo con tan negros colores no se presenta á una imaginacion exaltada sino como un monstruo enemigo de la humanidad.

A todas estas declamaciones inspiradas por el odio y la preocupacion, podria desde luego responder con el autor del *Espíritu de las leyes* (1): « Es muy mal modo de argüir contra la Religion « hacer en una grande obra una larga enume- « racion de los males que ha producido, si no « se hace tambien la de los bienes que ha cau- « sado. Si yo me propusiese referir todos los « males que han ocasionado las leyes civiles, el « gobierno monárquico y el republicano, diria « cosas horrorosas. » Con semejante modo de raciocinar contra la Religion, y con esta manía de hacerla responsable de los abusos que de ella hacen los hombres, olvidando al mismo tiempo los bienes de que es orígen, para solo recordar los males á que sirve de pretexto, ¿sabeis, Se-

(1) Lib. XXIV, cap. II.

ñores, adónde iriamos á parar? Al trastorno del órden social, y al estado salvaje. Porque al fin yo tambien podria recordar los males que ha ocasionado la sociedad, y decir : recorred los anales de los pueblos tanto antiguos como modernos, de los Egipcios, de los Persas, de los Griegos y de los Romanos, de los bárbaros que arruinaron el imperio romano, y de las naciones que se formaron de sus reliquias; estudiad la historia de las cuatro partes del mundo, y en todas hallaréis vicios y crímenes horrorosos, á que ha dado lugar la civilizacion misma, y por todas veréis ensangrentada la tierra por divisiones y guerras en cierto modo perpétuas. Apénas en las veinte y cuatro horas en que se divide el dia, habrá una sola en que en algun punto del globo no corra la sangre humana derramada por el hierro en los combates : ¡tantas y tan crueles calamidades puede producir la sociedad! Y ¿seria por eso útil al género humano vivir errante en los bosques como los animales? Lo que vosotros responderiais á esas declamaciones contra el órden social, eso mismo reponderé yo á los que declaman contra la Religion. En la sociedad, Señores, no se trata de saber lo que puede llegar á ser el poder que la gobierna puesto en manos que abusen de él, sino lo que sin él seria la misma sociedad : asi en el cristianismo no busqueis únicamente el abuso que el hombre puede hacer de él, sino en qué vendrian á parar sin

el cristianismo las naciones que le profesan.

Vosotros recordais, diré yo á los incrédulos, las guerras de Religion; pero disimulais que era la política ambiciosa y turbulenta la que urdia en secreto aquellas tramas, y la que en seguida sublevaba los pueblos en nombre de la Religion, como lo ha reconocido Rousseau. Vosotros habeis calculado, por aproximacion, el número de víctimas que pueden haber hecho las disputas religiosas en el espacio de diez y ocho siglos, y habeis contado seis mil en cada año distribuidas entre las diversas naciones cristianas; pero os desentendeis de que las máximas de la Religion han hecho menos crueles las guerras y mas raras las revoluciones; que han introducido entre los pueblos un cierto derecho de gentes y reglas de equidad que nunca serán suficientemente agradecidas, y que de este modo han ahorrado la efusion de sangre humana. «Sin «salir de nuestra Francia, dice un apologista «moderno (1), yo sostendré que solo la institu«cion de las casas de expósitos, y el cuidado «que inspira á los padres la idea del bautismo, «conservan todos los años mas de seis mil fran«ceses... La crueldad de los Chinos, continúa «el mismo, deja perecer todos los años mas de «treinta mil niños, por cálculo ajustado; ¡y to-

(1) Bergier, *Traité de la vraie Religion*, tom X, part. III, cap. VII, § 19. pág. 437, en 12°.

« davía nos ponderan los filósofos las costumbres « chinas! La barbarie de los Romanos dejaba « tambien morir de hambre y de enfermedad « todos los años un gran número de esclavos, y « nada tampoco dicen de esto los filósofos. » Vosotros publicais que el cristianismo es el que únicamente ha encendido sangrientas disputas de religion, y que solo él ha inspirado el zelo perseguidor; pero olvidais que la historia de los pueblos de la antigua Grecia nos presenta una guerra sagrada, continuada con furor por espacio de diez años, de la cual fué causa la Religion (1); que Jerjes, adorador del fuego elemental, taló la Grecia y destruyó los templos de sus Dioses; que en Egipto, en tanto que un pueblo colocaba sobre los altares cierta especie de animales, sus vecinos los abominaban, de lo que procedian guerras continuas de ciudad contra ciudad (2); que el zelo del paganismo hizo correr arroyos de sangre cristiana en las provincias del Imperio por espacio de tres siglos; que los Armenios, que habian abrazado y profesaban tranquilamente el cristianismo, tuvieron que sostener en el siglo IV una guerra cruel contra Maximino, que se puso al frente de sus tropas, para atacarlos en sus montañas, y obligaros á restablecer los ídolos que habian derri-

(1) Rollin, *Histoire ancienne*, tom. VI, lib. XIV, § 2, pág. 40, en 12°.
(2) *Idem*, tom. I, lib. I, cap. XI, § 1, pág. 73.

bado; que Juliano el filósofo hizo á la Religion una persecucion mucho mas tenaz y terrible que la de Neron; que el califa Omar destruyó mas de cuatro mil templos paganos, ó iglesias cristianas, y extendió por la fuerza de las armas en dilatados paises la doctrina del falso profeta; que las contiendas religiosas sobre el Alcoran han originado guerras sangrientas entre Persas y Turcos; y por último que en nuestros dias la incredulidad, con el nombre de filosofía, despues de haberse armado de sofismas, se ha armado tambien con la cuchilla homicida contra los discípulos del Evangelio. ¡Y aun os atreveréis á decir que solo el cristianismo se ha manchado con disputas sangrientas! Compadezcamos, Señores, á la humanidad por ser capaz de abusar de cuanto hay mas sagrado sobre la tierra; pero porque el cristianismo haya podido ser inocente pretexto para algunos males, no por eso olvidemos los beneficios que le debemos por las virtudes que hace practicar á los hombres. Despues de haber visto el sol alumbrando y animando la naturaleza con su brillo y calor, ¿será lícito insultar su luz, porque su fuego levante de la tierra los vapores de que se forman las tempestades (1)?

¿Y qué diremos de las Cruzadas? No acusemos, Señores, ligeramente á nuestros padres,

(1) *Paradoxes intéressants*, pág. 375 y 406.

ni condenemos unas empresas extraordinarias que tanto han influido en los destinos de la Europa. Si quisiéramos reflexionar bien las cosas, tal vez veríamos que nuestros padres fueron guiados con mas seguridad por sus sentimientos religiosos, que nosotros por nuestra fria razon, y que las guerras santas prueban su prevision tanto como su valor. Yo convendré en que el deseo de rescatar el santo Sepulcro y los lugares consagrados por la piedad del mundo cristiano, haya tenido gran parte en aquellas lejanas expediciones, y que esta haya sido el motivo popular, como es ahora el lado poético de esas empresas que parecen increibles: sin embargo, á través de ese entusiasmo que arrastró al Occidente, ¿no podrian traslucirse las miras de una política tan legítima como profunda? Yo no trato de disimular el libertinaje y la licencia de un gran número de cruzados, el modo imprudente de dirigir las guerras santas en algunos puntos, ni la locura de ciertas reuniones tumultuosas que salian de Europa sin disciplina y sin órden. Pero, Señores, ¿no se cometen en todas las guerras, aun en las mas justas y mas bien dirigidas, excesos que las deshonran? El hombre lleva consigo á todas partes los extravios de su espíritu y de su corazon. Examinemos bajo un punto de vista general esas cruzadas emprendidas segun las reglas de las guerras ordinarias, al fin del siglo XI,

bajo el reinado de Felipe I, en el XII, bajo el de Luis el jóven, y en el XIII, bajo el de San Luis. Si las considero en sus motivos, es cierto que la profanacion de los santos lugares, la opresion de los cristianos de la Palestina, y los insultos crueles hechos á los peregrinos de las naciones cristianas, fueron el medio poderoso de que se echó mano para excitar el valor; ¿pero se podrá ocultar que la idea de las potencias coligadas fué la de salvar sus tierras de la invasion que las amenazaba? ¿No era formidable aquel poder mahometano que habia hecho tantos progresos, y que parecia no conquistar sino para destruir por todas partes la civilizacion y el cristianismo? ¿Debia acaso la Europa esperar tranquilamente la vergüenza y el azote de la esclavitud, y dejarse oprimir separadamente cada nacion cristiana, en lugar de hacer con todas las demás una santa liga contra el enemigo comun? Se admira á Anibal atravesando los montes para llevar la guerra á la Italia, y vencer á Roma en Roma misma; ¡y se quisiera que los pueblos europeos se hubiesen abandonado á un cobarde reposo, en vez de llevar la guerra hasta el centro del imperio de sus enemigos! Es además un hecho bien comprobado que el zelo de los Latinos fué excitado vivamente por los enviados del Emperador Alejo, los cuales solicitaron sus socorros en los concilios de Plasencia y de Clermont. Yo no sé si se querrá poner

en el número de los fanáticos al príncipe de los filósofos modernos, al inmortal Bacon; pero lo que no tiene duda es que en sus obras se halla un diálogo sobre *la guerra sagrada,* cuyos principios se dirigen á justificar las guerras hechas á los Mahometanos. No era tampoco el juicioso Fleury un necio entusiasta; pues este en sus *Discursos sobre las Cruzadas* (1), sin dejar de reconocer en ellas ciertos inconvenientes, no duda sentar que sus jefes obraron impelidos por miras políticas; y en su obra titulada *Costumbres de los Cristianos* (2) dice estas palabras dignas de atencion: «Estas empresas se habian hecho ne-«cesarias; no habia entónces ningun príncipe «cristiano bastante poderoso por sí solo para «contener los progresos de los Mahometanos, «enemigos declarados de cuantos no quieren «abrazar su religion, y que, hacia ya mas de «doscientos años, saqueaban impunemente la «Italia, y eran dueños de la Sicilia y de casi toda «la España. Por los esfuerzos de las Cruzadas «fueron arrojados de esta parte de Europa, y «considerablemente debilitados en el Egipto y «en la Siria.» Tampoco era un ignorante cierto escritor de nuestros dias, de quien tenemos una disertacion sobre las Cruzadas en las *Memorias*

(1) VII^e^ Discours sur l'hist. ecclésiast., núm. 1
(2) § 64.

de la Academia de inscripciones y bellas letras (1), hablo del sabio M. de Guignes, cuyas palabras son las siguientes : « Cuando criticamos estas empre-« sas, es porque no hemos reflexionado bastante « sobre el estado de los negocios en aquella época. « Los Musulmanes, despues de haberse apode-« rado de la Siria, se habian tambien hecho due-« ños primeramente del Africa, y en seguida de « la España y de todas las islas del Mediterráneo, « desde donde insultaban continuamente las « costas de Italia. Por la España y por la Cór-« cega se introducian tambien en nuestras pro-« vincias meridionales, y las talaban, robando « además nuestros navios. Constantinopla era « una barrera poderosa ; y si la hubieran po-« dido salvar, como intentaban, toda la Europa « quedaba amenazada y expuesta á caer en su « poder. Solo atacándolos en el centro de su « imperio, se podia esperar debilitarlos con-« siderablemente. Así sucedió en efecto, y se « les dió un golpe del que no pudieron levan-« tarse. »

Así pues, estas guerras fueron como un dique opuesto á la irrupcion de los bárbaros y salvaron la civilizacion y el cristianismo : añadamos á esto que libertaron á los pueblos de la Europa de sus propios furores, é hicieron cesar la opresion, debilitando el poder de los grandes y for-

(1) Tom. XXXVII, pág. 467, en 4°.

taleciendo la autoridad real. Así lo ha reconocido el Presidente Hénault, y por esto dice, hablando de las Cruzadas (1) : « Ellas contribuye-« ron mucho á que nuestros reyes se deshiciesen « de aquellos tiranos importunos, que marcharon « á llevar á regiones lejanas su espíritu turbu-« lento y dejaron en paz el estado. »

Es indudable por último que las Cruzadas reanimaron el gusto del comercio, de las ciencias y de las artes, y prepararon aquella revolucion que debia producir los siglos de Leon X y de Luis XIV. Sobre esto puedo tambien alegar el testimonio de escritores nada sospechosos. En la *Historia universal*, traducida del inglés (2), se dice : « Las Cruzadas opusieron el mas grande « obstáculo al poder de los Mahometanos; hicie-« ron conocer á los príncipes de Europa las uti-« lidades de la marina, y abrieron el camino á « los grandes descubrimientos. »

No nos admiremos pues de que un escritor francés, que mira las cosas mas en grande que la generalidad de los escritores, haya dicho estas palabras (3) : « Debilitada la vista por el odio, no « ha podido abrazar el plan general de tan « vasto cuadro, y solo se ha fijado en algunos

(1) *Histoire de France*, primera parte, tom. III, pág. 976.

(2) Tom. XXI, pág. 2, en 4°. Véase el libro titulado *De l'influence des Croisades sur l'état des peuples de l'Europe*, por Mr. de Choiseul d'Aillecourt; obra que partió el premio designado por el Instituto en 1808.

(3) De Bonald, *Législation primitive*, discours politiq., tom. III, § 8.

« pormenores; porque el carácter distintivo de « la filosofía moderna es cierta limitacion de es- « píritu, quiero decir, un espíritu que solo se « ocupa de pequeñeces.... ¡ Desgraciados los « tiempos y desgraciados los pueblos en que los « motivos que inspiraron las Cruzadas, hayan « podido ser atacados impunemente por decla- « maciones de retóricos, ó desfigurados por suti- « lezas de sofistas. »

He dicho, Señores, lo bastante, para que la juventud conozca que debe hablar con mucha precaucion de las Cruzadas, en vez de tomar ocasion de ellas para tratar á la Religion con una ligereza muy reprensible.

Paso á hablar de la mortandad de los Indios, de que se acusa á los Españoles. Se ha llegado hasta el extremo de escribir en nuestros dias *que se habian sacrificado á Jesus doce millones de naturales del pais.* Señores, cualquiera que oiga ó lea calumnias tan atroces, no puede menos de pasmarse de asombro. Aunque se concediera que algunos cristianos ó sacerdotes españoles se hubiesen dejado extraviar por un zelo violento y sanguinario (1), ¿que justicia habria para atri-

(1) Es preciso tener presente que los escritores extranjeros, émulos siempre de las glorias de los Españoles, les han atribuido falsamente un zelo violento, feroz y sanguinario, en la conquista del nuevo mundo, y no es de extrañar que el Excmo. señor Obispo de Hermópolis, escribiendo en un pais en que el torrente de la opinion propende á tales imputaciones, no haya tomado por su cuenta el impugnarlas y se conforme con ellas en cierto modo, aunque por

buir á la Iglesia cristiana los excesos de algunos de sus individuos, cuando ella misma los detesta? ¿Pero quién ignora que la Religion solo intervino en aquellas conquistas para mitigar la severidad, con que tal vez en algunas ocasiones trataron á los Indios sus primeros conquistadores? Oid lo que sobre el particular dice, no un hombre sospechoso, sino un presbiteriano (1), y esto va á vindicar á la Iglesia romana. Despues de haber observado que no debe atribuirse á la politica del gabinete español la despoblacion de la América, añade : « Con mayor injusticia todavía « atribuyen muchos escritores la destruccion de « los Americanos al espíritu de intolerancia de la « religion romana, y acusan á los eclesiásticos « españoles de haber excitado á sus compatriotas « á degollar aquellos pueblos inocentes como « idólatras y enemigos de Dios.... Ellos fueron « al contrario unos ministros de paz para con « los Indios, y siempre trabajaron en su favor.

medio de una mera suposicion. Para que los lectores puedan formar un juicio exacto sobre la falsedad de los excesos que la emulacion y la envidia imputan á los Españoles en la conquista del nuevo mundo, lean el prólogo del poema titulado : *Méjico conquistado*, escrito por D. Juan de Escoiquiz; las *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los Españoles en las Indias*, escritas en italiano por el Abate D. Juan Nuix, y los trece últimos párrafos de la Introduccion á la *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los Españoles hasta fines del siglo XV*, que de Real orden está publicando el dignísimo Español y sabio Académico D. Martin Fernandez de Navarrete.

(El Traductor.)

(1) Robertson, *Histoire de l'Amérique*, tom. IV, lib. VIII, nota 71, p. 142 y 328, en 12°.

« A su poderosa mediacion debieron los Ameri-
« canos todos los reglamentos que se dirigian á
« mejorar su suerte. » Nadie ignora tampoco que un individuo de la religion dominicana, Fr. Bartolomé de las Casas, se inmortalizó por su ardiente é infatigable zelo en defender la causa de los Indios.

¿Y qué diremos ahora del dia de San Bartolomé? Diremos que fué un dia horrible, eterno borron de nuestros anales, y que ciertamente no habrá un solo francés verdadero que no desease poder rasgar las sangrientas páginas que recuerdan su memoria. Fué sin duda un dia horroroso, pero tambien es una horrorosa calumnia imputar á la Religion los excesos que en él se cometieron, como si ella los hubiese mandado, como si los hubiese aprobado, ó como si tan espantosa tragedia pudiera acomodarse á las máximas y al espíritu del cristianismo. Es un hecho averiguado que ningun obispo ni sacerdote asistió al consejo en que se acordó tan horrible carnicería. Es muy fácil á los declamadores asegurar que el falso zelo habia armado á Cárlos IX con el puñal homicida; pero, en obsequio á la verdad, digamos mejor que esto fué la obra de una política feroz, y de un resentimiento profundo de aquel monarca por las conmociones que habian agitado su reinado, y que en esta carnicería no debe verse mas que unas odiosas represalias. En efecto, el despotismo fanático de

la reina de Navarra, preocupada con las nuevas opiniones, habia irritado á los Estados del Bearne : las representaciones y clamores de los Bearneses fueron inútiles, acudieron desesperados á las armas, y su afligida patria se convirtió en un teatro de discordia. Debajo de los muros de Navarreins se peleó con furor; en Orthez se hizo una carnicería horrible, principalmente de religiosos y de sacerdotes, y se vió correr arroyos de sangre por las casas, las calles y las plazas; el Gave se tiñó de sangre, y sus aguas llevaron hasta los mares inmediatos la noticia de aquel espantoso desastre. A él se siguió la mortandad de la flor de la nobleza; y como si el dia 24 de agosto hubiese sido en aquel siglo una época destinada á bárbaros atentados, en el mismo dia murieron á puñaladas en Pau muchos nobles, habiendo violado los calvinistas los tratados con la mas negra perfidia. La historia afirma que Cárlos IX juró vengarse, y sobre esto se leen en la *Historia de Navarra* estas memorables palabras : « Estas noticias (dice el autor refiriendo « los asesinatos de Pau) incomodaron en ex- « tremo al rey Cárlos, y desde entónces re- « solvió en su interior realizar otro segundo « dia de San Bartolomé en expiacion del pri- « mero. » Así es que, cuando por parecer desistir del crimen que meditaba, reanimaba la reina madre su espíritu atemorizado, no le decia : acordaos de lo que debeis á la Religion,

sino (1) : ¿ porqué no habeis de tener valor para deshaceros de unas personas que han respetado tan poco vuestra autoridad y vuestra persona?

Se recuerdan las fiestas que el papa Gregorio XIII mandó hacer en Roma por este suceso; pero se calla con cuidado que para paliar Cárlos IX su crímen y alucinar á las córtes de Europa, despachó correos á todas, para extender la voz de haberse visto obligado á tomar medidas violentas, con motivo de haber descubierto inopinadamente una conspiracion contra su persona y autoridad, y que por medio de ellas se habia libertado del inminente riesgo que le amenazaba. Concedamos por un momento que algun clérigo insensato haya aplaudido tal mortandad ; ¿será proceder de buena fe atribuir por eso á la Religion el exceso de un ministro indigno ? ¿ Se deberá declamar continuamente contra la antigua magistratura de Francia, porque algunos magistrados hayan vendido la justicia; ó contra las letras y la imprenta, porque un escritor haya abusado de ella, en el último siglo, por espacio de ochenta años, para predicar el libertinaje y la impiedad?

Cualquiera que no esté ciego por el odio, notará que en aquella mortandad murieron tambien *un gran número* de católicos, víctimas de ven-

(1) Bossuet, *Abrégé de l'Histoire de France*, règne de Charles IX.

ganzas personales; y que en Leon, en Tolosa y Burdeos, debieron muchos proscriptos su vida á los eclesiásticos. Se sabe tambien, segun una tradicion respetable, que Juan Hennuyer, obispo de Lisieux, se opuso á este atentado; y que su esforzada clemencia conmovió de tal modo á los calvinistas, que abjuraron ante él sus errores. ¿Y hay acaso algun escritor eclesiástico que no haya hablado con horror de un dia tan funesto? El historiador de Enrique IV, Perefixe, la llama « accion execrable que jamás habia tenido, ni « tendria, queriendo Dios, otra semejante. » Bossuet no recuerda nunca este dia espantoso sin sentimientos de execracion.

Yo no ignoro que se ha dicho que un eclesiástico, llamado Caveyrac, hizo la apología del dia de San Bartolomé: esto se ha sentado como un hecho por d'Alembert y por Voltaire, como se ve por su correspondencia; y esto mismo se ha repetido despues, y se sigue repitiendo en nuestros dias. Pero bien conoceis, Señores, que la causa de este escritor nada tiene que ver con la de la Religion; porque al cabo ¿qué daño podria hacer al cristianismo el que un frenético se hubiese hecho apologista de un frenesí? ¿No habrá buena filosofía, porque el filósofo Séneca haya hecho la apología de un monstruo, asesino de su madre? Pero en esta parte, ni aun tienen los sofistas el triste mérito de haber hecho un descubrimiento desagradable; su imputacion es una

calumnia. Desde la primera página dice Caveyrac : « Se pueden dar algunas luces sobre los « motivos y los efectos de este trágico suceso, « sin aprobar por eso tácitamente los unos, ni « contemplar los otros sin sentimiento ; pues aun « cuando se quitasen al dia de San Bartolomé « las tres cuartas partes de los horribles excesos « que en él se han cometido, quedaria aun bas- « tante horroroso para ser detestado por todos « aquellos en quienes no se haya extinguido todo « sentimiento de humanidad. En esta confianza « me atreveré á sostener los puntos siguientes :

1° « Que la Religion no tuvo en aquel suceso « parte alguna;

2° « Que fué un asunto de proscripcion;

3° « Que solo debió ser extensiva á Paris;

4° « Que pereció en dicho dia mucha menos gente de la que se ha escrito. »

Sean ó no fundadas estas aserciones, hay mucha diferencia de esto á la apología de los asesinatos; y confundir lo uno con lo otro, es un rasgo de mala fe que apenas pudiera creerse, si no estuviera la prueba á la vista.

Me resta, Señores, hablaros de la revocacion del edicto de Nantes. Ya creo notar vuestra impaciencia por saber cómo os presentaré un suceso mas inmediato á nosotros, y cuya memoria ha derramado muchas veces tanta acrimonia en nuestras discusiones políticas. Imparcial como he sido hasta aquí, diré las cosas tales como las

veo, y hablaré de ellas sin rodeos ni pasion. Aun cuando debiera condenarse esta medida como fruto de una falsa política ó de un falso zelo, yo no veo porque pueda servir de gran motivo de triunfo á los enemigos del trono y del altar. Luis XIV es por sí bastante grande, para merecer el perdon de una falta; y la Religion es demasiado santa en sus preceptos y pura en los sentimientos que inspira, para que pueda ser manchada por los excesos personales de algunos de sus hijos. Procuremos entresacar la verdad de entre las exageraciones y los sofismas.

Cuidemos primeramente de no atribuir con ligereza á aquel gran rey un despotismo feroz, ni le acriminemos por haber reinado en circunstancias distintas de las del dia y bajo la influencia de las opiniones que dominaban en su tiempo, que tan diferentes eran de las nuestras.

Las largas y sangrientas guerras de religion estaban aun vivamente presentes en todos los ánimos, y el recuerdo de los males pasados excitaba á tomar medidas para evitar que se repitiesen. «No trataré, dice con este motivo el augusto « discípulo de Fenelon, el duque de Borgoña (1), « no trataré de considerar los males que la here- « jía ha hecho en Alemania, en los reinos de « Inglaterra, de Irlanda y Escocia, en las Pro-

(1) *Mémoire sur la révocation de l'édit de Nantes*, por el Duque de Borgoña, véase la *Vie du Duc de Bourgogne*; 1782, tomo II, pág. 98 y sig.

« vincias Unidas y en otras partes : ahora tra-
« tamos del reino solo. Tampoco recordaré in-
« dividualmente esa cadena de desórdenes con-
« signados en tantos monumentos auténticos,
« aquellas reuniones secretas, aquellos juramen-
« tos de asociacion, aquellas ligas con los extran-
« jeros, la resistencia á pagar los impuestos, el
« pillaje de los fondos públicos, las amenazas
« sediciosas, las conjuraciones manifiestas, las
« guerras obstinadas, el saqueo de las ciudades,
« los asesinatos premeditados, los incendios, los
« atentados contra los reyes y los sacrilegios
« multiplicados nunca oidos hasta entónces : bás-
« teme decir que todos estos males, y otros mu-
« chos, han asolado el reino con mas ó menos
« furor, desde Francisco I hasta nuestros dias,
« es decir, durante siete reinados diferentes. Este
« es, digo, el hecho histórico, hecho que podrá
« muy bien recargarse con diversos incidentes,
« pero que en su sustancia no se puede contra-
« decir ni poner en duda ; y este es el punto ca-
« pital que debe considerarse siempre en el exá-
« men político de este negocio. »

Poseido de estas ideas, se ocupaba el gobierno hacia ya tiempo en minar insensiblemente un partido formidable, que habia llevado su osadía hasta querer formar un estado republicano en el centro mismo de la Francia (1). Los decretos

(1) Véase le *Mercure de France*, tom. IX, año de 1621, pág. 511.

y edictos se sucedian rápidamente, dice el ilustre historiador de Bossuet: entónces se pensaba que los edictos anteriores de tolerancia y de pacificacion no eran unos tratados de alianza, sino unos reglamentos hechos por los reyes para la utilidad pública y sujetos á revocacion cuando lo exigiese el bien del estado. Tal era la opinion del doctor Arnauld; y, lo que es mas notable, la del mismo Grocio. « El gobierno francés parecia « seguir el mismo sistema político que hacia « ya mucho tiempo habian adoptado los gobier- « nos protestantes contra sus vasallos católicos; « y aun comparando el código penal de dichos « gobiernos con el de Francia, seria fácil probar « que esta se manifestó mucho mas indulgente « y tolerante (1). »

Hacia ya quince años que el gobierno seguia constantemente esta marcha, y nada anunciaba la abolicion completa del edicto de Nantes, cuando conspiraciones sérias, que estallaron en 1683, le obligaron á deliberar sobre el particular. Los protestantes del Poitou, de la Saintonge, de la Guiena, del Languedoc, de los Cevenes, del Vivarais y del Delfinado (2), formaron un proyecto de union general para reconquistar los privilegios de que habian sido despojados, y reedificar los templos que habian sido demoli-

(1) *Histoire de Bossuet*, tom IV, lib. XI, núm. 13, pág. 57, en 8°.
(2) *Histoire de Louis XIV*, por Reboulet, año de 1683, tom. V, en 12°.

dos. Enarbolado así el estandarte de la rebelion en algunas de estas provincias, se vió obligado el gobierno á levantar tropas para contenerla; y habiendo llegado á ser este negocio el único y continuo objeto de la atencion del Rey y de sus consejos, fué revocado por último el edicto de Nantes (1).

« De tal modo parecia que la opinion general « aprobaba la sabiduría de esta medida, que « Luis XIV recibió felicitaciones de todas las « clases de su reino. Todos los parlamentos « cumplimentaron al momento un edicto que « ellos mismos habian preparado por una mul- « titud de decretos particulares, de los cuales el « edicto de revocacion no era al parecer sino « una sancion general. Las inscripciones que « aun se leian, hace veinte y cinco años, al « pié de la estátua de Luis XIV, en la plaza « Vandoma y en el ayuntamiento de Paris, pa- « recian por su conformidad con las memorias « que nos han quedado de aquel tiempo, no ha- « ber sido mas que la expresion sincera de la « opinion pública (2).» Por esto decia muy fundadamente en 1789 un autor nada sospechoso, que *Luis XIV no habia hecho mas que ceder al voto general de la nacion* (3).

(1) En 22 de octubre de 1685.
(2) *Histoire de Bossuet*, tom. IV, lib. XI, pág. 63, núm. 15.
(3) Saint-Lambert, en sus *Vœux adressés aux États généraux*.

El gobierno creyó con demasiada facilidad poder contener á unos por el miedo y ganar á otros por la persuasion; pero la resistencia armada de los Protestantes le hizo conocer su engaño, y produjo medidas de rigor á que contribuyó en gran parte el carácter violento de Louvois; no se puede menos de llorar los excesos deplorables cometidos por ambos lados.

« En fin la paz de Riswich restituyó la calma « á la Francia y permitió al gobierno pensar « en la suerte de los Protestantes. Habia ya « muerto el marqués de Louvois que era el pro- « motor mas fogoso de las medidas de rigor, y « Luis XIV estaba siempre dispuesto á adoptar « todos los medios suaves y razonables, propios « de su moderacion y de su equidad natural. « Los clamores de tantas víctimas inocentes ó « culpables habian conmovido su alma sensible « y generosa, y su misma religion le hacia mirar « con indignacion el abuso criminal que se ha- « bia hecho de su nombre y de su autoridad, « contra sus intenciones tan conocidas y tantas « veces manifestadas. El Cardenal de Noailles, « opuesto por carácter igualmente que por prin- « cipios á todo lo que podia parecer sujecion y « violencia, y Bossuet, que nunca habia que- « rido emplear mas armas que la ciencia y los « medios de instruccion, hicieron prevalecer « poco á poco los consejos de la dulzura y de la « moderacion; en lo que fueron felizmente auxi-

« llados por las insinuaciones mas persuasivas « aun de madama de Maintenon, á quien una « razon dulce y tranquila y la piedad natural á « su sexo hacian siempre accesible á las máxi- « mas reconocidas por la religion como por la « humanidad (1). »

Al desterrar Luis XIV á los ministros protestantes, habia prohibido salir de Francia á los sectarios de su comunion; pero la emigracion de los pastores ocasionó la de una parte de su rebaño. « Basnage, escritor protestante, hace « subir á trescientos ó á cuatrocientos mil el « número de los Protestantes emigrados, nume- « racion que en semejante materia basta para « inspirar desconfianza á todo crítico juicioso. « La Martiniere, protestante tambien, reduce « este número á trescientos mil. Larrey, igual- « mente protestante, se extiende solo á doscien- « tos mil; y á este número se limita Benoit, his- « toriador de la revocacion del edicto de Nantes, « tambien protestante.

« Cuando escritores de una misma comunion, « y contemporáneos todos de los sucesos estan « discordes desde cuatrocientos mil á doscientos « mil, sin fundar ninguno de ellos sus cálculos « en bases que aseguren su certeza, cualquiera « conoce que estos han sido muy vagos y que

(1) *Histoire de Bossuet*, tom. IV, lib. XI, num. 17, pág. 97.

« es á lo menos permitido tenerlos por du-
« dosos (1). »

Oigamos ahora al duque de Borgoña que habia hecho exactas indagaciones sobre esta materia : « Se ha exagerado (2) infinitamente el « número de hugonotes que con este motivo sa-« lieron del reino; y esto debia ser así. Como los « interesados son los únicos que hablan y cla-« man, afirman todo lo que les acomoda. Un « ministro, por ejemplo, que veia disperso su re-« baño, publicaba que este habia pasado á paises « extranjeros; un propietario de una fábrica que « habia perdido dos obreros, formaba su cálculo « como si todos los fabricantes del reino hubie-« sen experimentado la misma pérdida que él; « la fuga de diez obreros de una ciudad donde « tenian sus conexiones y amigos, daba motivo « á rumores que hacian creer que iban á faltar « brazos para todos los talleres de la ciudad. Lo « mas maravilloso en este punto es que varios « magistrados se dejaron llevar de estos rumores « populares, en las noticias que me dirigian res-« pectivas á sus distritos, manifestando en esto « lo poco instruidos que estaban de lo que mas « debia llamar su atencion : así sus relaciones « fueron desmentidas por otras y demostrada « su falsedad por las comprobaciones hechas en « varios puntos. Pero aun cuando el número de

(1) *Histoire de Bossuet*, tom. IV, lib. XI, núm. 15, pág. 67.
(2) *Vie du Duc de Bourgogne*, tom. II, pág. 108.

« los hugonotes que salieron de Francia en esta « época, subiese, segun el cálculo mas exage- « rado, á sesenta y siete mil setecientas treinta « y dos personas, no podian hallarse en este nú- « mero, que comprendia todas las edades y ám- « bos sexos, tantos hombres útiles que dejasen « en los campos y talleres un vacío capaz de in- « fluir en todo el reino. Este vacío nunca debió « ser mas perceptible que en el momento en que « se verificó; sin embargo entónces nadie le « notó, y solo en el dia es cuando sirve de mo- « tivo para grandes lamentos. Es preciso pues « atribuirle á otra causa : esta existe en efecto, « y si se quiere saber, es la guerra; pues en « cuanto á la emigracion de los hugonotes, « puede asegurarse que costó menos hombres « útiles al Estado, que los que le arrebataba un « solo año de guerra civil. »

Si hubiésemos de creer á ciertos declamadores, deberíamos suponer que las riquezas y la prosperidad huyeron de la Francia con los Protestantes emigrados; pero yo os pregunto : ¿dejaron de aumentarse el comercio y la industria? ¿No se vió durante el siglo XVIII multiplicarse por todas partes las telas exquisitas, los muebles preciosos, las pinturas de grandes profesores y las casas ricamente adornadas?

A la época de la revocacion, acababa de salir nuestro comercio de las manos de Colbert su creador y estaba aun en la infancia. ¿Qué po-

diamos por consiguiente enseñar á nuestros rivales de quienes todo lo habiamos aprendido? La Inglaterra, la Holanda y la Italia nos habian adelantado en esta carrera; las manufacturas de Louviers y de Sedan sacaron sus modelos de entre nuestros vecinos. El nombre solo de un gran número de fábricas francesas nos recuerda á Londres, Florencia, Nápoles y Turin, y descubre su origen extranjero.

La Prusia fué casi el único estado en que los refugiados hicieron establecimientos considerables; ¿pero no eran ya ricas y poderosas, ántes de las emigraciones, Brema, Hamburgo, Lubeck y otras muchas ciudades? En esto se ve con que ligereza han sentado Voltaire y sus copistas, que hasta entónces no habia sido el norte de Alemania mas que un pais agreste.

Pudo sin duda el clero alabar una medida que aplaudia toda la Francia y que se consideraba dictada por una sabia política; pero puede tambien decirse que si tomó alguna parte en los sangrientos y recíprocos excesos que mancharon su ejecucion, fué solo, ó para ser víctima de ellos, ó para suavizarlos.

Ahora nos será ya fácil reducir á su justo valor esa vaga acusacion de fanatismo que se hace á la Religion. Sepamos, Señores, sepamos desconfiar en lo sucesivo de todos esos escritores que han estudiado la historia como sofistas y no como filósofos; que, extraviados por su odio al

cristianismo, se muestran admirados de las virtudes paganas, exageran los vicios de nuestros antepasados y callan sus grandes cualidades; ponderan con una acrimonia pedantesca los rasgos de ignorancia y de barbarie que pueden acaso manchar su historia, y ocultan ó debilitan todo lo noble y magnánimo que tenia su carácter. ¡Ah! si los Godofredos y los Joinville, si alguno de los héroes antiguos, llenos de fe y tan fieles á su Dios como á su patria, resucitasen entre nosotros para ser testigos de nuestra fria indiferencia y de esa corrupcion de espíritu, que hace tener en nada la Religion, con la que está unido todo lo grande y bello que ha habido entre los pueblos modernos, no podrian decirnos con razon : «¿Qué habeis hecho, ó «Franceses, de la religion de vuestros padres, «y en qué vendréis á parar sin ella? ¿Pensais «que podeis insultar impunemente al cielo y «provocar su enojo? Acusais á vuestros ante- «pasados su ignorancia; pero ¿vale mas que «su sencillez vuestro soberbio saber? Todos «vuestros conocimientos no han podido salva- «ros del monstruo del ateismo; nos ponderais «vuestras ciencias y vuestras artes, semejantes «en esto á los niños que fijan su atencion en lo «que hermosea el edificio, sin indagar si sus «cimientos estan firmes ó ruinosos. Nosotros «tendriamos usos ridículos, pero vosotros teneis «sistemas que degradan al hombre hasta nive-

«larle con el bruto; teníamos vicios, pero «no filósofos que nos enseñasen á llamarlos vir- «tudes. Nuestros teatros groseros, donde se re- «presentaban las cosas santas por un efecto de «piedad, excitan vuestro desprecio y vuestra «risa; y vosotros, por impiedad y para mofaros «mas de la Religion, la habeis hecho asunto de «las representaciones de los vuestros; y para «divertir vuestros ocios, fué preciso que la blas- «femia se juntase con la obscenidad. Nos echais «en cara el entusiasmo de las guerras santas; y «sin ellas el pais que habitais hubiera tenido la «misma suerte que tantos hermosos distritos de «la Grecia y del Asia. ¡Ingratos, gozais en paz «de la magnífica herencia conservada por el «esfuerzo de vuestros abuelos, y aun insultais «su memoria! Debo haceros la justicia de decir «que habeis heredado su valor; pero solo la «Religion es la que asegura la prosperidad de «los Estados y la de las familias. ¡Ah! temblad «que vuestra indiferencia hácia ella no os «atraiga el castigo de verlá desaparecer de «entre vosotros; temed que huyendo el cris- «tianismo de vuestro suelo os deje en la noche «de la barbarie, como ha dejado á otros muchos «paises en donde solo es hoy conocido imper- «fectamente, y que llegueis á ser mas bárbaros «que vuestros padres, sin tener nada del he- «roismo de sus sentimientos y de sus vir- «tudes.»

MAXIMAS

DE LA IGLESIA CATOLICA

SOBRE

LA SALVACION DE LOS HOMBRES.

La Iglesia católica profesa en cuanto á la salvacion de los hombres tres máximas principales, que son para sus enemigos asunto de violentas declamaciones y de triunfos imaginarios, y que sirven tambien de turbacion y escándalo para los cristianos débiles ó poco ilustrados en la fe. Lejos de disimular la Iglesia estas máximas, las profesa tan pública y claramente, que son parte de los primeros elementos de su doctrina, y tan fundamentales, que las repiten así los niños como los adultos. Vedlas aquí, Señores, en toda su sencillez: «Sin el bautismo ninguno « entrará en el Reino de los cielos: fuera de la « Iglesia no hay salvacion: sin la fe es imposi- « ble agradar á Dios.» Aquí se confunde la imaginacion, y la razon parece justificar á primera vista sus inquietudes. ¡Cómo! ¡No hay salva-

cion sin el bautismo! ¿Qué haceis pues de esa prodigiosa multitud de niños que mueren sin haberle recibido? ¿Destinais á las llamas eternas á esas criaturas inocentes? ¡Que dogma tan bárbaro! Si fuera de la Iglesia no hay salvacion, ¿qué es entónces de todas esas sociedades cristianas que llamais cismáticas porque estan separadas de la Iglesia católica, ó heréticas porque profesan una doctrina contraria á la de esta? ¿Sabeis acaso vosotros si los errores que les atribuis son á su entender la verdad misma, y si la buena fe les justificará ante la presencia de Dios? ¡Qué intolerancia! ¡No haber salvacion sin la fe! ¿Y cuál será entónces la suerte de esos pueblos que jamás conocieron la revelacion? ¿Es acaso culpa del negro de Guinea, ó del salvaje del Canadá, que la luz del Evangelio no haya brillado para ellos? ¿Se deberá hacer á los hombres un delito de su nacimiento, y enviar al uno al cielo porque haya nacido en Roma, y destinar al otro al infierno porque haya nacido en Constantinopla? « Si hubiese, dice J. J. Rous-« seau (1), una religion en el mundo, fuera de « la cual no hubiese mas que pena eterna, y en « cualquier paraje de la tierra existiese un solo « mortal de buena fe á quien no hubiese llegado « la evidencia de aquella, el Dios de semejante « religion seria el mas inicuo y el mas cruel de

(1) *Emile*, tom III, lib. IV.

los tiranos. » ¿Y no merecerán los sacerdotes que enseñan tan abominables máximas, ser perseguidos como enemigos y verdugos del género humano? Esto es, Señores, lo que se dice y lo que tal vez habréis oido decir vosotros mismos: á lo menos no se dirá que tratamos de debilitar ni de disimular las dificultades sobre una de las materias mas importantes y delicadas. Las hemos expuesto con franqueza; se les podria añadir mas de esa pompa y sensibilidad con que se adorna el charlatanismo, pero no, referirlas con mas fidelidad.

¿Pero qué diréis, Señores, si os hago ver que todo esto no es otra cosa que declamaciones engañosas, fundadas en falsas ideas acerca de la doctrina católica; y que, para desvanecer toda la dificultad, basta solo fijar la verdadera nocion de las cosas y presentar el dogma tal como es y no como se complacen en forjarle sus enemigos? En efecto, Señores, yo me atrevo á creer que esta conferencia os convencerá de que el novelero J. J. Rousseau ha seguido mas su imaginacion que su razon sobre esta materia, así como sobre otras muchas; y que la profesion de fe del vicario saboyano no es mas que un cúmulo de falsas suposiciones y de pomposos sofismas. No trato de proponeros explicaciones arbitrarias de la doctrina de la Iglesia; no, nada diré por mí mismo, sino que todo lo apoyaré en las mas graves autoridades: aprovechándome de las

luces de los que han tratado ántes que yo esta materia, tal vez conseguiré presentaros la verdad con mayor claridad y de un modo mas perceptible en todo. Asi pues, ¿qué deberemos pensar de la suerte de los niños que mueren sin bautismo? ¿Qué deberemos pensar de la suerte de los Cristianos muertos fuera del gremio de la Iglesia católica? y por último ¿que deberemos pensar de la suerte de los infieles que mueren sin haber conocido la revelacion? Estas son las tres cuestiones que trato de aclarar.

Ante todas cosas debo hacer observar, que es preciso no confundir la fe de la Iglesia con la opinion de algunos doctores particulares; y que será muy injusto hacer á aquella responsable de todas las ideas singulares que pueden ocurrir á un teólogo cualquiera. Por consecuencia, cuando se la quiere combatir con sus propias máximas, es preciso hacerlo con las mismas que ella confiesa y se hallan en sus simbolos, en sus profesiones de fe y en su doctrina pública, y no con las que puedan hallarse en los escritos de algunos autores que no está obligada á reconocer por órganos suyos. Bajo de ciertos aspectos sucede con la ciencia de la Religion lo mismo que con la ciencias humanas : en la jurisprudencia, por ejemplo, hay principios generalmente reconocidos; pero ¡ cuántos puntos hay tambien delicados y espinosos sobre los que estan divididas las opiniones, hasta que la suprema autoridad

decida por una declaracion solemne! ¡Cuántas disputas dividen á los sabios en las ciencias naturales hasta que la opinion de todos se fije por fenómenos bien averiguados, por un experimento ó por un hecho palpable! Del mismo modo hay en la religion puntos invariables y determinados por la autoridad de aquellos que son los depositarios de esta, y los hay tambien controvertidos, sobre los que ni la Providencia se ha dignado explicarse, ni la Iglesia decidir; y que, por lo tanto, estan abandonados á las disputas de las escuelas hasta que recaiga sobre ellos un juicio irrefragable : de esto nace la distincion entre el dogma y las opiniones. Aquí corresponde recordar una máxima célebre que debe servir de guia á todo teólogo digno de este nombre, á saber : En las cosas que la Iglesia universal nos propone como de fe, no debe haber divisiones sino unidad de creencia, *in necessariis unitas;* en las que, por no estar aun decididas, son objeto legítimo de controversia, debe haber libertad de opiniones, *in dubiis libertas;* en la defensa de unas ó de otras deben sus respectivos partidarios estar exentos de toda acrimonia y arrebato, de modo que si la doctrina divide los entendimientos, la caridad reuna los corazones; en todos los casos, caridad, *in omnibus caritas.*

Animado, Señores, de este espíritu, voy á sentar y resolver la primera cuestion, á saber : ¿qué se debe pensar de la suerte de los niños que

mueren sin bautismo? Expongamos primeramente lo que manda creer la fe católica, y veamos despues lo que es permitido á la opinion. Lo diremos sin rodeos: estos niños bajan al infierno; estan condenados; no hay para ellos region intermedia entre el cielo y el infierno, y estan privados para siempre de la posesion de Dios, en la que consiste la bienaventuranza de los escogidos en el reino celestial. Tal es el lenguaje y la doctrina de la Iglesia; pero á esto solo se limita, y lo demás pertenece al reino de las opiniones y de las conjeturas. ¿Pero qué, me diréis, son esas todas las dulzuras que parecia nos ibais á anunciar con respecto al dogma católico? Aquí es, Señores, donde es preciso explicarnos y entendernos: ¿Qué es el cielo? Es el lugar de las recompensas y de la bienaventuranza. ¿Qué es el infierno? Es el lugar de las privaciones y de las penas. Pero tanto en este como en aquel hay diferentes mansiones; para los condenados los castigos son diferentes segun sus culpas, asi como para los bienaventurados varian las recompensas segun su grado de mérito y de virtud. Que los niños bautizados que mueren en su inocencia son eternamente felices en el cielo, es un punto de la creencia católica; pero tambien es un artículo de nuestra fe que los niños no bautizados que mueren en este estado estan privados de esta dicha, y que su condenacion es inseparable de esta privacion. Mas

hasta qué punto les hace Dios conocer la grandeza del bien de que estan privados, y hasta qué grado de dolor y de amargura sienten esta privacion, es para nosotros un secreto; y no estamos obligados á creer que el sentimiento de tal privacion los atormente tan dolorosamente, como debe atormentar á aquellos que han perdido este bien inmenso por sus culpas personales. Tampoco ha decidido la Iglesia cosa alguna sobre si, además de esta privacion de felicidad, padecen dichos niños una pena positiva, tal como la del fuego mas ó menos viva, y por consiguiente en esto permite abrazar la opinion que á cada uno parezca mas plausible. Os ruego, Señores, noteis que la felicidad de ver y poseer á Dios en los cielos, y de contemplarle en sus adorables perfecciones y en aquella hermosura siempre antigua y siempre nueva, como dice San Agustin (1), es un favor puramente gratuito, y una liberalidad del todo misericordiosa, que no debe Dios á nadie. Es un destino tan alto, tan sublime y tan divino, que el hombre no tiene por si mismo derecho alguno para pretenderle: por consiguiente la privacion de este favor será para dichos niños la pérdida de una inmensa felicidad; pero no habrá en ella ni aun sombra de injusticia por parte del supremo juez que á nadie se la debia.

(1) *Confessiones*, lib. X, cap. XXVII.

Aclaremos mas esta materia. Basta estar iniciado en los primeros estudios teológicos, para saber que San Fulgencio en el siglo V, San Gregorio Magno en el VI, y despues de ellos muchos teólogos, han opinado que los niños que mueren sin el bautismo, sufrirán además de la privacion de la felicidad celestial, á causa de la culpa original, una pena sensible, la del fuego, aunque mas ó menos viva; pero tambien sabemos que la opinion contraria fué adoptada por San Gregorio Nacianceno, por Santo Tomás, San Bernardo y otros muchos doctores de las escuelas católicas, sin que esto haya excitado reclamacion alguna contra ellos por parte de los depositarios de la fe, quiero decir, del cuerpo de los primeros pastores, los obispos y el soberano Pontífice que es su cabeza. Esto descubre á todo hombre instruido é imparcial una division de opiniones, en cuya virtud es permitido á cada uno abundar en su sentido. San Agustin, esa grande antorcha de la Iglesia cristiana, que al principio parecia inclinarse á la opinion mas severa, confiesa en una carta á San Gerónimo (1), que al querer examinar la cuestion de las penas que padecen estos niños, se halla dudoso, perplejo y embarazado. Aun mas, en su última obra contra los Pelagianos, en la que impugna á uno de aquellos sectarios llamado Juliano, lee-

(1) *Epist.* CLXVI, núm. 16.

mos estas palabras (1) : « No diré que los niños « muertos sin el bautismo deban padecer una « pena tan grande, que les valiese mas no haber « nacido.... Aunque yo no pueda decidir cuál « será esta, ni el grado de la condenacion que « padecen: sin embargo no me atrevo á decir « que seria mejor para ellos no existir, que exis- « tir en semejante estado. » Así pues San Agustin permite pensar que la condenacion de estos niños es tal, que aun en este estado prefieren existir á no existir.

Yo me guardaré muy bien de llamarlos simplemente felices; tampoco diré que gocen de una felicidad natural, pura y sin mezcla; no, no iré tan adelante : pero puedo figurármelos como unos príncipes destronados y privados de un reino á que podian aspirar; como unos desterrados que echan de menos una patria que jamás han de ver, y puedo por fin creer que su suerte es preferible á la nada. No es ciertamente este mundo la mansion del reposo y de la felicidad perfecta, y sin embargo hay muy pocos hombres que prefieran la muerte á la vida; tal es pues la suerte de estos niños, que, por imperfecta que sea, la prefieren á su aniquilamiento y desean conservarla.

¿Y cuál fué sobre este punto la opinion del Obispo de Meaux, que aun durante su vida fué

(1) *Contra Julian.*, lib. V, cap. XI, núm. 14.

respetado como el oráculo de la Iglesia galicana, y que fué el teólogo mas profundo, así como el mayor orador de su nacion y aun de su siglo? Tenemos un escrito suyo sobre la suerte de estos niños, cuyo motivo fué el siguiente. Un prelado romano, el cardenal Sfondrati, manisfestó sobre esta materia una opinion que parecia separarse de la sencillez y pureza del dogma católico; Bossuet, de acuerdo con muchos obispos franceses, la denunció á la Santa Sede en una carta que conservamos dirigida al Papa Inocencio XII (1). En ella clama con energia contra los que quieren libertar de la condenacion á los niños muertos sin el bautismo; pero al mismo tiempo reconoce que la mayor parte de los doctores *los conceptúan exentos de la pena de sentido, es decir del tormento del fuego eterno;* y estaba tan distante de condenar esta opinion como un error, que añade: « ¿Qué nos importa á nosotros « que no disputamos sobre este punto?..... Por « nuestra parte le abandonamos á las disputas « de los teólogos (2). »

Podria valerme tambien de una autoridad aun mas respetable por la eminente dignidad del personaje, la de Benedicto XIV, que vivió en el último siglo, uno de los Papas mas sabios que han ocupado la cátedra de San Pedro, y cuyos

(1) Carta CCI, *OEuvres de Bossuet*, tomo XXXVIII, en 8°.
(2) *Ibid.*, pág 36.

escritos, llenos de una erudicion inmensa, son muy notables por la exactitud con que distingue los dogmas que es necesario creer, de las opiniones que son asunto de controversia. En una de sus obras, teniendo que hablar de la condenacion de estos niños, dice (1): «Además de la «privacion de la bienaventuranza, ¿estan ó no «exentos de la pena que llaman de *sentido?* Es «punto controvertido aun entre los teólogos.» Por consiguiente nada ha decidido sobre esto la Iglesia.

No hay uno entre vosotros que no conozca por su reputacion aquella célebre escuela de teología de Paris, á la que la Iglesia galicana ha debido la mayor parte de su gloria, como que en su gremio se formaron tantos pontífices y doctores consumados en ciencia y en virtud. Depositaria y conservadora fiel de las buenas doctrinas, su autoridad debe ser de muy gran peso; y sobre esto ha consignado su dictamen en un acto muy solemne, en la *censura* que hizo del *Emilio* de Rousseau en 1762; censura que es una obra maestra, no precisamente por su estilo, sino por su doctrina. En ella declara terminantemente (2): Que la única cosa enseñada como artículo de fe en esta materia, es que dichos niños estan privados de la posesion de Dios, gracia del todo gratuita,

(1) *De Festis dom.*, lib. I, cap. VIII, de *Sabat. sanct.*, núm. 12.
(2) Censura de la proposicion XXVI.

que no les era debida; en seguida expone la doctrina de San Agustin tal como la hemos dado á conocer; y como todo esto es notorio, me abstengo de toda cita.

Pero donde mas especialmente se halla consignada la fe católica, es en los decretos de esos concilios llamados generales porque representan la Iglesia entera, ó en esos libros elementales llamados catecismos que la Iglesia pone en manos de los fieles, y que son la manifestacion mas sencilla de la creencia universal. En dos pues de estos concilios generales, celebrados uno en Lyon, y otro en Florencia, se decidió, que los niños que mueren manchados con la culpa original bajan al infierno, asi como aquellos que son reos de pecados actuales, pero no para padecer penas iguales á estos; y nuestros catecismos, aunque enseñan que estan separados eternamente de Dios, no dicen que esten entregados á las llamas eternas, como lo quieren suponer los incrédulos : créalo quien quiera, por mi parte no lo creo.

Voy á hacer con este motivo una reflexion que puede ser útil. Cuando la Iglesia ha pronunciado, no le toca al verdadero fiel mas que someterse; no hay ingenio ni ciencia humana que no deba humillarse ante la doctrina de esta Iglesia docente, á la que Jesucristo ha confiado el sagrado depósito; querer prevalerse contra sus decisiones de algunos pasajes de los libros

sagrados ó de los Santos Doctores, seria enredarnos en discusiones difíciles y en un exámen imposible á casi la totalidad del género humano, y en el cual hemos visto naufragar tan frecuentemente aun á los mas hábiles. Las promesas de Jesucristo se extienden á todos tiempos, y la Iglesia asistida del espíritu de verdad debe atravesar todas las edades con la inviolable pureza de su doctrina, tan verdadera hoy como lo era hace diez y ocho siglos. Así pues, la única cosa que interesa esencialmente al fiel, es saber lo que enseña la Iglesia : no necesita pasar mas adelante, ni buscar mas autoridad; esta debe ser su única regla; y si el entendimiento quiere traspasar esta sagrada barrera, preparaos á verle abrazar todos los errores sin quedar satisfecho con ninguno, é impelido por una vana curiosidad caer por fin en los mas enormes extravíos. Así pues, desde el momento en que la Iglesia pronuncie, seamos dóciles á su autoridad como deben serlo los hijos á la de una madre respetada y tiernamente querida; pero no por esto la miremos como á un tirano que quisiera sujetarnos á sus caprichos; sepamos al contrario usar de la sabia libertad que ella misma autoriza. Y ciertamente que si es un crímen á sus ojos convertir sus dogmas en opiniones humanas, tambien seria un exceso muy reprensible convertir en dogmas católicos las opiniones particulares; seria creerse mas advertido y mas

ortodoxo que la que para nosotros es la columna de la verdad; seria querer imponer á los entendimientos un yugo intolerable, hacer pasar sus opiniones particulares por opiniones de la Iglesia misma, lo que ha sido el carácter de los novadores de todos tiempos: porque si los cismas, si las herejías han desolado la Iglesia, ha sido precisamente por haber preferido algunos sus opiniones particulares á la doctrina universal. Así pues, si la Iglesia católica decidiese sobre el punto controvertido con respecto á la suerte de los niños muertos sin bautismo, nosotros no disputaríamos con ella; nos someteríamos de alma y de corazon á su decision suprema: pero libres hasta entónces en nuestras opiniones, nos complaceremos en abrazar la que, segun nuestras débiles luces, nos parezca mas conforme á la bondad divina.

Pasemos á la segunda cuestion: ¿qué debemos pensar de la suerte de los cristianos que mueren fuera del gremio de la Iglesia católica?

En el antiguo símbolo que canta el pueblo cristiano en la celebracion de los santos misterios, hacemos profesion de creer que la Iglesia fundada por Jesucristo, es una: *credo.... Ecclesiam unam.* Una en efecto en su fe, no reconoce por hijos suyos sino á aquellos que profesan su doctrina; y una en su gobierno, forma un solo rebaño bajo la guia de unos mismos pastores. Es cierto que la Iglesia no exige de los

fieles un conocimiento circunstanciado y profundo de todos los puntos de su doctrina, ni del hombre vulgar una fe tan explícita ni tan ilustrada como de aquellos á quienes se ha confiado su enseñanza; pero el verdadero fiel tiene un conocimiento expreso de los puntos principales, sin el cual no podria pensar ni vivir como discípulo de Jesucristo, y abraza todos los demás sin excepcion por su sincera disposicion á creer todo lo que enseña la Iglesia. Es cierto que esta tiene artículos fundamentales, como por ejemplo el misterio de un Dios hecho hombre, sobre los cuales estriba como sobre su base todo el edificio de la Religion; y que además reconoce otros menos importantes, como por ejemplo el culto de los Santos; pero la creencia de los unos no autoriza la indiferencia hácia los otros, y el mirar cualquiera de ellos sin interés bajo pretexto de que pueden omitirse impunemente, es ultrajar la revelacion cuyas partes todas son dignas de nuestro respeto y de nuestros homenajes. Notad el modo con que estan ordenadas las sociedades humanas: en ellas hallaréis leyes fundamentales que forman su constitucion, y leyes particulares que componen su código civil. El que quisiera trastornar la ley fundamental del estado seria sin duda mucho mas delincuente que el que violase una simple ley reglamentaria; mas sin embargo, no es permitido quebrantar ninguna de ellas, y toda trasgresion es justamente repri-

mida; sin esta vigilancia se extenderia insensiblemente el espíritu de desobediencia y de sedicion, y desmoronado por todas partes el edificio social, vendria por fin á arruinarse. Lo mismo sucede en la sociedad cristiana: tiene dogmas principales como los contenidos en el símbolo de los Apóstoles, y tiene tambien otros menos esenciales; pero tanto para los segundos cuanto para los primeros exige una sumision plena y cabal del entendimiento y del corazon, y el desprecio de uno solo es á sus ojos una herejía. En efecto, la rebelion sobre un solo punto conduce á la rebelion sobre otros muchos, y si no se contuviese, seria destrozado el cristianismo, y la Iglesia, lejos de ser hermosa por su unidad, no seria mas que aquel reino dividido contra si mismo, de que habla el Evangelio, y no formaria sino un conjunto monstruoso de partes extravagantes y deformes. Unidad en la fe y unidad en su gobierno es el carácter de la Iglesia católica, y por lo tanto considera como fuera del camino comun de la verdad y de la salvacion á todos los que estan separados de su comunion, y á todos los que no profesan su doctrina. Esta es una máxima general; pero al mismo tiempo ved aquí otras máximas universalmente reconocidas, segun las cuales es preciso saber modificar el sentido y la extension de la precedente.

La primera es, que hay errores inocentes ante

la presencia de Dios, porque son enteramente involuntarios. Lo falso se presenta algunas veces disfrazado con colores tan seductores, y está separado de lo verdadero por grados tan imperceptibles, que suele ser dificilísimo distinguir lo uno de lo otro; y por otra parte la verdad consiste frecuentemente en puntos tan delicados y difíciles de conocer, que puede ocultarse á toda averiguacion. Seria una opinion muy laxa y perniciosa excusar todos los errores; pero tambien seria un rigorismo absurdo condenarlos todos como criminales, pues los hay que algunas veces son consecuencia inevitable de la limitacion y flaqueza del entendimiento humano. ¿Que magistrado se atreveria á encargarse de la administracion de justicia; que médico querria dedicarse á curar las enfermedades de la especie humana; que ministro de la Religion tomaria á su cargo dirigir las conciencias, si todos fuesen responsables en el tribunal de Dios de los errores involuntarios de su entendimiento? Muchas veces no bastan el estudio, la sagacidad ni la virtud, para poner al hombre á cubierto de todo error. Yo bien sé que para conocer la verdad aprovecha mas la rectitud del corazon que la sutileza del entendimiento, y que muchos errores proceden de las pasiones; ¿pero quién se atreveria á decir que ha habido mala fe en todas las disputas que se han suscitado aun entre los mas ilustres y santos personajes, empezando por

San Jerónimo y San Agustin, y concluyendo por el Padre Mabillon y el célebre reformador de la Trapa? Sí, Señores, hay errores que proceden mas bien de flaqueza de entendimiento que de malicia, los cuales, siempre que sean del todo involuntarios, no serán imputados al hombre por el soberano Juez que ve el fondo de los corazones.

La segunda máxima es, que puede haber errores concernientes á la religion, como los hay en cualquiera otra materia; quiero decir, que puede haberlos involuntarios, y que no sean imputables. El cisma y la herejía son ciertamente condenables; pero no hay delito sin voluntad, y no somos culpables ante Dios, cuando el corazon es inocente. Sin embargo, no pudiendo nosotros juzgar sino por las apariencias, llamamos católicos á todos los que han nacido y viven en el gremio de la Iglesia católica, y acusamos de cisma y herejía á cuantos han nacido y viven fuera de su comunion exterior. Pero procuremos distinguir las cosas y verlas como realmente son.

Supongamos que un hombre que ha nacido y vive en el gremio de la Iglesia romana, inspira por medio de sus discursos ó escritos el desprecio á la autoridad eclesiástica, denigra á los pastores legítimos y atiza la rebelion contra ellos: de este diremos sin titubear, que está dominado de un espíritu cismático y que es culpable ante

Dios. Pero supongamos, por el contrario, que los que componen una sociedad cristiana separada de la nuestra, no estan adheridos á ella por eleccion, voluntariamente y con conocimiento de causa; entónces diremos que esta buena fe los salva ante Dios del crimen de cisma.

Un hombre exteriormente católico, que no somete su entendimiento y su corazon á las decisiones de la Iglesia, sino que desecha algun punto de su doctrina, en esto solo se hace ya culpable de herejía ante aquel que *sondea las entrañas y los corazones,* segun la expresion de la Escritura (1); cuando al contrario, aun perteneciendo á una sociedad herética, podrá no ser culpable de herejía aquel que, aunque profese el error, le profesa tan solo por ignorancia invencible de la verdad. Por esto es un principio muy conocido é incontestable, que la herejía consiste mucho menos en el error, que en la contumacia en sostenerlo despues del juicio de la Iglesia. Antiguamente sostuvo San Cipriano una opinion que fué condenada despues de su muerte: él pudo muy bien ser en esto inocente; pero despues de la decision de la Iglesia, los partidarios de aquella opinion fueron ya culpables y tratados justamente como herejes; lo que hizo decir á un antiguo y célebre escritor de la Iglesia de las Galias, que los maestros eran absueltos y con-

(1) *Psal.* VII, 10.

denados los discípulos (1) : *absolvuntur magistri, condemnantur discipuli.* Por lo tanto un cristiano que no estuviese separado de la comunion ó de la Iglesia católica mas que por una ignorancia del todo involuntaria, no seria culpable por el solo hecho de su separacion ó de su error. Es preciso decirlo y proclamarlo abiertamente : el hombre no será responsable ante el tribunal de Dios, en cuanto á sus opiniones, mas que de su mala fe ; y en cuanto á su conducta, mas que de las trasgresiones voluntarias de sus deberes.

Y no penseis que la doctrina que acabo de exponer sobre el carácter del cisma y de la herejía sea invencion mia; no, Señores : además de ser tan conforme á la sana razon, puedo apoyarla en las autoridades mas graves y mas decisivas. ¿Quién ha sido jamás mayor defensor de la unidad y azote mas terrible de la herejía que San Agustin? Pues bien, ved lo que dice en su carta XLIII dirigida á Glorio : « No se debe con« siderar como herejes á los que profesan erro« res perniciosos, con tal que no los defiendan « obstinadamente; y debe hacerse en particular « esta justicia á aquellos cuyos errores no son « fruto de su presuncion ni de su temeridad, y « que no hallándose envueltos en ellos sino por « la desgracia que tuvieron sus padres de dejarse « seducir, procuran buscar la verdad y estan

(1) Vincent. Lerin. *Commonitor.*, cap. vi.

« siempre dispuestos á separarse de sus extravíos « luego que la descubran. »

Al principio del siglo V vivia en Marsella un sacerdote llamado Salviano, célebre por su saber y su elocuencia, del cual tenemos muchos escritos, y entre ellos uno dividido en ocho libros sobre la Providencia : en el quinto habla de la fe de los Godos y de los Vándalos, pueblos criados y educados en el arrianismo que entónces era una herejía muy extendida; pero, lejos de considerarlos á todos indistintamente como culpables del crímen de herejía, hace observar que aquellos bárbaros no sabian mas de lo que habian aprendido de sus doctores; que las tradiciones adoptadas entre estos eran para ellos toda la ley, y añade : « Son pues herejes, pero sin « saberlo : *hæretici ergo sunt, sed non scientes.* Es « cierto que la verdad solo se halla entre nos- « otros; pero ellos presumen poseerla : *veritas « apud nos est, sed illi apud se esse præsumunt.* Es « cierto que se engañan, pero se engañan de « buena fe : *errant ergo, sed bono animo errant.* « ¿ Y de que modo serán castigados por este er- « ror en el dia del juicio? Nadie puede saberlo « sino el soberano Juez : *qualiter pro hoc ipso « falsæ opinionis errore in die judicii puniendi sint, « nullus potest scire nisi Judex* (1). »

Pero oid aun otra observacion muy impor-

(1) Salviano, *De Gubern. Dei*, lib. V.

tante y que se omite frecuentemente. En todas las comuniones cristianas distintas de la católica produce su efecto el bautismo administrado á los niños segun el rito necesario; y estos, aunque bautizados fuera de la Iglesia, son sin embargo miembros de ella por el sacramento del bautismo, que es un bien propio de la misma; y si mueren ántes de la edad de la razon, van seguramente al reino de los cielos: esto no es una opinion, sino un artículo de la fe católica.

¿Pero qué deberemos pensar de estos niños en la edad ya de la razon? Os lo diré: si profesando entónces los puntos principales que su secta ha conservado y tiene de comun con nosotros, proceden de buena fe en todo lo demás, tampoco han dejado de pertenecer á la Iglesia. Considerad á todos estos niños desde la edad, por ejemplo, de seis hasta doce años, y decidme: instruidos y dominados hasta entónces por sus padres, por sus maestros, por sus pastores y por los ejemplos de cuanto los rodea, ¿pueden en este caso tener la menor idea de haber sido educados en una falsa religion, ni creerse engañados por las personas que les enseña la naturaleza á amar y á respetar mas? ¿Quién será el temerario que sostenga que en una edad tan tierna profesan de mala fe los errores de sus padres? Dejemos este discernimiento al único que ve las conciencias. Supongamos ahora hombres de mas edad y principalmente de las clases menos ilustradas. Hasta

donde se extienda en estos el imperio de la educacion y de las primeras impresiones recibidas, digámoslo así, con la vida; y hasta que punto puedan contribuir las causas particulares á aquella buena fe que excusa ante Dios, no es dado al hombre el saberlo; y ved aquí porque, condenando las sectas en general, es preciso dejar á Dios el juicio de los particulares.

Uno de los mas hábiles controversistas que han combatido á los reformados, que ha desplegado contra ellos una lógica mas exacta y luminosa, ha escrito un tratado sobre *la unidad de la Iglesia,* en el que dice las siguientes palabras (1): « Es « cierto que, segun todos los teólogos católicos, « hay un gran número de miembros vivos y ver- « daderos hijos de la Iglesia en las comuniones « separadas de ella, puesto que en estas hay « tantos niños que forman siempre una parte « considerable de ellas; y tambien los puede ha- « ber entre los adultos, aunque, como no los co- « noce, no tiene cuidado de ellos.» Tambien dice en otro lugar (2): « De ningun modo se pretende « que todos los que estan fuera de la comunion « exterior de la Iglesia romana queden excluidos « de la salvacion; al contrario, se cree que en « todas las comuniones hay miembros que le « pertenecen efectivamente, pues todos los niños

(1) Lib. I, cap. 3.
(2) Lib. II, cap. 3.

« bautizados, que forman siempre una parte tan « considerable de toda sociedad, son hijos de la « verdadera Iglesia, porque ella es la que los « ha regenerado aunque por el ministerio de « pastores herejes ó cismáticos. Todos aquellos « que no han participado con conocimiento y « por su voluntad del cisma y de la herejía, « hacen parte de la verdadera Iglesia..... La « Iglesia romana no los excusa, sino el tiempo « que su buena fe ó su ignorancia los excuse ante « Dios, pero sin atreverse á determinar hasta « que punto puede esto extenderse; y como ni « aun ellos mismos pueden saberlo, en la prác- « tica no los distingue de los culpables. »

En esta materia tampoco es, Señores, una débil autoridad la de la Sorbona, la cual en la *Censura del Emilio*, despues de haber hablado de los niños bautizados en las comuniones separadas de la Iglesia católica, y de aquellos hombres simples cuyo número Dios solo conoce, y que por incapacidad estan imposibilitados de conocer la verdadera Iglesia, añade (1): « Nin- « guno de estos niños y de estos simples parti- « cipa de la herejía ni del cisma; excúsales su « ignorancia invencible del estado de cosas, y no « se les debe considerar como no pertenecientes « á la Iglesia, fuera de la cual no hay salva- « cion. »

(1) Censura de la Proposicion XXXII.

Si ahora quisiese alguno preguntarme si en las sociedades separadas de la verdadera Iglesia existen muchas personas adheridas á ellas de buena fe, responderé que este es un secreto conocido solo de Dios; que el corazon del hombre es profundo como los abismos; que las pasiones, el orgullo, el interés y los deléites, son un manantial de errores; y que no debe confundirse aquella falsa confianza con que solemos engañarnos á nosotros mismos, con la rectitud y sinceridad que justifica ante Dios. La ilusion no es la buena fe, sino que muy frecuentemente procede de una ignorancia de que el hombre no se reprende á si mismo, pero que no por eso es menos criminal. ¿ Puede acaso el hombre darse á si mismo testimonio de amar la verdad, de haber buscado todos los medios de conocerla y de no haber puesto obstáculos voluntarios á la comunicacion de la luz? He aqui lo que desde luego importa saber. Asi, no se debe tener confianza en la suerte de los que estan en el error, ni tampoco dejar de trabajar con zelo para atraerlos á la unidad. Lejos de nosotros semejante indiferencia que hace iguales la mentira y la verdad, y que concluye por hacer iguales el vicio y la virtud.

En resúmen, fuera de la Iglesia no hay salvacion: esto es cierto; pero los niños bautizados, cualquiera que sea su comunion, pertenecen á la Iglesia, asi como tambien los adultos que se

engañan de buena fe. Y no siendo estos responsables sino de su mala fe y de sus malas acciones, ¿dónde está en esto la injusticia, donde la barbarie?

Pasemos á la tercera cuestion: ¿que debemos pensar de la suerte de aquellos que mueren sin haber conocido la revelacion y que llamamos infieles?

No permita Dios, Señores, que para hacer mas creible la doctrina cristiana tratemos de debilitarla; lejos de nosotros las indignas consideraciones que jamás ha conocido la Religion: esta no sabe ni desnaturalizar los misterios para lisonjear la soberbia del entendimiento, ni suavizar su moral para agradar á las almas débiles y corrompidas. La Iglesia no es señora absoluta, sino depositaria de la revelacion; si su disciplina varia, su doctrina es invariable y le es imposible transigir con el error; su política es la verdad, y si la Religion es siempre combatida, es porque nada es tan odioso á las pasiones como la verdad; pero como nada tampoco es tan fuerte como esta, de un modo ó de otro siempre la Religion sabe triunfar de sus enemigos. Por esto importa mucho fijar bien su doctrina, distinguir con exactitud lo que enseña de lo que no enseña; y presentar sus máximas bajo su verdadero punto de vista sin mezclar con ellas exageraciones repugnantes.

Primeramente debo haceros observar que, se-

gun nuestros libros santos, Dios pedirá mucho al que haya recibido mucho, y menos al que haya recibido menos; que el criado que conociendo la voluntad de su Señor no la ejecuta, será castigado con dureza, pero no asi los demás; que Dios, que es la equidad misma, no querrá recoger donde no haya sembrado; y que aquellos á quienes el cielo haya concedido con mas abundancia sus dones y sus luces, tendrán que dar una cuenta mas rigurosa y mas larga. Nosotros, Señores, instruidos por el Evangelio y por la doctrina de la Iglesia, con una razon mas ejercitada y un entendimiento mas cultivado, tenemos acerca de nuestros deberes conocimientos mas exactos que hacen mas criminales nuestras trasgresiones, pues el grado de malicia debe en gran parte medirse por el de la inteligencia. Pero trasladémonos con el pensamiento entre aquellas hordas de salvajes que inspiran cierto sentimiento particular de interés y de compasion, entre esas turbas errantes por los bosques que parecen tener mas de brutos que de hombres y estan abandonadas á una estúpida ignorancia por efecto de su mismo nacimiento y de su educacion. Sin duda hallaréis entre ellas algunos rayos de aquella divina luz que ilumina á todas las almas. ¡Pero cuán ofuscada! ¡cuán confusas y vagas son sus ideas sobre el bien y el mal! ¡que poco capaces son de esas doctrinas espirituales que tanto distan de los ob-

jetos sensibles! ¡que imprevision la suya! ¡que insensibilidad! Cuando se descubrió el nuevo mundo, algunos de los primeros misioneros se quedaron tan asombrados de la estupidez de los Indios, que los creyeron incapaces de comprender los primeros rudimentos de la Religion. Yo no disputo que estos hombres embrutecidos sean capaces de bien y de mal; pero ¡cuántas cosas criminales en nosotros pueden no serlo en ellos! ¡Cuántas faltas graves en nosotros podrán no ser en ellos mas que faltas leves! Sobre muchos puntos en que no se dudaria si se tratase de un cristiano, ¿que se necesita para colocar la falta de un salvaje en el número de las que la teologia califica de mortales? Cuestion muchas veces muy embarazosa. Aun entre nosotros mismos, en aquello en que la trasgresion material de la fe es la misma, puede sin embargo ser muy diferente la culpabilidad : un ignorante, por ejemplo, puede ser mas excusable que un hombre instruido, y un simple fiel mas que el ministro del altar; por tanto, es un rigorismo insensato querer aplicar indistintamente á las acciones de los infieles las mismas reglas por las que juzgamos la moralidad de las nuestras.

En segundo lugar observo, como una consecuencia de la reflexion antecedente, que los que hayan estado privados de las luces del Cristianismo, serán tratados en el juicio de Dios con mucha menos severidad que los que le hayan

conocido; y que si el Evangelio no les ha sido anunciado, no serán juzgados por el Evangelio. Todos teneis noticia del célebre Bourdaloue, que á un entendimiento muy fecundo y á una sencillez original reunia una cosa aun mas preciosa en un ministro de la palabra santa, un conocimiento muy profundo de todas las partes de la Religion. Ha habido hombres de ingenio mas sublime, de imaginacion mas brillante y de erudicion mas vasta; pero muy pocos escritores han hablado jamás sobre el dogma y sobre la moral con tanta exactitud, tanta precision y tanto acierto: nada ha concedido á la exageracion oratoria, y todo en él es sustancia y verdad. Oigamos pues lo que dice en uno de sus sermones *sobre el Juicio final* (1). «Es necesario, «Cristianos, y este pensamiento no es mio sino «de San Jerónimo, es necesario penetrarnos de «una verdad sobre la cual acaso no hemos re«flexionado nunca debidamente; y es que, en «el juicio de Dios, habrá una diferencia infinita «entre un pagano que no haya conocido la ley «cristiana, y un cristiano que, habiéndola co«nocido, haya renunciado á ella interiormente; «y que Dios, segun el órden mismo de su justi«cia, tratará al uno muy distintamente que al «otro. Bien sabeis que un pagano á quien no «haya sido anunciada la ley de Jesucristo, no

(1) Para el primer domingo de Adviento: primer punto.

« será juzgado por ella; y que Dios, aunque Se-
« ñor absoluto, guardará con él la equidad na-
« tural y no le condenará por una ley que no
« le haya hecho conocer: esto es lo que San Pa-
« blo enseña por estas terminantes palabras:
« *Quicumque sine lege peccaverunt, sine lege peri-*
« *bunt.* (1).» Ya veis aquí á Bourdaloue, apoyándose en San Jerónimo y en San Pablo, para advertirnos que aquel á quien Dios no haya hecho llegar su Evangelio, no será juzgado por el Evangelio.

¿Porqué pues J. J. Rousseau y otros declamadores despues de él quieren suponer que, segun la doctrina cristiana, habrá hombres condenados á las penas eternas, precisamente por no haber conocido una ley que no les fué posible conocer? Esta es una suposicion quimérica. Por una parte, nadie se salvará precisamente por haber nacido en Roma, ó porque conozca y profese la verdadera fe: el nacimiento puede ser una ventaja, pero no es un mérito; y si la fe es un don precioso, la fe sin obras es un don estéril. El Dios de verdad es tambien un Dios de santidad, y no exige menos la observancia de su ley que la sumision á su palabra. Por otra parte, ninguno será condenado en el tribunal de Dios precisamente por haber nacido en los bosques del nuevo mundo, ni precisamente por haber ignorado las virtudes cristianas: el nacimiento puede

(1) *Roman.*, II, 12.

ser una desgracia, pero no es un crímen; y la ignorancia del todo involuntaria de la revelacion no es una falta digna de castigo. Si el cielo hace brillar la luz á los ojos del infiel, este no podrá desecharla sin ser culpable; pero si no ha tenido ni ha podido tener medios para ilustrarse, su ignorancia es invencible y es excusable de no conocerla. La revelacion cristiana es una ley positiva, y es de la naturaleza de toda ley no ser obligatoria sino despues de publicada y conocida; por tanto, si el infiel es condenado en el tribunal de Dios, no será sino por haber violado lo que podia y debia conocer de la ley interior que se manifiesta por la conciencia. Y si Dios no juzga al infiel por la ley cristiana, si no le castiga por no haber tenido fe sino tan solamente por faltas que ha podido evitar; y si por último mide la pena por el grado de conocimiento ó de malicia, ¿habrá en esto injusticia? Yo no colocaré á este infiel en el reino de la bienaventuranza celestial; pero, segun su conducta, se acercará mas ó menos en su destino á los niños muertos sin bautismo, de que hemos hablado (1). Bien podriamos limitarnos á esto solo con un incrédulo, y realmente

(1) Este pensamiento de asemejar la suerte de los infieles adultos á la de los niños que mueren sin bautismo, no puede mirarse mas que como una opinion particular del autor, efecto de su bondad excesiva, pero que no creo esté autorizada con ninguno de los santos padres ni teólogos católicos. Por lo demás, para salvar la justicia de Dios en la condenacion de los infieles, basta lo que ya ha dicho el autor y lo que añade en el párrafo siguiente como doctrina de S^to^ Tomás.

nada mas se necesita para hacer desaparecer toda dificultad.

Mas la teología cristiana nos suministra todavía nuevas luces. Por una parte nos dice que el hombre con solo las fuerzas de su naturaleza no puede merecer la fe; que aun la primera gracia es enteramente gratuita; y que el que sostuviere que Dios la debe como recompensa de algun mérito anterior adquirido por sola la razon, caeria en el error de los Pelagianos muchas veces condenado. Pero al mismo tiempo decimos que no hay un solo infiel que esté excluido del beneficio de la redencion ni de las gracias sobrenaturales, fruto del sacrificio ofrecido en la cruz por la salvacion del mundo; que si el infiel fuese dócil á las primeras impresiones de esta gracia enteramente gratuita, recibiria otras nuevas y de luz en luz podria llegar al conocimiento de la verdad; que Dios puede conducirle á ella, bien sea por el camino ordinario de la predicacion, bien por una revelacion especial como la que fué hecha á los Profetas y á los Apóstoles, bien por impresiones interiores que conmoviesen su alma ántes de la muerte, ó bien por otros medios tomados de los tesoros infinitos de su sabiduría. ¿Conocemos acaso nosotros todas las operaciones secretas de Dios sobre las almas, y todos los modos con que puede ilustrarlas? Me inclino á creer que en el gran dia de la manifestacion general veremos brillar sobre esto prodigios de

misericordia que ahora se nos ocultan, y que arrebatarán la admiracion de los ángeles y de los hombres.

La doctrina que acabamos de exponer era efectivamente la de Bossuet cuando decia (1): « Privando á los infieles que jamás han oido « hablar del Evangelio de la gracia inmedia- « tamente necesaria para creer, nada impide « que se les conceda aquella que ponga en sus « almas disposiciones mas ligeras, de las que « si usasen como deben, hallaria Dios en los « tesoros de su ciencia y de su bondad medios « capaces de conducirlos sucesivamente al cono- « cimiento de la verdad. »

Esta misma doctrina se encuentra textualmente consignada en la *Censura del Emilio* (2) y en San Francisco de Sales. Este varon, cuya piedad era tan ilustrada como tierna y persuasiva, refiere y aprueba una respuesta dada á los Japoneses por San Francisco Javier (3), la cual está fundada en las aclaraciones que acabamos de exponer. Tambien es esta la doctrina de Santo Tomás á quien por la penetracion y extension de su ingenio se coloca justamente entre los mayores doctores de la Iglesia. Muchas veces se ha citado aquel memorable dicho suyo, á

(1) *Justification des* Réflexions sur le Nouveau Testament, § 17, *OEuvres de Bossuet*, t. IV, pág. 256.

(2) Censura de las Proposiciones XXXIII y XXXIV al fin.

(3) *Traité de l'amour de Dieu*, lib. IV al fin del cap. V.

saber, que Dios en su bondad enviaria un ángel al que auxiliado de su gracia la buscase con toda la sencillez de su corazon, ántes que abandonarle en sus tinieblas (1); pero aun aquí encontramos á J. J. Rousseau burlándose de este medio de salvacion : « ¡Hermosa invencion, « dice, la del tal ángel! No contentos con suje- « tarnos á sus máquinas, ponen á Dios tambien « en la necesidad de emplearlas. » Esto es, Señores, una chocarrería en la que hay tanta ignorancia como malicia. Los téologos no dicen que en este caso estuviese Dios precisado á enviar un ángel, como si no tuviese otros medios en su poder: no, Señores, esto seria una ridiculez; pero ¿que ridiculez hay en decir que Dios es tan bueno para con los corazones rectos, que haria un milagro y se serviria, si fuese preciso, del ministerio de un ángel, para no dejar perecer al que, fiel á las inspiraciones de su gracia, buscase la verdad con toda la sinceridad de su corazon? ¿No se sirvió de él con el centurion Cornelio á quien fué dicho (1) : « Vuestras oraciones y limosnas han llegado « hasta Dios y se ha acordado de vos? » Lejos pues de degradar los téologos á la Divinidad con este modo de pensar, dan en él una su-

(1) Véase en Fenelon (*Lettres sur divers sujets de métaphys. et de religion*, carta VI, núm. 4) este pasaje de Santo Tomás y otros muchos que en ellas cita y explica.

(2) *Act. Apost.*, X.

blime idea de la grandeza de su misericordia.

Yo me alegraré, Señores, de que hayais comprendido mi doctrina del modo que yo he intentado exponerla, sin lo cual se me podria acusar fácilmente de rigorista por unos y de laxo por otros. Para presentar en compendio todo lo dicho, ved como es preciso entenderlo. Dios, como padre comun del género humano, es bueno para con todos, no obstante que se manifieste mejor para con algunos: esta desigualdad de dones y de favores existe en todas cosas, tanto en el órden natural y civil como en el religioso; y así vemos la debilidad al lado de la fuerza, la indigencia al lado de la riqueza, la dicha al del infortunio y el talento al de la incapacidad. Si un deista preguntase porque no son iguales para todos las luces de la revelacion tambien á él se le podria preguntar porque sucede lo mismo con las luces de la razon y de la ley natural. Siendo nosotros los hijos privilegiados, nuestras quejas y nuestra murmuracion no hacen mas que manifestar nuestra ingratitud unida á la blasfemia. ¿Qué podríamos pensar de un hijo que, colmado de beneficios por su padre, reconviniese á este por no tratar á sus hermanos con la misma liberalidad? ¿Qué de un sabio que reconviniese á Dios por haberle distinguido de los demás hombres por su inteligencia y talento? Dia vendrá en que Dios se justifique y obligue á sus criaturas á tributar

homenajes á su equidad, haciéndolas confesar que cada una de ellas ha sido tratada segun sus obras. Si entre tanto debe concederse alguna cosa á los deseos de una razon débil y curiosa, nosotros diremos: Está probado que la mitad de la especie humana muere en la primera infancia ántes de la edad de la razon; por consiguiente todos los niños bautizados de todas las comuniones entran, al morir, en posesion de la bienaventuranza celestial; así nos lo enseña la fe; y en cuanto á los niños no bautizados, la misma fe nos permite pensar que se hallan en un estado en que la existencia es para ellos un bien que desean conservar.

En cuanto á los cristianos adultos de las otras comuniones distintas de la nuestra, decimos una de dos cosas: Si se engañan de mala fe, serán castigados por ello; y en tal caso ¿puede haber cosa mas justa? pero si se engañan de buena fe, entónces no se les imputarán sus errores; ¿y no es esto bastante para salvar la justicia divina?

Decimos últimamente por lo respectivo á los infieles: Si no han podido conocer el Evangelio, tampoco serán juzgados mas que por la ley de la conciencia, ni castigados mas que por las culpas que hubieren podido evitar; ¿y hay acaso en esto algo de repugnante? Pero si, fieles á aquellas gracias que Dios concede á todos en su misericordia, practicasen con su auxilio todos sus de-

beres, Dios los conducirá sucesivamente al conocimiento de la verdad.

Creo, Señores, que no esperarlais de mi que disipase ante vosotros todas las tinieblas misteriosas que ocultan las sendas de la Providencia respecto á la salvacion de los hombres; nuestros pensamientos son demasiado limitados para medir los de Dios. Querer verlo todo sin nubes, penetrarlo y comprenderlo todo, seria querer tener, en lugar de una razon humana débil y limitada, una razon infinita, una razon divina. Los juicios del Altísimo son abismos, segun dicen nuestros libros sagrados (1); es concedido al hombre divisar en ellos algun vislumbre de claridad, pero no una luz que ilumine todas sus profundidades. Y ¡qué! cuando las operaciones del Criador, en la parte mas grosera de sus obras, en la naturaleza material, estan cubiertas con un velo impenetrable que todos los esfuerzos humanos no pueden levantar, ¿se querrá que el mundo intelectual, que es la parte mas sublime de ellas, sea todo luz, sin sombras ni oscuridades? ¿Es esto justo? En lugar de entregarnos á vanas investigaciones sobre el destino futuro de los pueblos no católicos, seria mucho mas juicioso que pensásemos en el nuestro. No tengamos la idea de sujetar los designios del Altísimo á los cálculos de nuestra escasa sabiduría. Os lo

(1) *Salm.* XXXV, 7.

he dicho ya en otra ocasion : la Religion tiene su lado luminoso, que hace racional nuestra fe; pero tiene tambien su lado oscuro, para que esta misma fe sea meritoria; es el sol oculto detrás de una nube. Caminemos á la luz que el cielo nos concede, esperando que algun dia la hará brillar en toda su plenitud. ¿Tendrá derecho el que disfruta de la dulce claridad de la aurora, para blasfemar contra la Providencia porque aun no haya llegado el sol á todo el brillo del mediodia? Humillémonos como el pueblo de Israel á la falda del monte santo : adoremos con respeto al Dios que se oculta en la cima entre la inmensidad de su Majestad, y temamos, si queremos subir á él, que fulminando un rayo de su cólera castigue nuestra loca temeridad.

CUESTIONES Y RESPUESTAS

RELATIVAS

A LAS MATERIAS QUE ACABAN DE SER DISCUTIDAS.

Estas cuestiones me fueron propuestas en 1820 por una persona de un talento muy distinguido de la iglesia protestante. Las respuestas son de la misma data.

Primera cuestion. — ¿Cual es positivamente la doctrina de la Iglesia católica sobre la salvacion de los protestantes?

Respuesta. — La Iglesia católica se cree la sola verdadera sociedad establecida por Jesucristo, y la sola que esté en posesion de toda la doctrina revelada por él.

A sus ojos todas las otras comuniones estan mas ó menos en el error; pero los niños bautizados en su seno son miembros de la Iglesia católica, por el bautismo que la pertenece en propiedad; y no cabe duda en que estos niños se salvarán, si mueren antes de la edad de la razon.

Aun entre los adultos de cualquiera edad, todos aquellos que se hallasen con ignorancia

invencible de la verdadera fe, no serian culpables de sus errores; la buena fe los excusaria delante de Dios.

Los católicos representan á la Iglesia como compuesta de un cuerpo y de una alma.

« Los vínculos exteriores de la profesion de la « fe, de la participacion de los sacramentos, de « la sumision á los pastores, constituyen el « cuerpo de la Iglesia; los dones interiores del « Espíritu santo, la fe, la esperanza, la caridad, « y las demás virtudes forman el alma. Se per- « tenece al cuerpo de la Iglesia por la profesion « pública, y á el alma por la vida privada (1). »

Los herejes estan en efecto separados del cuerpo de la Iglesia; pero pertenecen á el alma los niños por el bautismo, y los adultos por la creencia de los puntos principales (si se engañan *de buena fe* sobre los demás), y cuando son fieles á la ley evangélica; por consiguiente no estan fuera del camino de la salvacion.

La aplicacion de estos principios á la primera cuestion se presenta por sí misma.

Es muy positivo que, entre los protestantes, los niños y los adultos, tales como acabamos de suponerles, estan seguros de su salvacion.

Segunda cuestion. — ¿Hay algun decreto de algun concilio que se refiera á esta cuestion?

(1) *Explicacion de los Evangelios*, por Monseñor de la Luzerne, obispo de Langres; para la domin. XIX despues de Pentecostes.

Respuesta. — Es la doctrina de los concilios, y particularmente del primer concilio general de Constantinopla, en el cuarto siglo, que la Iglesia es *una*. Los que no profesan su doctrina, y que viven separados de ella, estan ciertamente fuera de su unidad exterior; pero pueden sin embargo pertenecerla en el sentido de las aclaraciones dadas sobre la primera cuestion.

Tercera cuestion. — Ha habido algunos Padres de la Iglesia que hayan hablado de la salvacion ó condenacion de los herejes?

Respuesta. — Los santos Padres han visto en los herejes unos hijos rebeldes; y á uno de ellos es debida esta máxima, que no podia tener á Dios por padre el que no reconocia á la Iglesia por madre (1). Pero al mismo tiempo es cierto que San Agustin en diversos parajes, y Salviano de Marsella en su tratado *de la Providencia*, han hablado con motivo de ciertos herejes de la excusa de *buena fe* y de *ignorancia invencible*, y autorizan manifiestamente mi primera respuesta.

Cuarta cuestion. — ¿Que puede oponerse á esta doctrina de la condenacion de los protestantes, generalmente extendida por todas partes y predicada por casi todos los sacerdotes?

Respuesta. — Es cierto que todos los sacerdotes enseñan que fuera de la verdadera Iglesia

(1) S. Cipriano, de Unit. Eccles.

no hay salvacion, y que la herejía pone fuera de la Iglesia; pero reconocen al mismo tiempo que lo que hace delante de Dios el crímen de herejía, es menos el *error* que la *pertinacia* en el error, y que esta sola hace culpable y digno de condenacion.

Sin embargo, como la Iglesia no conoce las disposiciones interiores, condena en *masa* las sociedades disidentes, dejando á Dios el juzgar los individuos.

Cuando los sacerdotes tratan públicamente esta clase de materias, acostumbran establecer las verdades generales, sin hacerse cargo de todas las dificultades desconocidas muchas veces al pueblo, ni de las consecuencias exageradas que se podrian derivar. Así, entre los mismos protestantes, muchos de sus ministros, predicando la necesidad de la fe en Jesucristo, no se hacen cargo de lo que puede objetárseles sobre la suerte de los paganos, gentiles, etc.

Por lo demás, estan muy lejos los católicos de ocultar los lenitivos que dan á la santa severidad de la fe; hállanse en sus apologistas, y particularmente en un acto bien auténtico, formado para servir como de manual en esta materia delicada á todas las escuelas católicas de Francia, en la *Censura del Emilio* por la Sorbona.

Cuestion quinta. — ¿No es una doctrina nueva la que no condena á los protestantes? ¿no está en oposicion con los escritos de los autores anti-

guos? ¿no fué contradicha formalmente por Bossuet y por Fenelon?

Respuesta. — Las explicaciones que hemos dado se fundan en la antigüedad, en San Agustin y en Salviano en particular, segun hemos dicho. Se puede ver como las expone Nicole en su tratado *de la Unidad de la Iglesia;* y seguramente no es él quien las ha inventado.

Bossuet y Fenelon han establecido los principios generales, como todos los controversistas católicos, sin hablar de excepciones tales como las que hemos expuesto en la primera respuesta.

Cuestion sexta. — ¿Que autores, que pasajes, que decisiones, se pueden alegar en apoyo de la doctrina que no condena á los protestantes?

Respuesta. — Todos los católicos condenan á la iglesia protestante como una falsa iglesia; pero, además de las autoridades citadas en favor de las excepciones individuales cuyo número conoce solo Dios, puedo nombrar aquí á Bergier, *Diccionario de Teología,* artículo *Herejía;* al Ilustrisimo Duvoisin, obispo de Nantes, en su *Demostracion evangélica;* al Eminentísimo cardenal de la Luzerne, en sus *Disertaciones sobre las iglesias católica y protestante.*

Cuestion septima. — ¿Se podrá hacer decir misas por el alma de un protestante?

Respuesta. — La iglesia católica no hará celebrar un oficio público y solemne por un protestante; pero nada obsta que un sacerdote pueda

pedir en el altar por el alma de un protestante, y estas oraciones le serán útiles, si, aunque haya muerto en el error, ha vivido en él de buena fe.

Cuestion octava. — ¿No alegan los católicos como una prueba de la verdad de su religion esta intolerancia con las demás? ¿No se refiere que Enrique IV no pudo jamás hallar un sacerdote que le dijera que se podia salvarse en el protestantismo?

Respuesta. — No hay en cierto sentido ninguna cosa mas intolerante que la verdad, puesto que no puede hermanarse con ningun error.

Toda iglesia que es indiferente á las opiniones que combaten su doctrina, lleva con esto solo sobre su frente el sello de la mentira.

El carácter de la verdadera Iglesia es reprobar todo lo que no es ella, y oponerse á toda mala doctrina: bajo este respecto se la puede, si se quiere, llamar *intolerante*, como el protestante es llamado intolerante por el deista, y el deista por el ateo. Esta especie de intolerancia en la doctrina puede en efecto presentarse como una prueba de su verdad: no hay necesidad mas que de entenderse.

Todo sacerdote católico debia decir á Enrique IV, que no podia indiferentemente permanecer protestante ó abrazar la antigua fe. La verdad es una. Enrique IV no hubiera podido salvarse en la iglesia protestante sino en cuanto

hubiese profesado los errores con esta buena fe que excusa delante de Dios; y ciertamente que no era este el caso ni la excepcion de que se trataba.

En la realidad, todo se reduce á saber si la Iglesia católica es la verdadera; porque si lo es, no es posible que enseñe y se conduzca de otro modo que del que lo hace: así es preciso que publique abiertamente que ella sola posee la verdadera fe, los verdaderos sacramentos, el verdadero ministerio pastoral; y que á sus ojos no hay ninguno excusable de los que estan fuera de su seno, sino aquel que se engañase de buena fe.

El protestante debe reconocer, que es una obligacion para todos amar la verdad, buscarla, abrazarla y sacrificar todo por ella; que hay errores inocentes como los hay criminales; y que las ilusiones de la ligereza, de la indolencia y de las pasiones, no son la buena fe.

El católico habla de los protestantes (mas solo bajo algunos respectos) como los mismos protestantes hablan de los infieles.

Si nosotros decimos: Fuera de la Iglesia no hay salud, ¿no dice el protestante: Fuera de la fe en Jesucristo no hay salud?

Si él nos pregunta que es lo que pensamos sobre la salvacion de los herejes, nosotros le preguntaremos á nuestra vez que es lo que piensa sobre la salvacion de los mahometanos.

¿No excluyó la iglesia anglicana de la felicidad eterna á los que no creen en Jesucristo, en el décimo nono de sus XXXIX artículos? Entre ella se hace, en las fiestas solemnes, la lectura del *Símbolo* de San Atanasio que versa sobre la Trinidad y la Encarnacion, y concluye así : « Tal es la fe católica; el que no crea en ella no « podrá ser salvo. »

Las consideraciones que pueda ofrecer el protestante sobre esta materia, para conciliarlo todo con la bondad divina, nosotros las haremos valer con mayores ventajas respecto de él, para conciliar las máximas generales de la fe con la condescendencia de la caridad.

SOBRE

LA TOLERANCIA.

Nada hay mas comun en los escritos de la incredulidad moderna que la palabra *tolerancia*. Esta palabra era en el siglo pasado como el grito de reunion de los enemigos del cristianismo : al oir á los novadores, parecia que á una voz *tan dulce y pacificadora* iban á reconciliarse todos los ánimos, á calmarse los odios, á desaparecer todas las rivalidades de las naciones ; y que una nueva filosofía, recorriendo todo el globo, iba á llevar con la tolerancia la paz y la felicidad á todos los pueblos, á la manera que el sol hace gozar á ambos hemisferios de los beneficios de su luz. Sin embargo cuanto mas se prometian ver salir de esta fuente la felicidad pública, mas odiosa representaban á la Religion cristiana, á la que acusaban de *intolerancia*. Si se recordaba, para gloria suya, que en cuantas partes se habia establecido, habia abolido el culto frecuentemente licencioso y cruel de los falsos dioses, hecho cesar los sacrificios de víctimas humanas,

el divorcio, la poligamia, los infanticidios legales, el rigor desmesurado de la esclavitud y aquel derecho atroz de la guerra que ponia al vencido á discrecion del vencedor; todos estos beneficios de la religion parecian tenerse en nada, porque era, segun decian, *intolerante*. Si sus apologistas hacian ver que la época de la civilizacion de los bárbaros fué la de su conversion al cristianismo; que el Evangelio fué el orígen comun de donde los Francos, los Godos, los Vándalos, los Lombardos, los Sajones y los Borgoñones, tomaron aquellas primeras instrucciones, que desarrollándose despues han civilizado y constituido los pueblos modernos; que sus primeros maestros fueron los sacerdotes y los obispos; que el estado eclesiástico fué en los siglos bárbaros el depositario de las luces y de la ciencia que habia quedado; que á solo él se debe la conservacion de las lenguas y de los monumentos, cuyo estudio ha formado el gusto y fomentado el ingenio en las naciones de Europa : todo esto no hacia impresion ninguna en ánimos preocupados, y se creia sustraerse con razon á la nota de ingratitud para con el sacerdocio, denunciándole como *intolerante*. En fin, si los hombres sabios é ilustrados se sobresaltaban al ver aquella muchedumbre de obras que enseñaban el desprecio á la Divinidad, el odio á la Religion y á la autoridad, y que por lo mismo podian conmover todos los fundamentos de la sociedad, se recla-

maba la libertad de pensar, la tolerancia. De este modo se esparcian por todas partes doctrinas nuevas, se miraban las antiguas como preocupaciones, y se insultaba lo pasado, ensalzando lo presente. Poseidos los novadores de este delirio, se entregaban á la idea de un alegre porvenir, cuando la experiencia vino á esparcir una luz horrorosa sobre sus vanas teorías: al fin ha sido necesario comprender que la tolerancia debia tener sus límites, que la libertad no es la licencia, que á las malas doctrinas se siguen las malas acciones, que la sana razon debe arreglar el lenguaje así como la conducta, los escritos lo mismo que las obras, que el Criador no ha dado al hombre derecho para decirlo ni hacerlo todo. A pesar de esto aun hoy mismo no se deja de clamar por esa tolerancia tantas veces invocada, para tener con ella el derecho de ultrajar las cosas mas sagradas, y para conspirar impunemente contra el Trono y el Altar. Pareciéndome sin embargo que, enseñada la juventud por la experiencia de lo pasado, deberá tener mas ciencia de la que ordinariamente es el fruto de los años, y que se puede esperar ahora fijar con mas facilidad sus ideas sobre la tolerancia y la intolerancia, y reunir los ánimos haciendo cesar los equívocos de lenguaje, vamos á examinar cuántas especies hay de tolerancia y lo que debe pensarse acerca de cada una. Este será todo el asunto de esta conferencia.

Con el fin de evitar toda confusion en el lenguaje y en las ideas, distinguiremos tres especies de tolerancia: tolerancia civil, tolerancia cristiana, y tolerancia filosófica. Nos atrevemos á esperar que exponiendo nuestras ideas sobre esta materia, conseguiremos desvanecer enteramente muchas preocupaciones.

Hay una tolerancia que yo llamo civil: hablaré de ella y la caracterizaré, aunque ligeramente, solo para declarar que es ajena de nuestras discusiones, y para que no se la confunda con la que voy á combatir en este discurso (1).

La tolerancia civil consiste en permitir el libre ejercicio de todas las religiones, no porque á todas se las mire como iguales á los ojos de la Divinidad, sino porque ciertos gobiernos creen no deber incomodar á los partidarios de los diferentes cultos en la manifestacion pública de su creencia particular. Hasta que punto pueda en ellos extenderse esta tolerancia, y cuáles sean las medidas de prudencia que deban tomarse para que todo esté dentro de sus justos límites, é impedir que la libertad de cultos degenere en excesos funestos, son cuestiones que pertenecen á la política, y problemas capaces de embarazar á los mejores ingenios, á los cuales yo creo

(1) Aunque el autor está muy distante de propender á la tolerancia civil, como lo conocerá todo lector; téngase presente que pronunciaba este discurso en un pais cuyo gobierno la permite por razones de política que felizmente no median en España; y que por consiguiente no le era lícito el impugnarla del todo.

seria muy dificil dar una solucion completa para todos tiempos y lugares. Los hábitos, el carácter de los pueblos y las circunstancias, pueden obligar á los gobiernos á tomar medidas diferentes aunque igualmente sabias. En los estados donde felizmente la Religion católica es la única, cuyo culto público profesan todos, puede y debe la autoridad desplegar todo su zelo para conservar esta apreciable unidad religiosa, que tan de cerca interesa á la tranquilidad pública. En aquellos en que al contrario hay ya establecidos diferentes cultos, profesados públicamente por diversas porciones de la sociedad bajo la vigilancia comun del gobierno, puede la política aconsejar una conducta diferente. Si hay sectas que, por sus mismos principios y por la jerarquía de su sistema religioso, son menos turbulentas y menos enemigas de la subordinacion, tambien se han visto algunas veces otras naturalmente revoltosas que han predicado una especie de independencia evangélica y una igualdad que tiraba á desquiciarlo todo; ¿y quién no advierte que es preciso pesar todo esto con mucha madurez? Si siempre es laudable decir con aquel famoso Condestable (1), el héroe de su siglo y la gloria de su nombre, *una ley, una fe;* ¿no hay tambien circunstancias en que segun el estado de los gobiernos es quizá prudente decir como Fenelon

(1) El Condestable de Montmorency.

al hijo de Jacobo II (1) : « Conceded á todos la « tolerancia civil, no aprobándolo todo como « indiferente, sino procurando en todas ocasio- « nes atraer á los hombres con paciencia y por « una dulce persuasion? » Dejemos estas discusiones delicadas á la sabiduría de los gobiernos que rigen el mundo, y bástenos ahora saber que el cristiano católico, en cualquiera parte que la Providencia le haya colocado, debe indudablemente permanecer firme y puro en su religion, no participar de las supersticiones de que puede verse rodeado y preferir la muerte á la apostasía; pero que tambien debe mirar como una obligacion la obediencia á las potestades en las cosas civiles, y el respeto al órden político que encuentra establecido : máxima verdadera hoy y verdadera en todos tiempos. Tal es el ejemplo que nos han dejado los cristianos de los tres primeros siglos, nuestros padres y nuestros modelos en la fe. Perseguidos bajo el gobierno de los emperadores romanos, pero siempre sumisos, aun cuando podian hacerse temibles por su número y por ocupar los puestos mas eminentes en el senado y en el ejército, jamás se les vió entrar en las ligas que se formaban contra los señores del imperio : su obediencia á las leyes humanas no reconocia otros límites que los que le ponia una ley superior, la de Dios; y cuando

(1) *Vie de Fénelon* por Ramsay, Amsterdam, 1727, p. 176, etc

se les queria violentar hasta en este divino santuario, sabian morir, pero no sabian sublevarse. El espíritu que los animaba se patentiza en estas palabras del jefe de una legion cristiana á Maximiano: « Es cierto, Señor (1), que somos sol- « dados vuestros; pero tambien lo es que somos « los servidores del verdadero Dios. Nos habeis « honrado en la milicia, pero nosotros debemos « á Dios el don inestimable de la inocencia; « recibimos de vós la paga como una recompensa « debida á nuestro trabajo, pero tenemos de « Dios la vida como un don puramente gratuito « que nunca hemos merecido : no nos es pues « permitido obedecer á nuestro emperador « cuando nos lo prohibe nuestro Dios. Sí, « nuestro Dios y el vuestro, Señor; y entre « morir inocentes y vivir culpables no hay que « titubear. » Reparad, Señores, como un cristiano ni es cobarde ni sedicioso : independiente en su fe, pero sumiso á las leyes en el órden político, creeria faltar á la Religion faltando á los deberes de ciudadano; y en todas partes como en todos los gobiernos sabe dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Esto nos conduce naturalmente á la tolerancia cristiana.

Al aparecer el cristianismo sobre la tierra, hizo abiertamente profesion de enseñar que solo él

(1) Léase en las Actas de los Mártires por D. Ruinart *el martirio de San Mauricio y de sus compañeros.*

era el poseedor de la verdad; y no vió en el judaismo mas que figuras que venia á realizar, y en el paganismo supersticiones que venia á destruir. Sus discípulos estaban animados de un zelo fervoroso para establecer su imperio, y combatir, no con las armas, sino con la persuasion, los errores y los vicios extendidos universalmente, y para formar en todas partes al Dios verdadero un pueblo de adoradores en espíritu y verdad. La Religion cristiana, enemiga inflexible del error, no puede conciliarse con otra alguna : mirada bajo este concepto, es exclusiva y se la puede llamar *intolerante;* pero su intolerancia no recae mas que sobre las malas doctrinas; al mismo tiempo su carácter distintivo es el amor de todos los hombres, aun de los enemigos; ella enseña que no hay para Jesucristo ni Judío ni Gentil, ni Griego, ni Bárbaro, ni señor ni esclavo; que en él todos los hombres son hermanos, y que la caridad ha hecho caer el muro de division que podia tenerlos separados. Bajo este concepto la Religion cristiana es la mas indulgente de todas y se la puede llamar *tolerante;* pero su tolerancia no mira mas que á las personas. Tal es pues su doble espíritu : el zelo contra los errores y los vicios se une en ella con la caridad mútua; y solo confundiendo cosas que se debe saber distinguir, y presentando en esta parte el cristianismo bajo un falso punto de vista, puede conseguirse hacerle odioso. Procu-

remos hacer comprender bien lo que es la tolerancia cristiana, dando alguna mayor explicacion á estas ideas.

Hija del cielo, la Religion cristiana ha debido, al mostrarse á los hombres y ántes de exigir su sumision y sus homenajes, exhibir los títulos de su celestial orígen : todo pues respecto de ella se reduce á saber si es divina, y al efecto provoca el exámen de la razon sobre las pruebas de su divinidad y sobre los hechos exteriores y públicos que le sirven de fundamento. Si la Religion viene de Dios, si Jesucristo su autor ha tenido verdaderamente derecho para decir á la tierra, *yo soy la verdad, ego sum veritas*, es preciso, por una consecuencia necesaria, que la Iglesia cristiana se muestre zelosa en conservar en toda su pureza la doctrina que ha recibido del cielo mismo; que como conservadora fiel del sagrado depósito, rechace los errores que la alteran así como los vicios que la deshonran; y que, siempre vigilante, muestre á sus hijos las funestas novedades que podrian sorprenderlos. Convencida de ser la única poseedora de la verdad, tan imposible le es transigir con la mentira, como unirse la luz con las tinieblas, el vicio con la virtud, la ley con la anarquía y la autoridad con la rebelion. La verdad no es mas que una, y hallándose solo en la Religion católica, es indispensable que el error infeste mas ó menos todas las demás. Si la

sociedad fundada por Jesucristo no guardase con una valerosa fidelidad las santas verdades que le estan confiadas, ¿qué sucederia de ella? Atacada y vulnerada por todas partes, la veriamo caer á pedazos y convertirse en breve en un compuesto impuro de toda clase de errores. Lejos pues de reprobar su zelo, reconozcamos mas bien que en él consiste su fuerza y su gloria. Si la Religion católica fuese indiferente á las opiniones que la combaten, llevaria visiblemente sobre sí misma el sello del error, y aun una señal patente de ruina y de destruccion; de la misma manera que los gobiernos que mirasen con indiferencia las tramas de los sediciosos y las rebeliones populares, dejarian ver síntomas espantosos de decadencia y de disolucion.

Sin embargo nunca el zelo por la doctrina debe alterar la caridad: la Religion que tenemos la dicha de profesar, es intolerante con los errores, pero dulce y benigna con el arrepentido; y todo lo que durante el curso de los siglos haya podido separarse de este doble carácter de severidad por una parte, y de dulzura por otra, de ningun modo ha procedido de la Religion. Ella nos enseña á sufrir con sentimientos de paz y de indulgencia á los mismos á quienes creemos en el error, y á compadecerles mucho mas que á condenarlos: el verdadero cristiano sabe hacer distincion entre el error siempre aborrecible, y el hombre que se extravia; entre la paradoja re-

pugnante, y aquel que la sostiene. Es indudable que tan poca indulgencia merece la mentira como el vicio, y que aun menos consideracion debe tenerse con el ateo que con el disoluto; pero el zelo mas legítimo tiene sus límites, debe estar siempre templado por una sabia condescendencia; y aun en las ocasiones en que las doctrinas pueden dividir los ánimos, la caridad debe unir los corazones.

Parecerá extraña á alguno la intolerancia de la Iglesia cristiana respecto á todo lo que puede alterar su doctrina; ¿pero no vemos la misma intolerancia en todas las cosas humanas? Decidme, Señores, ¿que gobierno hay sobre la tierra que no sea zeloso de la integridad de su poder, que no reprima á los facciosos y no mantenga sumisos á sus súbditos? ¿Y no es en esto mismo intolerante para con los enemigos de la autoridad? ¿Cuál es el magistrado que no deba mirar como una obligacion sagrada velar por la seguridad de las personas y de las propiedades, mantener el órden y la tranquilidad pública, perseguir y castigar los delitos y los crímenes? Y no es bajo este concepto intolerante para con los infractores de las leyes? Mirad á un sabio que está bien convencido de la verdad de su sistema sobre la estructura del globo, ó sobre nuestro mundo planetario; ¡con que zelo le defiende y combate las hipótesis contrarias! he aquí que su opinion es *intolerante* con las opiniones contra-

rias. Mirad á un literato intimamente persuadido de que las fuentes mas puras de la sana literatura se encuentran en los siglos de Augusto y de Luis XIV; ¡cómo vindica á los escritores de estas dos épocas memorables, y combate á los temerarios novadores que no participan de su admiracion! ¿Le formariais un crimen de esta especie de intolerancia? ¡Y yo, ministro de la Religion, profundamente convencido de su divinidad y encargado de anunciarla á los hombres, yo he de ser acusado de una odiosa intolerancia porque procure convencer las almas de la verdad de su doctrina y de la santidad de sus preceptos; porque manifieste los errores que la desfiguran y porque la defienda contra los ataques de sus enemigos! ¿Hay justicia en esta acusacion? ¡Qué! ¿Se ha de tener por laudable el zelo del magistrado por las leyes, el del sabio por sus sistemas, el del literato por los verdaderos principios del buen gusto, y solo el zelo por la Religion, que es el primero de todos los bienes, se ha de ajar con una calificacion injuriosa? Apóstoles de la tolerancia, ¿teneis dos pesos y dos medidas para pesar los sentimientos y las acciones de los hombres?

¿Pero no es de temer, se dirá, que el zelo contra las opiniones irrite los ánimos y los conduzca al odio de las personas? Yo convengo en que el zelo puede tener sus excesos; pero tambien la caridad no regulada puede tener los

suyos: si aquel puede ser perseguidor, esta puede degenerar en debilidad. ¿Me prohibiriais amar la persona de un incrédulo bajo el pretexto de que el amor de las personas puede conducir al amor de la incredulidad? No ciertamente; pues entónces ¿porqué habeis de condenar el odio á los errores bajo el pretexto de que puede excitarnos al de las personas? Toda caridad que apagase el zelo, y todo zelo que violase la caridad, serian dos excesos igualmente reprensibles. ¿Pero en qué consiste que se ataca el zelo por la Religion con una lógica que seria vergonzoso emplear en cualquiera otra materia? Porque de las preocupaciones nacionales, de las pretensiones reciprocas de los gobiernos y de los intereses opuestos del comercio, puedan originarse, y se hayan originado en efecto con demasiada frecuencia, rivalidades, disensiones y guerras sangrientas, ¿deberá no haber ni pueblos, ni gobiernos, ni industria? Porque la sola diversidad de caractéres y de talentos, y la oposicion de intereses, puedan ocasionar en las familias disensiones y discordias, será necesario que no haya sociedad doméstica y que cada individuo de la especie humana viva separado de sus semejantes? No, Señores, cuando una cosa es útil, es preciso saberla respetar á pesar del abuso que los malos puedan hacer de ella. ¿Seria justo que se privase al mundo del elemento del fuego que le anima, bajo el pretexto de que

puede ocasionar incendios? En una palabra, la tolerancia cristiana no es mas que una caridad bien ilustrada, igualmente distante de una debilidad que todo lo excusa, que de un rigorismo que nada perdona; caridad que sin contemplar el error ni el vicio, nos enseña á amar á los engañados y á los viciosos.

Hace mucho tiempo que los enemigos de la Religion nos invitan con empeño á que nos mostremos dulces, indulgentes y tolerantes como Fenelon: el modelo es hermoso sin duda. ¿Que ministro del altar no se gloriaria en efecto de seguir las huellas del inmortal arzobispo de Cambray, uno de los ingenios mas brillantes que ha producido la naturaleza, y uno de los prelados mas grandes que han ilustrado nuestra Iglesia? Pero los incrédulos no quieren ver, ó han olvidado, que cuanto mas dulce, mas compasivo y tierno fué Fenelon en su conducta, tanto mas puro, mas delicado y mas intolerante fué en materia de doctrina y de creencia religiosa. Sus escritos, su vida, sus mismos deslices deponen á favor de la inflexibilidad de sus principios: ateos, materialistas, deistas, indiferentes, escépticos y heterodoxos, en fin todos los enemigos de la verdad han sido combatidos por él como puede verse fácilmente en sus obras. Si tiene la desgracia de engañarse, su engaño mismo se convierte en una prueba palpable de la delicadeza de su fe, como en uno de los mas

bellos títulos de su gloria, patentizando su profunda sumision á la autoridad; el mismo sube á la cátedra del Evangelio para leer y publicar delante el pueblo enternecido la sentencia que le condena; el pastor se muestra tan dócil como la última oveja del rebaño: jamás la austera é intolerante verdad consiguió un triunfo mas hermoso; y si todo esto se llama tolerancia, nosotros seremos muy gustosamente tolerantes.

Paso á hablar de la tolerancia llamada *filosófica*, porque ha sido inventada principalmente por esos escritores del último siglo que se han dado á sí mismos el título de *filósofos*. Esta consiste en mirar como indiferentes todas las religiones, y en permitir que cada uno siga sin exámen la del pais que habita: lo que es lo mismo que indiferencia en materia de Religion; y por esto se la designa con el simple nombre de *indiferentismo* ó *tolerantismo*, palabras que serán sinónimas en nuestro lenguaje. ¿Y que deberemos pensar de esta clase de tolerancia? Esto es lo que nos queda que discutir.

Imposible á la naturaleza humana, reprobado por la sana razon y funesto en sus efectos, tal es el tolerantismo moderno.

Es ciertamente, Señores, tan poco natural al hombre la indiferencia, que todas sus facultades la desechan á un tiempo. El hombre es por su naturaleza inteligente, sensible y activo: como inteligente, anhela conocer, busca la verdad y se

fija en ella con complacencia cuando la descubre y llega á conocerla; como sensible, desea, teme, espera y ama; y como activo, se complace en manifestar exteriormente sus afectos, sus ideas y sus pensamientos. Yo bien sé que el hombre puede ser seducido por el falso brillo del error, así como por los falsos atractivos del placer; que puede engañarse en los objetos de su inteligencia, como en los de sus afectos; pero al cabo su misma naturaleza le obliga á amar; ¿y seria posible que un ser que solo vive de inteligencia y de amor, se interesase ardientemente por todo, excepto por lo que mas debe interesarle; y que sola la Religion fuese extraña á su razon y á sus afectos? ¿Será posible que aquello que se dirige á perfeccionar mi ser, á elevar mis pensamientos, á sostenerme en la virtud y á consolarme en la desgracia; aquello que ha llamado la atencion de todos los sabios, ocupado á todos los legisladores y hecho nacer tantas virtudes, será posible, digo, que me sea indiferente y que no obtenga de mi ningun homenaje ni aun el del exámen? ¡Ah! ántes arrancaríais del corazon del hombre el deseo de su propia felicidad, que el sentimiento de no sé qué cosa divina que le llena, que le eleva mas allá de este mundo, que le pone en comunicacion con una inteligencia suprema y le trasporta á la inmortalidad. Tan difícil os seria tener su alma sepultada en los abismos del

ateismo, como su cuerpo continuamente encorvado hácia la tierra. ¿En dónde hallaréis en todo el universo un solo pueblo que no tenga sus creencias religiosas? Yo quiero conceder que algunos teóricos puedan entregarse á esa indiferencia sin admitir ni desechar cosa alguna; pero esta falta absoluta de toda afeccion piadosa no es propia de la especie humana, y siempre el sentimiento será en ella mas fuerte que los sistemas. El pueblo podrá abandonar insensiblemente su primitiva creencia, adoptar otras nuevas, separarse del camino de la verdad y tomar el de la supersticion; pero, por último, la necesidad, la desgracia, la fuerza de la costumbre, la voz de la naturaleza, y el grito de una conciencia á la que no puede resistir, le volverán siempre á la Divinidad: adorará la piedra ó el leño ántes que no adorar cosa alguna; creerá los cuentos pueriles con que se entretiene á los niños, mas bien que no creer en nada; y no olvidará al verdadero Dios sino para forjarse dioses imaginarios. ¡Ah! ¡á cuantos, aun entre los incrédulos é indiferentes en teoría, no ha podido librar de terrores supersticiosos su supuesta fortaleza de alma; y á cuántos no ha hecho temblar una cierta combinacion de números, un accidente imprevisto, ó un fenómeno nuevo! J. J. Rousseau dijo, y dijo con razon: «La duda «sobre las cosas que mas nos importa conocer «es un estado demasiado violento para el alma

« del hombre; no resiste á él por mucho tiempo, « y sin que pueda contenerse se decide de un « modo ó de otro (1). » Vosotros nos predicais la indiferencia, podria decirse á los que se han hecho sus apóstoles, pero ¿la practicais vosotros mismos? Si todas las religiones son iguales á vuestros ojos, ¿porqué no nos dejais á nosotros la libertad de seguir la nuestra? ¿Porqué, bajo el imperio de vuestro indiferentismo, ha de haber sido la Religion cristiana perseguida, cerrados ó destruidos sus templos, y degollados sus ministros y cuantos la profesaban? ¡Ah! la indiferencia existia solamente en vuestros discursos, pero el odio se descubria en vuestras acciones; lejos de observar esa indiferencia, vomitábais mil imprecaciones contra Dios y contra su Cristo, destruiais los altares para adorar la *razon*, y arrastrábais con violencia al pié del nuevo idolo á los que no habian podido seducir vuestros discursos. ¿Y porqué aun hoy dia se prodigan todas esas injurias á la Religion de nuestros padres? ¿Porqué se tiene ese odio sombrio al ministerio sagrado, y se hacen tantos esfuerzos para infamarle, envilecerle y arruinarle en el concepto de los pueblos? ¿Son rasgos estos de indiferencia? ¡Cuán cierto es que la indiferencia es imposible aun para los mismos que aparentan profesarla mas decididamente!

(1) *Emile*, tomo III, lib. xv.

Pero veamos en que se funda ese sistema de indiferencia. Se dice que nada importan las creencias religiosas, que basta ser hombre de bien, que lo demás es arbitrario; y sobre todo que si es necesaria al hombre una religion, cada uno debe seguir la de su pais: he aqui á lo que se reduce el indiferentismo cuando se le despoja de las frases del charlatanismo.

Se dice primeramente que nada importan las creencias religiosas. ¡Pero qué! ¿nada importa creer ó no creer en Dios, en la providencia, en la vida futura? ¿Es posible ser racional, y sin embargo entregarse sobre esto á la indolencia y á la apatía? ¿Cómo se ha de permanecer indeciso entre el ateismo y la creencia de un Dios; entre el fatalismo que todo lo abandona á un ciego destino, y la doctrina de una Providencia atenta á nuestras necesidades; entre el materialismo que no promete á la virtud desgraciada mas que la nada, y la Religion que abre ante ella las puertas de la inmortalidad? ¿Quién no conoce que sus afectos y su conducta estan enlazados y dependen de su creencia en esta materia? Si no hubiese Dios, ni providencia, ni vida futura, todas las religiones serian una impostura y todos nuestros pensamientos deberian concentrarse en la vida presente; pero si tenemos en el cielo un padre, un señor, un juez; si hay algo que esperar ó que temer mas allá del sepulcro, es preciso conocer que debe-

mos elevar mas nuestros pensamientos, y pensar en nuestro destino futuro. En vano un festivo epicúreo, para quien es un penoso trabajo el reflexionar, cantará la indiferencia en versos hijos del placer y de la licencia; en vano nos convidará á cubrir de flores el camino de la vida sin que nos cause inquietud el término á que debe ir á parar: todas las sales de una imaginacion voluptuosa no quitarán á este sistema todo lo que tiene de monstruoso á los ojos de la razon. En efecto, precipitarse en los abismos eternos sin pensar en la suerte que en ellos nos espera, no es fortaleza de alma, es un frenesí. Puedo interesarme muy poco en que la tierra sea el centro del mundo planetario como asientan los antiguos, ó que por su movimiento anual nos haga girar con ella al rededor del sol como quieren los modernos: estas son cosas que ignora casi la totalidad del género humano y sin las que puede pasar; pero la existencia de un Dios, de una providencia y de una vida futura, son verdades eternas que seria una extravagancia mirar como un juguete, y con razon ha dicho Pascal: « En hora buena que no profundicemos « la opinion de Copérnico; pero importa para « toda la vida estar convencidos de que el alma « es inmortal (1). »

Se nos dice que basta ser hombres de bien;

(1) *Pensées*, cap. XXVIII, n. 22.

¿pero no es el primer deber del hombre obedecer al que ha hecho al hombre? ¿Tiene la criatura derecho para sacudir el yugo de su Criador? ¿Puede dispensarse de pagar un tributo de adoracion y de amor á aquel de quien todo lo ha recibido? Y habiéndose dignado este Señor, por un puro efecto de su bondad incomprensible, pues que es infinita, manifestarnos su voluntad santa, darnos una religion positiva y revelarnos lo que debemos creer y obrar, ¿podremos despreciar impunemente este beneficio y dictarle la ley en lugar de recibirla? ¿No es Dios el Rey de los espíritus, como el de la materia? ¿No tiene derecho para mandar á nuestro entendimiento que se adhiera á las verdades que nos revela, y á la voluntad que se someta á los preceptos que le impone? Si, tan imposible nos es sustraernos á su imperio como á sus miradas. Si esta revelacion nos fuese del todo desconocida, y si su luz no hubiese brillado para nosotros, no seriamos ciertamente culpables por ignorarla, pues la ignorancia de la verdad no es criminal cuando es enteramente involuntaria. El soberano Juez no nos pedirá cuenta sino de las luces que nos haya comunicado; y el que inculpablemente no haya conocido el Evangelio, no será juzgado por el Evangelio; pero no por eso deja la verdad de conservar el derecho de someter los entendimientos, y de exigir sus homenajes desde el momento que los ilumina. El

hombre debe estar siempre sinceramente dispuesto á abrazar la religion verdadera cuando se le manifiesta; esto no es una cosa arbitraria, es un deber: podremos ignorarla sin ser culpables; pero nunca podremos, sin serlo, ni desecharla cuando se presenta con títulos suficientes para subyugar nuestro entendimiento, ni abandonarla despues de haberla conocido.

Se dice por último que cada uno puede con toda libertad seguir tranquilamente y sin exámen la religion de su pais. Pero desde luego es preciso que hasta los partidarios mas fogosos del tolerantismo reconozcan algunos límites; porque en fin se han visto cultos que ultrajaban la humanidad y la virtud, que convertian los templos en lugares de prostitucion ó en teatros de sangre, y cuyas divinidades exigian homicidios ó infamias: apóstoles complacientes de la indiferencia, vosotros no querreis extender vuestro sistema hasta aplaudir estos abominables excesos. Veos pues ya obligados á restringirle, á menos que no querais perdonar las crueldades é impurezas mas grandes que ha inventado la supersticion. Vosotros quereis sostener que en el órden religioso se puede profesar todos los diferentes cultos, á la manera que en el órden civil puede uno conformarse á las diversas leyes de policía; quereis que sea lícito cambiar de religion como de clima, ser católico en Roma, anglicano en Lóndres, calvinista en Ginebra, mu-

sulman en Constantinopla, idólatra en Pekin, es decir, que segun vuestro modo de pensar es preciso que sucesivamente, y con arreglo á los sitios y á los usos, adore yo lo que detesta mi corazon, ó que blasfeme de lo que él adora. Así, aunque yo crea que Jesucristo es verdaderamente el Salvador del mundo por su muerte como ha sido su luz por su doctrina, nada importa; si estuviese en el Japon podria, segun vosotros, blasfemar de él y hollar sus sagradas imágenes. Así, aunque yo crea que hay un solo Dios criador del cielo y de la tierra, podria tambien si me hallase entre idólatras invocar con ellos sus divinidades fabulosas. Así yo puedo en el seno de esta capital tratar abiertamente de impostor á Mahoma; pero tambien si estuviese en la Meca podria exclamar con el musulman: *Dios es Dios,* y *Mahoma es su profeta.* ¡Que sistema aquel que no se compone mas que de contradicciones, que pone continuamente la conducta en oposicion con la conciencia, que me enseña tan pronto á hacer traicion por mis discursos y mis acciones á las verdades que creo, como á arreglar mi conducta á unos dogmas impios que detesto! ¡Que sistema aquel que mira la Religion como un juguete y un capricho, que me autoriza á aparentar creer aquello que no creo; que coloca la piedad en la simulacion, y que en fin no se puede practicar sino por un vicio detestable, por la hipocresía!

J. J. Rousseau ha dicho muy sériamente *que la mujer debia profesar la religion de su marido.* De este modo, Señores, si el marido se mostrase sucesivamente anglicano, católico, ó deista, como ha sucecido muchas veces, la mujer estaria condenada á pasar por todas estas variaciones; y si el marido llegase á ser ateo, ¿deberia por complacerle profesar tambien el ateismo? Ciertamente que los apóstoles de la libertad ilimitada colocan en esto á la mujer en una dependencia bien extraña, exigiendo que crea ciegamente, que obre como una esclava y que nada absolutamente será para ella la razon, la conviccion ni la verdad, ¿Esto es sin embargo lo que se ha llamado sublime filosofía?

Con la misma falta de juicio dice *que el hijo debe seguir la religion de su padre;* esto pide una corta explicacion. Es ciertamente una cosa natural que un niño, incapaz de todo exámen en sus tiernos años, y no pudiendo sospechar que los autores de sus dias le induzcan á error, siga las huellas de estos y que por consiguiente su autoridad le retenga en una falsa religion; pero si esta religion es indigna de Dios, si degrada al hombre y propende á inspirarle mas bien el vicio que la virtud; y si, al llegar á la edad en que ya se ha desarrollado la razon, se convence este niño íntimamente de su error, ¿deberá sacrificar la verdad al respeto filial? Es cierto que la autoridad paternal tiene derechos inviolables,

derechos que ninguna religion ha conservado mejor que el cristianismo; pero tambien tiene sus límites, y tan prohibido le está mandar una impiedad como mandar el homicidio y el pillaje. La autoridad paternal no debe encadenar la razon de los niños, ni tiene tampoco el insensato privilegio de tenerlos sometidos al yugo del error contra el grito de su conciencia: cuando la voluntad del hombre se atreve á ponerse en oposicion con la de Dios, entónces es cuando debe decir: « Vale mas obedecer á Dios « que á los hombres. »

Observad, Señores, como los apóstoles del indiferentismo sacrifican la razon á sus vanos sistemas, al mismo tiempo que se precian de vengarla: por una parte, no han cesado de difamar la sumision tan razonable de los cristianos á la fe de sus padres y de ajarla con el nombre de credulidad y de supersticion, afirmando que la autoridad es un manantial de preocupaciones y de errores, y que sola la razon debe mandar los entendimientos; y por otra, no han visto en la Religion mas que un negocio de uso y de clima; han querido que la mujer tenga la religion de su marido y el hijo la de su padre, de suerte que despues de haberlo concedido todo á lo que han llamado la razon, han venido á concederlo todo á la autoridad; contradiccion repugnante, pero inevitable en su sistema.

Mas tanto como este sistema es imposible é

irracional, otro tanto es funesto en sus efectos. No insisteré mucho tiempo en esta última consideracion, porque se encuentra mas ampliamente desenvuelta en algunos de nuestros precedentes discursos. En efecto, Señores, si examinais las consecuencias de la indiferencia sistemática en materia de religion, veréis todos los males que puede producir para el género humano. Supongamos pues que se generaliza en toda una nacion y que se apodera de todas las clases de la sociedad, entónces serian dudosas todas las creencias religiosas; y vacilantes é inciertas las almas, no sabrian qué creer ni qué desechar. En efecto, debilitada la Religion, se debilitarian tambien las reglas de conducta que se derivan de ella, y cada uno tendria su modo particular de pensar, de juzgar, y por consecuencia de obrar; desaparecerian aquella profunda conviccion en que consiste la fortaleza de alma, y aquellos principios sólidos de una creencia comun que atraen y unen los entendimientos y los corazones mucho mejor que las leyes; en lugar de esas cadenas invisibles y poderosas con que la Religion une á los individuos y á las familias, solo habria de comun entre ellas las pasiones que propenden á dividirlas; desaparecerian del todo, ó á lo menos en la mayor parte, los sentimientos nacionales; se alteraria el amor á la patria, los pensamientos generosos se convertirian en un frio egoismo, y dejaria de

existir esta generalidad, esta unidad de ideas y de sentimientos de que se compone el verdadero patriotismo y que dan tanta estabilidad al edificio social.

Y no penseis que podrian ponerse límites á los estragos de este sistema. No; el espíritu de indiferencia se extenderia de uno en otro á todos los puntos de la doctrina y se disputarian todas las verdades hasta la de la existencia de Dios; insaciable siempre la curiosidad del espíritu humano, de un error caeria en otro error, y de un abismo en otro abismo, como dicen los libros santos; y de extravío en extravío se precipitarian los hombres en el ateismo. Espantados entónces, despertarian quizá de su embriaguez y conocerian la necesidad de salir del precipicio; pero debilitados ya, y destrozados en esta espantosa caida, no les quedaria acaso fuerza para remontarse hácia la verdad, y de este modo el indiferentismo produciria solo ateos y egoistas. Formad pues, si podeis, con tales elementos sociedades de hombres libres y civilizados, y será un fenómeno político nunca visto debajo del sol. Ved aquí como las teorías del filosofismo, llamadas hoy *liberales*, se encuentran en oposicion con la felicidad de los hombres así como con la razon, y con el bien de la sociedad no menos que con la verdad.

«Profeta, decia el Señor antiguamente á Isaías (1),

(1) *Isaías*, LVIII, 1.

«Profeta, clama fuertemente y no te canses, *clama,* «*ne cesses;* que tu voz en lugar de ser tímida y «débil salga y resuene á lo lejos como una trom- «peta, *quasi tuba exalta vocem tuam* : anuncia y «hecha en cara á mi pueblo sus errores y sus «desaciertos, *annuncia populo meo scelera eorum.*» Estas divinas palabras se dirigen hoy mas que nunca á los ministros de la Religion; ¿y en que tiempo fué mas necesario levantar la voz con libertad, que cuando la impiedad amenaza secar en las almas hasta el último gérmen de las virtudes? Procuremos salvar la generacion presente de los males que han agobiado á la generacion pasada, é impedir la renovacion de las mismas calamidades oponiéndonos al triunfo de los mismos errores; y coloquémonos como centinelas vigilantes entre el abismo de que hemos salido milagrosamente despues de haber medido toda su profundidad, y la juventud que corre exhalada y ciega á precipitarse en él. Nunca su inexperiencia se ha visto rodeada de tantos peligros, ni jamás se han tendido tantos lazos á su candor. ¡Cuántos funestos ejemplos de irreligion no se le ofrecen por aquellos mismos que por su edad deberian naturalmente ser sus modelos! ¡Que doctrinas de error de parte de aquellos que deberian ser su luz y sus guias! Las ciencias, las letras, los libros, los discursos, la mayor parte de las fuentes en que bebe, estan mas ó menos envenenadas : ataques violentos ó insinuaciones pérfidas

intentan alternativamente hacerle odioso ó ridículo el cristianismo; se la quiere persuadir que la Religion de los siglos pasados no debe ser la del nuestro, como si Dios no fuese siempre Dios, es decir, Señor soberano; y como si el hombre no fuese siempre hombre, es decir, criatura dependiente. Semejante en esto al sol, la verdad jamás envejece; la eternidad no pasa con el tiempo. ¿Y nos corresponde tampoco á nosotros insultar los siglos pasados despues de tantas abominaciones como han manchado el nuestro? Queremos buscar los errores y los vicios de la antigua barbarie; ¿pero no tiene tambien la civilizacion sus excesos, no menos funestos, y acaso mas incurables todavía? La Religion ha sabido mas de una vez hacer de un pueblo bárbaro un pueblo civilizado: quiera el cielo que pueda hacer alguna cosa de un pueblo desfigurado por la civilizacion. Las sutilezas de los sofistas valen menos que la sencillez de los ignorantes. Comparad un pueblo bárbaro que abraza el Evangelio, con un pueblo civilizado que apostata: el primero, conforme se vaya penetrando de las máximas evangélicas, se irá haciendo mas humano, mas justo y mas adicto á sus deberes; con solo tener siempre presentes en su pensamiento los mandamientos de Dios, conocerá los principios constitutivos de una familia y de la sociedad; si no conoce aun las letras humanas y las ciencias naturales, no se le

llamará sabio, pero llevará en su seno todos los gérmenes de la vida social, que, desarrollándose con el tiempo, le harán crecer hasta la edad madura; en su ignorante sencillez poseerá la ciencia verdadera, la que asegura su conservacion y su permanencia. Ved por el contrario á ese pueblo que brilla por las ciencias y las artes : si es irreligioso, perderá el sentimiento de sus deberes, lo amará todo excepto la virtud; llevará en su seno principios de muerte; podrá en hora buena dar aun algunas señales de vida, pero nunca será mas que un viejo decrépito que oculta sus enfermedades debajo del oro y de la seda; y con todo el orgullo de su ciencia no será mas que un ignorante, pues desconocerá el modo de conservarse á sí mismo. Unicamente la Religion podrá darle una vida durable; pero si rehusa este remedio indispensable, es necesario que decaiga, que se arruine y que perezca, sin que puedan salvarle ni nuestras artes ni nuestras ciencias. No consiste la fuerza y el vigor de las naciones en la multitud de eruditos, sino, segun dicen nuestros libros santos, en la muchedumbre de varones sabios y virtuosos : *Multitudo sapientium sanitas est orbis terrarum* (1).

(1) *Sap.*, VI, v. 26.

LA INCREDULIDAD

DE LOS JOVENES.

Ser perpetuamente y al mismo tiempo objeto de respeto y de desprecio, de amor y de odio, tal es el destino del cristianismo sobre la tierra. En efecto la historia atestigua que su establecimiento se verificó en medio de las persecuciones así como en medio de los homenajes de los pueblos, y entre sus blasfemias como entre sus bendiciones. Es necesario que haya errores para probar á los amigos de la verdad, escándalos para probar á los amigos de la virtud, y peligros y contratiempos para hacer resaltar todo el heroismo de la fidelidad; y en todos tiempos ha debido estar levantada la Cruz del Salvador como un signo de contradiccion, segun la expresion del Evangelio. Subid á las primeras edades del cristianismo, y veréis cuantas persecuciones le suscitaron el poder tiránico de los Césares, los celos de los sacerdotes de los falsos dioses, las sutilezas de los retóricos y de los sofistas, y

el furor del pueblo extraviado por la superstición. Pero si se vió á los Celsos y á los Porfirios aguzar sus dardos para embestirle, tambien se vió armarse en su defensa á los Orígenes y á los Agustinos; si los Decios y los Julianos agotaron contra él cuanto pudieron inventar la crueldad y el artificio, tambien los Constantinos y los Teodosios humillaron ante él su frente victoriosa: contraste que se ha estado renovando mas ó menos en todas las edades de la Iglesia, desde su orígen hasta nosotros. A las sangrientas persecuciones del paganismo se siguieron las turbulencias causadas por los cismas y las herejías; y la ignorancia y la barbarie parecieron despues cubrirle con un velo tenebroso, aunque sin alterar el fondo de su doctrina. En tiempos mas cercanos á nosotros, una razon inquieta puso en duda las verdades mas respetadas por los pueblos, arrancó los antiguos límites, y el deseo de innovar fué creciendo cada vez mas, hasta que en fin, en el siglo diez y ocho, una legion de ingenios presuntuosos trabajó en minar el cristianismo por sus mismos cimientos. Esparcidos al efecto sus escritos por toda la Europa, hicieron circular en ella el veneno de una incredulidad sediciosa que amotinó en el corazon del hombre todas sus pasiones desordenadas, que sublevó la tierra contra el cielo, y en su rebelion contra Dios preparó la rebelion contra los Reyes. No tardó este funesto contagio

en infestar todas las clases y todas las edades; la libertad de pensar trajo consigo la de intentarlo y hacerlo todo, y produjo por último ese diluvio de males, entre los cuales hemos estado todos á punto de sepultarnos para siempre. La incredulidad que tan tolerante se habia manifestado en sus escritos, se mostró cruel en sus acciones; armada de todo el poder, no supo usar de él sino para perseguir y destruir; levantó sus cátedras de error sobre las ruinas ensangrentadas del altar y del trono, y no hubo ya exceso que no prescribiese y aun que no intentase justificar; encontró razones para todos sus furores, y bajo su dominacion se vió unirse las plumas de ingenios presuntuosos á la cuchilla de los verdugos.

Doloroso era sin duda este desenfreno general contra el cristianismo; pero lo que acaso no es menos deplorable, lo que haria casi desesperar de la salvacion de la Religion y de la patria, es que la experiencia no nos haya desengañado de las perversas doctrinas que han sido orígen de nuestras calamidades; y que, sentada todavía la impiedad sobre las ruinas que causó ella misma, no solamente insulte á la Religion que trabaja en repararlas, sino que aun halle partidarios y tal vez apóstoles hasta entre aquellos mismos que han sido víctimas suyas. Sí, en nuestros dias se hace alarde de mirar la Religion como una cosa anticuada y propia solo de la sencillez de

nuestros abuelos; se mira la incredulidad como el triunfo de la razon, y ni aun parece temerse sus estragos y funestas consecuencias. Mi objeto en este dia será rasgar la fatal venda que cubre los ojos de los desertores del cristianismo; y dirigiéndome en particular á los incrédulos, jóvenes todavía, les diré: vosotros os vanagloriais de no tener otra guia que la razon; pues bien, Señores, á ella apelo yo de vuestras opiniones sobre el cristianismo; voy á haceros ver que debeis desconfiar de vuestra incredulidad, y que si quereis proceder con juicio debeis someterla á un nuevo exámen. Esta es la única proposicion que trataré hoy de explicar por no abrazar un asunto demasiado vasto.

No hay cosa mas comun en nuestros dias que oir á una multitud de jóvenes incrédulos gloriarse de no pensar acerca del cristianismo como sus padres, calificar de preocupacion vulgar toda creencia religiosa y adormecerse al parecer sin temor y sin remordimientos en su incredulidad. Sin embargo, si examinamos esta mas de cerca y estudiamos sus motivos y su carácter, la veremos marcada con señales que nos darán de ella una idea poco favorable. Yo les invito en este momento á recogerse dentro de sí mismos y á descender al fondo de su corazon para aprender en él á conocerse: allí intento llevar la luz para hacerles ver lo que hasta ahora puede habérseles ocultado, y hacerles conocer cuan sos-

pechosa debe serles su incredulidad : al efecto me propongo hacerles confesar conmigo que su incredulidad no es ilustrada, que no es sincera, y que tampoco es desinteresada.

Digo primeramente que la incredulidad de los jóvenes (y lo que diré de ellos podrá muy bien aplicarse á otros muchos) no es ilustrada. En efecto, Señores, para de algun modo poder creer que su incredulidad era fundada y fruto de la reflexion, seria preciso que, ántes de declararse incrédulos, hubiesen tomado las precauciones mas juiciosas para separar el error y conocer la verdad; que en esta guerra comenzada en nuestros dias entre el cristianismo y lo que falsamente llaman filosofía, hubiesen procedido con aquella lentitud y aquella madurez que exige un asunto de tanta importancia; y que por fin hubiesen empleado en su exámen aquel cuidado y aquella diligencia que emplearian en un negocio grave que interesase á su tranquilidad, á su fortuna ó á su vida : pero ¿es esta su conducta? No, Señores : lejos de ser así, se deciden muy frecuentemente casi sin exámen alguno y con una ligereza de que se avergonzarian en unas simples cuestiones de ciencia ó de literatura. Examinadles en efecto de que modo han formado su opinion sobre el cristianismo, y veréis que todos los fundamentos de su incredulidad han sido, unas veces, los discursos de algun jóven voluptuoso que busca

en las máximas de una filosofía cómoda la justificacion de su conducta; otras, la lectura de algun libro frivolo que en lugar de razones solo contiene chistes; algunas acaso, la de otras obras mas serias ciertamente, pero llenas de argumentos mil veces refutados; ó en fin la autoridad de algunos hombres versados en hora buena en las ciencias humanas, pero en extremo ignorantes en la de la Religion. Y si esto es así, ¿puede haber cosa mas inconsiderada ni menos ilustrada que su incredulidad? ¿Que tranquilidad ni que seguridad puede darles el modo con que se han declarado en su favor?

Entremos sobre el particular en mayores explicaciones; acaso lo que vamos á decir será la historia fiel de mas de un incrédulo presente en este auditorio. Este jóven ha podido oir hablar de falsas leyendas, de falsos milagros, de falsas revelaciones, de libros apócrifos, y se habrá hecho delante de él un paralelo malicioso entre estas imposturas y la revelacion de nuestros Evangelios; y he aquí que, seducido, incapaz de percibir una diferencia muy real, pero que pediria mas reflexion, titubea en su creencia, se debilita su respeto á las santas Ecrituras, entra la duda en su alma, y por fin se hace incrédulo, sin sospechar siquiera que la autenticidad de nuestros Evangelios está mejor demostrada que la de las obras de Demóstenes y de Virgilio, que todo el mundo reconoce, y sin saber que

los hechos evangélicos estan mejor comprobados que los de Sócrates ó de César de que nadie duda.

Compone un sabio un sistema sobre la formacion del mundo, en el que hace una mezcla estudiada de hechos ciertos y de hechos dudosos, de observaciones justas y de conjeturas arriesgadas, pero que en general está en contradiccion con la narracion de Moises acerca del orígen de las cosas: lee esta obra un jóven iniciado algun tanto en las ciencias naturales, acostumbrado á alimentar su entendimiento asi con el error como con la verdad, y al ver una teoría que le liberta del yugo de una autoridad sagrada, la adopta con complacencia, sin pensar que la tal teoría está desmentida por otras tanto ó mas verosimiles; que en ella se dan por realidades meras suposiciones, y que lo que en la misma pueda haber bien demostrado se concilia perfectamente con la relacion de Moises.

Nada hay mas fácil que presentar la Religion bajo un aspecto falso y odioso, disfrazar los libros santos, encontrar en ellos dificultades, contradicciones aparentes, cosas raras y singulares, cuando se las separa de las circunstancias que sirven para explicarlas: caiga pues una obra en que la Religion esté tan horriblemente desfigurada en manos de un jóven, y no se necesita ya mas para hacerle vacilar en su fe; el no sabe que las cosas ridículas estan mas próxi-

mas á las sublimes, y que seria mas fácil hacer una parodia de Bossuet que de cualquier orador mediano; que los sabios versados en las lenguas y en las antigüedades han aclarado esas dificultades que le detienen; y que es absolutamente imposible que deje de haber oscuridades y cosas singulares en libros compuestos hace tantos siglos, y en medio de costumbres, de usos y de leyes que en nada se parecen á los nuestros.

El orgullo y la ambicion han abusado mas de una vez del cristianismo para criminales excesos, mas de una vez le han deshonrado sus ministros con vicios y con escándalos, y sus mismos partidarios han interpolado en él prácticas supersticiosas; es cierto que los vicios de algunos cristianos nada prueban contra el cristianismo, como los vicios de un deista nada prueban contra la existencia de Dios: no importa, cuando se trata de la Religion no se tiene por vergonzoso el ser injusto; al contrario, se violan todas las reglas del raciocinio, se inventa una lógica particular aunque sea absurda; se cree deber hacer responsable á la Religion hasta de los excesos que ella misma prohibe y condena aun mas severamente que la razon; es necesario arrebatarle la gloria hasta de las virtudes que ella sola inspira; y que los males pasajeros de que ha sido pretexto, hagan desconocer los bienes inmensos de que por un influjo secreto,

que se reproduce sin cesar, ha sido y es verdadero orígen en todos lugares, en cada dia y á cada momento. En vano, Señores, se buscará la razon y la equidad en este modo de ver, de raciocinar y de apreciar las cosas.

Yo quisieria que un jóven empezase desconfiando de sus propias ideas; que, en la edad de los placeres y de las ilusiones, estuviese prevenido contra los deseos de su corazon; y que, en lo perteneciente á la religion, tuviese un poco mas de deferencia á aquellos que la han estudiado mas profundamente. Si en las cuestiones espinosas de la legislacion consultais á un jurisconsulto de conocida reputacion, y no á un poeta; si en las ciencias naturales os dirigis á un sabio que haya penetrado sus secretos, y no á un letrado; y si, reconociéndoos jóvenes aun y faltos de experiencia, no se os ocurre creeros mas hábiles y mas ilustrados que los magistrados y sabios mas consumados, ¿porqué no haceis lo mismo en lo respectivo á la Religion? Tambien tiene ella sus doctores, tambien ha confiado sus intereses y su defensa á hombres que por profesion ó por un destino particular deben conocerla mejor. Si, Señores, hay hombres que han hecho un estudio metódico y profundo de todas las partes de la Religion; que conocen distinta y exactamente sus dogmas, sus preceptos, su disciplina y su historia; que han leido mejor que los mismos incrédulos las obras compuestas

contra la Religion, tanto antiguas como modernas, extranjeras ó nacionales; y ¡os desdeñais de aprovecharos de sus conocimientos y de su ciencia, y tomais por guia solo un entendimiento sin reflexion y sin madurez! ¿En dónde está aquí la prudencia, y aquella modestia que deberia ser siempre compañera de la inexperiencia?

Yo no os diré, jóvenes incrédulos, creed ántes de examinar: no, yo no pretendo sofocar vuestra razon, violentarla, ni precipitaros en cierto modo en el cristianismo; pero sí os diré, examinad para creer; y si rehusais examinar, entónces tendré derecho para acusaros de hollar todos los principios de una sana razon. Criados y educados, supongo, en las máximas de la Religion, y habiéndola recibido de vuestros padres, que igualmente la recibieron de las edades anteriores, ¿abandonais así sin reflexion y con la mas inconcebible ligereza esta antigua creencia? ¿Por solo haber oido ó leido algun sofisma, renegaréis alegremente de la fe de vuestros padres y cerraréis vuestros oidos á la voz de los que os invitan á que hagais sobre ella un exámen serio y profundo? ¡Que temeridad, y al mismo tiempo que obstinacion! ¡Qué! no ha de tener esta Religion tan magnífica en sus promesas, tan pura en su moral, tan fecunda en virtudes, tan poderosa sobre el corazon de los pueblos que sucesivamente ha atraido á sí, tan ad-

mirable por su extension que abraza el mundo entero, como por su constante duracion en medio de las revoluciones del tiempo que destruye todo lo que es humano; esta religion tan respetable para esa multitud de grandes ingenios que la han profesado durante diez y ocho siglos, no ha de tener, digo, nada que os interese y nada que pueda haceros temer arriesgar un paso peligroso desertando de ella! ¿Dónde pues está el respeto que debeis á la memoria de vuestros padres, á la autoridad de tantos hombres grandes y á las virtudes de tantos ilustres personajes? De diez y ocho siglos á esta parte, todos los hombres mas eminentes en genio y en virtud, mas extraordinarios en ciencia y en talento, y aun mas interesados por su orgullo en descubrir falsedad en la Religion cristiana, todos la han discutido, la han examinado y profundizado bajo todos aspectos, y han concluido por creer en ella sinceramente; ¡y no tendrá para vosotros ningun valor el voto de todos estos hombres! Ni aun sospechais siquiera que una religion capaz de subyugar tantos entendimientos sublimes, y de elevar la debilidad humana á un grado tan alto de perfeccion, está dotada de una fuerza secreta y enteramente divina, y que es imposible que esté envenenada la fuente de donde corren aguas tan puras! Yo no me arrojaré á deciros que estas contradicciones sean bastante poderosas para determinar vuestra

creencia; ¿pero no servirán á lo menos para infundiros alguna desconfianza acerca de vuestra incredulidad? Yo no os prescribo, repito, una creencia sin exámen; pero si por una deplorable ceguedad habeis pasado de la luz á las tinieblas, si habeis venido á parar á una irreligion declarada, os recordaré aquellas palabras de un ilustre escritor de nuestros dias, que, vuelto á la Religion despues de muchos años de extravío (1), dijo: « He creido, porque he examinado; exa- « minad como yo, y creeréis. »

Acaso diréis alguna vez que envidiais la suerte de los que están convencidos y tienen la felicidad de ser cristianos; que querriais creer como ellos, pero que no está en vuestra mano. Lenguaje poco sincero con que os engañais á vosotros mismos, pero que no puede engañarnos á nosotros. No, no teneis un deseo verdadero de creer en la Religion; y sino, decidme: ¿qué es lo que haceis para llegar á convenceros? Recogeis con ansia cuanto le es contrario, y desechais con desden cuanto la favorece; teneis continuamente en vuestras manos libros que solo respiran impiedad y amor á los placeres, y lejos de vosotros los que estan consagrados á la defensa del cristianismo; descuidais la aclaracion de vuestras dudas, no pedis la solucion de vuestros argumentos, y jamás estudiais los títulos funda-

(1) La Harpe.

mentales del cristianismo. Y ¡quereis con esto llegar á creer! Confesad que sois incrédulos sin saber porqué, y convenid en que os habeis decidido á serlo sin motivos perentorios, ó mas bien solo por razones frívolas; es decir que, habeis llegado á ser incrédulos y que real y verdaderamente continuais siéndolo por un exceso de credulidad.

¿Quereis que os tenga por hombres de juicio? Haced uso de vuestra razon; citad ante su tribunal vuestras opiniones tan ligeras como inciertas acerca del cristianismo; servíos de todo vuestro entendimiento para aclarar vuestras dudas, para conocer perfectamente lo que solo conoceis de un modo imperfecto; y dirigios ante todo al Padre de las luces para que os ilumine en las tinieblas. Pedidle, como San Agustin, la gracia de conocerle y de conoceros, *noverim te, noverim me.* En efecto, Señores, siendo Dios el primero de los seres, la Religion es la primera de todas las cosas. En las ciencias naturales hallaréis sin duda mucho de que alimentar vuestra curiosidad, mucho con que ocupar y hacer agradables vuestros ocios, y con que ser útiles á vuestros semejantes; pero lo que reprime el vicio, arregla la conducta, consuela en las desgracias, hace al hombre bueno y feliz; lo que le sobrepone á las tempestades de las pasiones como á las revoluciones del tiempo, es preciso buscarlo en una region superior á la que habitamos y pedirlo á esta religion celestial

que fija el alma por la fe, la sostiene por la esperanza y la perfecciona por la caridad; esta es el áncora de salvacion en medio de todas las tempestades, rota la cual, nada queda que esperar sino el mas triste naufragio.

Queda probado que la incredulidad de los jóvenes no es ilustrada, y ahora añado que no es sincera.

Es una cosa bien digna de notar, Señores, la conviccion íntima é inalterable de los verdaderos cristianos. En unos se manifiesta por su conducta, por sus acciones, por sus discursos, por las virtudes que prescribe, y aun por la misma perfeccion que aconseja y hace practicar; en otros se conserva aun en medio de aquellas pasiones que intentan destruirla, y de los extravíos que parece deberian aniquilarla. Creyentes estos en espíritu, pero débiles de corazon, no practican lo que creen y son ciertamente inconsecuentes, pero no incrédulos. ¿Que cristiano hay, que, al llegar al término de la vida, se arrepienta de haberlo sido, y que, temiendo haberse engañado en su creencia, se sienta inclinado á hacerse incrédulo por conciencia, y á abjurar el cristianismo por agradar á la Divinidad? O, por mejor decir, ¿quién será el que no se regocije de haber permanecido fiel á la Religion y á los deberes que impone? ¿Pero sucede esto en la incredulidad? No ciertamente.

En vano aparentan los jóvenes incrédulos una

grande seguridad en su opinion; en vano toman el tono mas decisivo y tratan con un soberbio desden todo lo que es creencia y prácticas religiosas: nada son para mi todas esas exterioridades de una conviccion aparente; porque veo en ellas mas bien la máscara de la persuasion, que la persuasion misma. Consultemos sino la experiencia, y ella nos enseñará que muy frecuentemente parecen incrédulos sin serlo en realidad. En efecto, ¿cuántas veces sucede que, dominado un jóven por respetos humanos, aplaude una blasfemia que reprueba en el fondo de su corazon? ¿Cuántas veces no le arrastra mas allá de lo que pensaba la manía de parecer hombre de ingenio, y el deseo de soltar un dicho picante, aunque impío; y cuántas circunstancias no descubren, aun sin que él mismo lo advierta, el fondo de sus verdaderos sentimientos? Si en uno de aquellos momentos en que mas se apaciguan las pasiones y en que vuelto en si conoce mejor la verdad, llega á acordarse de aquellos dias en que, creyendo y practicando una misma cosa, vivia tranquilo en la paz de una conciencia pura, entónces á pesar de su aparente incredulidad llorará un tiempo que ya no existe. Si ve á alguno de sus compañeros de edad cuyas obras demuestren su fe, modesto, laborioso, irreprensible y fiel á todos los deberes de su Religion, entónces envidiará en secreto su suerte; y aun en el momento mismo en que por debilidad se

burle de su piedad, sentirá no parecérsele. Si se le hacen algunas observaciones sobre su incredulidad y sobre los débiles apoyos de lo que llama sus opiniones, si se le pide razon de los motivos que le han determinado, se le verá turbado y lleno de agitacion. ¿Quién es el que tiene un sistema de incredulidad bien enlazado en todas sus partes y fundado en principios bien luminosos? ¿En qué puede haberse fijado despues de haber traspasado los límites sagrados? Si no profesa el símbolo de lo cristianos, díganos cuál es su símbolo, qué es lo que ha conservado de la Religion revelada, y qué lo que admite de la Religion que llaman natural. Pero hablemos francamente, no sabe lo que cree y fluctúa y vacila combatido por toda clase de doctrinas. ¿Cuál es en efecto el incrédulo que se halle penetrado de aquel fuerte convencimiento que tienen de su religion tantos cristianos que la profesan con fidelidad y que cumplen valerosamente sus deberes? ¡Cuántos no vemos que, convertidos á la Religion por la reflexion ó por la desgracia, han confesado ingénuamente que solo eran incrédulos exterior y aparentemente!

¿Qué vemos además en el curso ordinario de la vida? Muchas veces la prosperidad embriaga, las pasiones nos arrastran, la vanidad ciega, y entónces en cierta especie de delirio se olvida á Dios, su Religion y sus leyes, se blasfema de todo, y los desgraciados que llegan á este ex-

tremo, se llaman ellos mismos incrédulos y creen serlo en efecto. Pero hiérales la desgracia con algun terrible golpe, y entónces se ve con asombro desvanecerse aquella incredulidad que parecia tan firme : pierda un esposo á una esposa querida, una madre á su hijo, un amigo á su amigo, y su irreligion que tan constante parecia, se ve ya como acosada; les repugna la idea de que el ser que era el objeto de su ternura, no tenga ninguna vida, sea un puro nada ó cuando mas un polvo vil é insensible. Hay en este pensamiento cierta cosa que los desconsuela; á pesar suyo se complacen en creer que no todo ha muerto con él, que alguna de sus partes le ha sobrevivido; á pesar suyo, se abisman en una profunda meditacion y se entregan al pensamiento de un Dios, de una providencia y de una vida eterna; pensamiento que se aviva principalmente al tributar los últimos deberes á lo que hemos amado. Nunca quizás asaltan mas al hombre los sentimientos religiosos, que al verse en la morada de los muertos : no, jamás dice á la vista de un sepulcro : *no hay Dios.* Humillado de su degradacion corporal á la vista de las reliquias y de los restos de sus semejantes, siente un dulce consuelo al considerar el destino de su alma inmortal y procura salvarse de las borrascas del tiempo en el puerto de la eternidad. En efecto, ¡con qué facilidad, cuando se quiere reflexionar, nos conducen estas grandes y pri-

meras ideas de un Dios y de una vida futura á la Religion que nos enseña á adorar al uno y á encontrar la felicidad en la otra!

Ved pues de cuantas maneras se descubre la fe aun en aquellos mismos que parecen no tenerla ya. Si, jóvenes incrédulos, vosotros creeis todavía mas de lo que quisiérais creer; y al mismo tiempo que vuestros discursos ultrajan la Religion, vive un resto de fe en la parte mas íntima de vuestro corazon; sentis dentro de vosotros mismos cierta cosa que clama contra vuestro lenguaje; es un fuego oculto, pero no apagado, del que de tiempo en tiempo salta una chispa cuya luz os sobresalta. Os hallais cuando mas en una especie de duda y de perplejidad; y esa misma imposibilidad de sufocar enteramente toda creencia á pesar de todos vuestros esfuerzos, atestigua altamente cuan inseparable es de vosotros mismos el sentimiento religioso. Acaso tambien disputais frecuentemente contra la Religion; pero esos mismos argumentos descubren vuestro deseo de tranquilizaros en vuestra irreligion: quisiérais en fin hallar aquella calma, aquella luz y aquella adhesion imperturbable del espíritu, en que consiste la conviccion, y que no teneis. Se ha dicho de un poeta voluptuoso que mezcla en las pinturas del placer los recuerdos de la muerte, *hablaria menos de ella, si no la temiese;* ¿y no podriamos decir de vosotros, que dispu-

tariais menos contra el cristianismo, si os halláseis mas libres de los temores que os inspira? ¿Quisiérais que la muerte os sorprendiese en este estado de incredulidad, ó no procurais mas bien tranquilizaros con la vaga esperanza de examinar algun dia la Religion y de volver á ella? ¿Y no son estas disposiciones secretas, aunque frecuentemente imperceptibles, la prueba, como dice Tertuliano, de una alma naturalmente cristiana? Luego vuestra incredulidad no es constante ni sincera.

Pasemos al tercer punto, á saber, que la incredulidad de los jóvenes no está fundada en motivos puros, ni es desinteresada.

Al ver á un incrédulo que, despues de haber andado extraviado por largo tiempo en los senderos de la irreligion y del vicio, vuelve por fin al cristianismo; al ver que le profesa públicamente, que le practica y que sujeta sus costumbres al yugo del Evangelio, confieso que semejante conversion me admira y me conmueve porque todo me obliga á creerla sincera. ¿Que interés ha podido tener en abandonar unas opiniones cómodas por una religion, pura á la verdad, pero en contradiccion con sus inclinaciones? ¿Cómo ha sido subyugado este entendimiento rebelde? Aquí es donde yo admiro el imperio de esa religion que domina el entendimiento y el corazon, y no puedo menos de atribuir tan maravilloso cambio á motivos muy pu-

ros, porque las pasiones no estan interesadas en él. Mas no sucede así en el hombre que pasa de la Religion á la indiferencia ó á la incredulidad positiva.

En efecto, si los jóvenes incrédulos pudieran estar bien convencidos de haberse determinado al partido de la filosofía irreligiosa del siglo por amor á la verdad y á la virtud; si despues de haber abandonado el cristianismo se hiciesen mas circunspectos en sus discursos, mas aplicados á sus deberes, mas severos en sus costumbres y mas irreprensibles en su conducta, quiza entónces podria persuadirme de que ningun interés humano los habia llevado á la incredulidad. Pero seamos sinceros: ¿hay acaso algun jóven que se haga incrédulo solo por ser mejor, que abjure el cristianismo por salir de algun hábito criminal y que rompa el freno de la Religion solo para romper el de alguna pasion inveterada? ¿No es al contrario, hablando en general, la época de su irreligion la del principio de una conducta desarreglada? Antes que el amor al placer se apodere del alma de un jóven, ama y respeta la Religion; pero cuando, para entregarse á sus pasiones, quiere sacudir el yugo del deber, empieza sacudiendo el de una religion importuna y busca en máximas mas cómodas los medios de tranquilizar su conciencia y de calmar sus inquietudes. Un corazon extraviado por las pasiones tiene siempre razo-

nes secretas para tener por falso lo que es verdadero; del fondo de la naturaleza corrompida se levantan nubes que oscurecen la inteligencia, y en este estado se cree fácilmente lo que se desea; pues cuando el corazon se entrega al placer que seduce, el entendimiento se abandona gustoso al error que le justifica. Sí, Señores, las únicas razones del incrédulo son frecuentemente sus mismas pasiones.

Unos, arrebatados por el orgullo, por no sé que amor desenfrenado de independencia, que toda sujecion incomoda, aspiran á sacudir todo yugo, aun el de la Divinidad, sintiéndose casi humillados en reconocer por señor al Rey del cielo y de la tierra, y parecen unirse á la turba de insensatos de que habla el Profeta, para decir con ellos: «Yo no dependo « mas que de mí solo; libre en mis sentimientos, « ¿quién me impedirá manifestarlos? Soy dueño « de mis labios, todo freno me es odioso, y yo « sabré romperle: *labia nostra á nobis sunt.* « ¿Quién tiene derecho de imponerme silencio « y de arreglar mis acciones? ¿quién me manda? « *quis noster Dominus est* (1)?» ¿Y podrá, decidme, un hombre semejante aficionarse á una religion que no respira mas que sumision y sencillez, y que quiere enseñarnos á ser pacíficos y humildes de corazon? No, estos son incrédulos

(1) *Salm.* XI, 5.

por orgullo. Otros se entregan á todos los excesos de una naturaleza corrompida; levántase al principio en su corazon una guerra intestina; se traba el combate de la virtud contra el vicio; y, fatigados de esta lucha y queriendo vivir sin turbacion, se lanzan en la incredulidad como en un asilo contra los remordimientos. ¿Pero viviendo apenas como hombres, podrán pensar como cristianos? No, estos son incrédulos por corrupcion. Hay por último otros que, sin entregarse á lo mas vergonzoso y brutal de la disolucion, aborrecen sin embargo toda sujecion y quieren dejar correr libremente su entendimiento y su imaginacion: estos no conocen mas reglas que sus gustos y sus caprichos; necesitan un placer dulce, una vida sin contradiccion, una serie de placeres delicados á que se aficionan acaso tanto mas, cuanto son menos groseros. ¿Y se sujetarán á una Religion que exige tantos sacrificios? No, estos son incrédulos por molicie. Sí, Señores, de todos los enemigos del cristianismo puede decirse en general lo que La Bruyere ha dicho mas particularmente de los ateos (1): « Yo quisiera oir á un hombre sobrio, « moderado, casto y justo, decir que no hay « Dios; á lo menos este hablaria sin interés: « pero semejante hombre no se encuentra. »

Sed ahora, Señores, vosotros mismos los

(1) *Caractères*, cap. XVI, *des Esprits forts*.

jueces. Si es cierto lo que acabamos de sentar, si los motivos de la incredulidad de los jóvenes son únicamente sus mismas pasiones; si, aunque tengan en sus labios el lenguaje de la conviccion, no la sienten en el fondo de su corazon; si se han hecho incrédulos solo por ligereza y sin reflexion; en una palabra, si su incredulidad no es ilustrada, sincera ni desinteresada, ¿podrán permanecer tranquilos en sus extravíos? ¿Podrán, si quieren obrar con juicio, dejar de someter su incredulidad á un nuevo exámen? Este es el fruto que esperamos del presente discurso.

Salid pues, Señores, salid de vuestra apatía; escuchad la voz que os invita á daros cuenta á vosotros mismos de vuestras opiniones demasiado precipitadas. ¿Será exigiros mucho pediros que os mostreis por fin racionales? Precaveos contra esos novadores impios del último siglo que nos han dejado por herencia únicamente sistemas monstruosos. ¿Iréis siempre, jóvenes imprudentes, á beber en esas fuentes envenenadas? ¿A qué aguardais para desechar con horror todas esas teorías, que, despues de haber sido confundidas tan manifiestamente por la experiencia, no deberian parecer ya sino sueños espantosos? Yo no intento negar á sus autores la ciencia ni el saber, no; bien sé que entre ellos han brillado algunos á quienes la naturaleza habia prodigado todos sus dones; pero

á los ojos del hombre honrado nada es el talento si no se hace buen uso de él. Yo quiero antorchas que iluminen, y no hogueras que abrasen. Tampoco diré que los escritores del siglo de Luis XIV estuviesen exentos de las debilidades de la humanidad; no, las preocupaciones de la educacion y el espíritu de secta ó de partido pudieron extraviarlos en algunos puntos de doctrina; tampoco fué siempre enteramente casta la pluma de muchos de ellos; pero á lo menos no se hallarán en sus escritos esas máximas perversas que confunden el vicio con la virtud; que rompen el yugo de toda religion; y, arrebatando al crímen sus terrores, á la virtud sus esperanzas, á la desgracia sus consuelos, su apoyo á la moral y su base esencial á la sociedad, seducen á los pueblos y los conducen á un trastorno universal. Cuando en el centro de esta capital se hacia la apoteósis del patriarca de los presuntuosos ingenios incrédulos, entónces era cuando se escarnecia todo lo mas sagrado que hay entre los hombres; entónces se atraia sobre la Religion y sobre sus altares y sus ministros el odio, el desprecio y todos los furores; y entónces se minaban filosóficamente hasta por los cimientos todas las instituciones de la patria. El *Contrato social* en la mano, los novadores pretendian emancipar la naturaleza humana y conducirla á una independencia que solo podia realizarse uniendo la

ferocidad del salvaje á la depravacion del hombre civilizado. Pero yo no sé que las furias de la anarquía hayan invocado jamás por patronos á Descártes, á Pascal, á Bossuet, á Fenelon, á Racine, á Corneille, á La Bruyere, á Massillon, á Lamoignon, ni á d'Aguesseau. La blasfemia no era un juguete para estos grandes hombres, ni la indiferencia por la Religion era para ellos valentía de alma. A vosotros, o jóvenes franceses, á vuestras almas generosas recuerdo estos grandes personajes; sean siempre sus principios los vuestros. Si alguna vez se extraviaron en su conducta, evitad vosotros sus extravíos, mostrándoos así mejores que vuestros modelos; su fe perfeccionó sus virtudes sin perjudicar en nada al vuelo de su ingenio; pues á la verdad no era irreligioso el que dió á luz la tragedia de Atalía, esa obra maestra de la poesía francesa. Sigamos sus nobles ejemplos; regenerada entónces la Francia, presentará á la Europa atónita el mas hermoso de todos los espectáculos, el de un pueblo que sabe unir costumbres severas al brillo de las cualidades militares, aprovecharse de sus extravíos para hacerse mejor, y hallar en sus mismos infortunios un manantial de nuevas prosperidades.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

DEL TOMO TERCERO

EXCELENCIA DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION..... 1

I°. Lo que en sí encierra de grande y bello este misterio. 5
II°. Cuan infundados son los argumentos de los incrédulos contra este misterio..... 18

SOBRE LAS PROFECIAS..... 33

I°. ¿Hay en los libros del antiguo testamento predicciones que anuncian la venida del Mesías?..... 36
II°. ¿Se reunen en Jesucristo los caractéres designados de antemano á este incomparable personaje?..... 46
III°. ¿Es cierto que las dificultades que se oponen á esto carecen de toda solidez?..... 54

LA RELIGION CONSIDERADA EN SUS MISTERIOS..... 95

I°. Conveniencia de los misterios en una religion divina. 97
II°. Utilidad de los misterios cristianos con relacion á la moral..... 113

LA RELIGION CONSIDERADA EN SU MORAL..... 128

Respuesta á la acusacion que se hace á la Religion de ser,

1°. Enemiga de la sociedad por el desprendimiento que prescribe..... 131
2°. Abyecta por la humildad que predica..... 143
3°. Impracticable por la severidad de los deberes que impone..... 149

La religion considerada en su culto..... 159

¿ Qué se debe pensar del culto cristiano y de las diferentes partes de que se compone :

1°. De sus templos..... 162
2°. De sus asambleas religiosas..... 169
3°. De sus ceremonias sagradas?..... 176

La religion vindicada de la acusacion de fanatismo... 188

I°. En las acciones y máximas de Jesucristo no se descubre la menor señal de fanatismo..... 191
II°. Tampoco hay razon para acusar de fanatismo la doctrina y la conducta de la Iglesia..... 193

¿ Qué se debe pensar en particular :

1°. De la condenacion del sacerdote Virgilio..... 195
2°. De la de Galileo..... 196
3°. De la del heresiarca Juan Hus..... 199
4°. De la Inquisicion?..... *Ib.*

III°. De ningun modo debe atribuirse á la Religion el odio y el furor que se descubren en los sucesos siguientes..... 208

1°. Las guerras de Religion..... 211
2°. Las Cruzadas..... 213
3°. La mortandad de los Indios al tiempo del descubrimiento del nuevo mundo..... 219
4°. Los horrores del dia de San Bartolomé..... 221
5°. La revocacion del edicto de Nantes..... 225

Maximas de la iglesia católica sobre la salvacion de los hombres..... 237

I°. ¿ Qué se debe pensar de la suerte de los niños que mueren sin bautismo?..... 241
II°. ¿ Qué de la suerte de los cristianos que mueren fuera del gremio de la Iglesia Católica?..... 250
III°. ¿ Qué de la de los Infieles que mueren sin haber conocido la revelacion?..... 262

Cuestiones y respuestas relativas a la salvacion de los hombres..... 275

SOBRE LA TOLERANCIA..... 283

I°. Tolerancia civil..... 286
II°. Tolerancia cristiana..... 289
III°. Tolerancia filosófica cuyo sistema se funda en las tres siguientes aserciones..... 297

1°. Nada importan las creencias religiosas..... 301
2°. Basta ser hombre de bien..... 302
3°. Cada uno debe seguir la Religion de su pais... 304

LA INCREDULIDAD DE LOS JÓVENES..... 313

I°. Su incredulidad no es ilustrada..... 317
II°. No es sincera..... 326
III°. No es desinteresada..... 331

239
B16 Vol. 3
Barbagero, Justo
AUTHOR
Defensa Del Cristianismo
TITLE